LIBRO 3

CLANES DE MULL

EL TORMENTO DE LOS LAIRDS ESCOCESES



KEIRA MONTCLAIR



EL TORMENTO DE LOS LAIRDS ESCOCESES

KEIRA MONTCLAIR

Tabla de Contenidos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Querido Lector
Otros Títulos de Keira Montclair
Acerca de la Autora

Prólogo

Logan estaba en el claro esperando la llegada de su informante. Miró a su mujer, quien estaba situada en un árbol con el arco preparado para disparar.

—Logan, esto no me gusta. Ya no eres un espía y, además, todo el mundo sabe que lo eras, así que ¿por qué iban a confiar en ti?

—Ofrezco un intercambio equitativo de información, Gwynie, y lo sabes. Miento. Me dicen algo que necesito saber. A veces, puedo enviarlos en la dirección equivocada, pero es mejor no perder de vista al enemigo.

Gwynie dejó escapar un sonoro suspiro.

—Como quieras, esposo, pero ten cuidado.

—He escuchado que has puesto los ojos en blanco, abuela de Eli.

Gwynie soltó una risita, algo que él ya no escuchaba a menudo. La vida de su esposa era a menudo dolorosa, pero él seguía adorando a la mujer con la que se había casado hacía tanto tiempo que no recordaba cuánto había pasado. Ella le había ganado limpiamente en el campo de tiro con arco, algo que él no pudo ignorar, así que se casó con ella.

—Ya viene, Gwynie.

El hombre entró en el claro y dijo:

—Dime lo que necesito saber.

—No sé lo que quieres saber. Dímelo tú.

—Háblame de las fuerzas del Clan Grantham. ¿Cuántos trajo consigo el viejo jefe?

—Más de los que tiene. ¿Quién está atacando la isla? ¿Y por qué no dejan en paz a los niños? —Casi todo lo que Logan le dijo al hombre era mentira, así que no se sentía culpable por reunirse con este patán. Esperaba adelantarse a los malhechores en Mull.

—Quieren al hada y al niño dotado.

—Si vuelves a tocar a mis nietos o sobrinos, te cazaré, bastardo cobarde.

—Son solo niños. ¿Para qué demonios sirven?

Logan perdió todo el control. Tal vez era un anciano, pero solo los hombres malvados se metían con los niños. Se abalanzó sobre el informador, le puso la zancadilla y cayó sobre él con el puño en alto.

—Te diré esto y recuérdalo bien. Si haces daño a algún niño de mi clan, te arrepentirás. Yo mismo te cazaré.

El hombre soltó una risita.

—¿Por qué estás tan molesto? Los has recuperado a todos, ¿no?

—Lo hicimos, aunqe no gracias a ti. —Logan se apartó de él, pero se quedó cerca. Esto le resultaba difícil. Su experiencia le decía que cada vez que un enemigo deseaba hablar contigo, era prudente tomarse un tiempo. A los hombres de mentalidad débil les gustaba alardear de todo lo que sabían, y Logan se aprovechaba de ellos a sabiendas. Siempre se iba con más información de la que daba. Pero la ignorancia de este tonto era casi más de lo que podía soportar, sobre todo sabiendo que había participado en el secuestro de los niños. Miró las ramas de los árboles sobre su cabeza, las hojas empezaban a cambiar de color. Los gloriosos naranjas y amarillos alegraron su vista, mientras que el rojo apenas comenzaba a asomar. Tenía que mantener la calma y averiguar lo que pudiera de los idiotas que no los dejaban en paz.

El hombre empujó a Logan.

—No tengo mucho tiempo. Aún quieren al hada. ¿Es la de cabello dorado?

Logan pensó un instante. Si Lia era realmente un hada, entonces podía librarse de cualquier cosa. Era el muchacho quien le preocupaba. El hijo de Maitland y Maeve. Caminó en círculo y luego respondió:

—Sí. La de cabello dorado es el hada, no la de cabello blanco. Los de cabello blanco están emparentados conmigo, así que pagarás si los tocas. ¿Por qué quieres al muchacho?

—Porque se dice que él también tiene poderes especiales.

Ese comentario lo confundió. Nadie conocía los poderes de Grant.

—Necesito saber más sobre el ataque en Mull. ¿Quién y cuándo?

—No tengo ningún problema en decírtelo. Hay dos que planean apoderarse de diferentes partes de la isla. Uno empezará con el Clan Rankin.

—¿Por qué?

—Dicen que es el más fácil.

—¿Cuándo?

—Pronto. Eso es todo lo que sé. Tu turno. ¿Cuántos?

—Tiene tres veintenas, pero eso puede cambiar en cualquier momento. Sabes que las fuerzas de Grant son más de mil, ¿no? —Seguían siendo mentiras, pero le conseguiría la información que quería. Grants y Ramsays con Menzies y Camerons eran ahora más de dos mil.

—Sí, pero llevar hombres con espadas y caballos a la isla no será rápido. Lo sabes. Y los caballos no cruzarán desde Oban. Tal vez se puedan llevar algunos a Ulva, pero no desde Oban a Mull sin un barco grande o dos.

Logan tiró de sus mechones despeinados, sabiendo que había llegado el momento de meterse en algún lago, pero había estado demasiado ocupado. La idea de que alguien tocara al chiquillo de Maitland y Maeve era más de lo que podía soportar.

—Dejad al muchacho en paz. Coged al hada y dejad a los otros. Atraerás fuerzas poderosas si eres tan tonto como para persistir.

—Transmitiré tus advertencias. —El hombre lo miró fijamente, con una sonrisa perversa en el rostro.

—¿Cómo demonios te llamas?

—No necesitas mi nombre. No los usamos en absoluto. Nuestro jefe se niega a usar nombres.

Logan se quedó mirando al hombre, asimilando todo lo que veía. Vestido de negro de pies a cabeza, no llevaba identificación de algún clan y hablaba más como un inglés que como un highlander. Tal vez era de Lowlands.

—Un hombre de las Borderlands aquí. Eso no ocurre a menudo.

El hombre pareció desconcertado por su suposición.

—Vaya, adiviné bien. —Entonces fue el turno de Logan de sonreír. Tenía que dejar al hombre inquieto y un poco asustado de él —. ¿Qué poderes has oído que posee el muchacho?

—No lo sé. Dicen que piensan que será otro Alex Grant, pero no tenía poderes especiales de los que yo estuviera al tanto.

—Pasará mucho tiempo antes de que el muchacho pueda luchar como un Grant. Tiempo y muchos pañales. ¿Quién piensa cambiarlos?

—No es asunto mío. Solo obtengo la información, cojo mi dinero y me voy.

—Nombres. Dame un nombre.

—No tengo ninguno para ti. Ya te he dicho que no se nos permite usar nombres.

Pudo ver que esta línea de interrogatorio no estaba siendo productiva, así que cambió al otro tema en cuestión.

—¿Cuándo será el ataque al Clan Rankin?

—Pronto. —El hombre dio un paso atrás y dijo—. Hasta luego, viejo. —Se alejó un poco, luego se dio la vuelta y soltó una risita—. No puedo creer que seas tan tonto como para pensar que creería que eres un espía.

Una flecha cayó en un árbol a menos de un palmo de distancia.

El hombre corrió como un niño pequeño.

—¿Te has cagado en los pantalones, tonto? —gritó Logan tras él. Luego se rio—. Muy buena, Gwynie.

Capítulo 1

Eva

Principios de otoño, 1316, Isla de Mull

El caballo de Eva MacVey se desbocó, casi arrojándola de la silla, pero ella logró sostenerse.

—Snow Queen, ¡detente!

El caballo no le hizo caso y se adentró en el bosque, exactamente como Eva temía que hiciera la asustada bestia.

—¡Snow Queen!

Eva miró por encima del hombro y logró ver que la seguían un caballo y un jinete que no reconoció. ¿Era el extraño caballo la razón por la que su dulce yegua se había desviado del camino?

Tiró de las riendas, instando al caballo a aminorar la marcha, pero este siguió a toda velocidad, y las ramas le arañaban los brazos mientras volaba entre los árboles.

—¡Para, Queenie. Por favor!

Estaban a poca distancia de su casa, con dos guardias no muy lejos —su hermano había insistido, ya que era hermana del jefe del Clan MacVey—, pero nunca antes la habían abordado a caballo.

—Tranquila, Snow Queen. Tranquila, muchacha. —Eva habló en un tono bajo, intentando calmar a su montura, aunque también temía que el caballo que iba detrás de ella la alcanzara. Cuando se dio la vuelta, el extraño jinete había desaparecido, pero le seguían otros tres caballos. Dos eran sus guardias, pero el más cercano estaba casi sobre ella.

En un movimiento suave, el jinete más cercano se inclinó sobre ella y la levantó del caballo, luego la acomodó en su regazo antes de ajustarla para que se sentara frente a él. La pérdida de su jinete frenó a Snow Queen, y el terror abandonó al animal.

Sloan Rankin, jefe de su clan vecino, preguntó:

—¿Estás herida, Eva?

A punto de caerse, se agarró a la silla de montar al mismo tiempo que Sloan le rodeaba la cintura con el brazo, estabilizándola.

—Te tengo.

Algo se agitó en su vientre ante su contacto. Ella se giró y le empujó el pecho, casi haciéndoles caer a los dos del caballo. Él tiró de las riendas y se mantuvo firme, ayudándola a ella también a mantenerse erguida sobre la bestia, y su montura aminoró la marcha.

En cuanto pudo, le dio otro golpe.

—¡Déjame en paz!

—Eva, soy yo. —Sloan finalmente detuvo el caballo—. No te haré daño.

Avergonzada por su reacción, murmuró:

—Lo siento, Sloan.

Adelante, Snow Queen se dirigía de nuevo hacia ellos. Eva se puso de lado para poder mirar a Sloan.

—No quise luchar contigo. Gracias por venir por mí.

Los dos guardias de su hermano se acercaron, pero Sloan les hizo señas para que volvieran al camino.

—Eva —dijo, esperando a asegurarse de que los guardias estaban lo suficientemente lejos como para no escuchar sus palabras —. ¿Qué demonios te ha hecho el conde? Tú nunca me has tenido miedo.

Tenía razón. Conocía a Sloan de toda la vida y sabía que él la protegería de todo y de todos. Él acababa de demostrarlo.

—No te tengo miedo. —Se limpió una lágrima de la mejilla, esperando que él no se diera cuenta.

Su hermano había conseguido que un conde inglés, sir Basil de Stain, la conociera hacía dos lunas. Había venido en dos ocasiones, esperando un encuentro. Eva se había sentido más bien como un premio expuesto sobre una mesa. Él la había estudiado, rara vez le había dirigido la palabra salvo para una conversación cortés, y en cambio se había centrado en su hermano, el laird. Habían conversado largo y tendido, hasta el punto de que la madre de ella había dicho:

—¿Le interesa casarse con mi hijo o con mi hija, milord?

El conde le había lanzado una mirada fulminante a su madre, pero eso nunca había detenido a Rut MacVey, quien había respondido cruzándose de brazos y acercándose un paso.

—Está ignorando a mi hija.

Él replicó:

—Es una niña. Tengo discusiones más importantes a mi disposición.

Rut le pisó el empeine con el tacón hasta que el patán hizo una mueca de dolor.

—Oh, perdón. —Luego sonrió y se llevó a su hija.

—He oído que no fue bien, Eva. A tu hermano no le agradaba el conde, pero ¿te hizo daño?

Ella negó con la cabeza. No le había hecho daño, solo la había ofendido. Le había pedido verle los pechos cuando, a petición suya, les concedieron unos momentos en privado. Eva se había sobresaltado, incapaz de hablar, así que él la alcanzó e intentó quitarle la parte superior del vestido, pero ella se apartó y le dio una patada.

Eso había puesto fin al inminente compromiso.

Y había despertado un nuevo odio hacia los hombres, aunque se recordó a sí misma que Sloan no era como el conde.

¿O lo era? ¿Todos los hombres adultos eran tan vulgares? Esta pregunta la obligó a replantearse su deseo de casarse alguna vez. Aunque su querido padre estuviera aquí para elegir a su prometido por ella, dudaría de casarse con alguien después de cómo la había tratado el conde.

—¿Eva? No estoy convencido de que no te hiciera daño.

Eva sonrió a Sloan.

—No, no me hizo daño. Deseaba más de lo que yo deseaba darle, pero mi negativa le disgustó, así que los esponsales terminaron antes de empezar.

La mirada de furia en el rostro de Sloan le llegó directamente al corazón, pero entonces su expresión cambió tan rápidamente como un relámpago en el cielo nocturno.

—No te mereces ese trato. Si alguien vuelve a abusar de ti, házmelo saber y me encargaré de ello. —La furia había sido

sustituida por una ternura que la reconfortó por dentro.

Había habido momentos a lo largo de los años en los que había pensado que Sloan y ella harían buena pareja, pero después de todo lo que había pasado con el conde, había decidido que vivir sola le sentaría mejor.

Ahora solo tenía que convencer a su madre y a su hermano.

Capítulo 2

Sloan

Sloan condujo el caballo de Eva hasta las puertas del castillo Dounarwyse. Se bajó de la silla, luego se volvió y puso las manos en la cintura de Eva y la levantó. La colocó a una distancia apropiada de él.

Si hubiera podido, habría besado sus dulces y sonrosados labios, pero Eva no habría sido receptiva a tal cosa por su parte. Siempre había sentido algo por ella, pero sabía que los sentimientos no eran recíprocos.

Por eso le había propuesto matrimonio a Gormal. Creía que Eva se iba a casar con un conde inglés, sir Basil de Stain, o como demonios se llamara. El padre de Sloan le había estado presionando para que se casara y tuviera un heredero o dos, pero él lo había pospuesto, esperando que Eva cambiara de opinión. Eso nunca había sucedido.

Le gustaba Gormal. Era una chica dulce, pero al parecer no estaba interesada en casarse con él. Murió al caer de un acantilado tras decirle a su hermana que no soportaba la idea de casarse con él.

Nunca supo lo que la muchacha había odiado de él, pero tuvo que admitir que su muerte tuvo un gran impacto en el hecho de que siguiera soltero.

No podría soportar que otra muchacha se quitara la vida por su ineptitud. De hecho, en un momento dado, quiso preguntarle a Eva por qué no estaba interesada en él, pero después de lo de Gormal, decidió no hacerlo nunca.

Claramente, había algo muy malo en Sloan para que una muchacha eligiera la muerte antes que una vida con él. Otros le habían dicho que ella tenía problemas para pensar con claridad, pero eso no cambiaba un hecho que él tenía claro: era un fracaso total en las relaciones románticas.

Casi había abandonado la idea de que Eva fuera su esposa, pero después de lo que de Stain le había hecho, ¿podría reconsiderar su oferta? Tal vez debería visitar a Lennox y preguntarle.

Prometió considerarlo más detenidamente.

—Gracias, Sloan, pero ahora debo entrar.

Él asintió y siguió su camino. Tenía muchas cosas que atender en su tierra. Las andanzas de su hermano, el tema de la actividad en la bahía, el recuento de semillas, la cosecha de las plantaciones del verano, y su padre, siempre quejándose de una cosa u otra. Sloan se dirigió a casa, con dos de sus guardias flanqueándole.

A medida que se acercaba a la tierra de Rankin, se dio cuenta de que Miles le saludaba desde lejos.

—Justo a tiempo, jefe. Por favor, sígame hasta la orilla del agua.

Sloan siguió a Miles, su segundo al mando, hasta la costa más allá de su castillo.

—No entiendo lo que dices, Miles. ¿Qué has visto, exactamente?

—No estoy seguro —dijo Miles, y luego se detuvo al borde del castillo de Dun Ara, desde donde podían ver Coll, Kilchoan en Ardnamurchan y Rum en un día claro. Observó la actividad en Kilchoan, donde a menudo atracaban los barcos—. Hay más actividad de la que estoy acostumbrado a ver.

El hermano de Sloan, Rinaldo, se unió a ellos.

—¿Qué buscáis?

Sloan se encogió de hombros.

—Nada en particular. Miles cree que ha visto más actividad alrededor de Kilchoan de lo habitual. ¿Qué piensas, Rinaldo? —Puesto que era trabajo de su hermano vigilar los barcos en el mar, debería haberle informado a él de cualquier cambio en la actividad, no a Miles. ¿Qué estaba haciendo su hermano?

—No he visto nada inusual. No soy tan avispado como Miles, pero puedo ver barcos con bastante facilidad. Te lo comunicaría, jefe, si viera algo raro. —Rinaldo esbozó la amplia sonrisa que le caracterizaba. Despreocupado y siempre servicial, su hermano hacía lo que podía con lo que tenía, pero un problema de nacimiento había ralentizado sus facultades, o eso creía su madre.

—¿Qué demonios buscas, Sloan? —preguntó su padre, Dermot. Bajaba la colina con cuidado, sus pasos lentos y deliberados por el sendero rocoso. Su padre había envejecido mucho desde que había perdido a su mujer hacía casi un año.

Sloan casi gruñó porque odiaba que su padre se metiera en cualquiera de sus asuntos con sus hombres. Hiciera lo que hiciera, Sloan estaba equivocado. A su padre le encantaba señalar sus defectos, y cuantos más oídos había alrededor para asimilarlo todo, más feliz era su progenitor. Dermot se había sentido miserable desde que su esposa, Ailis, había fallecido.

Sloan había pagado el precio desde entonces. Más aún desde aquel fatídico día de hacía casi un año, el día en que había perdido a Gormal. Otro de los supuestos defectos de Sloan que a su padre le encantaba mencionar.

—Miles dice que la actividad en los mares ha aumentado. Acabamos de empezar nuestra discusión.

—Pregúntale a Rinaldo. Siempre está aquí para vigilar. Es su trabajo, y lo hace bien.

—No hay nada ahí afuera, papá. Tienes buen aspecto esta mañana. Debes sentirte mejor — dijo Rinaldo, acercándose a su padre para estrecharle el hombro.

—Así es, Rinaldo. Me alegro de que uno de mis hijos se preocupe por mí —refunfuñó, mirando a Sloan.

—Papá, acabas de llegar. —Sloan extendió las manos para hacerle saber que no estaba siendo razonable.

Otra vez.

—No te importaría, Sloan. No lo niegues. —Su padre escupió a un lado.

Sloan decidió que lo mejor era ignorar al viejo con todos sus dolores. Todo había empeorado desde que mamá había fallecido. No tenía ni idea de que debía dar las gracias a su madre a diario por escuchar a su marido. Cómo deseaba que ella todavía estuviera aquí para escuchar al hombre.

—Miles, ¿algún tipo especial de barco?

—Galeras de vela, sobre todo. Remeros, pero no la cantidad habitual. Veo la mayoría en la bahía de Kilchoan. Pero no entiendo

por qué.

Sloan hizo una nota mental para hablar con Lennox sobre el asunto. Había estado en Ardnamurchan recientemente, y recordó alguna predicción que la pequeña Lia había hecho entonces. ¿Debían creer en la palabra de la muchacha?

Aún no lo había decidido. ¿Cuándo habían escuchado los jefes de varios clanes las advertencias de una muchacha de tan solo seis veranos? Sin duda, estaban locos de siquiera considerarlo. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—¿Eva ya ha aceptado? —preguntó su padre.

Sloan contuvo el gruñido que deseaba soltar. El viejo simplemente no dejaba que las cosas descansaran, en cambio creía en la molestia constante, como un niño pequeño.

—No lo sé. No hay nada oficial. Estoy esperando a hablar con Lennox. Ya sabes que estas cosas llevan su tiempo, papá.

—No deberían tomar tiempo. La muchacha debe considerar su buena suerte al ser pedida por un laird y decir que sí. Organiza la boda la próxima semana. No hay razón para esperar su aprobación.

Rinaldo se acercó un paso, su rostro radiante.

—¿Eva aún no ha respondido, Sloan? Creo que harán una buena pareja. Me encantaría tenerla como hermana. —Asintió para que Sloan supiera que lo aprobaba con vehemencia, otra de esas cosas que a su hermano le encantaba hacer.

—En primer lugar, aún no se lo he pedido ni a ella ni a Lennox. Os lo haré saber cuando decida algo. Tengo que aventurarme en nuestras tiendas y decidir qué semillas pedir. Pronto iré a tierra firme a por más.

—Te dije que no habías pedido suficientes semillas. Las judías están escasas este año.

Sloan se detuvo en seco, refunfuñó para sus adentros y luego se volvió hacia su padre, dispuesto a discutir con él porque llevaba registros minuciosos y hacía cálculos frecuentes para asegurarse de que todo iba bien, pero eso era otra cosa en la que su padre creía que fracasaba.

—¿Tienes la barriga llena, papá?

—Sí, está llena. Pero deberías haber pedido más.

Una voz los llamó desde lo alto de la colina.

—Quisiera hablar con usted, jefe, si tiene tiempo.

Sloan estaba más que feliz de reunirse con el hablante, quienquiera que fuese. Significaba que podía alejarse de su progenitor.

—Rinaldo, ayuda a papá a subir la colina. Miles, ven conmigo.

—No necesito la ayuda de nadie —gritó su padre, luego bajó la voz y dijo—. Rinaldo, dame tu brazo para que pueda sujetarme a ti.

—Te he escuchado, papá. —Sloan se dirigió hacia el castillo, mirando en la dirección opuesta para que su padre no pudiera ver su sonrisa.

—¿Escuchar qué? No he dicho nada. Necesitas que te revisen el oído, Sloan.

Miles dijo:

—Es usted un hombre paciente, jefe.

Sloan miró hacia adelante, luego dijo:

—Ramsay, ¿qué te trae por aquí? Ven —dijo, casi en la cima—. Encontraré una buena ale para ti. Incluso tengo un nuevo lote de nuestro mejor líquido ámbar, si quieres probarlo.

Logan Ramsay sonrió ampliamente, algo que Sloan no había visto a menudo.

—Aceptaré el brebaje de ámbar. Mi favorito. Veamos cómo se compara tu brebaje de barril con otros que he probado. ¿Quién elabora el mejor de la isla?

—Ese tendría que ser el nuestro o el de MacVey. Thane aún no ha empezado a elaborarlo, aunque su segundo, Artan, ha estado haciendo muchas preguntas al respecto.

—Tendré que probar ambos unas cuantas veces antes de decidirme —dijo, enarcando una ceja.

—Estoy seguro de que el nuestro te parecerá el mejor. —El grupo de tres se dirigió hacia el castillo, Sloan encabezando la marcha—. Cuando lleguemos al despacho, dame tus noticias rápidamente, Ramsay. Mi padre estará aquí tan pronto como pueda, pero algunas noticias es mejor que no lleguen a sus oídos estos días.

—Se está volviendo tonto, ¿no es cierto? —preguntó Logan.

Sloan dijo:

—No tonto, pero se ha convertido en un verdadero cascarrabias. No le va a gustar nada de lo que digas.

Miles estuvo a punto de resoplar, pero se contuvo lo mejor que pudo.

—Eso es un verdadero eufemismo. Nada le sienta bien al viejo laird estos días. Echa de menos a su Ailis.

Sloan solo podía esperar encontrar a alguien a quien echara tanto de menos como su padre a su madre. Había intentado casarse una vez, y había ido terriblemente mal. Tan mal que temía incluso intentar un compromiso de nuevo, lo que le hizo preguntarse si se atrevería a acercarse a Lennox por Eva. Parecía que a ella le agradaba. Tal vez lo aceptaría después de lidiar con el cruel conde. Tendría que considerar el momento. Si era así, regresaría a la tierra de los MacVey y tendría una charla con Lennox sobre Eva.

Logan no dijo nada, probablemente porque estaba pensando en su propia esposa, a quien había estado a punto de perder recientemente. Doiron le había salvado la vida, pero no la pierna. Había sido difícil para ambos ver a la mujer en ese estado. Pero ella seguía con él.

—¿Cómo le va a Gwyneth? —preguntó Sloan.

—Mejor ahora que está con su familia. Eli está aquí, y nuestra hija Brigid está en camino. Ella y algunos otros han creado un artilugio para ayudar a Gwynie a caminar. Nuestra sobrina Jennet es bastante ingeniosa, y su marido, Ethan, es como ella. Rezo para que funcione.

Llegaron al interior del despacho y Sloan abrió un armario, sacando dos copas y su mejor brebaje, colocando los tres recipientes sobre su escritorio.

—¿Nada para ti, Miles?

—No, yo pasaré, jefe.

Miles siempre lo hacía. Como su segundo al mando, prefería mantener la cabeza fría durante el día. Solo bebía durante las pocas grandes celebraciones en la fortaleza, algo que no hacían muy a menudo. Debería cambiar eso, sobre todo ahora que hacía más de un año que había fallecido la madre de Sloan.

Sloan sirvió un trago y le entregó la copa a Logan, quien la agitó, la olió y sonrió antes de probarla, pasando el líquido ámbar por la lengua para saborear su gusto.

—Un buen lote, Rankin. Te lo agradezco.

—Te enviaré un poco a casa.

—Aceptaré encantado. —Logan asintió, se acomodó en una silla cercana y bebió otro sorbo.

—¿Qué noticias tienes?

Logan tragó su brebaje y dijo:

—Eres el primero.

Sloan dejó su bebida, se sentó en su silla y se acercó al viejo guerrero.

—¿Qué?

—El idiota que cree que se va a apoderar de toda la Isla de Mull ha decidido hacer su movimiento, y ha elegido a tu clan para ser el primero. Alguien le ha aconsejado que tu clan será fácil de conquistar. Todo lo que tiene que hacer es matarte a ti y a tu hermano y el resto le jurará lealtad. ¿Qué opinas?

—La cabeza del bastardo está llena de mierda si piensa que puede luchar contra nosotros tan fácilmente. ¿Quién demonios es esta sanguijuela?

—No sé quién es. No revela su nombre ni dónde está establecido. Yo lo descubrí… Preferiría no revelar mis fuentes. Pensé en avisarte.

—¿Dijo cuándo?

—No, está esperando a que el grupo de Grant se vaya, es mi mejor conjetura. Connor Grant planea irse en un par de días, y probablemente se lleve a la mayoría de sus guardias con él, aunque Dyna pedirá que algunos se queden. Entonces supongo que hará su movimiento. Ha reunido a tres veintenas de hombres. ¿Cuántos tienes tú?

—Solo veintena y media. —Sloan suspiró, temiendo haber fracasado en este empeño, aunque había poca historia de batallas en la isla últimamente, así que no se había preocupado hasta que todo el robo de los niños había comenzado—. Miles ha estado entrenando más duro a nuestros hombres en las lizas después de

todos los estúpidos secuestros. Hemos conseguido algunos guardias nuevos. ¿Tienes alguna otra sugerencia?

Miles dijo:

—Estoy abierto a cualquier consejo. Ingelram está trabajando con ellos ahora. —Ingelram era uno de sus guardias más leales y también uno de los espadachines más fuertes.

—Derric Corbett está dispuesto a intercambiar el entrenamiento en el manejo de la espada por un poco de buen brebaje. No trajeron barriles con él, y con Connor y los demás, lo poco que trajeron se ha acabado rápido. ¿Qué dices de un poco de entrenamiento extra? Es un buen espadachín, y cualquier guardia entrenado por Grant afirma ser uno de los mejores.

Sloan decidió presionar la lealtad del viejo guerrero y se reclinó en su silla.

—¿Quiénes son los mejores? ¿Los guardias de Ramsay o los de Grant? ¿Y quién tiene los mejores arqueros?

Los ojos de Logan se entrecerraron y una leve sonrisa curvó su rostro.

—Siempre un hombre sabio, ¿verdad, Rankin?

—Hago lo que puedo. —Esperó, con las manos cruzadas sobre el regazo, la respuesta de Ramsay.

—De acuerdo. Seré honesto. Dyna es una buena arquera, pero los mejores son los arqueros de Ramsay. Mi hijo Gavin ha entrenado a Eli para que sea una de las mejores. Creo que terminará superando la reputación de Gwynie como la mejor de toda la tierra. Dyna es una buena segunda. ¿Pero espadachines? Desde que mi edad ha hecho su trabajo sobre mis hombros, ya no soy el mejor. Se lo daría a Connor y Alasdair, pero Broc se acerca. El hombre trabaja duro. Créeme que Derric ha sido entrenado duro por el padre de su esposa. Connor lo presiona mucho, y se nota. Tus hombres serían afortunados de aprender de él.

—¿Y Maitland? ¿Dónde encaja desde que es el jefe?

—Él y Dyna lo comparten. Tampoco querrás encontrarte con Maitland en el campo. Ahora que tiene un muchacho que defender, ha estado trabajando más duro que nadie que yo conozca. Alasdair lo ha estado entrenando.

—¿Alasdair y Broc regresan con Connor?

—Broc se quedará. No estoy seguro de Alasdair todavía. Puede que traiga a su mujer y a sus dos hijos.

Miles negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Logan.

—No sé cómo los mantienes a todos en orden, Ramsay.

Logan dijo:

—Recuerda quién está de tu lado en la batalla. Espero que no necesites aprender la verdad de mis palabras.

Sloan dijo:

—Aceptaremos con gusto la oferta de Derric. ¿Debería ir al Clan Grantham contigo?

—No, lo enviaré a ti.

Logan se levantó y salió del despacho al mismo tiempo que se abría la puerta del torreón, entrando Dermot.

—Quiero escuchar tus noticias, Ramsay. De un viejo laird a otro.

—Nunca he sido un laird. Fui el segundo de mi hermano.

—Dicen que fuiste espía del rey Alexander y del rey Robert, ¿es eso cierto?

Logan asintió lentamente con la cabeza.

—Papá —dijo Sloan—. Deja que el hombre se vaya.

Logan se acercó a la puerta, pero Dermot lo cogió del brazo.

—¿Qué noticias hay? ¿Más ataques? ¿Más niños robados? Mi nieto Rowan sigue sin querer salir de la muralla. —Rowan había sido uno de los cuatro niños secuestrados durante el verano.

Logan miró a Sloan y luego a Dermot.

—Mantenlo dentro de los muros. Y a todos los demás. Hay un loco que quiere apoderarse de Mull, pero viene en barco. Nadie sabe de dónde viene, así que estad atentos.

Dermot miró a Sloan y dijo:

—¡Te lo dije!

Sloan suspiró y salió, acompañado de Logan.

—Te agradezco mucho. Tengo una botella en los establos que te daré. Envía a Derric cuando esté listo. Nuestros hombres trabajarán con él cuando llegue.

Llegó a un acuerdo con el viejo guerrero y lo despidió, justo cuando Ingelram se acercaba.

—¿Vino Rinaldo por aquí?

Sloan negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Volvió a desaparecer. Iba a trabajar en las lizas.

—Yo me preocuparé de mi hermano. Tú vuelve a las lizas. —Sloan sabía que Rinaldo era demasiado inestable de la cabeza para soportar mucho esfuerzo físico, así que lo dejaba hacer lo que quisiera.

A veces no tenían ni idea de lo que hacía durante el día.

Capítulo 3

Eva

Eva se inclinó sobre las almenas para observar la actividad que tenía lugar cerca del agua. Podía escuchar todo tan claramente como si las personas estuvieran a su lado.

—Hace demasiado frío, Lennox —declaró Meg—. No voy a entrar.

Su hermano se quitó la túnica y el tartán, ahora vestido solo con sus pantalones.

—Vas a entrar conmigo. —Lennox dio dos pasos hacia su esposa y Meg chilló, corriendo en dirección opuesta.

—¡Corre, Meg! —gritó su hermana tras ella. Tamsin se había casado con Thane MacQuarie y los visitaban a menudo.

Eso hacía que espiar a los cuatro fuera el pasatiempo favorito de Eva. Cómo le gustaba ver a su serio hermano convertirse en alguien completamente diferente, y solo porque se había enamorado de Meg y se había casado con ella rápidamente. Sus travesuras la entretenían más que cualquier otra cosa estos días, y el amor entre Tamsin y Thane le daba esperanzas de que algún día ella encontraría su propia pareja para amar. Uno que la amara por lo que era y no por lo que deseaba que fuera.

Abajo, en la orilla, escuchó un fuerte grito y un chapoteo aún más fuerte cuando Lennox levantó a Meg y saltó al agua con su mujer. Ella salió escupiendo y le empujó la cabeza hacia atrás bajo el agua, pero Lennox la arrastró hacia abajo con él.

Los dos se rieron tanto que hicieron sonreír a Eva.

Tamsin se dirigió hacia los dos, pero Thane corrió detrás de ella.

—Cuidado, amor. Hay raíces de árboles que sobresalen. No tropieces.

—Thane, no me voy a caer al agua. Soy mucho mejor nadadora que antes.

Eva escuchó la conversación sintiendo una punzada de celos. Meg le había dicho que creía que Tamsin podría estar embarazada, pero su hermana aún no había dicho nada.

Eva dejó escapar un suspiro cuando un pájaro dorado se acercó, más cerca de lo que ningún pájaro lo había hecho nunca. Eva se sentó erguida, echándose hacia atrás, y el pájaro se posó en el borde de las almenas, moviéndose como si fuera el rey de la isla.

—Saludos a ti, poderoso pájaro. ¿De dónde has sacado unas plumas tan brillantes? He visto muchos pájaros amarillos, pero tú eres el primero dorado que veo. —El pájaro graznó y brincó un poco, y luego se detuvo a mirarla, mientras una extraña sensación subía por su cuello—. ¿Qué quieres? —La primera palabra que le vino a la mente fue matrimonio. Eva se rio—. No creo que pueda casarme con un pájaro, aunque tú eres muy majestuoso.

El pájaro voló hacia la esquina noroeste y luego regresó. Eva nunca había visto a un pájaro intentar comunicarse con nadie. ¿Intentaba decirle algo?

Una vez que aterrizó de nuevo, levantó la pata izquierda, mostrando un rasguño en ella.

—Tienes un arañazo en la pata. Te habrá dolido.

El pájaro soltó un fuerte graznido y luego se fue porque los pasos de la escalera llegaron hasta ellos.

Su madre abrió la puerta y preguntó:

—¿Cómo que una pata arañada? ¿La tuya?

—No. Un pájaro. Un pájaro bobo que se posó en las almenas y se me quedó mirando. —Miró a su alrededor, pero la criatura voladora había desaparecido.

—Tu padre tenía un rasguño profundo en la pierna. —Su madre estaba en la puerta con un banquillo en la mano—. ¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto. ¿Quieres que te ayude, mamá?

—No, lo hago yo sola todo el tiempo. ¿De qué color era el pájaro?

Eva contestó:

—El color dorado más raro que he visto nunca. Pero no te preocupes por el pájaro. Por favor, acompáñame.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Estás espiando a tu hermano? —Su madre arrastró su banquillo por las piedras antes de acomodarlo para poder sentarse junto a Eva.

—No, espiar no. Es divertido verlos. —Suspiró, sin poder contenerlo antes de que su madre la escuchara.

—Eva, el hecho de que el conde no fuera amable contigo no significa que todos los hombres te tratarán así. —Le dio una palmadita en la mano—. Lo encontrarás. Estoy segura de que lo encontrarás en menos de seis lunas.

—Ojalá pudiera creerte, madre.

Deseaba casarse, más que nada, pero solo con el hombre que su progenitor había elegido para ella. Su querido padre había fallecido hacía dos años y había dejado para siempre un dolor en el corazón de Eva, pero él había elegido a alguien para ella.

Por desgracia, falleció antes de poder revelar quién. Desde entonces, eso la atormentaba. ¿Cómo iba a averiguarlo?

Solo había una manera. Su padre debía haber contactado con el hombre y concertado el matrimonio. Eva tenía que ser paciente. No toleraría otro compromiso con alguien como el conde.

Seguramente un día, su pareja perfecta llegaría a su puerta para pedir su mano en matrimonio. Entonces ella viviría feliz para siempre.

***

Dos días después, Eva se cruzó de brazos y fulminó a su hermano con la mirada.

—Porque aún no estoy preparada —¿Qué mejor razón podía haber para rechazar una propuesta de matrimonio? No quiso hablar del conde porque todos sabían lo que había pasado.

—Esa es una razón de lo más tonta —replicó Lennox MacVey a su hermana.

—No te atrevas a presentarte aquí y decirme con quién me casaré, hermano querido —dijo Eva MacVey, levantándose de su silla cerca de la chimenea, con los brazos ahora a los costados. ¿Cómo podía intentar hacerle lo que él le había dicho a su madre que ella no tenía derecho a hacerle?

—Eva, tienes veintidós veranos. Una edad tardía para que una muchacha se case —dijo Lennox, con una sonrisa tratando de dibujarse en su rostro, pero la contuvo, algo en lo que era un experto. Y eso la enfadó aún más—. Sé que el conde te insultó, pero se ha ido. Esta es una buena oferta para ti, y deberías aceptarla antes de que te tachen de solterona.

—Te acabas de casar con Meg, y tienes veintisiete veranos. No me hables de ser viejo. —Eva había estado de su lado durante años, ambos discutiendo con sus padres sobre los matrimonios forzados. Él había rechazado a su madre, pero hacía un par de meses sugirió que elegiría a la esposa de Lennox—. ¿Has olvidado tu respuesta a mamá cuando sugirió que ella elegiría por ti?

—Eso es irrelevante en esta conversación. No estamos eligiendo por ti. *Él* te eligió a *ti*. Sloan Rankin y tú haréis una buena pareja. Él se ha declarado, tú lo conoces de toda la vida. ¿Qué hay de malo en un compromiso con Sloan? Serás la señora de tu castillo y vivirás no muy lejos de aquí.

Eva echó la cabeza hacia atrás y emitió un gruñido muy poco propio de una dama, sus manos cogieron su cabello oscuro, arrancando las horquillas porque sus ondas ya se habían desordenado.

—¡Mamá! Dile que pare.

Rut MacVey se sentó en la silla más cercana a la chimenea.

—Querida, conoces a Sloan desde siempre. Es un buen hombre. Creo que deberías considerar su propuesta. ¿Qué hay de malo en él?

—No hay nada malo en él, excepto que aún no estoy preparada. —Acababa de deshacerse de un hombre al que odiaba, el conde. Además de eso, su querido padre había muerto no hacía mucho, y le había prometido elegir un hombre maravilloso para ella. Le había prometido encontrarle un guerrero feroz y fuerte, un guerrero escocés que fuera el mejor de toda la tierra. Ella sabía que sería el más atractivo y también el hombre más amable.

Papá lo había prometido. Desde que no era más que una niña rebotando en su regazo, él le había hablado del hombre que tendría la suerte de casarse con ella. Fuerte, feroz, atractivo. Esas fueron sus palabras exactas.

No Sloan Rankin.

Su madre puso los ojos en blanco y suspiró.

—Ahí vamos de nuevo. Lennox, ella no está actuando de forma diferente a como lo hiciste tú cuando intenté convencerte de que me permitieras elegir a tu prometida. Escúchame otra vez, Eva. Sé que tu padre te prometió todo tipo de cosas: un guerrero apuesto, el más fiero de toda la tierra. Te he escuchado hablar de ello desde que eras una chiquilla, pero tu padre se ha ido y no puede elegir por ti. Hace dos años que se fue. Olvidaremos todo lo que pasó con el conde, pero debes seguir adelante. Lennox y yo te hemos dado tiempo suficiente para elegir a alguien, pero tú no lo has hecho.

—Pero el conde intentó proponerme matrimonio. Eso también cuenta.

—No te convenía. Y aunque me alegré de que al final rechazara proponerte matrimonio, no estabas demasiado dispuesta a conocer al hombre. —Su madre tenía esa expresión en la cara que le decía a Eva que nunca ganaría esta discusión.

—Yo lo rechacé —dijo ella, casi dando un pisotón. El hombre había venido de Inglaterra en dos ocasiones, pero a ella no le había agradado. Lo difícil era que no sabía exactamente qué había de malo en él, solo que no le resultaba atractivo. Pero cuando le había pedido verle los pechos, ya que estaba a punto de comprarla, Eva se había negado, provocando la furia de él. Pero la furia de Eva había sido más intensa que la suya, y le había dicho que se largara. Como el hombre era inglés, Lennox le había dado la razón y lo había echado.

Él le había dicho a Lennox que las mujeres eran una propiedad, nada más, y que tenía derecho a inspeccionar su propiedad.

Eva casi le había dado un puñetazo en la cara.

—Piensa lo que quieras, pero te negaste, así que él habría seguido su camino. Hiciste bien en tomar esa decisión, pero eso no cambia el hecho de que tienes más de veinte veranos y ningún pretendiente a la vista. Nadie te querrá pronto. Es el momento, y Sloan es un buen hombre.

—Sloan es un poco brusco, ¿no crees, mamá? El hombre casi nunca habla. Solo gruñe a la gente. —Su mente voló de una característica a otra, tenía que haber una que pusiera a su madre de

su lado. Había conocido a Sloan Rankin toda su vida, desde los días en que él encontraba una rana cerca del agua y se la lanzaba como si fuera un premio.

Las cosas viscosas y repugnantes que uno encontraba en el mar.

O la vez que todos habían estado nadando en el lago y Sloan había encontrado un pez que quería darle como mascota.

Ella le había gritado cuando había intentado dárselo. Cosa fea y escamosa. Los peces no eran mascotas; eran para comerlos en la cena. Los perros eran mascotas, y ella siempre había querido uno, pero nunca lo había tenido. Se había cruzado de brazos y mirado al muchacho como si fuera inglés.

Lennox miró a su madre, mientras apretaba la mandíbula.

—Veo que Eva va a seguir siendo poco razonable. Si tengo que hacerlo, lo forzaré. ¿Por qué no le das unos meses para cortejarte y ver si te convence, Eva? Estoy seguro de que te encariñarás con el hombre. Se ha ofrecido, y no voy a rechazar la única oferta sólida que has tenido. Si esperas mucho más, serás una vieja solterona.

Eva deseaba abofetear tanto a su madre como a su hermano. Él acababa de negarse a conformarse con unos esponsales concertados y, en cambio, se había enamorado de una pareja perfecta para él, su esposa Meg. Se había casado con ella tan rápido que había sorprendido a todos.

La puerta se abrió y su otro hermano, Taskill, entró en el gran salón casi vacío.

—Oh, creo que debería irme. Puedo sentir la tensión desde aquí. —El cabello castaño de Taskill se enroscaba sobre su frente, el viento claramente había reacomodado su estilo usualmente refinado —. ¿Debería volver a salir? Está a punto de desatarse una tormenta, y supongo que eso sería más agradable que lo que sea esta conversación. —Sonrió mientras su mirada iba de un rostro pétreo a otro, pero nadie habló—. De acuerdo, elijo la tormenta. —Giró sobre sus talones para marcharse.

Pero este hermano estaría de acuerdo con ella.

—No, Taskill. Quédate. —Eva llegó a su lado y lo cogió del brazo, volviéndolo para que mirara a Lennox—. Dile que elegiré a mi propio marido.

Taskill sonrió y dijo:

—Que elegiré a mi propio marido. —Eva le dio un manotazo en el brazo, así que él se rio y dijo—. Eva elegirá a su propio marido. Y yo elegiré a mi propia esposa.

—Muchas gracias. Como ambos pueden ver —dijo ella, mirando a su hermano y a su madre—. Él está de acuerdo conmigo.

Taskill dijo:

—Soy el siguiente en edad. Debería casarme antes que tú. Solo que aún no he encontrado a la persona adecuada.

—Ahí lo tienes, madre. Encuéntrale una esposa. Arregla su matrimonio. Tiene cuatro inviernos más que yo. Déjame en paz. —Recogió sus faldas y se acercó a la puerta—. He terminado con esta discusión.

Meg se acercó desde la cocina, con cara de confusión. Eva dijo:

—No importa, Meg. Lennox te explicará cómo me negué a aceptar los esponsales de un hombre que no me interesa. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo.

Meg miró de Eva a Lennox y a Rut, pero no dijo nada.

—No he formado parte de la familia el tiempo suficiente para ofrecer una opinión, Eva. ¡Lo siento!

Lennox rodeó los hombros de Meg con el brazo y le besó la frente.

—Siempre la negociadora, ¿verdad, amor?

Meg sonrió y asintió, pero siguió sin decir nada mientras Eva se acercaba a la puerta.

—¿Y qué le digo a Sloan, Eva? —preguntó Lennox.

—Dile que encontraré a mi propio marido. No hace falta que digas nada más. —Entonces cerró la puerta de un golpe para hacerles saber que lo decía en serio. Tenía que alejarse de ellos. Sabía que sus intenciones eran buenas porque comprendía su forma de pensar.

Era exactamente igual a la suya.

Y sabía que se le estaba acabando el tiempo, pero su padre se lo había prometido. De algún modo, seguía creyendo que aquel hombre apuesto estaba a punto de llegar a su castillo, llamándola

por su nombre. Diciéndole que su padre lo había elegido hacía años y que habían acordado que ahora vendría por ella.

Su hermano la llamaba tonta, al igual que su madre, pero para ella seguía siendo real. Negarlo era admitir que nunca volvería a ver a su querido padre.

Que se había ido para siempre y que nunca volvería.

Ella creía que él la había cuidado, que había elegido a un hombre que pronto le propondría matrimonio. Y confiaba en que su padre elegiría al hombre perfecto para ella. Si tan solo le hubiera dicho su nombre antes de fallecer dos años atrás.

—Papá, por favor, vuelve —susurró para sí misma.

Había pensado en cómo sería el matrimonio para ella. Había visto a Tamsin y Thane enamorarse, luego a Lennox y Meg. El Clan Grantham, el lugar donde pasaba cada vez más tiempo porque se estaba entrenando en tiro con arco, tenía dos de sus parejas favoritas. Dyna y Derric eran tan divertidos de ver juntos, pero ¿aún más? Eli y Alaric la cautivaban.

Un día los había visto salir juntos del castillo, pero Eli se le había adelantado y se había burlado de él como Eva nunca había visto.

Dyna notó su distracción y le dijo:

—No los mires. Aún están recién casados y se aparean como conejos.

Eva había vuelto a desviar la mirada hacia la diana de tiro con arco, había alineado su flecha y había estado a punto de dejarla disparar cuando escuchó un gemido distinto a todos los que había escuchado antes. Su flecha salió disparada, pero se ella detuvo mientras Dyna se paseaba por el campo, recuperando flechas y riéndose.

Eva dio dos pasos y vio a Alaric y Eli juntos contra un árbol como si se hubieran convertido en una sola persona, sus miradas inmóviles mientras jadeaban. Contenta de no poder verlo todo por culpa de unas cuantas ramas bien colocadas, definitivamente podía escucharlo todo.

Todo. Incluido el grito de Eli pronunciando el nombre de Alaric cuando cruzó aquel precipicio del que tanto había escuchado hablar a los demás.

Tuvo el repentino impulso de hacer lo mismo, si es que encontraba a un hombre dispuesto a enseñarle un poco sobre la intimidad.

¿Pero cómo iba a encontrar marido si todos le tenían miedo? Difícil encontrar uno con quien casarse cuando la mayoría de ellos ni siquiera hablaban con ella. Bueno, excepto sus hermanos, aunque Lennox estaba tratando de situarse al lado de los odiados de su lista. Ahora que había estado en el Clan Grantham, había conocido a tantos hombres que había creado su propia lista especial en su mente, y estaban en un lado o en otro. Odiados por un lado, amados por el otro. No había término medio.

Se había interesado por varios hombres en los últimos años, pero si alguna vez intentaba mantener una conversación con alguno en los festivales u otros eventos, la saludaban, sonreían y se marchaban, haciéndola sentir como si fuera la chica menos querida del mundo.

En una ocasión, le preguntó a su única amiga, Alycia, qué había de malo en ella, y Alycia intentó hacerle creer que era solo porque era la hermana del laird. Pero ella sabía la verdad.

Eva no era lo bastante atractiva. Incluso había llegado al punto de considerarse fea. Su cabello caía en ondas rebeldes que tardaba una eternidad en alisar, y era tan oscuro como la noche, muy lejos de los colores dorados del cabello de Dyna o de muchas de las muchachas del castillo Duart. Sus caderas no eran lo bastante curvilíneas y sus pechos no eran tan grandes como los de la mayoría de las muchachas. Tenía los pies diminutos, y su nariz parecía como si Dios se hubiera olvidado de darle una cuando la creó, arrojándole la última que tenía antes de que naciera sin ella.

Solo encontraría marido si su padre le encontraba uno. Estaba convencida de ello. Después de años de ser ignorada, nadie iba a proponerle matrimonio ahora. Había escuchado hablar de otras muchachas, como Theebet MacKinnis, con sus generosas curvas. La muchacha tenía tantos pretendientes que su padre los había echado a todos.

Eva no había tenido más que un conde inglés. Ninguno. Cero. Más de veinte veranos y sangre noble sin ofertas. Tenía que ser fea.

Bueno, supuso que podía contar con Sloan Rankin como su segundo. Cómo deseaba que esa oferta hiciera volar su corazón, pero como conocía a Sloan desde hacía tantos años, no habría nada nuevo en su relación. ¿Por qué casarse con él?

La llegada del Clan Grantham y el reciente matrimonio de Lennox le habían dado un respiro. Su madre la había dejado en paz porque se había centrado en Lennox. Mientras tanto, Eva juró parecerse más a Eli y Dyna, paseando en mallas ajustadas en lugar de vestidos elegantes, y llevando un arco y una aljaba con el cabello recogido. Dyna incluso llevaba a veces el suyo recogido en lo alto de la cabeza, con trenzas salvajes a ambos lados. Se había enterado de que la madre de Dyna era nórdica, pero Eva admiraba ese aspecto más que cualquier otro que hubiera visto. Tal vez tuviera que volver a visitar el castillo Duart.

Eva paseaba por el patio, lamentándose internamente de no tener una amiga lo bastante íntima, aparte de Alycia, para contarle las verdades del mundo. Alycia trabajaba como criada en el castillo, a veces como ayudante de cocinera o sirvienta, así que era difícil apartarla de su trabajo para hablar de los asuntos en los que Eva necesitaba ayuda. Su madre le había aconsejado en múltiples ocasiones que dejara de confraternizar con las criadas.

Su madre le dio el estúpido consejo de que nada bueno saldría de ello. Evidentemente, su madre no entendía lo que era ser una joven sin nadie con quien hablar. Cómo había deseado tener una hermana, siempre envidiosa de la relación que Lennox tenía con Taskill. Los dos hombres hablaban de todo, aunque no con ella porque era una muchacha.

En una ocasión, le preguntó a Taskill qué era un verga tuerta porque las muchachas del servicio se habían estado riendo de ello, pero Taskill se limitó a mirar a Lennox, quien soltó una carcajada como nunca antes lo había escuchado.

Y ella les había dicho la verdad; algún día lo averiguaría por sí misma.

Lennox le había gritado:

—¡Y una mierda, Eva! No repitas esas vulgaridades.

Bellacos, picha floja, verga tuerta, mierdas y zorrillos mohosos a todos ellos.

Cómo deseaba tener una amiga íntima, una como una hermana. Meg tenía a Tamsin, y estaban tan unidas. Eli y Dyna eran primas y parientes por matrimonio, otra relación que Eva envidiaba. Si no fuera por Tamsin, tal vez podría acercarse a Meg, pero siempre que Lennox estaba cerca, Meg no podía dejarlo solo.

Y su querido hermano, que nunca había mirado a una chica antes de conocer a Meg, estaba totalmente obsesionado. No podía apartar los ojos de ella y prefería estar tocándola.

Tocarla le hacía pensar a Eva en zorrillos mohosos. Qué asco.

Una hermana podría haberla ayudado a comprender las confusiones del crecimiento, de los hombres y sus rarezas. De las relaciones íntimas y todos los secretos guardados dentro y fuera de sus oídos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por su única amiga, Alycia, quien cruzaba hacia los establos, y la llamó.

—¡Alycia!

Alycia se detuvo para volverse hacia ella.

—Oh, saludos, Eva. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Bien. ¿Vas a alguna parte?

—Sí, voy a ayudar a los Grantham el resto del día. Elvard vendrá conmigo. Le encanta jugar con Sandor. Te ves sonrojada. ¿Qué ha pasado?

No dispuesta a admitir dónde habían estado sus pensamientos, todavía en las relaciones íntimas de Alaric y Eli, sacudió la cabeza y dijo:

—Estoy enfadada con mi hermano y mi madre.

—¿Por qué?

—Porque quieren casarme con alguien que ellos elijan. —Aunque Alycia formaba parte del personal de limpieza del castillo Dounarwyse, podía conseguir dinero extra trabajando para los Grantham cuando la necesitaban. A Rut no le importaba. Y Alycia era la única amiga verdadera de Eva, siempre dispuesta a contarle la verdad del mundo, algo que sus hermanos y su madre nunca harían.

—¿Quién? ¿Alguien que no te agrada? Te estás haciendo mayor, Eva. Ya te lo he dicho antes. Yo tuve a Elvard cuando tenía dieciséis años.

—Sloan Rankin quiere ser mi prometido.

Alycia soltó un silbido y su rostro se iluminó.

—¿Qué?

—Qué suerte tienes. Has aceptado, ¿verdad?

—No —dijo ella, preguntándose por qué a su amiga le había parecido tan buena idea. Probablemente porque no había podido encontrar marido desde que tuvo a su hijo. Nunca le había confesado a nadie quién era el padre del niño, solo que se había marchado—. No deseo casarme con Sloan. Lo conozco desde siempre. Es demasiado gruñón.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Alycia mientras ensillaba un caballo, pasando su larga trenza por encima del hombro.

—Porque quiero casarme con alguien de quien esté enamorada. Alguien con misterio, alguien que viaje por el mundo y me lleve con él. —Alguien que la siguiera a todas partes como Alaric seguía a Eli.

—¿Ya has besado a Sloan?

—No. No me gusta la idea de hacerlo.

—Bueno, entonces él no es para ti. Pero hasta que no hayas besado al hombre, a cualquier hombre, no sé si sabrás si es el indicado para ti. Podría serlo. Deberías intentarlo.

—No.

—Eres tonta, muchacha. Él es un hombre apuesto. Jefe de su clan, con un montón de monedas y vive cerca del agua. ¿Qué más quieres?

—Amor. Quiero amor y no me conformaré con menos. Si es tan apuesto, ¿por qué no vas tras él? —Y deseó tener la seguridad de que su padre había elegido al hombre para ella. Algo que nunca sabría ahora que él había fallecido. La idea hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Alycia resopló.

—No creo que yo sea el tipo de Sloan.

—¿Y cuál es su tipo? —Confundida por la rápida negación de Alycia, tuvo que preguntarse qué había de malo con Sloan. Le había

agradado como amigo, pero nada más que eso.

—Una chica con su virtud todavía intacta. Ese es su tipo. Es un laird y necesita asegurarse de que cualquier niño nacido de su esposa sea suyo. Además, no estaría interesado en mí si fuera virgen. No soy de sangre noble como tú.

—Bueno, no me importa. Puedes quedártelo si quieres.

Alycia puso los ojos en blanco.

—Como ya he dicho, no le interesaría. Nos vemos luego. Tengo que recoger a Elvard y seguir mi camino.

—¿Cuál es el acontecimiento en el castillo Duart? —Eva había escuchado hablar de algo, pero no podía recordar qué.

—Solo una pequeña reunión familiar. El padre de Dyna se va pronto, así que es la última celebración antes de que Connor y Sela se vayan. No vendrán muchos.

Eva tuvo una idea repentina: Broc. Tal vez podría ir y ver si podía conocer mejor a Broc.

Era la única manera de que su hermano la dejara en paz. Encontrar su propio marido.

Broc MacNicol estaba soltero.

—Voy contigo.

Capítulo 4

Eva

Dyna observó a Eva acomodar su postura y su arco antes de disponerse a disparar de nuevo al blanco. No llevaba tanto tiempo entrenando y había aprendido rápido, pero esta mañana estaba fallando demasiado.

—El codo, Eva. Levántalo o tu flecha irá hacia los árboles. —Este día, no podía dar en ningún blanco.

Eva maldijo, algo que Dyna no había escuchado antes.

—¿Quieres parar, Eva? No pareces tú misma esta mañana.

Eva disparó su flecha, la cual falló por medio caballo. Dejó caer su arco al suelo y miró fijamente a Dyna.

—Estoy distraída. Me disculpo. —La verdad era que ella era una arquera terrible, no importa cuánto lo intentara—. Creo que nunca voy a mejorar en esto.

—¿Qué pasa? ¿Puedo ayudarte en algo?

Ella refunfuñó en voz baja, y luego decidió decirle a Dyna la verdad. Tal vez ella tenía alguna idea de cómo hacer que su hermano cambiara de opinión acerca de desposarla.

—Lennox quiere casarme con alguien.

Dyna pareció sorprendida.

—¿Ya ha elegido a alguien?

—Sloan me lo ha propuesto, pero no deseo casarme con él.

—¿Sloan? Es un buen hombre a mi parecer. Seguramente no está tan mal. Ven a sentarte conmigo un momento. —Señaló dos tocones de árbol.

Eva se dejó caer sobre uno.

—Y ahora mamá está de acuerdo con él.

—¿No te interesa Sloan en absoluto?

Ella negó con la cabeza, temerosa de hablar o las lágrimas inundarían sus mejillas.

—¿Te obligaron a casarte con Derric? ¿Fue Eli obligada a casarse con Alaric? ¿Es así como lo hace todo el mundo?

Los ojos de Dyna se abrieron de par en par.

—No. Ninguna muchacha Grant o Ramsay ha sido forzada. Mi bisabuela, Elizabeth, le hizo prometer a mi abuelo Alex que no obligaría a ninguno de sus hermanos a casarse. Le dijo que estaba mal. Una hermana se casó con un Ramsay, así que se negó a los esponsales arreglados para todo el Clan Ramsay. Y su hermana Jennie hizo lo mismo con el Clan Cameron.

—¿De verdad? Eres muy afortunada.

—¿Qué hay de tu madre? ¿No está de acuerdo contigo?

—No, ella desea que me case con Sloan porque es un laird y vive cerca. No le importa lo que yo sienta por él.

—¿Lo conoces bien?

—Sí. Es muy terco. Siempre tiene una opinión sobre las cosas. Es mandón y brusco. Cree que es mejor en los números que nadie. Y no cree en nada a menos que lo tenga delante.

—Ah, creo que recuerdo un poco de esa conversación. Dijo que no existen las hadas ni los videntes, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo podrías hablar con él si niega tus habilidades? Ahora todo el mundo sabe que Tora es vidente. Incluso Magni lo dice.

—Algunas personas son un poco más tercas que otras. No me molesta que no reconozca mis habilidades, así que por favor no dejes que te moleste. Algunos hombres son difíciles de convencer.

—La mayoría de los hombres.

Dyna arqueó una ceja ante aquel comentario.

—Intuyo que se trata de algo más que creer en videntes. ¿Algo que quieras decirme sobre la mayoría de los hombres?

Eva negó con la cabeza y se miró las botas.

—No. Simplemente no tengo suerte con ellos. Todos los hombres que me han interesado me rechazan.

—¿Cómo sabes que te rechazan? ¿Son tan directos?

—No, hago que Alycia pregunte por mí.

—¿La misma Alycia que está aquí ahora?

—Sí. Ella pregunta y me dice que no me quieren. ¿Es por mi aspecto? ¿Es mi cabello demasiado ondulado o es mi nariz?

La expresión de Dyna cambió a una de sorpresa.

—No, eres una muchacha preciosa. Tienes los ojos azules más bonitos que he visto nunca. No permitas que nadie te diga lo contrario. Existe la posibilidad de que se nieguen porque eres la hermana del laird. Yo tuve problemas porque mi padre era el mejor espadachín de toda la tierra.

Eva inclinó la cabeza en señal de pregunta.

—Connor Grant era el segundo en habilidades después de mi abuelo Alex Grant. Ningún hombre se me acercaba porque temían ser puestos a prueba por mi padre, como Logan puso a prueba al pobre Cailean. Todos le temían, así que tuve que buscarme mi propio marido.

—¿Cómo conociste a Derric?

Dyna se rio.

—Esa es una historia para otro día. Pregúntale a Derric porque él la cuenta mejor, pero lo conocí cuando lo tumbé de espaldas y le puse la bota en el pecho. Dice que quedó prendado de mí después de aquello.

—¿Dónde estabas?

—No en las tierras Grant. Estábamos buscando a los ingleses que iban tras mi abuelo. Derric estaba trabajando con el rey Robert. Tal vez necesites mirar afuera de tu castillo.

Eva no siempre creyó que su padre había elegido al hombre perfecto para ella. Había días en que soñaba con encontrar un buen hombre por su cuenta, uno como Alaric, para tener una relación como la que Eli y Alaric tenían, pero no veía que eso sucediera. Lo mejor para ella, dado su pasado, era no fijarse en ningún hombre. Era poco probable que le sucediera. Nunca descubriría quién había pensado su padre que era el marido ideal para ella, y nadie quería a la hermana del laird, así que sería una solterona que viviría sola en el castillo Dounarwyse, aunque esperaba tener alguna sobrina o sobrino a quien querer.

Alguien soltó un chillido, así que Dyna se levantó, mirando hacia las puertas.

—Dios mío, creo que el grupo del Clan Matheson está aquí. Podemos terminar esta conversación más tarde, si quieres. Pero créeme que no se trata de tu apariencia, Eva. Es más probable que la mayoría de los guardias teman a Lennox. Tiene esa mirada intimidante que hace que algunos chicos se acobarden. Puedes seguir practicando cuanto quieras, pero necesito saludarlos. Han venido desde muy lejos, desde la Isla Black. —Luego gritó—: ¡Mirad, Brigid ha traído perros lobo! Los estábamos esperando.

Un hombre detrás de Brigid abrió una caja y un montón de cachorros salieron corriendo, junto con dos perros más grandes. Eva nunca había visto nada tan adorable, y siempre había querido tener su propio perro, pero Lennox había dicho que no había suficientes perros en la isla. Eva siguió a Dyna hasta las puertas, viendo cómo una hermosa mujer mayor abrazaba a Derric y Dyna.

Entonces Logan salió a toda prisa del castillo, bramando:

—Quítate de mi camino, esa es mi hija, y necesito abrazarla y luego llevarla a ver a Gwynie.

Dyna llamó a Eva y le dijo:

—Brigid, la hija de Logan, y su marido Marcas han llegado. Únete a nosotros para un breve refrigerio, Eva, antes de despedirte. Visita a los cachorros. Llévate uno a casa, si quieres, aunque Marcas insistirá en que te lleves dos, creo.

Eva se unió a ellos y fue presentada a Brigid y Marcas Matheson. Otra pareja feliz, o eso supuso. Decidió seguirlos para poder hacer preguntas. Si todas las mujeres Ramsay podían elegir a sus maridos, quería saber cómo lo hacían.

Siguió al grupo y se sorprendió al ver que un cachorro chocaba con sus pies.

—Vaya, ¿no eres la cosa más mona que he visto nunca? —Se agachó y cogió al pequeño cachorro, acurrucándolo y cepillando su suave pelaje marrón.

Marcas dijo:

—La más pequeña de la camada te ha encontrado. Creo que es una señal de que debe estar contigo. Aunque yo solo te la daría si te llevas a su hermano mayor. Son inseparables desde que su madre liberó a los cachorros. —Se agachó y cogió otro perro tres veces más

grande que el primero—. Te presento a Goldie, la pequeñaja que tienes en brazos, llamada así porque tiene un pelaje dorado entre las hebras marrones y grises. Su protector es Shadow porque siempre está siguiendo a alguien.

—Me encantaría llevarme a los dos a casa.

—Eres libre de hacerlo. ¿Vives cerca?

—Sí, en el castillo de al lado.

—Permíteme limpiar a los cachorros y preparar algo de comida para que te la lleves mientras entras de visita.

Eva entregó a Goldie a Marcas y se volvió hacia el castillo. Luego siguió a Brigid al interior, incluso cuando se detuvo a mirar a su madre junto a la chimenea.

—Mamá, tienes mucho mejor aspecto. —Brigid se apresuró a acercarse a su madre, pero se detuvo en seco cuando esta dejó caer la manta al suelo y se le vio el muñón de una pierna.

—¿Ah, sí, Brigid? No es bonito, pero ya no me duele como antes.

Brigid se arrodilló delante de su madre y palpó las suaves mallas con las manos.

—Estoy segura de que fue duro para ti, mamá, pero sigues aquí. Temía haberte perdido. ¿Quién te ayudó? Sé que no fueron ni la tía Brenna ni la tía Jennie.

—Doiron, el sanador MacVey. Nos quedamos con ellos hasta que me curé, luego vinimos aquí. Quería hacerlo en privado.

—Lo que necesitabas es lo que todos necesitábamos. No podía soportar la idea de perderte, mamá. Me alegro de que papá te trajera aquí, donde nadie te molestaría. Sé lo reservada que eres con algunas cosas.

Sobrecogida por el amor que fluía de Brigid a Gwyneth, a Eva casi se le saltan las lágrimas.

Brigid continuó:

—Te amo, y hemos traído un extraño artilugio que Jennet y Ethan crearon para ti.

—¿Cómo funciona? —preguntó Logan, acercándose por detrás de Brigid.

Marcas entró por la puerta, llevando sus bolsas.

—Es bastante ingenioso. Tiene una correa que pasa por encima del hombro para sujetarlo. Parece casi una pierna sin pie. Es más sólido que una simple estaca, pero hay una forma de apretarlo. Probablemente no lo lleve todo el tiempo, pero le servirá para llegar a un retrete o a las cocinas cuando lo necesite. Jennet incluso subió las escaleras del castillo con él puesto.

Brigid se rio.

—Jennet lo ha probado tantas veces que es un milagro que no se haya roto.

Eva tomó asiento en una mesa cercana, observando todo lo que ocurría. Gwyneth Ramsay era realmente una inspiración. Perder la pierna tuvo que haber sido todo un calvario, y aun así mantenía su destreza con el arco.

Logan parecía duro a veces, pero nunca con su mujer.

El grupo terminó las introducciones y Dyna insistió en que se sentaran para un breve refrigerio. Alycia bajó por la escalera saludándola, así que ella le devolvió el saludo, pero luego su amiga se dirigió a las cocinas mientras Elvard jugaba con Sandor.

La conversación abarcó todo lo que había sucedido.

Brigid preguntó:

—¿Maeve está aquí con el nuevo bebé? Estoy impaciente por conocerlo.

—Sí. Ella y Maitland están en la torre para que no despertemos al bebé. Se preocupan por él todo el tiempo. Es precioso —dijo Dyna —. ¿Has escuchado su nombre?

Brigid negó con la cabeza, abriendo mucho los ojos.

—Dímelo.

—Alexander Drew Menzie Grantham.

Brigid jadeó y luego dijo:

—Me encanta. ¡Oh, me gusta mucho!

Logan se acercó y tomó asiento frente a Eva mientras los demás parloteaban sin parar.

—¿Has escuchado alguna vez la historia de cómo se conocieron esos dos, Eva? Es muy buena.

—No. Por favor, cuéntela. —Estaba impaciente por escuchar otra historia de amor, un cuento sobre el amor verdadero en el que la

pareja se elige el uno al otro en lugar de un matrimonio concertado.

—Él la secuestró.

Asombrada por esta revelación, se inclinó hacia delante.

—¿De verdad? Cuénteme más.

—Había una maldición sobre el Clan Matheson porque todos enfermaron repentinamente. Marcas había perdido a su esposa y no podía soportar la idea de perder a sus hijos, así que fueron en busca de sanadores. Una noche se coló en el Clan Ramsay, pensando que iba a secuestrar a Brenna, pero se llevó a Brigid por error. Jennet dormía entonces en el mismo dormitorio, así que también se llevó a Jennet. La tonta se ofreció voluntaria porque las dos eran inseparables en ese momento.

—¿Y la obligó a casarse con él? —No podía imaginar que Brigid aceptara eso—. ¿Y usted se lo permitió?

—No —dijo con una amplia sonrisa—. Ella se enamoró de su captor. No es algo inusual. Y Jennet se enamoró de su hermano. Tuvimos que ir a la Isla Black para dos bodas. Solo salen de la isla por vacaciones, pero ambas muchachas se convirtieron en sanadoras, así que las necesitaban allí.

Un muchacho alto entró cargando una gran caja y lo dejó en la mesa junto al grupo que comía.

—Toma, mamá. A ver si le gusta a la abuela.

—Mi nieto Hawk. Es un gigante, ¿verdad? —preguntó Logan, el orgullo evidente en sus ojos. El hombre podía parecer demasiado duro, pero amaba con todo su corazón.

Hawk era muy alto. Tenía el cabello castaño que mantenía justo por debajo de sus orejas y sus ojos verdes.

Marcas se levantó, sacó el contenido de la caja y lo mostró a todos. Logan se acercó y lo estudió.

—Fuego infernal, pero Jennet y Ethan hicieron un buen trabajo con esto, Gwynie. Pruébalo.

Tardó un rato, pero Gwyneth por fin pudo acomodarlo bien y dio unos pasos con él. La expresión de su cara les hizo saber lo contenta que estaba.

—Hay un pequeño problema, pero podría ser un gran problema.

—¿Qué? —preguntó Brigid.

—Me duele. Podría hacer una llaga en el muñón. ¿Podemos ajustarlo?

Eva observó cómo cuatro personas diferentes intentaban ajustar las correas para solucionar el problema, pero desde donde estaba sentada, ese no parecía ser el problema. Se dirigió a la cesta que había junto al hogar y sacó una pequeña piel de ardilla. Volviendo al grupo, preguntó:

—¿Puedo?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gwynie.

—Creo que el problema se debe a que su muñón no está nivelado. Si pega esto a una parte donde se une su pierna, creo que se igualará, compensará la parte desigual de su muñón.

Brigid dijo:

—Yo lo arreglo, mamá. Creo que Eva tiene razón. —Lo arregló y Gwyneth lo probó, deteniéndose para dirigirse a Eva.

—Lo has arreglado, muchacha. Muchas gracias.

Marcas se acercó y la cogió por el hombro.

—Bien hecho, Eva. ¿De qué clan eres?

—MacVey. Disculpadme, pero tengo que irme. Gracias Dyna, por las lecciones.

—Permíteme ir contigo —dijo Marcas—. Prepararé a los perros para viajar y te daré la comida que hemos usado con ellos. Si tienes alguna pregunta, estaremos aquí durante una semana, por lo menos. Después de eso, Maitland ha criado muchos cachorros. Él puede ayudarte.

Eva salió junto con Marcas, sorprendida al ver a Goldie correr directamente hacia ella, con Shadow detrás. Los dos se abalanzaron sobre Eva en cuanto se arrodilló.

Por fin, un animal que le gustaba y al que podía mimar.

Cualquier cosa que la ayudara a dejar de pensar en condes y esponsales.

Capítulo 5

Maitland

Maitland entró a grandes zancadas en el gran vestíbulo con el pequeño Grant contra su pecho, mirando hacia fuera, mientras cogía la mano de Maeve. Nunca había conocido tanta alegría como la que experimentaba desde que se había casado con Maeve, el regocijo de tener a su hijo en brazos, algo que lo había hecho llorar en más de una ocasión. Y la sonrisa del pequeño era el espectáculo más hermoso que jamás había visto.

Después de muchas discusiones, habían decidido llamar al muchacho Grant. Maeve no podía llamarlo Alex porque le recordaba a su padre. Sandor ya estaba cogido. Su última opción era Graham o Grant, y ambos prefirieron Grant.

Maitland había estado casado una vez, había pensado tener un hijo algún día, pero él y su esposa habían sido secuestrados y retenidos en una mazmorra por los ingleses, ambos golpeados, pero la verdadera tortura fue cuando lo separaron de ella por un muro de piedra, no lo bastante grueso como para impedirle escuchar sus gritos de dolor mientras daba a luz a su bebé, muriendo ambos en menos de una hora.

Llevaba muchas cicatrices de aquellos tiempos, pero había prometido a Maeve no pensar en el pasado y mirar hacia el futuro. Hizo todo lo posible por cumplir esa promesa, aunque de vez en cuando volvía a caer en la oscuridad.

Pero este chiquillo sacaba lo mejor de él, sus puñitos, sus pataditas y la forma en que su mirada se clavaba en la de su padre. Cuando Maitland entró en el salón, Grant empezó a patalear de emoción al ver a los niños cerca de la chimenea y el salón lleno de gente riendo y disfrutando de la comida.

La primera en verlo fue Brigid, quien se levantó rápidamente de su asiento.

—¡Maitland! ¡Maeve! Me hace tanta ilusión veros a vosotros y a ese dulce niño.

De pronto, rodeado de simpatizantes, el pequeño Grant comenzó a rebotar más y más. Brigid cogió al niño y Maitland la ayudó a sacarlo del manto en el que estaba envuelto.

—Ven a mí, dulce niño. ¡Todos hemos esperado tanto tu llegada!

Grant gorgoteaba y pataleaba, con el puño en la boca cada vez que podía calmarse lo suficiente para hacerlo. Brigid le acarició ambas mejillas y el bebé sonrió.

—Me encanta el nombre, Maeve. Maitland, ¿has visto ya a tus padres?

—No, están en el próximo barco, espero. En un día o dos, deberían llegar.

Dyna dijo:

—Necesitamos a Avelina aquí para que nos ayude a averiguar qué pasa con mis hijas. —Negó con la cabeza y le puso los ojos en blanco a Brigid.

—Gwyneth, ¿tienes un nuevo dispositivo? —preguntó Maeve.

—Sí —dijo ella, uniéndose al grupo por su cuenta—. Y creo que Jennet ha hecho un buen trabajo. —Casi se le caen las lágrimas, pero se las secó—. Mis sobrinos me han dado cierta libertad.

Logan dijo, arrastrando las palabras:

—Y a mi espalda también. —No importaba lo que el hombre dijera, todos sabían que Logan seguiría llevando a Gwynie adonde ella quisiera ir.

Mientras todos se preocupaban por Grant, Brigid y Gwyneth, Maitland asintió a Logan e inclinó la cabeza hacia el despacho. Connor entró justo a tiempo para que Maitland le hiciera señas de que se uniera a ellos. Se dio la vuelta, sin sorprenderse al ver a la pequeña y extraña Lia junto al bebé y Brigid. Seguro que estaba fascinada con su hijo.

Maitland hizo un gesto a Alycia.

—Tres ales, por favor.

Una vez les hubo traído las copas, Alycia salió y cerró la puerta tras de sí, sonriendo un poco más a Maitland.

Logan dijo:

—Será mejor que ignores las miradas de esas chicas, Menzie. O Connor te tendrá en la punta de su espada. Defenderá el honor de su hermana.

Connor se rio de Logan.

—Maitland no tiene ojos errantes. Nunca lo he visto tan feliz. Y a mi hermana también. Me complace ver a Maeve asentada.

—Tuviste suerte de tener a la única cría porque Maeve ya es mayor. Probablemente será el único para ti —añadió Logan.

—Un bebé es suficiente para mí, y nunca querré otro. Adoro a mi mujer. —Maitland se detuvo para mirar las vigas—. Nunca pensé que amaría a otra, pero mi amor por Maeve se hace más fuerte cada día. Los protegeré a ambos con mi vida, Connor.

—Lo sé, Menzie. ¿Escuché a alguien afuera decir que tu padre está en camino?

—Sí, mis padres están en camino. Mi madre no puede esperar a ver a Grant. Cualquiera diría que es su primer nieto.

Connor negó con la cabeza.

—No viene por eso.

Maitland frunció el ceño y miró del viejo cacique a Logan, quien dijo:

—Connor tiene razón. Viene a ver a su hijo con su hijo. No hay mayor felicidad en el mundo.

Connor dijo:

—Me encantó ver a Sylvi cuando nació, pero me cautivó más la alegría en el rostro de Dyna. Avelina y Drew vienen por eso, no por el niño. Él es una razón secundaria. Especialmente después de todo lo que has pasado, Maitland.

Maitland no pudo rebatir su razonamiento. De hecho, sus dificultades se habían reflejado en las actitudes de sus padres.

—De cualquier modo, me alegro de que pronto estén aquí. ¿Te quedarás, Connor?

—Sí. Dyna nos lo ha suplicado. Sela habló con ella la noche anterior y Dyna la convenció para que se quedara. Ella sentía la necesidad de regresar, pero con Astra aquí y Dyna aún inquieta, acordamos quedarnos quince días más. Sela dijo que avisaría a Hagen para que viniera con el próximo grupo si lo deseaba.

Logan dijo:

—Nosotros nos quedaremos. Gwynie está encantada con ese artilugio. Tenemos suficiente familia para mantenernos ocupados por un tiempo. ¿Pasa algo, Maitland?

—No, pero escuché que visitaste al Clan Rankin. Y gracias por el brebaje. Derric los visitará para entrenar un poco —dijo con una sonrisa—. Especialmente si puede conseguir más de ese fino brebaje.

—Dile que hable con Dermot. Creo que él sabe dónde está escondido —dijo Logan con una sonrisa de satisfacción—. Los ancianos siempre están al tanto de los mejores barriles. Ojalá hubiera preparado yo algunos.

—Mi padre traerá más vino, aunque aquí teníamos una buena provisión, la cual era maravillosa. —Maitland dio un trago a su ale y luego dijo—: Cuéntalo todo, Logan. Estoy esperando.

Logan suspiró.

—Hay algún tonto que cree que sería fácil conquistar toda la isla. Le he dicho a su amigo lo insensato que sería, sobre todo ahora que hay tantos guardias Grant aquí, pero es joven y estúpido. Cree que soy un viejo bufón.

Connor resopló.

—No creo que nadie haya tenido nunca una conversación contigo y se haya ido con la idea de que eres un tonto, Ramsay. Viejo, quizá, pero nunca tonto.

—¿Y? —Maitland insistió—. Intentaste distraerme, Logan. Quiero toda la historia. ¿Por qué fuiste a Sloan?

—Porque el idiota dijo que iría tras Rankin primero. Ni idea de cuando, pero le dije a Sloan que necesitaba estar listo. Él dijo que han estado entrenando más desde que Rowan fue robado, pero no está satisfecho aún. Fue entonces cuando le ofrecí la habilidad con la espada de Derric a cambio de un poco de brebaje. Está contento de hacer ese intercambio.

—¡Fuego infernal! —Maitland se levantó y se acercó a la ventana, echando hacia atrás las dos pieles para contemplar el paisaje.

—No te alteres demasiado. No creo que sus fuerzas sean tan fuertes —dijo Logan.

Maitland se dio la vuelta.

—No sabes quiénes son. ¿Y si son nórdicos? ¿O sutherlands o alguien más con números masivos? Estas islas son propicias para un asalto. Si hubiera sabido esto, no habría traído a mi esposa e hijo aquí, Logan. Esta isla no está pasando por un buen momento, no es el lugar al que pertenece mi familia.

Connor se levantó y puso una mano en el hombro de Maitland.

—Tienes mucho apoyo aquí. Y si te hace sentir mejor, enviaré una veintena de guardias a la tierra de Rankin. Estoy seguro de que nos avisarán cuando ocurra y estaremos allí para ayudar.

—¿Y cuántos nos quedarán para proteger a nuestros niños aquí? Debería haberle dicho a mi padre que trajera una veintena de guardias.

Connor dijo:

—Podemos solicitar más, si crees que son necesarios. Puede que no consigamos los caballos aquí, pero tendremos un buen número de hombres para proteger el castillo.

—Eso es lo que quiero, Connor. Quiero cien guardias para proteger a todos en el castillo. Tal vez parezca una tontería, pero ¿cuántos tenemos ahora en total? Conté alrededor de cuatro veintenas.

—Tengo una veintena con MacQuarie. Puedo llamarlos cuando quiera.

—No, pero por favor solicita otra veintena o dos. Construiremos otro establo si es necesario.

—Aún tienen mucho espacio, pero puedo pedir más camastros y mantas.

—Sí, pide más grano, más ale junto con los camastros y las mantas. Más espadas. —Maitland se tiró del cabello, sintiéndose impotente—. Más. Necesitamos más de todo.

Se alegró de que viniera su madre. Con sus extraños dones unidos a la capacidad vidente de Dyna, seguramente estarían prevenidos si algo sucedía. Maitland no sobreviviría si algo les pasara a Maeve y a su hijo.

Seguramente moriría de un corazón roto.

Capítulo 6

Avelina

Avelina Menzie se apoyó en su marido, todavía tan fuerte como siempre, su calor la reconfortaba mientras se ajustaba la bufanda al cuello.

—Sé que aún hace bastante calor, pero no en el barco.

Drew tiró de ella más cerca, envolviéndola con ambos brazos en un abrazo, sonriendo.

—Me encanta tenerte tan cerca. ¿Cuándo te quedas quieta tanto tiempo excepto cuando tienes frío?

—Es verdad. —Se quedó sin aliento al ver el paisaje acercarse a medida que cruzaban el estuario, en dirección a Craignure y la isla Mull—. No puedo esperar a ver a Maitland con su nuevo hijo. Y adoro a Maeve. Será la madre perfecta.

—Él se merece toda la felicidad que les llegue. Ya he escuchado que la isla es maravillosa. Muchos peces y ciervos, buenos clanes, y dicen que el castillo está finamente construido.

—Estoy tan emocionada. Espero que Connor y Sela sigan allí.

—Nunca sabes a quién verás cerca del Clan Grant.

—O el Clan Ramsay. Me pregunto dónde se habrá metido mi hermano. —Logan era uno de los dos hermanos que le quedaban desde el fallecimiento de Quade muchos años atrás—. Espero que Gwyneth siga con él. Me preocupa. ¿Adónde crees que han ido?

—Probablemente a Edinburgh o incluso a London para encontrar un buen sanador.

—¿Mejor que Brenna o Jennie? —Miró a su marido por encima del hombro. No había mejores sanadoras que ellas, en su opinión.

—Quizá haya encontrado a uno de los médicos que han venido de Europa. He escuchado hablar de ellos.

—Solo lo mejor para su Gwynie. —Ella se apoyó la barandilla, el estrecho asiento estaba tan frío como el viento—. ¡Oh!

—¿Qué, Lina?

—No estoy segura. Un momento. —Parpadeó varias veces porque en ocasiones temía que sus ojos hubieran envejecido lo suficiente como para engañarla. Las nubes habían empezado a cambiar, desplazándose rápidamente sobre las montañas de la isla, oscureciéndose, el viento ahora arreciaba.

El capitán del barco gritó desde abajo.

—El viento nos empuja en la dirección equivocada. ¡Seguid remando! Tengo que arriar la vela. Debemos darnos prisa. No me gustan esas nubes.

—A mí tampoco —susurró para sí misma, pero Drew la escuchó.

—¿Qué pasa?

—Las nubes. Me recuerdan al día en que Alex salió de las montañas, la época de la espada de zafiro. Son nubes ominosas, de las que solo he visto dos veces en mi vida. ¡Oh, Drew!

—¿Qué estás diciendo?

Avelina se levantó, arrastrando a su marido con ella hasta la otra barandilla para poder ver mejor. Pero lo que veía no era bueno, y lo que sentía era peor.

—Hay un aura, una especie de advertencia de los cielos. Las fuerzas sombrías pero amenazantes detrás de ella, del tipo que no puedo controlar.

—¿Pero qué significa, Avelina? Dime que no se trata de Maitland o Maeve o su niño. Por favor.

—No puedo decirte lo que significa. Solo puedo decirte una cosa.

—Dímelo. Por favor.

—Se cierne sobre el castillo Duart.

—¿Y? —preguntó Drew, conteniendo la respiración.

—Será mejor que lleguemos pronto. Alguien en el castillo Duart va a necesitar nuestra ayuda.

—Tu ayuda. No puedo hacer nada cuando se trata de tus talentos especiales, Lina.

—No, pero te necesito allí para apoyarme. Entre Dyna y yo, descubriremos lo que está pasando. Estoy segura de ello.

—¿Puedes detenerlo?

—No lo sé, pero lucharé con todo mi ser.

Una ráfaga repentina hizo que el barco se balanceara, la lluvia de repente cayó en olas de una fuerza pulsante que a ella no le gustaba.

—¡Capitán! —gritó Drew—. ¡Haga algo!

—¡Bajad a cubierta! —gritó el capitán a la media docena de pasajeros—. Llevaos vuestras cosas. Esto no va a amainar, y es peligroso quedarse aquí arriba.

Drew intentó tirar de Lina hacia las escaleras para bajar a cubierta, pero ella le apartó las manos.

—No, Drew. Se trata de nuestro hijo o de nuestro nieto. ¡No permitiré que esto le vuelva a pasar! ¡Me quedo aquí!

Se apartó de él y levantó los brazos por encima de la cabeza con un grito de furia, echando la cabeza hacia atrás para mirar las nubes.

—¡No, no, no! ¡Ahora no!

El barco se balanceó y el capitán la cogió del brazo, pero ella lo apartó. Avelina cantó, rezó y pidió ayuda.

—¡Ángeles sobre nosotros, os pido ayuda ahora! Os suplico que nos llevéis sanos y salvos a puerto y que enviéis a las malhadadas nubes de la perdición a otro lugar.

Drew se acercó y se colocó detrás de ella para sostenerla, el balanceo del barco y los vientos casi los derriban a ambos.

—Te tengo, dulce Lina. Ayúdalos —susurró mientras la tormenta los zarandeaba de un lado a otro. Los brazos de ella se balancearon y se movieron rítmicamente, y como levantado por una fuerza desconocida, el barco se impulsó hacia el puerto, atracando en menos de unos instantes. La lluvia torrencial cesó en cuanto llegaron.

Avelina cayó en brazos de su marido, agotada por la batalla que acababa de librar con fuerzas desconocidas.

—Te tengo, Lina. Ven. Tenemos un nieto que conocer.

Avelina besó la mejilla de su marido y dijo:

—Estoy deseando conocer a Grant.

—¿Así es como lo llamaron?

—Creo que sí. Ya veremos.

Recogieron sus cosas y se dirigieron cuesta arriba hacia el pequeño pueblo. Encontró el establo local y pagó por un caballo que los llevara con sus pertenencias al castillo. Estaban a mitad de camino cuando vieron seis caballos que se acercaban desde Duart Point.

—¿Quién es, Drew? ¿Es Maitland?

Se acercaron al grupo de caballos, contentos de ver caras conocidas. Drew dijo:

—Sí, veo a Maitland con un chiquillo atado al pecho, asomando la calva, como nuestros chiquillos. A un lado está Connor Grant y al otro Dyna. Creo que Alasdair y Broc están detrás de ellos. ¿Y el último caballo? Dios santo, creo que es tu hermano Logan, con una muchachita montando adelante. Cabello dorado. ¿Una de las hijas de Dyna, posiblemente?

Lina estudió al grupo, complacida de ver que efectivamente eran su hermano y su hijo menor. Maitland parecía tan feliz como nunca lo había visto, con su hijo cuidadosamente protegido de la intemperie, cabalgando contra su pecho. Todos los Grants parecían fuertes e intimidantes, pero no fue eso lo que llamó su atención.

—¿Ves a Maitland? —preguntó Drew.

—Sí, lo veo.

—¿Y a tu hermano?

—Sí.

—¿Entonces qué es? Sé que algo más tiene tu atención. —Drew había aprendido a captar sus extrañas auras.

Avelina le dio una palmadita en el brazo.

—Sí. Es algo bueno. —Seguiría diciéndose eso a sí misma, pensara lo que pensara—. La muchacha con mi hermano.

—¿La muchachita de Dyna?

—No.

—¿Entonces quién?

—Alexander tiene su propio ángel. Su nombre es Lia.

—¿De qué estás hablando?

—La pequeña muchacha. ¿No ves los rayos del cielo rodeándola?

—No, no veo nada.

—Yo sí. Es un ángel. Un ángel guardián. Está aquí para proteger a nuestro nieto.

De qué, no lo sabía. Por ahora, estaba agradecida de ver a la pequeña guerrera, con sus poderes brillando a su alrededor. Tenían un nieto que era realmente especial.

Y un angelito enviado desde los cielos para protegerlo.

Capítulo 7

Sloan

Sloan bajó a grandes zancadas la colina hasta situarse en su lugar favorito de la tierra Rankin para contemplar el mar, con el viento apartándole el cabello de la cara. Sonrió, como siempre, porque le encantaba este lugar. En un buen día, el viento le rociaba el mar hasta la cara, algo que él y Lennox habían hecho cuando eran más jóvenes, sentándose en las rocas para ver quién se mojaba más.

Desde allí se podía ver todo lo que ocurría al otro lado de la bahía Bloody.

Y definitivamente algo estaba pasando. Había visto más barcos que nunca yendo y viniendo de Kilchoan a Coll. No tenía ni idea de lo que transportaban los barcos, y sentía curiosidad, pero le interesaba más saber por qué Rinaldo no había mencionado el aumento de la actividad. Era la principal responsabilidad de su hermano, y estaba fracasando en ello.

Era una tarea sencilla para una persona de mente simple. Su madre siempre había insistido en que el nacimiento de Rinaldo había sido difícil, y por eso lo consideraba deficiente. Su padre había insistido en que no presionara demasiado a Rinaldo.

Oh, hubo momentos cuando eran jóvenes en que Rinaldo había demostrado algunas limitaciones en su pensamiento, pero no tanto como sus padres pensaban. Al menos, no en la mente de Sloan.

Desechó estas ideas, cambiando de tema mientras caminaba de un lugar a otro. Lennox aún no había vuelto para darle su respuesta a la oferta que le había hecho por su hermana, y hacía tiempo que debía haberlo hecho.

Sloan había sufrido más celos de los que jamás había admitido al ver a su amigo enamorarse tan rápido que había conmocionado a todo el mundo, Lennox incluido. Había conocido a Meg y juraba que había sabido que era la indicada para él desde el momento en que

había blandido un hacha sobre su cabeza y apuntado directamente a su pecho.

Sloan deseaba haber estado allí para verlo, pero había escuchado hablar mucho de ello a su sobrino Rowan, uno de los niños secuestrados y salvados por Meg, la nueva esposa de Lennox.

Lennox y Meg, Thane y Tamsin, Maitland y Maeve, Derric y Dyna, Alaric y Eli... más parejas a las que observar de las que jamás había prestado atención. Era como si estuvieran inundados de parejas felices. Parejas delirantemente felices, Logan y Gwyneth Ramsay incluidos. Toda la situación fomentaba en lo más profundo de su vientre el anhelo de una vida más feliz, de una en la que no todo lo decidiera su padre y si estaba a la altura de los estándares del viejo laird.

Deseaba la misma felicidad. Pero había sido reprendido demasiadas veces por la única muchacha que conocía desde hacía años.

A quien había amado durante años: Eva MacVey.

Eva, con sus largas ondas oscuras que le caían por la espalda, sus labios sonrosados y una sonrisa capaz de paralizar a cualquier hombre. Aunque pequeña, era una potencia cuando se trataba de su mente. Podía recordar numerosas ocasiones en las que uno u otro muchacho se metía con ella cuando era joven, y ella les hacía frente, audaz como siempre, con sus inteligentes burlas que ponían a cada chico en su lugar.

Un verano, un grupo de muchachos se había dirigido a pie al lago y Eva los había seguido. Un chico le había dicho que se marchara, y ella se había acercado y dicho: «Yo me quedo» con el ceño fruncido. Luego le había dado un fuerte pisotón en el pie y preguntado «¿Quieres que te pisotee también la otra bota?»

Él la había empujado un poco, pero Sloan cogió la mano del matón, se la apretó y le dijo:

—La chica te ha hecho una pregunta.

El chico lloró y echó a correr.

La respuesta de Eva había sido sonreír a Sloan. Esa había sido la primera vez que él supo que Eva iba a ser algo más que una

jovencita viviendo en el castillo de al lado. Eva le había provocado las primeras mariposas en su estómago.

Lennox había resoplado.

—Tienes media hora, Eva. Luego te vas a casa.

Y ella se había adelantado, siguiendo al grupo hacia el lago.

Sloan siempre se había sentido atraído por la muchacha, pero por desgracia, los sentimientos no eran recíprocos. Había esperado pacientemente a que creciera. Ella tenía veintidós veranos y él veinticuatro, pero seguía sin interesarse por él.

Cada vez que se le acercaba, ella le rehuía, como había hecho no hacía mucho en el castillo Dounarwyse.

Cansado de esperar, se había acercado a Lennox y había pedido la mano de Eva, esperando que su viejo amigo aceptara con una sonrisa y un apretón en el hombro a modo de felicitación, pero eso no había sucedido. Lennox le había dicho que tendría que preguntárselo a Eva.

Sloan suspiró porque sabía cuál sería su respuesta. Lo que más curiosidad le despertaba eran sus razones para la negativa que sabía que iba a llegar. ¿Era su aspecto? ¿Su comportamiento? ¿No era lo suficientemente alto? ¿No era lo bastante listo?

Él nunca había tenido la oportunidad de besar a la muchacha, así que sabía que esa no era su razón.

Miles lo llamó.

—Tiene visita. MacVey está aquí.

Sloan asintió, dirigiéndose a la colina para aceptar la negativa, pero estaba ansioso por escuchar la razón. Siendo buenos amigos, sentía que Lennox le debía eso.

—MacVey —dijo mientras Lennox se acercaba, bajando la colina para reunirse con él, supuso que porque no deseaba ser escuchado. Su amigo le ahorraría la vergüenza de ser rechazado delante de todos sus guardias.

—Rankin. ¿Algo ha llamado tu atención aquí abajo?

—No, solo disfruto de la tranquilidad del mar y los pájaros. Mi lugar favorito. Tú tienes el sonido, yo tengo el mar. —Se encogió de hombros, no quería insistir, así que esperó a ver por qué estaba aquí.

—He venido a darte la respuesta de mi hermana a tu propuesta. Ella acepta.

Sloan no podía estar más sorprendido. Nada que alguien pudiera haber dicho le habría sorprendido más.

—¿Eva aceptó? ¿Aceptó casarse conmigo? —Tuvo que admitir que su corazón se aceleró un poco, aunque no lo diría, pero la respuesta le complació. Tal vez con un largo noviazgo, podría ayudar a Eva a aprender a quererlo. A ver sus mejores cualidades. Le daría tiempo para aprender más sobre ella y cómo hacerla feliz.

Las posibilidades eran infinitas. No pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara.

Lennox hizo una mueca y dijo:

—No exactamente. —Se rascó la barba, un movimiento que su amigo hacía a menudo cuando estaba a punto de mentir.

—¿Qué quieres decir con eso? Es un sí o un no. No hay término medio, Lennox.

—En este caso, yo acepto por ella. Eva verá la sabiduría de mi decisión con el tiempo.

Sloan dio un paso atrás. Sabía que así era para muchos. Los ancianos del clan decidían quién sería una buena pareja y lo ordenaban. Él no quería eso para su matrimonio.

De ninguna manera querría que una muchacha fuera obligada a casarse con él.

—¿Hablaste con ella o es tu decisión?

—Hablé con ella.

—¿Y?

—Y se negó. Alguna que otra tonta razón sobre que nuestro padre habría elegido a su marido, pero ella no sabe de lo que está hablando. Él se ha ido y yo estoy aquí, así que yo elijo por ella. Eres un buen hombre para ella. Se adaptará.

Sloan sentía que estaba a punto de perder los estribos por completo. No sucedía a menudo, pero cuando llegaba a ese punto, no había forma de detener su furia. Pero se las arregló para contenerla un poco más.

—¿Se te ocurre tomar así una decisión tan importante para tu hermana? ¿Y crees que yo quiero una esposa obligada a casarse

conmigo? Maldición, será mejor que lo pienses otra vez, amigo. ¿O estás a punto de convertirte en mi enemigo, MacVey?

—¿Qué demonios, Rankin? Te estoy dando lo que quieres. La mano de mi hermana en matrimonio. ¿Por qué estás molesto por ello?

—Porque quiero que esté dispuesta a ello. ¿No conoces a tu hermana? ¿Crees que deseo verla encadenada en el altar? Sabes que eso es lo que haría falta para que la testaruda muchacha se casara conmigo si no está dispuesta. Eres tan insensato como mi padre si crees que deseo eso.

—Y una mierda.

—Lo eres. Solo piensas con la polla. Estás tan absorto con tu nueva esposa que no puedes ver lo que tienes delante. Eva no me quiere.

—Entonces, ¿por qué demonios me lo pediste? ¿Te estoy dando lo que quieres y vas a rechazarme ahora?

—Sí. Si Eva no puede venir a mí voluntariamente, no quiero ese matrimonio. —Hizo todo lo posible por bajar la voz, pero no pudo evitarlo. Y claro, de la nada apareció su hermano.

Rinaldo se acercó.

—¿A qué vienen esos gritos, Sloan? ¿Puedo ayudar en algo?

—No, hemos terminado aquí. Márchate, MacVey. —La mano de Sloan se dirigió a la empuñadura de su arma, aunque nunca la desenfundaría contra su amigo.

Lennox asintió.

—Lamento que te sientas así. Como he dicho, aceptamos tu oferta. Vendremos otro día para hablar de las inminentes nupcias. Ya comprenderá que es lo mejor para ella. —Asintió con la cabeza y se dirigió colina arriba.

Sloan esperó hasta que se hubo ido y se volvió hacia Rinaldo.

—Si le dices una palabra de esto a alguien, te golpearé hasta que se te hinche tanto la lengua que no podrás volver a hablar.

Rinaldo palideció, pero luego sonrió.

—Pero por lo que he escuchado, Eva va a casarse contigo. ¿Eso no te hace feliz?

—¡No cuando la están forzando a ello! —Sloan se dirigió hacia la colina, gritando detrás de él—. Recuerda lo que dije, Rinaldo. Ni una palabra a nadie.

Capítulo 8

Eva

Eva estaba sentada en el suelo del gran vestíbulo, justo afuera del despacho de su hermano, donde sus dos hermanos discutían sobre alguna discrepancia de semillas, un tema que ella encontraba totalmente carente de interés.

—Ven, Goldie. Siéntate conmigo —dijo absolutamente enamorada de su nueva amiga.

Eva sonrió cuando el pequeño sabueso corrió directamente hacia ella, saltando sobre su regazo y aterrizando en medio de su falda. Shadow la siguió, apretando el hocico contra el perrito como si quisiera molestarlo, y luego corrió en círculos.

Goldie respondió saltando de su regazo y cayendo de bruces porque había calculado mal la distancia. Shadow corrió al lado de la cachorra, animándola a levantarse de nuevo, cosa que hizo, retozando detrás de Shadow.

Los dos eran un deleite para la vista, tanto que Eva se había quedado sentada ahí desde que Taskill había entrado en el despacho.

Su voz llegó hasta ella.

—Te digo que no hay grano suficiente para todos. Esta vez lo conté cuidadosamente, y Jasper confirmó mi cuenta. Tus cálculos deben estar equivocados, Lennox.

Lennox se paseaba, de la misma manera que siempre lo hacía mientras el miembro más nuevo de la familia, Meg, preguntaba:

—¿Puedo ver tus cálculos, esposo?

Lennox respondió:

—Por supuesto, cariño.

Jasper preguntó:

—¿Sabe hacer números, milady?

—Mejor que cualquiera de nosotros —dijo Taskill. Eva sabía que sonreía de oreja a oreja cuando hizo esa afirmación. A todos les

hacía cosquillas que Meg fuera una genio con los números, capaz de multiplicar y calcular en su cabeza más rápido que cualquiera de ellos.

—Creo que aquí hay un error, Lennox —dijo.

Eva levantó la cabeza y se inclinó hacia atrás. Oh, cómo le gustaría estar ahí dentro para presenciar el horror en la cara de su hermano mayor al verse pillado en un error. Esperó, ignorando a los perros por el momento, mientras su madre bajaba por la escalera.

—Meg, tienes razón. Cometí un error. Déjame mirar otra vez, por favor.

Todo se quedó en silencio mientras Lennox probablemente estudiaba el papel una y otra vez antes de tomar una decisión final, si tuviera que adivinar.

Lennox dijo:

—Así es. Volvamos a calcular, y vayamos al almacén a repartir más sacos de grano a quienes lo necesiten. Mis disculpas a todos, Taskill. Por favor, diles que fue un error honesto, que mi cabeza estaba nublada por esta belleza frente a mí.

Taskill se rio y Meg soltó una risita, pero entonces el grupo se marchó, todos en dirección a las bodegas.

Una vez que se quedaron solas en el vestíbulo, su madre le dijo:

—Eva, ¿cuántas veces tengo que decirte que esos perros no deben estar en el vestíbulo? Los perros deben estar fuera.

—Pero si ella es solo un bebé, mamá.

—Un bebé con pelaje que se mete por todas partes. Veo que no importa lo que diga, me ignorarás, así que por favor, ¿podrías al menos confinar a las pequeñas bestias a la zona de la esquina? No me importa tener pelos de perro por toda la parte inferior de mis finos vestidos. Cómo me gustaría que tu padre estuviera todavía aquí para enderezarte, jovencita.

—Yo también desearía que papá siguiera aquí. —Eva suspiró, pero se levantó y se llevó a los perros a la zona designada, tomando una manta con ella—. Esta va a ser la cama de Goldie. Necesita algo suave para dormir.

—Tu cama no o me molestaré contigo. Ella tiene algo suave para dormir. Shadow. Siempre se acurrucan juntos. Son animales.

Rut se acercó, manteniendo la distancia con los cachorros, eligiendo una silla cerca del hogar.

—Eva, ¿has pensado más en la propuesta de Sloan Rankin? Sería un buen hombre para ti. Deberías reconsiderarlo y aceptarlo.

—No, mamá. Estoy esperando al hombre que papá eligió para mí. Creo que aparecerá en mi puerta algún día. Entonces me casaré con alguien a quien ame. Y ese no es Sloan Rankin.

—Oh, tonterías. Tu padre pensó que algún día elegiría por ti, pero enfermó. Él no puede elegir por ti, así que confía en tu hermano y en mí. Ya has pasado la edad de casarte, Eva, y no has mencionado a nadie. ¿Te estás escabullendo con un guardia local y revolcándote en el heno de los establos?

—¡No, mamá! ¿Cómo puedes sugerir tal cosa? —Horrorizada por el comentario, tuvo que admitir que tal vez había llegado el momento de plantearse un revolcón en el heno.

—Escucha, querida. Te he dado tiempo suficiente para llorar a tu padre. Eras la pequeña de papá, la única, y sé que te mimó. Pero has tenido tiempo suficiente para recuperarte. Serás una vieja solterona si no encuentras a alguien con quien casarte. Muy pronto, nadie te querrá. ¿No quieres tener hijos? Si esperas demasiado, no podrás tener ninguno.

—No soy una mimada, mamá. Que papá me quisiera mucho no significa que esté malcriada. Odio cuando dices eso. Lo dices tanto que los demás también lo creen. —Sabía que era cierto que su padre cedía a sus peticiones mucho más rápido que su madre, lo que hacía que se dirigiera a él con casi todas las peticiones que tenía, pero eso no significaba que estuviera mimada. Cómo odiaba que Alycia la llamara así.

—¿Quién se atrevería a decir que mi hija es una mimada? —Su madre se levantó y cruzó los brazos sobre el pecho, algo que no auguraba nada bueno para quien no estuviera a su favor en ese momento.

—Nadie en concreto. Solo lo he escuchado de otros.

—¿Qué otros?

—Eso no importa. —Nunca le diría a su madre que su única amiga, Alycia, le había dicho que era una mimada en múltiples

ocasiones. Y no paró cuando Eva le dijo que no le agradaba. Alycia que pensaba que era una broma entre ellas—. De cualquier manera, sabes que papá siempre decía que sabía con quién deseaba que me casara. Que algún día me lo diría. Creo que su fantasma me vigila y, de algún modo, me hará saber quién es. Deseo esperar.

—¿Cómo puede decírtelo si no está aquí? Y si hubiera elegido a alguien para ti, ¿no crees que lo habría hablado conmigo?

—No, papá y yo tuvimos conversaciones privadas.

—Bien, guarda tus secretos.

—Puede haber otra manera. Hay videntes que viven en el castillo Duart. Supón que le pregunto a Dyna o a su hija si pueden hablar con papá. Seguramente, podrían llegar a él, y él me daría el nombre.

—No irás allí a molestar al jefe del Clan Grantham para que hable con los muertos.

—¿Qué hay de Lia? Dicen que es un hada. Quizás ella pueda decírmelo. Se lo preguntaré la próxima vez que la vea.

Su madre negó con la cabeza, exasperada.

—No se te puede hacer entrar en razón, muchacha. Está bien. Pero creo que vas a esperar mucho tiempo para escuchar algo de un muerto. —Dejó caer los brazos y volvió a su silla, acomodando una piel sobre su regazo—. Dime por qué pensarían que eres una mimada. ¿Esa persona misteriosa te ha dado alguna razón para tal juicio?

Eva sabía las razones, pero pensó que tal vez debía guardárselas para sí, pero entonces Goldie se acercó y le ladró casi en la cara. Como si el animal le estuviera diciendo lo que tenía que hacer.

—Está bien, Goldie. Lo diré. Esta persona dice que no tengo responsabilidades. Que no tengo que trabajar como los demás del clan. Que la señora dirige el castillo y a los sirvientes y la cocinera, pero yo no hago nada.

—¿Y qué dijiste?

No le gustó nada que el tono de su madre se hubiera suavizado como si viera algo de verdad en las crueles palabras de Alycia.

—Le dije que tengo muchas cosas que hacer. Cuido de mi propia alcoba. Ahora soy la cuidadora de dos perros. Y que estoy

aprendiendo tiro con arco.

—Has aprendido a leer y escribir, muchacha. No muchos lo han hecho.

—Tienes razón, mamá. Muchas gracias.

—¿Por qué no lees un libro y me lo cuentas?

Ella frunció el ceño. No había muchos libros y los que había eran bastante aburridos.

—Le he pedido a Lennox que intente localizar más libros, pero me dice que no sabe dónde encontrar alguno. Me encanta leer, mamá.

—Lo sé, querida. Solías leerle a tu padre siempre que se ponía enfermo. Le encantaba escuchar tu voz. Siempre creyó que eras una chica brillante, que habría muchos pretendientes clamando por tu mano.

Eva frunció el ceño de nuevo, dejando caer el animal de tela que tenía y que utilizaba para jugar al tira y afloja con Goldie.

—No se ha ofrecido nadie más que Sloan. ¿Qué hay de malo en mí, mamá? —Odiaba preguntarlo porque temía la respuesta, pero la pregunta había predominado en su mente durante el último año. ¿Qué había de malo en ella? ¿Por qué nadie más que Sloan se había ofrecido por ella? Se negaba a considerar al conde como pretendiente. Él no estaba interesado en ella, solo en el útero en su vientre. ¿Era de cara larga, demasiado hogareña o demasiado habladora? Alycia siempre se burlaba de ella por sus pechos pequeños, aunque Eva no los consideraba tan pequeños. En su mente, eran perfectos.

—No hay nada malo en ti. La verdad es que no hay muchos pretendientes de sangre noble aquí en la isla. Le he dicho a Lennox que deberíamos llevarte a la corte, pero se resiste. Sloan es tu mejor opción en la Isla Mull, Eva. Piénsalo, por favor.

Su madre dejó la piel a un lado y se dirigió hacia las cocinas.

—Iré a hablar sobre las comidas con la cocinera. Meg está haciendo un buen trabajo aprendiendo sus nuevas tareas. También es una chica brillante. Deberías hablar más con ella.

—¿Mamá? ¿Por qué no me enseñaste algunas de sus tareas? Me gustaría ser útil, pero siempre me has dicho que era tu trabajo.

Podría haberte ayudado. ¿No podría ayudar a Meg?

Su madre se detuvo y dio unos golpecitos con el pie, pensativa.

—Supongo que es culpa mía. No quería agobiarte, pero ya eres mayor. Preguntémosle a Meg si quiere que la ayudes. Piensa en qué tarea te gustaría. Sé que no se te dan bien los números, pero podrías trabajar con la cocinera o encargarte de la mantelería o las bodegas. ¿Qué hay del vino?

Ninguna de esas tareas le sonaba lo más mínimo atractiva, así que dijo lo único que se le ocurrió.

—Lo pensaré detenidamente.

—Hazlo y avísame. ¿Y qué hay del Clan Grantham? ¿No hay allí alguien que te interese? Hay muchos Grant y Ramsay en este mundo. Seguro que alguno de ellos te atraería. Todos son de sangre noble.

Pensó en Broc, preguntándose por qué no se había acercado a él el otro día. Había estado demasiado ocupada con sus nuevas mascotas.

—Hablaré con Dyna cuando vaya a mi próxima lección de tiro con arco.

—Creo que es una excelente idea, Eva. Debo seguir con mis deberes. —Su madre se arremolinó la falda al darse la vuelta, algo que Eva no podía ni empezar a imitar.

Esa conversación la dejó sintiéndose como si no valiera nada.

Meg subió de las bodegas, los hombres salieron por la puerta principal mientras Meg se acercaba a la chimenea.

—Hace mucho frío en las bodegas. Tengo que calentarme las manos. ¿Te encuentras bien, Eva? No tienes buen aspecto.

—Estoy bien. Fue solo la conversación con mi madre lo que me frustró. —Se acercó para sentarse en una silla junto al fuego. Meg era casi de su edad y por lo tanto debería entender sus problemas.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Meg.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo supiste que se te daban bien los números? ¿Te esforzaste mucho para que se te dieran bien?

Meg se sentó y negó con la cabeza con una sonrisa.

—No. Se me dieron fácilmente. En parte era que me encantaban los números.

—¿En serio? Pero, ¿por qué? A mí me aburren bastante.

Meg se rio.

—Porque siempre son ciertos. No cambian, es divertido jugar con ellos y son exactos. No necesitas pensar en nada con los números. La verdad está ahí para ti, y nunca te mentirán. Y hay algo en su ritmo, la forma en que trabajan juntos, los patrones son tan intrincados a veces. —Jugó con sus dedos mientras hablaba, mirando fijamente al fuego—. A veces, cuando mamá nos daba algo para dibujar, yo hacía dibujos basados en números. Los resultados me gustaban bastante, aunque Tamsin a menudo decía que no lo veía. Siempre me gusta que las cosas estén equilibradas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí. Ambos lados de tu falda deben tener el mismo largo.

—¡Exactamente! —sonrió Meg.

—¿Cómo supiste que te gustaban los números? ¿Y cómo se te dio bien el hacha? Sigo intentando perfeccionar mis habilidades con el arco, pero se me da fatal. —Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero casi siempre erraba el tiro, su flecha salía desviada.

—No sabía que era buena en ninguna de las dos cosas. Simplemente surgió. ¿Sabes lo que me dijo un día una joven en el bosque?

—¿Te refieres a Lia?

Lia había sido secuestrada junto con otros tres niños, Magni, Rowan y Tora. Meg había sido robada para cuidar de ellos. Habían escapado y viajado por el bosque, se habían dirigido al puerto, y finalmente se habían encontrado con Lennox, quien los trajo a todos a casa. Lia tenía ahora seis veranos, pero a veces hablaba como si tuviera cuarenta.

—Sí. Lia me dijo que los cielos saben cuál será tu propósito, pero puede que no te lo digan hasta que más lo necesites.

Eva lo pensó un momento y luego dijo:

—¿Eso tiene sentido para ti?

—Sí, lo tiene. Yo no creía que supiera lanzar un hacha hasta que tuve que salvar a los cuatro niños de aquel hombre malvado. Vino hacia nosotros y algo dentro de mí me dijo que la lanzara, y lo hice. Él cayó al instante.

—¿Quieres decir que no sabías que eras buena lanzando hachas antes de eso?

—No, no lo sabía. Fue una sorpresa total para mí. Ya lo había hecho antes, así que fue la única arma que llevé conmigo cuando hui. Nunca planeé usarla.

—¿Y los números? ¿Cuándo te dijeron los cielos que tenías un don especial para ellos?

Meg sonrió.

—El cielo nunca me lo dijo. Aprendí los números por mi padre, pero nunca los utilicé más que para jugar con ellos en mi mente. Fue tu hermano quien me dijo que se me daban bien sumar y calcular. Ahora uso los números más que nunca, y me encanta usarlos.

—Entonces, el cielo no te dijo nada sobre números.

Meg sonrió y dijo:

—No, pero me envió a tu hermano. —Se detuvo porque se le empañaron los ojos, algo que sorprendió a Eva—. A él lo envió el cielo, no los números.

—¿Y lo amabas cuando lo conociste?

—Oh, no.

—¿No lo amabas? —Esta confesión le pareció más interesante que cualquier otra cosa que hubiera escuchado esta mañana.

—No. Le odiaba. Pregúntale a tu madre. Creo que nos escuchó discutir cerca del embarcadero. Intentó darme órdenes y no me gustó. Me dijo que era una ignorante, y eso tampoco me gustó.

—Entonces, ¿cómo acabaste queriéndole?

Meg se encogió de hombros.

—Tuve que pasar tiempo con él, ver todas sus buenas cualidades. Y él me cuidó desde el principio. Algo que nunca había experimentado. No ocurrió de inmediato. Ten paciencia. Cree en lo que te dice Lia.

—¿Qué diría Lia sobre encontrar un marido, uno que pueda amar?

—Ella diría que el cielo lo pondrá en tu camino cuando sea el momento adecuado. Diría que no te preocuparas.

De alguna manera, Eva no podía creer eso, pero sabía una cosa con certeza. Quienquiera que estuviera destinado a estar con ella, no sería Sloan Rankin.

Capítulo 9

Sloan

Sloan volvió de las lizas y se dirigió a los establos. Pensaba dar un paseo rápido hasta el clan Grantham para ver si Logan había escuchado algo nuevo sobre el ataque. Desafortunadamente, fue detenido por su padre afuera de la construcción.

—Así que ni siquiera puedes encontrarte una esposa, según he escuchado.

Ese comentario lo detuvo en seco.

—¿Qué, papá?

—He escuchado que Eva te ha rechazado. —Se cruzó de brazos y miró fijamente a su hijo mayor, sus ojos le decían a Sloan exactamente lo molesto que estaba por esto.

Él dejó escapar un fuerte gemido, deseando que su hermano estuviera cerca para poder estrangularlo.

—¿Quién te dijo eso?

—Eso no importa, ¿cierto? La verdad es lo que importa. MacVey iba a obligarla a casarse contigo y tú te negaste. ¿Qué demonios te pasa? Las mujeres no pueden tomar decisiones. Si Lennox dijo que aceptaría los esponsales, deberías haber aceptado. ¿No te he enseñado nada?

Sloan estaba demasiado enfadado para ordenar sus pensamientos, pero sabía que no debía gritarle al viejo. Se movió hasta que estuvo a un palmo de distancia de su padre.

—Me enseñaste demasiado, papá. Cómo castigar a los muchachos. Cómo favorecer a un muchacho más que a otro. Cómo ignorar a las muchachas de tu clan. Cómo dirigir el clan sin escuchar a sus miembros.

Su padre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Deja de lloriquear, muchacho. Hice un buen trabajo criándote a ti y a tus hermanos. Pero tú no haces lo que te pido. ¿Por qué no?

—¿Qué es lo que he ignorado?

—Deberías forzar ese matrimonio. Necesitas casarte, Sloan.

—Lo estoy intentando, papá. Pero honestamente, no es de tu incumbencia. Quiero saber quién te lo dijo.

—No te lo voy a decir.

—Rinaldo lo hizo. ¿Y dónde diablos está hoy? Se suponía que debía cepillar a los caballos, y veo que aún no lo ha hecho. ¿Eso te molesta, o prefieres seguir enfadado conmigo y solo conmigo?

—Ya se pondrá a ello. Quería dar un paseo en bote. Rinaldo volverá. Es un buen chico. Siempre hace lo que le pido.

—Lo sé. Me recuerdas mis carencias con bastante frecuencia.

—Sloan, no quiero ser tan duro contigo, pero tienes un trabajo importante. Rinaldo no, y le cuesta ser el segundo después de ti. Siempre ha sido así. Tuviste suerte de ser el heredero de mis tierras. Creo que es importante mantenerlo involucrado.

—Pa, yo le doy responsabilidades, pero él las elude. —Ahora mismo, Sloan podría saltar al mar y nadar hasta Coll y su padre seguiría hablando de las maravillas de Rinaldo—. Tengo trabajo que hacer. Te veré en la cena.

Sloan se dirigió colina abajo hacia la costa, refunfuñando a su hermano por el camino, despidiéndose de su padre. Le pareció ver un bote por el rabillo del ojo. Era Rinaldo, quien regresaba de un destino desconocido.

—Rinaldo, ¿dónde diablos has estado? —Maldición, pero seguro que parecía un tonto cuando su propio hermano se negaba a hacer lo que le pedía.

—Saludos, hermano. Tengo nueva información para ti que estoy seguro encontrarás agradable.

—¿Dónde has estado?

—Fui a tomar un breve refrigerio con nuestro vecino, Angus MacKinnis. Lo que es interesante es que él ha estado tratando de encontrar un marido para Theebet. Le sugerí tu nombre, Sloan. Es una buena chica. Muy bonita. Le dije que la visitarías pronto.

Sloan miró a su hermano con los ojos muy abiertos, negando su necesidad de estrangularlo. Negó con la cabeza, seguro de que había escuchado mal.

—¿Qué hiciste, Rinaldo?

—Sugerí unos esponsales entre Theebet y tú. Ella sonrió cuando le pregunté si estaría de acuerdo.

—¿Por qué hiciste tal cosa?

—Porque Eva te rechazó. Y no podía soportar verte discutiendo con tu mejor amigo en toda la tierra, Lennox. Así Lennox y tú no volveréis a pelear. De nada.

Rinaldo guardó los remos y se dirigió colina arriba, con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Rinaldo, alto!

Su hermano se dio la vuelta, con la expresión inocente de siempre.

—¿Qué puedo hacer por ti, Sloan? Estaré encantado de ayudarte en lo que sea.

Maldición, pero el simplón forzó su paciencia. Él amaba a su hermano, pero realmente lo empujaba demasiado lejos a veces.

—¿Por qué le contaste a papá lo de Eva cuando te pedí que no lo hicieras?

Su hermano frunció el ceño.

—No se lo dije. Él escuchó toda la discusión. Lo escuché preguntarle a Miles al respecto.

Sloan se golpeó la frente, cerrando los ojos. Maldita sea, ahora su nombre estaba condenado a estar en la punta de cada lengua en la isla.

—Perdóname, pero debo ir a cepillar los caballos como me has pedido, Sloan.

Y Rinaldo desapareció.

Sloan deseaba arrancarse cada cabello de la cabeza, uno a uno. De hecho, tal vez contrataría a un pájaro para que le picoteara el cuero cabelludo mientras se lo arrancaba. O una multitud de cangrejos que se arrastraran y le desgarraran los pies descalzos la próxima vez que nadara. O tal vez se cayera sobre un montón de ortigas mientras hacía sus necesidades.

Su padre era un imbécil y lo odiaba, su hermano era un simplón al que no se podía controlar, y ahora todo el clan sabría que Eva lo rechazó.

Miles e Ingelram bajaron la colina hacia él, y supo lo que tenía que hacer.

—Ingelram, necesito que vengas conmigo. Nos dirigimos al Clan MacKinnis para deshacer lo que ha hecho mi hermano. Miles, tú estás al mando.

Se relajaría remando a través del calmo sonido, luego le explicaría a MacKinnis que no estaba en busca de una esposa, y que su hermano no debía hablar por él.

—Sí, jefe. Rinaldo entró en los establos. ¿Es ahí donde desea que vaya?

—Sí, Miles. Asegúrate de que cepille a todos los caballos en los establos en este momento. Mantenlo ocupado, por favor. —Refunfuñando, le hizo señas a Ingelram para que se acercara al bote y ambos lo sacaron, encontrando otro juego de remos para que ambos pudieran remar.

Llegaron a la mitad de su corto viaje a Kinlochaline antes de que Sloan pudiera hablar.

—Así que todos tienen algo de qué hablar gracias a Rinaldo, supongo.

Ingelram se aclaró la garganta antes de hablar.

—He escuchado algunos rumores, pero no nos creemos todo lo que dice Rinaldo, jefe. Sé que es su hermano, pero muchas veces cuenta tonterías. Prefiero esperar a escuchar la verdad de usted.

—Te lo agradezco. ¿Alguien más está de acuerdo contigo?

—Muchos lo están. Algunos prefieren escuchar a Rinaldo, pero hablan mucho más que yo.

—Este viaje es para charlar con Angus MacKinnis. Rinaldo le propuso matrimonio a su hija, no de su parte, sino de la mía. Mi hermano ha decidido empezar a arreglar matrimonios, al parecer. Voy a deshacer sus promesas antes de que haya demasiado daño. Aseguraremos el bote y podrás charlar con Isaac en los establos mientras intento suavizar las cosas.

No se dijo nada hasta que llegaron al estuario del Loch Aline, pero entonces Ingelram dijo:

—No puedo creer que él hiciera algo tan descuidado, jefe. Creo que es una de sus peores decisiones, venir aquí por su cuenta. Tal

vez el laird nunca tuvo en cuenta sus palabras. Y espero que Theebet nunca se enterara. No es su tipo, en mi opinión.

Sloan no pudo evitar sorprenderse por sus palabras. Mientras se deslizaban por las tranquilas aguas del lago, dijo:

—¿Y cuál es mi tipo, en tu opinión?

—Alguien fuerte, alguien que no tema echarse atrás. Theebet me parece tímida, jefe. No es su tipo.

Sloan no podía discutir eso, así que no dijo nada mientras se acercaban al muelle cerca del castillo de Kinlochaline. Isaac estaba en la colina sobre la costa, hablando con Angus. Sloan lo saludó mientras se acercaban.

Angus sonrió y se acercó al muelle, haciéndoles señas para que se acercaran.

—No me sorprende verte, Rankin. Entra para un breve refrigerio.

Sloan aceptó la ayuda de uno de los hombres de MacKinnis, quien se encargó del bote con la ayuda de Ingelram, y siguió a Angus hasta el castillo.

Una vez dentro, Angus se dirigió a una de las sirvientas.

—Una copa de ale y un pastel de carne para nuestro invitado, por favor. —Luego condujo a Sloan a su despacho en lo alto de la escalera, dejando la puerta abierta para que entrara la muchacha.

—No me sorprende verte aquí, Sloan, aunque no esperaba que llegaras hasta mañana. —Sonrió, y Sloan supo que estaba pensando en la intromisión de su hermano.

Sloan mantuvo una charla casual hasta que la muchacha le trajo la ale y el pastel, y una vez que cerró la puerta tras de sí, decidió que no había razón para demorarse. Le dio un trago a la ale y suspiró, decidiendo tratar el asunto. No había razón para evitar la discusión sobre el acto irresponsable que había cometido su hermano.

—Mis disculpas porque mi hermano vino y actuó en mi nombre cuando yo no le di derecho a hacerlo. Sinceramente, no sé qué le pasó, pero no estoy en condiciones de pedir la mano de tu hija, Angus. Espero que nos perdones.

Angus se recostó en su silla y cruzó las manos sobre el abdomen, con los ojos brillantes.

—Tu hermano está cambiando. Ciertamente me sorprendió con esa visita. Había escuchado hablar de la rápida boda de Lennox y me alegro por él, pero he escuchado hablar poco de ti. Solo que te ofreciste por Eva MacVey y ella te rechazó.

—¿Tú también has escuchado eso? —Sloan cerró los ojos y se los frotó con los pulgares. ¿Nunca cesaría su vergüenza?

—Solo de Rinaldo —dijo, enderezándose—. ¿Le propusiste matrimonio?

—Lo hice. Lennox está a favor del matrimonio. Eva no, así que no estamos prometidos. Eso es todo lo que me importa decir, pero de cualquier manera, no tenía planes de proponerle matrimonio a otra muchacha tan rápidamente. Creo que sería un insulto a Eva, decir que no me molestó de verdad su rechazo. Aunque a otros les gustaría que ella pensara eso, a mí no. Espero que no le hayas informado a Theebet.

—No lo hice. Ella nos escuchó hablar, pero una vez que tu hermano se fue le dije que era una propuesta falsa.

—¿Y no estaba disgustada? —preguntó, pero no estaba muy seguro de cuál esperaba que fuera la respuesta.

—No, Sloan. Habría aceptado porque creo que haríais buena pareja, pero Theebet te considera un poco… *gruñón* es la palabra que creo que utilizó.

¿Gruñón? ¿Alguna vez le habían llamado gruñón? Solo cuando trataba con su hermano, su padre y sus hombres. Bueno, eso significaba casi todo el mundo. Tendría que preguntar a sus hermanas. En cualquier caso, no iba a pensar en eso. Necesitaba guardarlo en el fondo de su mente, donde con suerte podría olvidar las palabras.

—Sería un honor ser el prometido de tu hija, pero este no es el momento adecuado, Angus. Y te agradezco que lo entiendas.

—Sloan, te deseo mucha felicidad. Después de lo que le pasó a tu primera prometida, estoy seguro de que debe ser difícil encontrar otra. Espero que todo vaya bien para ti.

Sloan había estado prometido durante algunos meses, pero su prometida se tiró por un acantilado al mar. Probablemente Gormal había muerto antes de caer al agua, pero había sido trágico y

horrible para todos, para nadie más que para él. Conocía a Gormal desde hacía muchos años, pero solo había aceptado la boda después de enterarse del inminente compromiso de Eva con un conde inglés. Gormal era la hija del armero y, aunque no estaba enamorado de ella, esperaba un buen matrimonio. La respetaba y confiaba en ella, así que había esperado lo mejor.

Aunque su corazón ya pertenecía a Eva.

No había fructificado, así que fue otra de esas cosas que había guardado en el fondo de su mente, encerrándola y tirando la llave. Tampoco podía pensar en Gormal. El suceso le había afectado durante tanto tiempo que había jurado olvidar su dolor. No podía pensar en lo que había pasado para siempre. Sinceramente, no tenía ni idea de por qué la muchacha se había quitado la vida. Creía que estaba contenta con sus esponsales y que le hacía ilusión ser su esposa.

¡Qué equivocado estaba! Había hecho todo lo posible por ignorar los chismes, por no considerar que la horrible situación era culpa suya. Algunos habían intentado culparlo, como había hecho él durante un tiempo, pero el padre de Gormal había insistido en que no era culpa de Sloan.

Él y su clan habían tardado casi seis lunas en salir de aquella oscuridad.

Si tan solo Eva les permitiera explorar una relación entre ambos, pero no iba a ser así.

Dio un mordisco al pastel de carne y dijo:

—Por favor, disculpa la ignorancia de mi hermano, Angus. No entiende las implicaciones de sus palabras. Me disculpo en su nombre. Si deseas que me disculpe con Theebet, lo haré. —No es que lo deseara, pero el código de honor de su clan decía que lo hiciera.

—No, ella sabía que no era una propuesta verdadera. Pero deseo plantearte algo más.

—Te escucho —dijo antes de dar otro mordisco al pastel de carne.

—Tu hermano es más sabio de lo que crees, en mi opinión. Creo que, a medida que ha madurado, ha llegado a comprender mejor el

mundo y sus formas, si sabes a lo que me refiero.

Sloan no podía estar más sorprendido por su comentario.

—¿En términos de muchachas y matrimonio? ¿Ese tipo de cosas?

—No. —Angus se inclinó hacia atrás de nuevo y suspiró—. No sé de qué otra manera decir esto que no sea siendo franco al respecto. Muchos consideran que la mente de tu hermano es simple. —Se miró las manos y luego volvió a mirar a Sloan—. Yo no. Intenté decírselo a tu padre una vez, pero se enfadó. Sin embargo, quiero que sepas que he visto a tu hermano en algunas situaciones que no son del tipo en que se encontraría una persona de mente simple. —Suspirando de nuevo, se sentó erguido y dijo—: Te lo diré de manera sencilla. Rinaldo es más inteligente de lo que crees. Por favor, tenlo en cuenta en todos tus tratos con él. Y ahora, tengo que estar en otro sitio, así que te acompañaré de vuelta a tu bote.

Sloan se sintió como si le hubieran dado un golpe en las tripas, pero después de un momento o dos, ese sentimiento cambió. Floreció en el buen sentido.

—Muchas gracias, Angus. Me despido.

¿Había tenido razón sobre su hermano todo el tiempo? ¿Era falso el trato que su padre le había dado a Rinaldo?

Angus lo acompañó de vuelta, y tuvieron una charla trivial.

—Te aseguro que me alegró ver casarse a Lennox. Meg es una muchacha magnífica. Charlé con ella en la boda, y tiene una mente ágil. También es una belleza. Les deseo mucha felicidad en sus vidas. Nunca he visto a Lennox más feliz.

Sloan dijo:

—Estoy de acuerdo. Ha encontrado a su pareja perfecta, y estoy seguro de que los bebés no tardarán en llegar.

Ahora, si solo pudiera encontrar a su propia esposa. Sería capaz de sobrevivir viviendo con su padre y su hermano mucho más fácilmente si tuviera a alguien como Eva en su vida.

Pero se obligó a sí mismo a pensar en un tema que no podía ignorar.

¿Estaba Rinaldo fingiendo ante todos?

Hace un año, habría descartado la idea por completo, pero ahora tenía que reconsiderarla.

¿Tenía razón Angus?

¿Era su hermano un farsante?

Capítulo 10

Maitland

Maitland estaba sentado en el gran salón con su hijo, disfrutando de la tranquilidad de la mañana. El pequeño solía ser el primero en levantarse, así que Maeve le daba de comer rápidamente y luego se lo pasaba a su marido, a menudo con los ojos aún cerrados.

En opinión de Maitland, era lo justo. El niño era un comedor tan voraz que despertaba a su madre en mitad de la noche para mamar. Maeve se merecía dormir, así que le cambió los paños y se dirigió al gran vestíbulo, con Lia no muy lejos de ellos, para permitirle a Maeve un par de horas más de descanso. Colocó al niño en la tumbona de tela que había hecho frente al hogar y volvió a encender el fuego. Había hecho una pequeña cuna en forma de barca y la había llenado de pieles y tartanes para sostenerlo y mantenerlo caliente, y al niño le encantaba. Le daba la oportunidad de mover las piernas y observar a todo el mundo.

La cocinera estaba ocupada preparando la comida de la mañana en las cocinas, preparando gachas y fruta para todos.

Otros hombres dejaban el cuidado de los niños a las mujeres, pero no Maitland. Era joven la primera vez que vio a Alex Grant paseando con uno de sus nietos atado al pecho. Recordaba especialmente a Dyna, quien se reía y pataleaba durante todo el entrenamiento en las lizas, aunque Alex la mantenía alejada de las espadas en movimiento. Maitland admiraba la forma en que Alex había criado a sus hijos y ayudaba con sus nietos, y en parte por eso había estado de acuerdo cuando Maeve le propuso ponerle a su hijo el nombre de su padre adoptivo.

Maitland dejó que Lia mantuviera ocupado a Grant mientras él cogía una tela de lino limpia y lo empapaba en su propio tazón de gachas, y luego se lo daba al niño para que lo chupara. Él y Lia siempre se reían de su cara, cubierta de avena mientras chupaba y

masticaba el suculento manjar, con las piernas pataleando. Maitland había intentado darle miel un día, pero Lia le gritó: «¡Miel no!» «¿Qué? ¿Por qué no? Seguro que le encantaría», había preguntado Maitland, sorprendido por la vehemencia de sus palabras. «Probablemente sí, pero te digo que no es bueno para los niños pequeños. Todavía no. No hasta que pueda andar».

Lo había hablado con Maeve, y las dos habían decidido que, dada la dedicación de Lia, cumplirían sus deseos. Al fin y al cabo, Alexander no sabría lo que se estaba perdiendo, así que mantuvieron alejada la miel.

Su madre bajó las escaleras, flotando como un ángel.

—Buenos días, mamá. ¿Cómo has dormido?

—Maravillosamente, Maitland. El colchón de brezo es precioso. ¿Y el niño ya se ha levantado?

—Lo traigo todas las mañanas conmigo. Y con Lia.

Avelina besó su mejilla, luego se inclinó para plantar un beso en la frente de su nieto.

—Vaya, pero si al muchacho le gustan las gachas, ¿verdad? Lleva en casi toda la cara menos en los labios. —Ella se rio del niño y este le devolvió la risa, arrugando la nariz—. Y buenos días para ti, Lia.

Su madre le había preguntado por Lia, por qué seguía siempre a Grant, pero Maitland le había aconsejado que se lo preguntara ella misma a la niña. Su madre tenía algunos talentos sobrenaturales, había sido la guardiana de la espada de zafiro durante años, y se la había pasado a Alex Grant para que se la diera a su bisnieto, John. Tenía dotes de vidente que Maitland nunca había comprendido, pero, de algún modo, pensó que podría tener una conexión especial con Lia.

Maeve y él habían hablado de las similitudes entre Lia y Callie, la muchacha que conocieron en una tormenta de nieve antes de casarse. Era varios años mayor que Lia, pero Callie tenía muchas características similares. Ambas hablaban como si fueran mayores, nunca dejaban que nada las molestara y se ocupaban de todo como si fuera su principal tarea en la vida.

Después de todo lo que había aprendido sobre Lia y Magni, especialmente la inquietante historia de Logan sobre cómo Magni había encontrado a Lia, no hizo preguntas. El muchacho simplemente había susurrado que la había encontrado como un hada bajo una fronda en el bosque. Todos se preguntaban por Lia, pero la dejaron hacer lo que quisiera, incluso permanecer al lado de Grant en todo momento. Algunas cosas no estaban hechas para que él las desafiara, y esta era una de ellas.

Maitland miró a su madre hasta que le llamó la atención, luego asintió e inclinó la cabeza hacia Lia, esperando que entendiera lo que quería decir. No había nadie más que las sirvientas, así que era el momento perfecto para interrogar a la chica.

—Lia, eres maravillosa con Grant —dijo su madre, comprendiendo rápidamente lo que quería decir—. ¿Cómo has aprendido a tratar tan bien a los niños?

Lia sonrió y dejó de jugar con el chiquillo para prestar toda su atención a Avelina, dándole a Grant un juguete para que se entretuviera mientras hablaba.

—Diferentes experiencias. Adoro a los pequeños. ¿Usted no, señora Menzie?

—Por favor, llámame Avelina.

—¿Y qué hay de Lina? —preguntó la niña, con una ceja levantada—. Se parece mucho a mi nombre. ¿No está de acuerdo? ¿O sería demasiado confuso para los demás?

Nadie la había llamado Lina desde que llegó. Su hermano Micheil lo hacía todo el tiempo, pero no estaba aquí, y Logan no lo había hecho todavía, no que ella hubiera escuchado.

—¿Cómo lo supiste?

—Oh, lo oí en alguna parte. —Lia se alisó la falda como si fuera la reina de la corte real.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta, Lia?

—Por supuesto. Siempre que yo pueda preguntarle lo mismo.

Maitland se encogió de hombros. Miró a su madre y ahora estaba de pie detrás de Lia, observando a su hijo.

Su madre respondió:

—De acuerdo. Aceptaré si haces tu pregunta primero.

—Será un placer —respondió Lia—. Si tuviera un deseo, ¿cuál sería, milady?

—Es fácil de responder. Desearía que mi hijo, su esposa y su hijo no sufrieran ningún daño hasta que Alexander estuviera en edad de casarse.

Lia inclinó la cabeza.

—Hmmm. Debo reflexionar sobre ello, ya que podrían considerarse tres deseos. Pero mientras lo hago, por favor, haga *su* pregunta, milady Avelina.

Sin dudarlo, preguntó:

—¿Por qué permaneces al lado de mi nieto?

—Porque es mi deber.

—¿Quién te dio este deber, jovencita?

—El universo. Duermo por la noche, y así es como me entero de mis deberes. Dónde puedo emplear mejor mi tiempo. Es muy difícil de explicar. Primero fue Magni, luego Tora, Rowan y Magni. Luego Thane. Ahora es su nieto. Tengo otras tareas más pequeñas que cumplir, pero siempre tengo un objetivo. ¿Le complace que él sea uno de mis deberes?

—Creo que sí.

—¿Por qué lo duda? Usted también tiene talentos especiales.

—Porque temo que signifique que pueda haber peligro para él. ¿Lo hay? ¿Es por eso que estás aquí, Lia? ¿Está mi nieto en peligro?

Maitland dio un paso adelante, temeroso de escuchar su respuesta. Pero se convenció de que, pasara lo que pasara, tenía a mucha gente que lo ayudaría. No estaba solo en una mazmorra. Estaba en un fuerte castillo con una muralla de casi dos caballos de grosor, y estaba rodeado de los mejores espadachines de toda la tierra. Y arqueros. Demasiado fuertes. Alasdair, Broc, Connor, Logan, Derric, Dyna, Gwyneth, Eli y Alaric, además de incontables guardias. Y los MacVeys, los Rankins y los MacQuaries estaban a poca distancia.

Sin embargo, algo seguía preocupándole. Ya habían secuestrado a cuatro niños. ¿Ocurriría de nuevo? No podía evitar preguntarse si Lia estaba aquí por eso.

Ese miedo le carcomía las entrañas todo el día. Cada vez que miraba a Grant en brazos de Maeve, casi se partía por el miedo a perder a cualquiera de los dos. Conocía bien ese dolor porque ya había pasado por él y casi no sobrevivió antes.

Él y Nesta habían viajado para visitar a los padres de ella en la tierra Drummond cuando fueron capturados por los ingleses y arrojados a un calabozo. Por desgracia, los habían metido en dos celdas distintas. Aquella noche escuchó los gritos de dolor de su esposa, pensando que la estaban golpeando, pero fue una muchachita llamada Callie quien le informó de que Nesta había dado a luz a su hijo en la celda. Había llorado por el dolor de dar a luz, no por los golpes. Pero su hijo había nacido muerto, algo que no podía evitarse.

Durante muchos años, Maitland había cargado con la culpa de sus muertes, pensando que debería haber sido capaz de liberarse de sus ataduras para poder haberlos salvado. Pero Callie, el ángel guía que se había revelado a Maeve y Maitland, le había dicho que él no podía hacer nada. Y le había dicho que era hora de casarse con Maeve para que su hijo pudiera nacer.

No sobreviviría si algo así volvía a ocurrir. El dolor de aquello seguía atormentándolo en ocasiones, por mucho que intentara resistirse.

Lia hizo algo que le sorprendió más que cualquier otra cosa que hubiera podido hacer. Acercó un taburete al lado de su madre, se volvió hacia él y lo cogió de la mano, un movimiento un poco ridículo, pero él lo permitió, y la niña lo condujo hasta el taburete, indicándole que se sentara. Ella miró a su hijo, pero este seguía disfrutando de las gachas, con las piernas aún pataleando.

Maitland se sentó como le había pedido, con los brazos tocando el costado de su madre. Lia se inclinó hacia delante y ahuecó las mejillas de Maitland con sus pequeñas manos.

—Necesito que me escuches con atención, Maitland Menzie. Estoy aquí para proteger a tu hijo de cualquier daño y quiero decirte que se me han concedido poderes especiales para que así sea. No puedo explicártelo todo, pero se me ha encomendado hacer caer los cielos para protegerle si es necesario. Y Nesta está detrás mío para

informarte de que no le perderemos y pedirte que dejes de preocuparte tanto. Dice que Callie te asegura lo mismo. Confía en mí, incluso cuando los cielos estén más oscuros de lo que jamás los hayas visto, la luz prevalecerá.

Se echó hacia atrás y levantó los brazos por encima de la cabeza, con un aura verde rodeándola. Sonrió e inclinó la cabeza para disfrutar de la luz.

Inmediatamente, la mente de Maitland saltó a cuando se había enamorado de Maeve. Habían conocido a Callie en la nieve. Lia le recordaba a Callie, y Maeve había estado con él cuando Callie apareció delante de ellos más tarde, con alas de ángel y todo. Había dicho que el universo la había enviado. Callie había sido quien les había dicho que tendrían un hijo juntos, y que sería muy especial.

¿El universo les había enviado a Lia?

Una voz en la escalera los interrumpió y el aura de Lia se desvaneció.

Ella se volvió hacia Grant, buscándole otro juguete, actuando como si nada hubiera pasado. Qué agradecido estaba Maitland de tener a su madre junto a él, así tenía otro testigo de las palabras de Lia.

La persona en la escalera era su padre, que ya había visto y escuchado bastante. Pero ni siquiera su padre estaba preparado para lo que encontró cuando llegó al grupo.

Maitland estaba sentado en el taburete y llorando lágrimas gigantes, unas lágrimas que lo ahogaban.

Nesta era el nombre de su primera esposa. ¿Tan cerca estaba de él ahora?

Su madre se inclinó y le besó las lágrimas, susurrándole:

—Maitland, debes confiar en el cielo y en el universo. Ella es como era Callie no hace tanto tiempo. No vas a perderlo.

Capítulo 11

Eva

Unos días más tarde, Eva bajó las escaleras con un plan. Se acercó a la esquina del pasillo, cogiendo a su nueva mejor amiga.

—Buenos días, dulce Goldie. —Le dio un achuchón a su perrita y luego la dejó en el suelo, acariciando a Shadow y lanzándole un juguete para que lo cogiera—. Venid, cachorritos, tenéis que pasar el día afuera porque luego voy de visita.

Su madre entró en el vestíbulo con Meg, ambas venían de las cocinas.

—Ya está —dijo su madre—. Ya tenemos preparadas las comidas de los dos próximos días. Lo haces bien, Meg.

Meg dijo:

—Solo gracias a su ayuda, milady.

—Rut.

—Rut. —Meg dio unas palmaditas en el antebrazo de Rut.

A Eva no le sorprendía que Meg asumiera tan bien sus funciones. Ella era una muchacha brillante que había trabajado muy duro mucho antes de conocer a Lennox. Todavía tenía horribles callos en las manos el día de la boda. Eso nunca molestó a Meg, pero sin duda llamó la atención de Rut.

Su madre le había murmurado a Eva:

—No es motivo para preocuparnos. Lennox por fin se va a casar y sus manos se curarán.

Así fue. Era difícil no querer Meg porque era sincera y trabajadora. Cómo amaba a su hermano, Eva no lo sabía, pero por otra parte, había sido testigo de comportamientos de Lennox que nunca había visto antes. Estaba tan enamorado de Meg que a Eva a menudo le parecía bastante divertido.

¿Encontraría alguna vez a alguien que la amara así?

—¿Adónde vas, Eva? —preguntó su madre.

—Voy a visitar al Clan Grantham. Sigo tu consejo, mamá. Voy a pedir que me presten un libro, para tener algo que leer.

Rut se detuvo, la sorpresa en su rostro la hizo sonreír.

—¿Los Grantham tienen libros?

Eva sonrió y se inclinó hacia su madre.

—No lo digas, pero Dyna dijo que todas las mujeres Grant y Ramsay tienen que aprender a leer. ¡Y a escribir! Por si llegan a ser sanadoras. Deben tomar notas de todo lo que han hecho. Dyna me dijo que tienen muchos libros que trajeron con ellos, y Connor ha traído más. Así que voy a prometerles que les devolveré uno si me lo permiten.

Los ojos de Meg se abrieron de par en par.

—Oh, ¿cogerías uno prestado para mí también? Cualquier cosa interesante. Solía leer con Tamsin y nuestra madre.

Lennox entró y dijo:

—¿Libros? ¿Por qué no lo dijiste, Meg? Encargaré algunos para que los traigan en el próximo barco de Europa.

—¿Puedes hacer eso?

Lennox atrajo a Meg para darle un beso y dijo:

—Ven a mi despacho y te enseñaré la carta que recibí ofreciendo tales envíos.

—Estoy muy emocionada —dijo Meg, aplaudiendo. Lennox arqueó una ceja y puso una expresión extraña que Eva no entendió muy bien.

Rut dijo:

—Id a vuestra alcoba, vosotros dos. Nunca se sabe cuándo puede entrar un niño por la puerta. —Le dio un empujón en el hombro a Lennox, y él soltó una risita, llevando a Meg a su despacho.

Eva giró la cabeza hacia su madre. Seguro que no quería decir que estuvieran hablando de relaciones íntimas. Joder, pero tendría que hacerle otra pregunta a Dyna. ¿Y cuándo se le había ocurrido a ella la palabra *joder*?

Eli se le estaba pegando.

—Mamá, volveré antes de la cena. Podría practicar mi tiro con arco si Dyna está disponible.

—Por favor, asegúrate de llevar cinco guardias contigo. Taskill los elegirá.

Eva puso los ojos en blanco, pero cogió su chal y salió, con los perros justo detrás de ella. Taskill cuidaría de los animales porque adoraba a los perros casi tanto como ella.

Llegaron al castillo Duart dos horas más tarde, y le dijo a uno de los guardias:

—Tardaré unas horas probablemente. —Estaban acostumbrados a escoltarla, así que pasaron el tiempo en las lizas viendo cómo los Grant se enfrentaban.

Le sorprendió que Broc apareciera a su lado.

—¿Me permites? —preguntó mientras le acercaba las manos a la cintura.

—Gracias, Broc.

La levantó mientras le mostraba su hermosa sonrisa. Broc era atractivo, pero no hacía que su corazón se acelerara como lo haría algún día su futuro marido.

—¿Qué te trae por aquí, Eva? ¿Más tiro con arco? Creo que Dyna aún está en el gran salón.

—Eso, y estoy interesada en pedir prestado un libro. ¿Tienes alguno disponible?

—Oh, muchos para que elijas. Y creo que Dyna trajo algunos de los libros ilustrados de mi abuela que usaba para contar historias a los niños. Dudo que te los preste porque son muy preciados, pero a Maitland y a Dyna les encanta leer, así que hay muchos libros dentro. Deja una nota si coges uno prestado. Como he dicho, Dyna está dentro. Los padres de Maitland están aquí, así que hay más reuniones. Probablemente ahora estén todos reunidos, pero ella estará por aquí.

—¿Dónde guardan los libros?

—En la sala de la torre, en una estantería. Maeve probablemente esté allí con el pequeño Grant.

—Gracias, Broc. Buscaré a Maeve o a Dyna.

Eva entró, casi refunfuñando para sus adentros porque podía notar de que Broc no tenía ningún interés en ella. Broc era primo de Dyna y Alasdair, pero no estaba casado.

¿Con qué hombre iba a casarse?

Se dirigió al castillo, sorprendida de ver el vestíbulo vacío, pero podía escuchar voces en el despacho, así que bajó por el pasadizo hasta la sala de la torre y llamó a la puerta.

—Entre, por favor —respondió una voz infantil.

Lia estaba en un taburete junto a una cuna donde el niño dormía profundamente.

—Saludos, Lia. ¿Está Maeve?

—Salió al jardín. Yo me quedé cuidando a Grant.

Miró más allá de Lia y vio la estantería detrás de ella.

—¿Puedo ver los libros?

—Por supuesto. Maeve trajo varios con ella. Le encanta leer.

Eva se acercó a los libros y recorrió con el dedo sus lomos, disfrutando del tacto de cada tomo. No reconoció ningún título, pero sacó uno para mirarlo. Después de estudiar unos cuantos, casi da un salto porque Grant se despertó con un fuerte chillido.

—Tiene una voz muy fuerte para ser tan pequeño —dijo Eva, caminando hacia él—. ¿Vas a levantarlo?

—No se me permite levantarlo sin que Maeve o Maitland estén presentes. Tendrás que hacerlo tú. —Lia dio un paso atrás y señaló la cuna, con dos pequeños puños agitándose en el aire.

—Oh, no puedo. Nunca he cogido un bebé. —Se asomó para ver al pequeño que se retorcía, todavía sorprendida por el tenor de sus gritos.

—Tienes que cogerlo, Eva. Yo te ayudaré. De lo único que tienes que preocuparte es de su cuello. Debes sostenerlo, aunque él ya es bastante fuerte ahora. Es un niño muy dulce, y estoy segura de que te sonreirá una vez que lo levantes en tus brazos.

Eva apenas podía escuchar las palabras de Lia porque los gritos de Grant eran tan fuertes y frenéticos.

—Está bien. Lo intentaré.

—Pon una mano debajo de su cabeza y la otra debajo de su trasero, luego levántalo. Es muy sencillo.

Eva hizo lo que Lia le pidió y en cuanto levantó al niño, Grant dejó de gritar y sus ojos se clavaron en los de ella.

—Bueno, saludos a ti, querido.

Lo sostuvo frente a ella, preguntándose qué debía hacer a continuación. Miró a Lia en busca de ayuda.

—Apóyalo en el pliegue de tu codo y abrázalo. Su cabeza descansará en la curva de tu brazo.

—¿Así? —Lo hizo lo mejor que pudo y el niño finalmente se acomodó en ella, con una sonrisa de oreja a oreja y un puño en la boca—. Dios mío, ¿sabe bien?

Él soltó una risita y pataleó.

Lia dijo:

—Siéntate con él. Cada día pesa más.

—¿Entonces qué hago? —Sinceramente no tenía ni idea, no tenía experiencia con un niño tan pequeño.

—Habla con él. Le encanta hablar con las personas.

—¿Puede hablar?

—No con palabras reales, pero cree que habla. Ya lo verás. Es un niño muy amable.

Eva hizo lo que sugería Lia y arropó al niño contra su pecho. Él la miró fijamente y empezó a emitir los sonidos más disparatados, como si intentara hablar con ella.

—¿Me estás contando el día que has tenido? ¿Estás disfrutando de tus abuelos?

Lia dijo:

—Me alegro de que estés disfrutando con el niño. Eres muy buena con él. ¿No esperas tener tus propios hijos algún día?

Eva se quedó mirando a la niña, la que hablaba como si fuera una mujer mayor, pero tenía un cuerpo demasiado pequeño para levantar a un niño.

—No he pensado mucho en ello. —Volvió a centrar su atención en el hermoso niño que tenía en el regazo.

—Deberías. Y Eva, no creas nada de lo que te ha dicho el conde. No era el indicado para ti.

Eva giró la cabeza para mirar a Lia.

—¿Cómo sabes lo del conde?

Lia sonrió e inclinó la cabeza, cruzando las manos frente a ella.

—Sé casi todo lo que necesito saber.

—¿Pero por qué necesitas saber sobre mí?

Lia frunció los labios y dio unos golpecitos con el dedo, mientras su pie golpeaba al mismo ritmo.

—Porque sí. Debo ayudarte…

—¿Ayudarme a qué? —Se deslizó hasta el borde de su asiento, temiendo no escuchar la suave voz de la niña debido a los sonidos del bebé.

—Tu marido está cerca. ¿No tienes a alguien en mente?

—No. —Una ira repentina la invadió por dentro, furiosa de que incluso esta niña hablara de matrimonio—. ¿Por qué todo el mundo insiste en que me case? ¿Por qué no puedo vivir sola toda mi vida? No tiene nada de malo.

—A menos que estés destinada a estar con alguien. Entonces complicarías el propósito de su vida si rechazas el tuyo.

¿Sabía Lia lo que su padre había deseado para ella?

—¿Sabes a quién eligió mi padre para mí? Si lo sabes, te ruego que me lo digas ahora mismo.

Lia negó con la cabeza y retrocedió dos pasos.

—Por favor, dímelo. Necesito saber a quién eligió mi padre para mí.

—No puedo ayudarte con eso. Pero tu alma gemela vive cerca. No lo pases por alto.

—Dime quién.

Lia negó con la cabeza, pero Eva lo averiguaría. Por desgracia, tendría que esperar porque la puerta se abrió y Maeve entró.

Maeve sobresaltó a Eva, pero mantuvo al niño bien sujeto hasta que su madre se acercó.

—Perdona, pero ¿quién eres? No nos conocemos. No vas vestida como una sirvienta.

—Eva. Me llamo Eva MacVey. —Ella se puso de pie y entregó el bebé a su madre—. Estaba llorando, así que quise calmarlo. Espero que te haya parecido bien.

—Hiciste un buen trabajo. Grant, ¿te agrada Eva? ¿De dónde eres, Eva?

—Clan MacVey, al otro lado de Craignure.

—Bueno, estás haciendo un trabajo maravilloso con él. ¿Tienes hermanos menores? Tienes talento natural.

—No, es el primer bebé que sujeto en brazos. —Al decir estas palabras se dio cuenta de lo mucho que se había perdido en su vida. ¿Por qué no había cogido un bebé antes? Nunca había habido uno en el castillo, que ella recordara. Seguramente había muchos entre los guardias y sus familias, pero no habían estado cerca de ella.

Tal vez estaba malcriada en formas en las que ni siquiera era consciente.

—Iba a las cocinas. ¿Por qué no lo llevas al gran salón? Hay más juguetes allí, y sus abuelos saldrán del despacho en breve.

—¿Te importa si después vuelvo a coger prestado un libro?

—Por supuesto. Coge prestados todos los que quieras. Puedo sugerirte un par de títulos.

—Eso me gustaría. Dos libros, uno para mi cuñada, si no te importa.

—Con mucho gusto. Ven. Podemos mirar los libros más tarde —luego se detuvo y dijo—: Permíteme mostrarte otra manera de cargar a Grant. A él le gusta ver lo que pasa, así que si lo sostienes en tu cadera, puede mirar a todos mientras caminas.

Así lo hizo y el niño rebotó de emoción en cuanto salieron por la puerta, Lia detrás de ella.

Llegaron a la chimenea, donde estaba mucho más cálido, y Maeve señaló.

—Cuando te canses de él, Eva, ponlo en su cuna. Está muy acolchada. Ahora vuelvo.

Eva se sentó, acomodando al niño en su regazo para que pudiera mirar a su alrededor. Él pataleó como si estuviera a punto de correr por la habitación. La puerta se abrió, y ella escuchó las pisadas de unas botas sobre las piedras, pero no levantó la vista hasta que estuvieron casi frente a ella.

Cuando levantó la vista, palideció.

Sloan Rankin, con el cabello despeinado y luciendo más guapo que nunca, estaba de pie junto a ella.

—Saludos, Eva. ¿Podríamos hablar, por favor?

Capítulo 12

Logan

Logan estaba de pie en medio del bosque y escudriñando la zona. Su visión ya no era tan buena como antes, pero sí mejor que la de Gwynie. Aunque esperaba que su esposa tuviera precisión hoy. No conocía a ese patán al que había visto antes, así que tampoco se fiaba de él.

Gwynie estaba escondida en un árbol, por si el pedazo de escoria tenía otros planes.

—¡Sé que estás aquí! Te he escuchado antes —gritó—. Imbécil.

Un hombre salió de detrás de unos arbustos.

—¿Qué quieres? Es la última vez que vengo cuando me invocas. Yo te controlo.

Logan resopló, la idea de que alguien lo controlara era casi más de lo que podía soportar, pero se obligó a calmarse porque primero necesitaba información. Maitland estaba más alterado de lo que Logan le había visto nunca. Avelina había visto un aura oscura en su camino hacia la isla, algo que no presagiaba nada bueno para ninguno de ellos.

Logan amaba a su hermana y no discutiría con ella porque tenía razón. Algo estaba a punto de suceder y, por el momento, nadie lo sabía. Era responsabilidad de Logan averiguar qué era exactamente.

Por el momento, no tenía ni idea de lo que se estaba gestando en la isla. Tampoco Connor, quien contaba con Dyna para ver las cosas.

Pero habían tenido otros dos malos indicios. Primero, Tora le había dicho a Connor que no podía irse por el bebé. Y le dijo que no se lo dijera a Maitland. Solo eso había hecho palidecer a Gwynie. Tora tenía habilidades que acababan de salir a la luz. Dyna no entendía las habilidades especiales de su propia hija. Y Sandor también estaba empezando a actuar de forma extraña. De vez en cuando, saludaba a alguien cuando no había nadie.

Una vez, Logan le había preguntado delante de todos, esperando que el muchacho le dijera que saludaba a un pájaro o a alguna otra criatura.

Pero en lugar de eso, saludó de nuevo y dijo:

—Saludos, abelo. Me guta tu epada.

Dyna había jadeado, Connor se había dejado caer con fuerza en un taburete cercano y Gwynie casi se había caído de la silla.

Y luego estaba Lia, la muchacha que Magni juraba haber encontrado bajo una hoja en el bosque. Ella les había contado a Avelina y a Maitland algunas cosas que provocaron lágrimas gigantes en el rostro de Menzie, aunque él no le contó a nadie lo que ella había dicho.

Avelina había cogido la mano de Logan y le había dicho:

—Déjalo, hermano. Te lo dirá cuando esté listo.

Algo malo se avecinaba. Él lo sabía, Gwynie lo sabía, y también la mitad de las personas del castillo Duart.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber por qué me mentiste.

—Nunca te mentí.

—Y una mierda que no lo hiciste —dijo Logan, llevando la mano a la empuñadura de su arma—. Y no empieces a mentir ahora. Dijiste que alguien estaba atacando al Clan Rankin. No ha pasado nada. Entonces, ¿cuál es la verdad?

—Mira, viejo. Te digo lo que escucho. Yo no soy el que dijo que estaban atacando, así que no sé por qué no sucedió.

—Dijiste que iban a tomar la Isla Mull, empezando por la tierra de Rankin.

—Me equivoqué. Alguien planea conquistar la isla, pero todavía no. Están construyendo sus fuerzas, y yo vengo y compruebo la isla, me aseguro de que nadie más está tratando de atacar. La última vez que estuve aquí, escuché a otro idiota decir que deseaba luchar contra el laird de Dun Ara. Es a él a quien debes temer. Lo otro no tendrá lugar hasta dentro de varias lunas, pero puedo prometerte que ocurrirá.

—No entiendo a alguien que es tan tonto como para contarme sus planes. —Logan se fijó en el cabello oscuro del hombre, en su

espada más pequeña, pero admirable, y siempre buscó un escudo o algún otro signo de su clan, pero nunca lo encontró. Era alto, pero no corpulento, la mitad que Connor o Alasdair.

Nunca se había sentido tan confundido por alguien en todos sus años de espionaje.

—Ramsay, pronto lo sabrás. Lo que viene, serás incapaz de detenerlo. Nunca te diré el día exacto. Me ocupo de mis asuntos y viajo aquí de vez en cuando para estar al tanto de todo lo que ocurre. MacQuarie y MacVey han traído esposas. Los Grant han traído una veintena de guardias. Poco más ha ocurrido. Te he contado lo que sé. Eso es todo.

—Entonces, ¿no hay un ataque inminente del que sepas? ¿Ningún plan para tomar toda la isla en las próximas dos lunas?

—No. Ninguno. Un idiota está contando todos sus planes, pero nadie le cree. Está siendo conducido por el hombre de Kilchoan.

Kilchoan. MacVey había mencionado Kilchoan. Tenía que insistir en eso.

—¿Quién es?

El hombre se encogió de hombros y dijo:

—No sé su nombre. No quiere tierras. Quiere cosas que pueda vender.

La cabeza de Logan casi se parte en dos, pero mantuvo la calma.

—Te he dicho lo que sé. Tienes que devolverme el favor o no volverás a verme, Ramsay.

Odiaba que el hombre supiera su nombre porque no tenía ni idea de cuál era su identidad, pero él era bastante conocido.

—Haz tu pregunta. Responderé si puedo.

—¿Quién es el hada?

—Ya respondí esa pregunta antes.

—Pero dicen que hay tres niñas de cabellos dorados. ¿Seguro que el hada concede deseos? Ella es su prioridad.

Logan pudo sentir la aceleración del corazón de Gwynie ante esa pregunta. Sabía sin preguntarle a su querida esposa que tenía que proteger a las hijas de Dyna de alguna manera.

—La más alta de las tres es el hada. Ya lo hemos hablado antes. De cabello dorado, no blanco. ¿Por qué insistes con las mismas preguntas?

—¿Y ella concederá deseos? Eso es lo que están buscando. Si me lo dices, solo se llevarán a una. Si no lo haces, quién sabe cuántas se llevarán.

—No lo sé con certeza. He escuchado hablar de eso, pero seguro que no sé si concede deseos. —*En realidad no es mentira*, pensó.

—Y hay un muchacho. Uno que tiene más poderes que nadie. ¿A quién pertenece?

—¿Un muchacho con poderes? No he escuchado nada de eso. Tus fuentes están equivocadas. ¿Quién te lo ha dicho?

El hombre se rio y montó en su caballo.

—Me lo dijo un hada bajo una hoja. Ten cuidado. Alguien quiere a esos dos y pagará mucho dinero por encontrarlos. —Envió a su caballo por el sendero y se rio todo el camino hacia afuera del bosque.

Maldición, eso no era lo que Logan esperaba escuchar.

Lia estaba en problemas, pero también lo estaban todas las niñas, especialmente Tora y Sylvi. ¿Pero qué muchacho era el de los poderes? ¿Sandor? ¿O era el nuevo hijo de Maitland?

Logan miró a su mujer entre los árboles, sus lágrimas eran visibles desde donde él estaba. Cuando el hombre se hubo ido, Logan se movió para ayudar a Gwynie a bajar. Odiaba escuchar las palabras de ella. Después de todos los años que llevaban juntos, ella era la persona con más sentido común que conocía, alguien capaz de escuchar todo tipo de historias y consolidarlas en una sola frase.

—Logan, no. Definitivamente quieren a Lia, y no estoy preocupada por ella. Sé que Lia puede cuidarse sola, pero el niño no.

—¿Qué niño, Gwyn? ¿A quién buscan?

—No tengo ninguna duda. Quieren a Alexander Drew Menzie Grantham.

El hijo de Maitland y Maeve estaba en apuros.

Capítulo 13

Sloan

La boca de Sloan se secó cuando cruzó el vestíbulo para saludar a Eva. Tan bonita como siempre, jugaba con el pequeño Grant y el muchacho estaba totalmente cautivado por ella, riendo y pataleando como si fuera la persona más maravillosa del planeta.

Muchacho afortunado.

—Saludos, Eva.

—Saludos, milord —dijo ella, sin hacer contacto visual.

Sloan le cogió la barbilla y levantó su mirada hacia la suya, sobre todo porque era egoísta. Estando tan cerca de ella, deseaba ver de cerca sus hermosos ojos azules. Llevaban un misterio en ellos, algunas partes del color del cielo brillante, otras secciones de la sombra de la noche más oscura. ¿Cuál vería hoy?

—No soy milord ni laird ni nada para ti. Solo soy Sloan.

Ella asintió.

—Saludos, Sloan.

Notó lo cómoda que parecía estar con el niño, tratándolo como si le perteneciera.

—Eres muy buena con el bebé. No sabía que tenías mucha experiencia con niños.

—No, pero estoy aprendiendo. Es un niño dulce y feliz, ¿verdad?

—Lo es. Sus padres lo adoran. — Sloan no pudo evitar preguntarse si había habido algún día en que su padre lo hubiera adorado.

—¿Qué quieres exactamente, Sloan? No creo que hayas venido aquí para hablar de un niño. —Ella levantó la barbilla un poco para hacerle saber que no iba a cambiar de opinión.

Él no esperaba que lo hiciera.

—Tuve una visita de tu hermano. ¿Has hablado ya con él sobre mi propuesta?

—¿Tu propuesta de matrimonio? Sí, lo hice. La rechacé. Es que aún no estoy preparada para el matrimonio. Han ocurrido demasiadas cosas. Sé que han pasado dos años, pero aún extraño terriblemente a mi padre. Siempre pensé que estaría aquí cuando me casara. Por favor, no te ofendas.

Él tomó asiento y apoyó los codos en las rodillas, inclinándose hacia el niño.

—¿Tienes a alguien más en mente?

—No. Es solo que aún no estoy preparada. —Acomodó al niño en su cuna y le dio un juguete blando para que jugara con él, uno que balanceó hasta que se golpeó en la cabeza, y luego soltó una risita.

—Menos mal que no es de madera.

Ella se rio.

—Es un poco tontito.

Sloan no iba a alargar esto y hacerlo más doloroso de lo que ya era.

—Eva, rechacé la propuesta de tu hermano.

—¿La propuesta de mi hermano? —Ella se sentó para poder mirarlo, con una expresión de total confusión—. ¿Cuál fue la propuesta de mi hermano?

—Tu hermano me dijo que aceptaba mi propuesta en tu lugar, que tú no la querías, pero que estaba seguro de que cambiarías de opinión. Aceptó en tu nombre, y yo le dije que solo aceptaría si estabas dispuesta. No me interesa un matrimonio forzado.

—¿Qué? —Los ojos abiertos de par en par le dijeron que Eva no tenía ni idea de lo que Lennox le había prometido—. ¿Dijo que me *casaría* contigo? ¿Y cuándo iba a celebrarse esa boda?

—No sé. —Sloan le levantó la palma de la mano—. No hay necesidad de pánico, Eva. Como te dije, lo rechacé. Pensé que podríamos tomarnos un tiempo para ver si congeniábamos, pero por respeto a tu hermano y a tu familia, te ofrecí un compromiso. Lamento que no te interese, pero ya que me rechazaste, quiero que quede claro que no me interesa nada a menos que tú estés dispuesta.

Ella entrelazó las manos en su regazo durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Te lo agradezco, Sloan.

Sloan miró a la mujer con la que había esperado casarse, la muchacha que creía amar, la que había esperado que los bendijera con niños, la que estaría en la costa con él y vería las puestas de sol. Pero no fue así, algo que le afectó más de lo que le quería admitir, la verdad de su rechazo era evidente en sus hermosas facciones.

Eva no estaba interesada en él, la expresión de su rostro era más dolorosa de lo que él esperaba. No sentía nada por él.

Su mente seguramente daba vueltas con todo lo que él le había dicho, y sin duda no eran pensamientos felices.

—Lo siento. Supuse que lo sabías.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas empañaban su mirada, pero pudo contenerlas.

Maeve entró desde las cocinas y dijo:

—Muchas gracias, Eva. Yo lo vigilaré. Quizá lo lleve a dar un paseíto por el interior del muro, a ver si encontramos a su padre.

—Ha sido un placer, Maeve, pero debo despedirme. —Asintió a Maeve, luego a Sloan, y cogió su manto, saliendo por la puerta más rápido que nadie que él hubiera visto nunca.

Maeve preguntó:

—¿Dije algo que la molestara?

—No, yo lo hice. Ella está bien. La seguiré afuera —dijo él—. ¿Está Logan aquí?

—Se fue pero dijo que volvería en una hora. Debería estar aquí pronto —dijo ella, levantando a su hijo.

—Es un niño grande, Maeve. Está creciendo como los cardos en un día soleado de verano.

—Así es.

Sloan se marchó, manteniendo cierta distancia detrás de Eva. Podía ver que la había molestado, y probablemente se dirigía a gritarle a su hermano, pero eso no era asunto suyo. ¿Cómo iba a adivinar que Lennox no le habría dicho que había aceptado en su nombre?

Eva hizo una señal a uno de sus guardias y el hombre cogió su caballo mientras se preparaban para marcharse. Justo lo que había esperado. Abrieron las puertas para ella, sorprendiéndose al escuchar algunos gritos al otro lado.

Pero Sloan estaba más distraído por lo que vio con el rabillo del ojo. A su hermano.

—¿Rinaldo?

Se acercó a la zona detrás de uno de los establos, donde grupo de guardias discutían sobre algo.

—Rinaldo. ¿Qué haces aquí?

Broc dijo:

—Escucha, Rankin. No pretendemos ser irrespetuosos, pero no podemos darte ningún guardia en este momento. Mi tío está considerando traer más guardias Grant. No nos sobra ninguno con todo lo que está pasando.

—No lo entiendo —dijo Sloan, su mirada pasó de su hermano de aspecto inocente a Broc y luego a los demás.

—Rinaldo está buscando guardias. ¿No lo enviaste aquí? —preguntó Broc.

Rinaldo dijo:

—Sloan me lo pidió, pero debo de haberlo entendido mal. Ahora me voy a casa, Sloan.

Rinaldo montó su caballo y desapareció antes de que Sloan pudiera detenerlo.

—Broc, yo no lo envié aquí.

Broc dijo a los demás:

—Dirigíos a las lizas. Nos encontraremos allí. —Una vez que los otros guardias estuvieron lo suficientemente lejos para escuchar, dijo —. Tu hermano cambia como el viento.

Sloan inclinó la cabeza, confundido por el comentario de Broc.

—No estoy seguro de entenderte.

—En un momento está actuando con seriedad sobre la contratación de guardias, y al siguiente actúa como si no tuviera ni idea de lo que acaba de hacer. ¿Suele ser así?

—No. —Sloan deseaba pedir más explicaciones, pero captó la voz de Logan en la puerta. Tendría que tratar con Rinaldo en casa.

—¿Está Rankin aquí? Necesito verlo.

El guardia dijo:

—Sí, junto al establo.

Logan se acercó con su esposa. Una vez que entraron y el grupo de Eva partió, Logan le llamó la atención y le dijo:

—Espera, Rankin. Tengo noticias para ti.

Sloan esperó, ansioso por escuchar cuáles eran sus noticias. Logan ayudó a su mujer a bajar y luego acomodó su nuevo artilugio para que pudiera entrar sola.

—Es toda una creación. ¿Quién lo ha hecho? —preguntó Sloan, impresionado.

—Mi sobrina y su marido. Brigid lo trajo con ella.

—Logan, voy a entrar. Dile a Sloan lo que hemos averiguado. —Gwyneth lanzó una mirada a Sloan y dijo—. No me gusta nada de esto.

Se dirigió hacia el castillo, Brigid salió del castillo y se unió a su madre. Logan señaló una zona donde podrían hablar en privado.

—El hombre dijo que no os atacarán pronto. Hay alguien no muy lejos de Kilchoan que planea apoderarse de la isla, pero no en las próximas dos lunas. Ahora están ocupados reuniendo fuerzas. No debes preocuparte, pero también dijo que hay un idiota, que nadie cree que tenga las fuerzas necesarias, que planea atacaros primero, y luego luchar contra los otros clanes, pero el hombre de Kilchoan dijo que duda que el otro tenga esas habilidades. Dice que el hombre está loco. —Logan se cruzó de brazos y estudió a Sloan antes de terminar—. Eso no es lo que me preocupa.

—¿Hay algo peor? —Sloan no podía imaginar qué podría ser peor, pero necesitaba escucharlo, fuera lo que fuera.

—Sí. Dice que hay hombres que buscan dos cosas.

—¿Cosas o personas?

—¿Más específicamente? Niños. Quieren al hada que puede conceder deseos y al muchacho que tiene poderes especiales. ¿Sabes quién podría ser?

—Obviamente, Lia es el hada, pero ¿quién es el muchacho? No tengo ni idea. ¿Magni? ¿Rowan? ¿Sandor? ¿Quién tiene poderes especiales? ¿Podría ser Sandor porque su madre es vidente?

—¿O es el bebé?

Sloan no había pensado en eso.

—¿El bebé? ¿Por qué?

—La oscuridad, la… Oh, no sé cómo explicarlo, pero creo que el muchacho con los poderes es Grant.

—¿Grant? ¿No Sandor?

—No Sandor. No sé muy bien por qué lo digo, pero creo que van detrás de Lia y Grant —dijo Logan—. Te daré unas monedas si me haces un favor.

—Te haré un favor sin necesidad de las monedas. No hace falta que me pagues.

—No pensarás eso cuando te diga cuál es la tarea.

—Dímelo y te diré lo que pienso —dijo Sloan.

—Dile a Maitland y Maeve que hay un grupo de hombres malos en Kilchoan que vienen a por su hijo.

Sloan retrocedió dos pasos. Había hecho muchas tareas desagradables a lo largo de los años, pero no algo como esto.

—No. No lo haré. Hasta luego, Logan. Gracias por la información. Se lo haré saber a MacVey.

Uno de los niños también era especial.

¿Pero era Magni, Sandor o Grant?

Era Grant. *Maldición.*

Capítulo 14

Eva

Eva impulsó a su caballo demasiado lejos, ignorando a los guardias que le decían que aminorara la marcha. Bueno, ellos no se sentían avergonzados y enfurecidos al mismo tiempo.

Avergonzada de que el hombre que le había propuesto matrimonio le dijera que había retirado su oferta.

Enfurecida porque su propio hermano había dicho que básicamente forzaría el matrimonio.

Sloan dijo que había retirado la oferta porque ella no estaba interesada en él, pero aún así dolía. Viniendo de sus labios, dolía más de lo que ella jamás admitiría a nadie. No estaba segura de lo que Sloan debía pensar de ella, pero intentó no pensar en ello.

¿Y Lennox? Se moría de ganas de hablar con él.

Cuando llegó a casa, saltó de su caballo, casi cayendo sobre su trasero, pero se las arregló para mantenerse en pie. Lennox estaba en medio del patio hablando con Jasper.

—Hermano querido, hablemos, por favor.

Su hermano la miró, extrañado, pero levantó la mano para indicarle que esperara. Paseándose y furiosa, le dio la oportunidad de terminar su conversación, pero cuando Jasper se fue, ella se acercó rápidamente a él.

—¿Cómo has podido?

—¿Cómo pude qué?

—Seguro que lo adivinas. Piensa un momento.

—Eva, cuando te calmes lo suficiente como para no montar una escena, hablaré contigo de lo que sea. —Él cogió su codo y caminó con ella a un lado—. Si se trata de Sloan, no creo que quieras que todos los guardias de aquí sepan que lo rechazaste y que intenté presionarte para que te casaras con él. No necesitamos que todos hablen de ti.

Los ojos de ella se empañaron, pero se secó las lágrimas.

—¿Cómo pudiste?

—¿A quién viste?

—A Sloan. Me dijo que tú habías aceptado y él me rechazó. Ahora yo también me he avergonzado. Me han dejado plantada.

La mandíbula de Lennox hizo ese extraño movimiento que hacía cuando controlaba su temperamento, pero su voz salió en un tono calmado.

—No te han dejado plantada. Rechazaste a Sloan. Intenté aceptar por ti, esperando que os cortejarais durante unas lunas para ver si te convenía, pero él lo rechazó tanto como tú. Fue un rechazo mutuamente acordado. No tienes nada de qué avergonzarte, Eva. Nadie lo sabe excepto Sloan y yo, así que deja de asustarte. Tienes lo que querías. No hay esponsales. Fin de la historia, así que deja de ser dramática. Está hecho como deseabas. —La miró y luego echó un vistazo por encima del hombro para ver quién estaba cerca—. Eva, ¿no es lo que querías?

—Sí.

—¿Entonces por qué estás tan disgustada?

¿Cómo le explicaba a alguien que era porque Sloan le había dicho que la rechazaba? Que no se casaría con ella si no estaba dispuesta, lo cual era una respuesta perfectamente razonable.

—No lo sé. —Ella no sabía cómo explicárselo. Necesitaba hablar con una mujer.

No con su madre. Ella desestimaría sus sentimientos.

No con Meg. Ella no lo entendería.

No tenía a nadie con quien compartir sus pensamientos, sus miedos más íntimos.

Lennox le besó la frente y le dijo:

—Entra y caliéntate junto al fuego. No tienes nada que temer. Todo es como tú querías. Estoy seguro de que encontrarás a la persona adecuada cuando menos te lo esperes. Así es exactamente como me pasó a mí.

Ella asintió y se dirigió hacia el castillo, arrastrando los pies, pero aún sintiéndose rechazada. Sin embargo, su hermano tenía razón. Todo era como ella deseaba. Nada de esponsales. Nada de Sloan Rankin.

Se sentó adentro y sorprendió a Alycia bajando la escalera.

—Alycia, ¿tienes un momento, por favor?

—Sí, pero afuer.a —Alycia la sacó por la puerta trasera y le preguntó—. ¿Qué pasa?

Hizo todo lo posible por explicarle la situación a su única amiga, pero no sabía muy bien cómo explicarle lo que sentía.

—¿Estás comprometida con Sloan? —preguntó Alycia.

—No.

—No hay compromiso. ¿Lo rechazaste?

—Sí. Mi hermano iba a obligarme a casarme, pero entonces Sloan se negó porque no quería insistir…

—Entonces, ¿Lennox te obligaría, pero Sloan no? ¿Ves? te dije que era un buen hombre. Deberías haber aceptado. No hay tantos nobles en la isla.

Eva frunció el ceño, sin saber cómo explicar lo que había querido decir.

—No importa. Estoy bien.

—Bien. Tengo que cambiar dos camas más. Podemos hablar mañana. —Alycia se fue con una sonrisa en la cara.

Con los hombros caídos, Eva se dirigió a la parte delantera del castillo, hacia los establos. Había dejado a su caballo sin cepillarlo, así que pensó en ver cómo estaba la dulce yegua. Los mozos de cuadra estaban ocupados con los caballos de los guardias, así que se escabulló dentro y se dirigió a la fila de establos hasta que encontró a la belleza blanca al final de la fila, lo que la alegró porque pensó que al menos su caballo la escucharía. No había nadie lo suficientemente cerca como para escuchar sus palabras, especialmente con el caos que se estaba produciendo en la entrada del establo con todos los guardias y sus caballos.

—Saludos, Snow Queen. Perdóname por dejarte tan pronto. —Metió la mano en el barril de manzanas y sacó una grande y roja para su montura. Abriendo la puerta del establo, Eva entró y abrazó a su mascota, rodeándola con los brazos después de darle el bocadillo—. No sé cómo explicarlo, Queenie, pero me siento tan tonta. Debería haber aceptado. Es un buen hombre y muy atractivo, pero no estoy preparada. El inglés maleducado deseaba mirarme los

pechos, y yo no deseo que nadie me los mire. Si yo hubiera accedido, ¿Sloan también habría pedido verlos? No entiendo todo este asunto del cortejo y el matrimonio. Mamá dice que soy lo suficientemente mayor, pero yo no creo que lo sea. Si me casara con Sloan, tendría que dejar la tierra MacVey y mudarme a Dun Ara. ¿Qué haría yo en la tierra Rankin, donde no conocería a nadie?

El caballo pateó el suelo como si le respondiera.

—No tengo más manzanas, pero tienes razón. Conocería a Marta y a Sheona, pero son diferentes a mí. Marta tiene dos hijos y Sheona solo tiene dieciocho veranos. Es más joven que yo. Ella no entendería lo que quiero decirle, que planeo encontrar mi propio marido y que debe ser el hombre que mi padre eligió para mí. Que deseo que sea de una tierra lejana, que nos casemos y viajemos lejos, muy lejos.

Su caballo resopló y ella levantó la cabeza. Queenie no resoplaba a menos que algo le disgustara.

—¿Qué pasa?

Un hombre, a quien Eva no conocía, estaba al otro lado de la puerta del establo, con una sonrisa en la cara que a ella no le gustaba.

—Mira, una dulce muchacha buscando algo que hacer. Tengo algo que puedes hacer. ¿Acaso no eres bonita?

—Por favor, vete. ¿Eres un nuevo guardia aquí? No te reconozco. —Conocía a la mayoría, aunque de vez en cuando entraba uno que era un extraño—. ¿Quién eres?

—No importa. Estoy aquí para hacerte feliz, preciosa.

Eva tuvo un mal presentimiento, así que se dirigió a la puerta del establo, empujando contra ella para marcharse. Por desgracia, la única salida era pasar por delante de ese hombre. Si lograba esquivarlo, correría por la fila de establos.

No era un buen momento, porque un numeroso grupo de guardias acababa de regresar de alguna parte, manteniendo ocupados a los mozos de cuadra, y el ruido de los caballos bloqueaba todo lo que salía desde este extremo del lugar. El caballo del establo de al lado empezó a agitarse como si pudiera sentir su miedo.

—Me voy. Apártate de mi camino.

Él sonrió y negó con la cabeza, su sucio cabello castaño oscuro se pegaba a su cuello. Le cogió las dos manos y se las sujetó a la espalda, obligándola a meterse en el fondo del establo.

—Aquí hay un buen montón de paja que nos vendrá perfecto. Relájate. Lo disfrutarás.

—¿Disfrutar de qué?

Su boca descendió sobre la de ella en un beso baboso, el cual ella odió. Cerró los labios con fuerza, pero él se detuvo y dijo:

—No te resistas o te arrepentirás. Abre la boca. —Intentó besarla de nuevo y ella hizo lo que él le pidió: abrió la boca y le mordió el labio, haciendo que sangrara. Eso lo enfureció—. ¡Perra!

Gritó, esperando que alguien acudiera en su ayuda.

—¡Jasper! ¡Ayúdame! ¡Que alguien me ayude! —Él la abofeteó con fuerza y le tapó la boca con una mano mientras la tiraba y la inmovilizaba contra el suelo, con los brazos a la espalda. Cayó sobre ella y su peso la dejó sin aliento, sintiendo que se ahogaba, incapaz de respirar. Sacudió la cabeza, luchando todo lo que podía. Le mordió la mano y él le dio un puñetazo, tan fuerte que su visión se nubló.

Grita. Lucha.

Pateó tan fuerte como pudo, intentó liberar sus dos brazos, pero no pudo hacer nada más que intentar respirar. Cuando por fin recuperó el aliento, golpeó su cabeza contra la de él, dándose unos pocos segundos para gritar, y soltó el grito más fuerte que pudo.

Las manos del hombre rasgaron su falda de montar, rompiendo la tela mientras su mano arañaba la pierna de Eva y e intentaba quitarse el pantalón. Le sujetó la cabeza y ella gritó contra su mano, haciendo que sus gritos se convirtieran en sollozos. Pero entonces se desmayó.

Cuando volvió en sí, el bastardo aún la sujetaba, jadeando de manera extraña. De pronto, su peso se separó de ella y el hombre salió volando sobre el lomo de su caballo. Ella logró incorporarse, se arregló la falda y se empujó contra la pared, asustada, con sangre en la falda y en las manos. Se limpió la sangre en su ropa, sin saber de dónde había salido. ¿Qué había ocurrido?

Sloan tenía al hombre cogido por el cuello.

—Te voy a matar. ¡¿Cómo te atreves a tocarla?! —Le soltó y descargó tres o cuatro puñetazos en la cara y el vientre del hombre.

Nunca había visto a Sloan tan enfadado. Al intentar ponerse de pie, sus piernas se doblaron y su cabeza golpeó el lateral del establo. Su pobre caballo se movió, intentando encabritarse, incapaz de entender lo que estaba pasando. Confundida, Eva volvió a caer contra la pared, intentando ponerse de pie, pero sin conseguirlo.

—¡Eva! —Sloan llegó a ella después de un segundo, levantándola y sacándola del establo. El hombre se marchó, dirigiéndose a la parte trasera de los establos.

Sloan la sujetó con fuerza, pero ella luchó contra él, temiendo que el patán la estuviera esperando al otro lado de la puerta.

—No dejes que me toque de nuevo. Me hará daño. Por favor, Sloan. No dejes que se acerque a mí.

—Tranquila, no volverá a tocarte. —Luego se volvió hacia Jasper, quien caminaba por la fila de establos, y gritó—. ¡Ve a por el bastardo!

Jasper apareció detrás de Sloan, echó un vistazo a la situación y gritó:

—¡Jefe! Lo necesitan aquí —luego les dijo a los muchachos que sacaran a todos los demás del establo—. ¿Quién era, Rankin?

—No lo conocía. Ve tras él —dijo Sloan—. Eva, ¿quién es?

Ella negó con la cabeza, sus manos aferradas a los brazos de Sloan, temerosa de dejarlo ir.

—No lo sé. Nunca lo había visto. —Enterró la cara en el hombro de Sloan justo cuando escuchó la voz de su hermano.

—Mierda. ¿Qué demonios le ha pasado a mi hermana? ¿Quién hizo esto, Sloan? Eva, ¿quién te hizo daño?

Ella sollozaba y sollozaba, aferrada a Sloan porque no quería abandonar nunca la seguridad de sus brazos.

Capítulo 15

Sloan

Sloan tuvo que calmarse.

—Se desmayó, Lennox. No sé quién demonios era. Le di unos cuantos puñetazos, pero se escapó. Tu hermana se golpeó la cabeza, se desmayó, su caballo intentó encabritarse y yo estaba más preocupado por ella, así que lo dejé ir para ir a ayudarla. Escapó por la puerta trasera.

Sloan la acomodó en sus brazos, notando la sangre en su falda al mismo tiempo que Lennox. El rostro de su amigo se tornó furioso, y él sabiamente reacomodó sus faldas para que la sangre no se viera.

—Gracias, Sloan. La llevaremos a su alcoba, buscaré a mi madre y haré que mande llamar a Doiron. No le digas nada a nadie.

Sloan la llevó dentro, concentrándose en su rostro porque parecía perder el conocimiento una y otra vez. Lennox iba detrás de él, asegurándose de que nadie se acercara.

—¿Quién, Sloan? ¿Quién era? ¿Qué tartán vestía?

—No vestía un tartán. Su cabello y ropa iban sucios. Nunca lo había visto. Llevaba túnica oscura y pantalones. Veremos qué dice Jasper. Alguien más debe haberlo visto salir.

Entraron en el castillo, la cara de Rut palideció cuando vio a su hija.

—¿Qué ha pasado?

Lennox dijo:

—Te lo diremos una vez que estemos en la alcoba. Ahora trae a Doiron.

Meg salió de las cocinas y jadeó.

—Traeré agua fresca y sábanas.

Sloan subió a Eva por las escaleras, luego la puso con cuidado en la cama, besándole la frente una vez que retiró las manos. Temía recibir una bofetada, pero no pudo evitarlo.

Lennox empezó enseguida con sus preguntas.

—Eva, ¿quién era? ¿Lo reconociste? ¿Dónde estás herida?

Ella negó con la cabeza, las lágrimas empañaban su mirada, pero se controló.

—No lo había visto nunca. Vino de afuera y dijo que me haría feliz. Luego me atacó, me dio puñetazos, bofetadas y me tiró al suelo. Lo último que recuerdo son sus manos rasgando mis faldas. Creo que me desmayé. ¿Qué me hizo?

—¿No recuerdas el resto? —Su hermano le cogió la mano, y Sloan pudo sentir la rabia que emanaba de Lennox tanto como de él mismo.

Sloan preferiría ponerla en su regazo y abrazarla fuerte. Ella necesitaba consuelo más que nada, pero Lennox se centró en atrapar a su atacante.

Eva tragó saliva y susurró:

—No. Me desperté, y él estaba jadeando sobre mí y Sloan lo apartó de mí y no recuerdo nada más. ¿Qué hizo? ¿Cómo voy a saberlo?

La puerta se abrió y Doiron entró con su madre, Meg detrás de ellos con una palangana de agua y una pila de paños de lino.

—¿Qué ha pasado, Eva? Tu rostro ¿Alguien te ha dado un puñetazo? —Rut estaba frenética mientras cogía las manos de su hija—. ¿Quién ha sido? Lennox, encuéntralo y azótalo delante de todos. ¡Cómo se atreve a tocar a mi dulce hija!

Doiron estudió a Eva, su mano recorriendo los arañazos de su brazo, comprobando la sangre de su falda, su ojo hinchado, su labio cortado.

—La sangre pudo venir de muchos sitios.

Eva dijo:

—Meg. Dame un paño mojado. Debo lavarme. Estoy sucia. Quítamelo de encima. Quítamelo…

Rut dijo:

—Lennox y Sloan, fuera.

Sloan se marchó sin rechistar. No era un lugar para hombres. Lennox lo llevó directamente a su despacho, cerró la puerta y sirvió dos copas de su mejor brebaje ámbar.

Luego susurró:

—Lo mataré.

Sloan dijo:

—No si lo mato yo primero. Primero lo torturaré y luego lo mataré.

Lennox susurró:

—No creo que ninguno de los dos sepa exactamente lo que pasó, pero no voy a mencionar una violación. Por el bien de Eva, voy a dejar que se sepa que lo detuviste antes de que pudiera completar el acto, y rezo para que sea la verdad. Te agradezco enormemente, Sloan, por venir en su ayuda. ¿Qué te hizo detenerte aquí?

—Venía del Clan Grantham un poco detrás de ella. Vi al jinete solitario tomando el camino de regreso a tu castillo. No me fiaba de él, pero no tenía ni idea de que fuera a atacarla.

—Me alegro de que llegaras cuando lo hiciste. No diré ni una palabra más hasta que mi madre y mi esposa nos pongan al corriente.

Sloan se dejó caer en la silla, los latidos de su corazón finalmente ralentizaron.

Averiguaría quién era el bastardo, de una manera u otra.

Capítulo 16

Kelvan

Kelvan estaba de pie en las almenas del castillo Mingary, cerca de Kilchoan, en Ardnamurchan, divisando la pequeña galera que se dirigía hacia él. Era demasiado pequeña para ser de Europa, así que tenía que ser de sus hombres cerca de Mull.

En cuanto le llegó la noticia del hada de la pradera verde y del chiquillo con poderes especiales, lo organizó todo a su antojo. Había dispuesto tener hombres en Ulva, Coll y Mull, todos listos para hacer su trabajo. Tenía a Egan en Drimnin y a Garvie en Ulva, pero algún laird se había ocupado de Egan por él. Y Garvie se había vuelto demasiado arrogante, así que su muerte tampoco fue una verdadera pérdida. Había encontrado a alguien para ocupar su lugar en menos de un día. Un hombre más joven que hacía todo lo que se le pedía.

No importaba. Egan había pasado su mejor momento y ya era muy viejo. Y el temperamento de Garvie era demasiado explosivo. Se había convertido más en un estorbo que en una ventaja. La única pérdida real había sido la pareja de ancianos que cuidaba de los niños. Eso le había disgustado porque eran más difíciles de reemplazar. La mujer trataba a los niños como si fueran suyos, pero cuando se produjo el incidente con Egan y sus hombres, alguien localizó a la pareja y los liberó. Había sido una gran pérdida, porque no era fácil encontrar a alguien que cuidara de los niños.

Pronto tendría que buscar un sustituto porque ya tenía un plan en marcha para secuestrar a los pequeños.

Su prioridad era encontrar a ese hada que le concediera sus deseos. Era el único camino hacia la única pieza que faltaba en su vida: su hija.

Él y su esposa habían pasado por momentos difíciles y, aunque sonreía al pensar que por fin había podido cerrarle la boca a esa zorra, no esperaba perder a su hija. Alguien había sido más listo que él y se había llevado a la pequeña antes de que él pudiera cogerla.

No pararía hasta tenerla. Su nueva esposa quería poder y venganza contra dos clanes; él solo deseaba recuperar a su hija. Ella podría hacerle ganar algunas buenas monedas desde lejos, aunque recuperarla era más que eso. Era una venganza contra su mujer y cómo lo había tratado. A ella no le gustaban sus maneras, así que él puso fin a eso acabando con ella.

Casi soltó una risita de placer por lo fácil que había sido, pero ahora tenía que encontrar a su hija y no le importaba cómo lo hiciera.

Se subió a las almenas mientras se acercaba el barco, del que bajaban cuatro hombres.

—¡Entrad! —les gritó desde arriba, señalando la parte trasera del castillo—. Dad la vuelta y mis hombres os dejarán entrar. —Había tenido que cerrar todo lo que daba al agua debido a los muchos piratas que se atrevieron a intentar apoderarse de su finca en el pasado. No se podía confiar en ellos.

Sin embargo, quien era tan tonto como para intentarlo pagaba el precio. Sonrió al recordar el último que había arrojado desde las almenas. Había sido un golpe bastante fuerte cuando el cuerpo del idiota había caído sobre las rocas, y su propio cuerpo todavía temblaba al recordarlo. Las distintas partes del hombre eran ahora comida para peces.

Condujo a los hombres a la gran sala de reuniones, la cual mantenía cerrada con llave porque tenía una caja fuerte dentro, una que hacía todo lo posible por mantener oculta. Las joyas y las monedas casi desbordaban el contenedor, pero si tenía que hacerlo, compraría otro.

El hombre a cargo de Ulva empujó a uno de sus hombres delante de él, maldiciéndole.

—¿Problemas? —Había impuesto una regla, y era que nunca se usaba el nombre de nadie. Era una regla una vez que alguien pisaba la tierra alrededor de Mingary.

—Sí. El imbécil decidió tratar de aprovecharse de una muchacha en Dounarwyse y casi lo atrapan.

—Córtale la polla y no volverá a hacerlo.

Las manos del hombre fueron directas a sus partes íntimas, indicando a Kelvan quién era el culpable. Los hombres eran tan ignorantes.

—Prometo no volver a tocarla. Estaba aburrido esperando las instrucciones sobre cuándo debemos ir a Mull. ¿Cuándo nos trasladamos? Deseo volver a casa, a Tiree.

—Te irás cuando yo te lo diga —dijo Kelvan, rascándose el muñón donde antes tenía la mano. ¿Cómo podía sentir su mano cuando ya no estaba allí?

Su jefe, el segundo de Kelvan, empujó al hombre a una silla.

—Siéntate y cállate.

El cuarto hombre se sentó en la silla contigua.

Kelvan preguntó:

—¿Has determinado cuáles son y dónde están?

—Sí. Estoy casi seguro. La niña hada vigila a un chiquillo, uno que aún lleva pañales. Creo que es el que tiene poderes especiales.

—¿Estás casi seguro? ¿Hay otras posibilidades?

—Sí. La mujer Grant que es vidente tiene dos hijas y un hijo. Una tiene sus poderes de vidente, el muchacho tiene poderes especiales, pero nadie sabe exactamente cuáles son. Pero él no es el más especial.

—Entonces, ¿tienes un hada, una niña que posee habilidades de vidente, un niño con poderes especiales y otro que podría tener poderes especiales también?

—Así es.

—¿Por qué crees que el bebé tiene poderes especiales? Seguramente no puede usarlos si no puede hablar o caminar.

—Porque el hada lo cuida. Dicen que nunca se separa de él.

Kelvan se sentó en la gran silla que había detrás de su escritorio.

—Entonces no tenemos elección. Nos llevaremos a los dos niños y a las dos niñas. Y…

—¿Y? ¿A quién más podrías querer?

—A la madre del niño. Alguien tiene que cambiarle los pañales, a menos que tú quieras hacerlo, y la última vez que miré, no había comida saliendo de mis pezones.

Los tres hombres soltaron una risita y Kelvan puso los ojos en blanco.

—Coge a los cinco mañana y tráelos aquí.

—Bien, pero primero tendremos que ir al sur con ellos. Sabes que hay mucho tráfico en el estrecho.

—Da la vuelta. De hecho, haz lo que debas, pero llévalos a Coll antes de tres días, y yo te visitaré allí. Me gustaría observar al grupo por mi cuenta y decidir por mí mismo. Y si tengo que herir a uno de ellos para que la madre hable, lo haré. Tráelos aquí a salvo. Tu trabajo hoy es simple. Asegúrate de tener suficiente veneno para el resto en el castillo. Prepara el bote y a los otros hombres. Encuentra suficientes mantas, pañales y comida para el viaje.

—Sí, jefe.

—Hazlo mañana. Sin más retrasos. Necesitamos a estos niños antes de que llegue mi esposa. Es testaruda y está decidida a apoderarse de la Isla Mull, con mi ayuda, por supuesto. No me importa si lo hace, pero quiero a los niños antes de que comience su ataque.

—¿Una mujer quiere luchar? ¿Por qué?

Kelvan se acercó y apartó las pieles de la ventana.

—Cree que los Grant y los Ramsay están en deuda con ella. Y no deseo luchar contra esos grandes clanes sin ayuda extra.

—¿Por qué están en deuda con ellos?

—Por algo que pasó hace mucho, mucho tiempo.

—¿Una batalla?

—No, mataron a su abuelo. En concreto, Alex Grant mató a su abuelo, y ella quiere venganza.

Su segundo dijo:

—Ir contra los Grant no va a ser fácil. ¿Por qué los Ramsay si Alex Grant era el culpable?

—Ella dijo que Logan Ramsay también estaba allí. Ella lo quiere muerto.

—Conozco a alguien que puede acercarse lo suficiente para hacerlo.

Kelvan casi jadeó.

—No seas tonto. Tiene que morir de la única forma posible.

El hombre inclinó la cabeza hacia él.
—¿Cómo?
—A manos de ella. Ella misma tiene que matar a Logan Ramsay.
—¿Una mujer matando al hombre que era un espía?
Kelvan sonrió.
—Puedes contar con ello.

Capítulo 17

Eva

Eva estaba sentada en la bañera, reclinándose para poder remojarse y pensar. Era su cuarto baño desde que la habían atacado el día anterior. Mirándose las yemas de los dedos, pensó que ya había estado ahí lo suficiente.

No podía explicarle a su madre por qué necesitaba el tercer o el cuarto baño, solo necesitaba librarse del maloliente bastardo que se había atrevido a tocarla. Abriendo la boca, examinó su mandíbula para ver si ya se le había pasado el dolor del puñetazo y la bofetada que le había dado el imbécil, pero parecía peor. El corte del labio por fin había empezado a cicatrizar, así que ya no le dolía tanto.

Eva había pasado de no tener nada que hacer a tener tantas cosas que hacer que no podía decidir qué quería hacer primero.

Sus dos primeras opciones dominaban su mente. ¿Debía matar al bastardo que le había hecho daño o matar al bastardo que le había hecho daño? Por desgracia, no tenía ni idea de quién era o dónde estaba. Podía buscarlo por la isla, pero le dolía tanto la cabeza por haber sido arrojada contra la pared que aún no estaba preparada.

Si supiera la respuesta a la pregunta que todos le hacían, estaría más tranquila. ¿La había violado? ¿Completó el acto? Todo ese concepto la confundía, por eso le resultaba difícil saber la respuesta. No había encontrado a nadie dispuesto a explicarle los entresijos del acto.

Para ella, él la había violado. ¿Qué más daba si había sido capaz de completarlo o no? Pero su madre se había apresurado a explicarle:

—Sí que importa porque puede haberte dejado embarazada.

Su rápido comentario había sido:

—Bueno, tú querías nietos, ¿no?

De no ser por su ataque, su madre probablemente la habría abofeteado por ser tan grosera, pero no pudo evitarlo. Todo el mundo tenía que parar de hacerle preguntas.

Porque ella no sabía exactamente lo que había pasado.

—Lo siento, mamá. —Rut había hecho algo totalmente fuera de lugar. Palmeó el hombro de Eva y no dijo nada—. Mamá, me gustaría poder responder a tu pregunta, pero no puedo. Me desmayé y no recuerdo nada hasta que Sloan me rescató.

—Doiron podría mirar.

—No quiero que Doiron mire. —Aquello había puesto fin a la conversación de aquel día, pero volvió a surgir.

Sonó un golpe en la puerta.

—¿Quién es?

—Es mamá. ¿Sigues ahí o desapareciste?

—Estoy a punto de salir, mamá. No hay razón para entrar. —No le importaba volver a escuchar las preguntas y preocupaciones de su madre.

—Bien. Te veré abajo cuando termines de bañarte.

—Puede que me quede aquí arriba leyendo el libro que me traje. Meg los encontró en el gran salón y los subió.

—Muchacha, sé que te gustaría esconderte aquí arriba, pero no es bueno que desaparezcas después de semejante experiencia. Debes salir en algún momento. Quédate aquí si quieres, pero te espero en el salón para la cena.

—Mamá…

—¿Sí? —Su madre abrió la puerta.

—¿Y si ya no tengo mi virtud? ¿Es posible que la haya perdido y no estar embarazada? ¿Entonces qué?

—Sí, podrías haberla perdido y no estar embarazada. Si no estás embarazada, entonces no me importa, y nadie tiene por qué saber nada de lo ocurrido. Eso, a menos que tu hermano lo encuentre y lo traiga aquí. Si no lo encuentra y no estás embarazada, entonces seguiremos como si nada hubiera pasado.

—Entonces, ¿no te importa?

—No me importa si la perdiste o no. Eso no te cambia, hija. Te sigo adorando y siempre lo haré. Es solo un trozo de piel. Una

tontería, en mi opinión, pero soy una simple mujer. —Su madre resopló indelicadamente, algo que hizo sonreír a Eva.

—Entonces, ¿no cambiaría nada?

—No. Si estuvieras comprometida con Sloan, yo pospondría vuestra boda una o dos lunas para que supiéramos si estabas embarazada. Es justo que tu prometido sepa si estás embarazada de otra persona. Sloan te encontró, así que es consciente de la posibilidad.

—Entonces probablemente ya no esté interesado en mí.

—Yo no he dicho eso, ni Sloan ha dicho tal cosa. Creo que deberías descansar y bajar a cenar. Además, lo último que supe es que no estabas interesada en el hombre que te salvó de sufrir un ataque peor.

—Te veré abajo para cenar, mamá. —Ahí estaba otra vez, esa mención al hecho de que había rechazado a Sloan.

Y su madre tenía razón. ¿Dónde estaría si Sloan no la hubiera rescatado? Pero la pieza más importante de toda la situación era algo que nadie más notó o mencionó. Sloan había sido tan amable que la había sorprendido. Realmente era un hombre amable y tierno.

Su madre se fue, así que Eva terminó con su cabello y salió de la bañera. Tuvo un impulso repentino de golpear algo, pero sabía que no debía romper nada en su habitación. Llamaron a la puerta y Meg asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, siempre que prometas no preguntarme qué ha pasado. Me he cansado de hablar de eso.

—¿Te gustaría dar un paseo?

—Siento que me gustaría golpear algo. ¿Alguna idea de dónde podría hacerlo?

A Meg se le iluminó el rostro y dijo:

—Sí. Tengo la solución perfecta. ¿Qué te parece aprender a lanzar un hacha? Prometí enseñarte alguna vez. ¿Qué te parece ahora?

Eva lo pensó por un momento, la necesidad de golpear o romper algo tan fuerte podría satisfacer esa necesidad.

—Sí. Me encantaría probarlo.

—Prometo no hacer preguntas, pero siéntete libre de preguntarme lo que quieras, Eva. Eres mi nueva hermana, en mi mente. Tamsin no está aquí, pero tú sí. Me gustaría conocerte mejor, y espero que podamos ser más cercanas.

Eva se cambió el vestido por las mallas que Dyna le dio para usar durante el tiro con arco, y se puso la túnica a juego.

—Todavía hace bastante calor, ¿verdad?

—Sí. Estarás más que cómoda con esa ropa. Me encanta la mía. A Lennox no le gusta que lleve mis mallas porque dice que se me ve el trasero, pero a mí me gusta.

Eva puso los ojos en blanco.

—La túnica esconde tu trasero.

Meg abrió la puerta y la guio escaleras abajo.

—Una vez cometí el error de agacharme delante de él con las mallas puestas. Casi le da un infarto.

Eva se rio y tuvo que admitir que se sentía bien hacerlo. Siguió a Meg a la salida, con la esperanza de aliviarse un poco de esa angustia constante que se había instalado en su mente. Enfadada consigo misma por no recordar exactamente lo que había pasado, sabía que no había forma de averiguarlo, pero tampoco había forma de dejarlo pasar.

Meg la condujo a la pequeña zona que Lennox había preparado para ella detrás del castillo, donde nadie podía resultar herido por las hachas voladoras.

—Aquí están las hachas de diferentes tamaños que Lennox ha hecho para mí. Me gusta la más pequeña porque es más fácil aprender con ella, pero una vez que te acostumbras lanzar las hachas más grandes es mucho más satisfactorio.

Eva cogió la más grande, pero Meg se la quitó y le entregó una mediana.

—Veamos hasta dónde puedes lanzar esta primero. Si miras allí, ese es el blanco, ese gran trozo de madera. Si le das, el hacha se clavará en él. Déjame que te enseñe primero cómo lo hago yo.

Eva se apartó y observó cómo Meg lanzaba las distintas hachas, demostrando y explicando su técnica con cada una de ellas, y luego se colocó detrás de ella.

—Ahora inténtalo tú, pero ten cuidado hasta que le cojas el tranquillo.

—Muy bien. —Eva cogió una, sintiendo su peso—. ¿Está realmente afilada? —preguntó antes de pasar el dedo por la hoja.

—No. Lennox hizo que el armero desafilara las hojas, ya que solo sirven para practicar.

Eva sonrió con satisfacción.

—Probablemente sea algo bueno.

Cogió un hacha grande y la sostuvo sobre su cabeza, casi cayéndose hacia atrás porque era mucho más pesada de lo que pensaba.

—¡Vaya!

—Cuesta un poco acostumbrarse —dijo Meg, con los brazos cruzados por delante.

—Probaré con la más pequeña. —Cambió de arma y se echó hacia atrás, balanceándola por encima de la cabeza y lanzándola. No dio en el blanco.

—No está mal. Casi le das. Vuelve a intentarlo. Lleva un tiempo acostumbrarse al peso de cada una.

Eva siguió las instrucciones de Meg, cambiando de hacha, practicando y lanzando hasta que le dolieron los brazos, pero por fin daba en el blanco.

—¡Buen trabajo! Sigue hasta que te sientas cómoda con ella.

Siguió practicando, cambiando a una más pesada, pero entonces ocurrió algo de lo más extraño. Era como si su atacante estuviera de pie frente al objetivo. Levantó el hacha y, tan despacio y con tanto cuidado como pudo, la lanzó por encima de su cabeza hacia él.

—Ya está. ¿Qué se siente, maldito bastardo?

Cogió otra.

—Troll feo y apestoso. ¡Cómo te atreves a tocarme!

Y dio en el blanco en el centro. Pero no fue suficiente.

Cogió otra y otra, maldiciendo y gritando a su víctima. Y envió seis hachas al objetivo en rápida sucesión. Tanto que se jadeaba por el esfuerzo.

Se volvió hacia Meg y le susurró:

—¿Cómo puedo estar segura? Dímelo, por favor.

Meg se acercó y rodeó a Eva con sus brazos, tirando de ella para que se sentara en un tronco cercano.

—Lo sabrías. Te habría dolido entre las piernas. Por dentro te dolería. Te forzó, así que si lo hubiera hecho, te habrías desgarrado o cortado en alguna parte, pensaría yo. Y sangrarías entre las piernas, pero no como en tus periodos. Una hemorragia leve. Pero esperaría que te doliera mucho si es que fuiste forzada.

Eva sollozó contra el hombro de Meg y finalmente declaró:

—Él no lo hizo. Nunca me dolió ahí. Y la única sangre vino de él donde le arañé.

Sollozó hasta que no le quedaron lágrimas, pero ahora tenía un poder que nunca antes había tenido.

Eva MacVey podía protegerse a sí misma.

Capítulo 18

Connor

Connor se acercó a su hija mientras ella se paseaba por el exterior del castillo Duart.

—¿Qué pasa, Dyna? ¿Qué estás buscando?

—Algo, pero no sé qué. Hay algo que no me gusta. Siento extraños alrededor y no me gusta, pero no encuentro evidencia de nadie cerca. He buscado por todas partes. Ojalá pudiera ver en la mente de los demás.

—Siempre has dicho que solo puedes ver lo que le pasa a las personas que amas.

—O con quien tenga algún tipo de conexión, sí. Pero ver dentro de alguien que no conozco, eso nunca ocurre. Y no creo que pueda captar nada de los niños. Esa es mi preocupación.

—Pero tu hija puede, así que úsala. —Connor no le dijo a Dyna que tenía el mismo presentimiento. Que su nieta Tora se le había acercado y le había dicho: "*Vienen otra vez. Pero no te preocupes. Lia los detendrá.*"

Luego salió corriendo y se unió a los otros niños en su juego. ¿Podía confiar en que una niña pudiera detener el mal en el mundo? No sabía qué pasaba en la isla. Todo era diferente aquí: el clima, los clanes, los animales, los mares.

—Tengo hombres a lo largo de los caminos, Dyna. Si alguien intenta atacar de nuevo, lo detendrán. He tenido hombres buscando en el bosque que usaron antes, los tuve cerca de MacVeys y Rankins. Todos están buscando, pero no pasa nada. Podría estar pasando algo en Kilchoan. Sloan cree que allí está ocurriendo algo. Dice que hay demasiados barcos alrededor, pero no tengo manera de buscar en los mares o las islas circundantes. Todo lo que puedo hacer es proteger lo que es mío aquí.

—Lo sé, papá —dijo ella, deteniéndose para abrazar a su padre —. Me dolió mucho cuando Tora y Astra desaparecieron.

—Astra nunca se separa de tu madre más de un minuto.

—Incluso eso me molesta, papá. Si ella no hubiera venido aquí, no tendría esa sensación.

Su padre ladró:

—Tú no causaste ese miedo en ella. Los bastardos que robaron su caballo y a Tora lo hicieron.

—Lo sé. Mamá me dice lo mismo todos los días. Está oscureciendo. Entremos. Estoy deseando probar esa buena comida. Ese ciervo era enorme, y Derric también pescó algo. Pasteles de carne, estofado, barras y barras de pan, tartas de fruta y muchas judías. Comeremos bien. Tan solo me preocupo por esa cría también.

—Piensas como tu madre. Que Lia nunca se separe del muchacho y diga que lo protegerá no te hace sentir mejor, ¿verdad?

—No, me hace preguntarme de qué lo está protegiendo.

—Yo he pensado lo mismo, y tu madre me lo ha preguntado tres veces. Vamos, entremos y disfrutemos de la comida. Mis hombres se quedarán delante para que nadie atraviese las puertas como antes.

Besó la mejilla de su padre.

—No puedo agradecerte lo suficiente que te hayas quedado.

Entró, complacida de ver a los guardias de Grant por todas partes. Una vez sentada a la mesa, hizo un gesto a las sirvientas para que trajeran algo de comida para que todos la disfrutaran. Los niños ya estaban comiendo una barra de pan. Sandor tenía un apetito insaciable.

Los juglares estaban llegando, preparándose para tocar sus violines después de la comida.

—Sí, los revisé y Dyna también —le dijo Connor al hombre a su lado, Logan.

—Ese juglar parece sospechoso. Creo que tendré una charla con él. —Logan se levantó de su silla y se dirigió hacia allí justo cuando llegaba más vino y las sirvientas repartían copas a todo el mundo.

Los malos presentimientos de Connor empeoraban.

Sobre todo cuando desapareció el juglar al que Logan había ido a buscar.

Capítulo 19

Sloan

Sloan salió del campo de entrenamiento y se dirigió a Miles, quien iba en dirección a las puertas.

—¿Qué te tiene tan intranquilo, Miles?

—Ingelram dice que otra vez no puede dar con Rinaldo, así que voy a echar un vistazo por la costa.

—Tú revisa los establos, mira qué caballos faltan, y yo buscaré a mis hermanas. A ver qué tienen que decir. —Entró al interior del castillo, secándose el sudor de la frente y enfundando su arma. Sus hombres estaban mejorando con las armas, pero no había visto a su hermano en todo el día. Tal vez su padre supiera dónde estaba. Detestaba tener que estar pendiente de un hombre ya hecho y derecho, pero alguien debía hacerlo.

Entró en el salón principal, divisando a sus dos hermanas junto al hogar.

—Marta, ¿has visto a Rinaldo?

—No, ni tampoco a padre. ¿Tú lo has visto?

—Sí, estuvo un rato viéndonos entrenar. Ya sabéis cómo le gusta mirar para luego decirme que mis hombres no son lo bastante fuertes o que no los entreno lo suficiente, pero se marchó antes de darme su crítica diaria. —Miles e Ingelram también escuchaban las críticas del anciano, aunque el rechazo de Eva había provocado otras rabietas en él.

Sheona dijo:

—Vete a asearte. Estás empapado y tu túnica parece sacada del redil de ovejas.

Rowan intervino:

—Iré a buscar al abuelo, pero no saldré fuera de los muros.

—Quédate dentro de los muros —dijo Marta.

—Gracias, Rowan. Vuelvo en unos minutos. —Sloan subió las escaleras de dos en dos y entró en su alcoba, agradecido al ver una

palangana con agua fresca. Las criadas sabían que siempre volvía hecho un desastre a media jornada. Se lavó, se cambió de túnica, y volvió a bajar.

—Vuelvo en un rato.

Fue directo hacia las puertas para reunirse con Miles, por si había averiguado algo sobre su hermano o sobre el paradero de su padre.

—¿Habéis descubierto algo?

Rowan dijo:

—No he encontrado al abuelo.

Miles añadió:

—Sigo sin saber dónde está Rinaldo, pero sí he averiguado algo que no le va a gustar, jefe.

—¿Sobre padre?

—Sí. El viejo jefe cogió un caballo y se fue solo. Le dijo al mozo de cuadras que iba al Clan MacVey. Que tenía que hablar con Lennox sobre su hermana.

Sloan dejó escapar un gruñido audible, sin importarle que todos lo escucharan.

—¿No puede dejarlo estar? Voy tras él. Tal vez hayan visto a Rinaldo por allí. —Tenía un regalo para Eva, así que ató el paquete envuelto a sus alforjas antes de montar.

—¿No hay un gran festival esta noche en el Clan Grantham, jefe? —preguntó Ingelram, que se había unido a ellos—. Si es así, apostaría a que Rinaldo está allí. Su caballo no está y ya sabe que le gustan los festejos.

—Ingelram, voy a ver a Lennox, y después iré al clan Grantham. Tienes razón, hay fiesta esta noche. Que Rinaldo se divierta si quiere, pero tengo que detener a padre antes de que me avergüence tanto que no pueda volver a salir de estas murallas.

Miles dijo:

—Todo el mundo sabe de dónde vienen las palabras de su padre. No de usted, sino de un viejo jefe que echa de menos a su esposa.

Sloan le dio una palmada en el hombro.

—Eso espero. No volveré en un buen rato, salvo que tenga que escoltar a mi padre de regreso. Ingelram, vienes conmigo. Le conoces desde hace años.

Ingelram sonrió.

—Desde antes de que usted naciera, jefe.

Los mozos trajeron un caballo ensillado para Ingelram, y ambos partieron sin decir más, la mente de Sloan ya pensando en lo que podría encontrar. Su vida se había convertido en un caos últimamente. Rinaldo tramaba algo, pero nadie había descubierto en qué ocupaba su tiempo. Su padre le recordaba cada día que estaba llevando el clan de forma desastrosa y que debía cambiar algunas cosas. No, no algunas cosas. Todo. Todo lo que hacía últimamente estaba mal para él. Y aun así, a ojos de Sloan, el clan seguía creciendo y prosperando.

Y luego estaba Eva. Por fin había tenido el valor de pedir su mano, solo para ser rechazado por la muchacha. Llevaba tanto tiempo amándola que el rechazo le había clavado una estaca en el pecho, difícil de arrancar. Y que Rinaldo se ofreciera a la hija de los MacKinnis en su nombre casi lo había llevado al límite. ¿Qué más podía salir mal?

Intuía que estaba a punto de descubrirlo. Su padre andaba suelto.

Pero se recordó a sí mismo que la isla había mejorado mucho en poco tiempo y que tenía esperanzas de un nuevo comienzo. Thane y Lennox estaban recién casados, sus clanes prosperaban, y el clan Grantham contaba con tantos aliados que era poco probable que alguien pudiera dañarlos.

Amaba su tierra, amaba a su clan, incluso amaba a su padre y a su hermano, adoraba a sus hermanas… pero un hombre solo puede soportar hasta cierto punto.

Ingelram dijo:

—El clan va bien. No deje que su padre lo convenza de lo contrario.

—Se te da bien leerme la mente, Ingelram. Gracias por tus palabras.

No volvieron a hablar en todo el camino, hasta que llegaron cerca del Clan MacVey. Entonces Ingelram preguntó:

—¿Usted qué cree? ¿Va tras Lennox o tras Eva?

—Maldición, si se ha atrevido a ir a por Eva, le soltaré todas mis verdades al oído. Y puede que le suelte alguna hostia también. No es asunto suyo, por más que crea que lo es.

—Apuesto que ha ido a por Lennox —dijo Ingelram, como si quisiera convencer a Sloan de ello.

Sloan suspiró:

—Ojalá sea Lennox. Él puede con mi padre. Eva no.

Al llegar, las puertas se abrieron con rapidez. Sloan alzó la vista hacia Jasper, quien vigilaba desde lo alto del muro.

—¿Nos esperabais?

Lennox se acercó con una amplia sonrisa.

—Oh, sabíamos que vendrías.

—Entonces, ¿por qué no detuviste al viejo loco, Lennox? No me digas que lo has dejado con Eva.

—Por los cielos, no. Está discutiendo con mi madre. —Se echó a reír—. En cuanto os vi acercaros, pensé en advertiros, pero no les detengáis. Estoy disfrutando cada segundo de esa pelea. Entrad en silencio, así podréis escuchar antes de apartarle.

Sloan solo pudo decir una palabra:

—Maldición.

Capítulo 20

Eva

Eva se quedó al margen, escuchando cómo los dos ancianos discutían, sin saber qué hacer. Había bajado las escaleras justo cuando Dermot Rankin irrumpió gritando el nombre de su madre. Y ella no se había achicado ni un ápice.

De hecho, su madre le infundía fuerzas hasta el punto de que Eva no quería interrumpir.

—¿Cómo osas insultarme a mí y a mi hijo, Rut MacVey? Tu difunto esposo se revuelca en su tumba por semejante desprecio, y lo sabes —bramó Dermot, cruzando el salón hasta quedar cara a cara con Rut.

—¿Y cómo osas *tú* entrar en *mi* hogar y dirigirte a mí en ese tono, vejestorio? Vuelve a salir por donde viniste y entra con algo de respeto. A mí no me vas a gritar así.

—¡Y una mierda que no! ¿Vas a permitir que tu hija rechace casarse con mi hijo? ¿Tú aprobaste esa decisión?

Eva miró hacia la puerta justo cuando Sloan entraba. Nunca se alegró tanto de ver a alguien. Rodeando la sala apresuradamente, casi rompía a llorar al alcanzarle, así que hizo lo único que le salió del alma: se lanzó a sus brazos.

—Sloan, no sé qué hacer. Ayúdame —dijo, mientras él dejaba algo sobre una silla y la rodeaba con sus brazos.

Lennox entró detrás de Sloan y abrió los ojos de par en par al ver a su amigo y a su hermana fundidos en ese abrazo. Sloan la soltó, pero mantuvo la mano en su espalda, como si la protegiera.

—No te preocupes, ahora mismo acabo con esto.

Pero Lennox le detuvo.

—No. Deja que lo suelten todo. Ya es hora.

Rut habló con voz tranquila y firme:

—No fue un rechazo, fue un retraso. ¿Y desde cuándo necesita tu hijo que mi hijo pida la mano por él? ¿No se te ocurrió pensar que

quizá ella esperaba que Sloan viniera a pedírsela como es debido? ¿Alguna vez cruzó ese pensamiento tu mente obtusa, Dermot?

—Así se hacía antes, y bien lo sabes. No hay nada de malo en las viejas costumbres. Los jefes decidían los matrimonios por el bien de los clanes, como el tuyo y el mío.

—Puede que a mí no me gustara que fuera así. Yo quise elegir a mi esposo. No soporto que me digan lo que tengo que hacer —respondió Rut, cruzándose de brazos mientras su falda golpeaba intencionadamente las piernas de Dermot. Eva conocía bien las maneras de su madre.

—Siempre has sido así, Rut MacVey. Le llenaste de canas la cabeza a tu marido con tanto hablar. Las mujeres deberían sentarse recatadamente junto al fuego y coser.

Rut se volvió hacia los sirvientes que observaban y gritó:

—¡Fuera todos! ¡Ahora!

Los pasos apresurados casi hicieron que Eva rompiera en carcajadas.

Dio un par de pasos hacia delante, pero Rut la señaló con el dedo:

—Tú no te mueves, hija mía. Este hombre va a disculparse contigo, o le escupo en la cara antes de soltarle un buen puñetazo. ¡Sentarse recatadamente! Que toda la mierda de las aves de la isla caiga sobre tu cabeza, Dermot Rankin. ¿Cómo te atreves a venir aquí, a insultarme a mí y a mi hija después de que apenas se ha recuperado del ataque? ¿No ves los moratones en su rostro y cuello, viejo necio? El mundo no gira en torno a ti.

Eva dio un respingo y Sloan se colocó delante de ella, guiándola con la mano para que se ocultara tras él.

—Sloan, apártate. Quiero ver a esa muchacha con mis propios ojos.

—Padre, se llama Eva, no «esa muchacha» —dijo Sloan con voz firme. Luego fulminó con la mirada a Lennox—. Tenemos que acabar con esto ya.

Lennox se acercó a su madre mientras Sloan avanzaba hacia su padre.

—Padre, debes disculparte con lady MacVey, y luego te llevaré a casa. Deja a Eva fuera de todo esto.

Pero su padre, tan testarudo como siempre, apartó de un empujón a Sloan para poder mirar directamente a Eva. Todo su semblante cambió y se le encendieron las mejillas.

—¿Quién te hizo eso, muchacha? —Luego se volvió hacia su hijo —. ¿Tú sabías lo que le había pasado? Tienes que ajustar cuentas por tu prometida, Sloan. Coge tu espada más afilada, que yo te acompaño. ¿Quién se atrevió a tocar a tu prometida?

—¡Padre, basta! No es mi prometida —replicó Sloan con tanta fuerza que todos se volvieron a mirarle—. Déjala en paz.

Lennox dijo con tono autoritario:

—Madre. Dermot. Sloan. Al despacho. Ahora.

Dermot se giró con intención de rebatirle, pero Lennox cortó de raíz:

—No discutas conmigo, viejo. Ya has dicho suficiente a mi madre y a mi hermana.

Dermot refunfuñó todo el camino hasta el despacho, lanzando miradas furtivas a Rut MacVey.

—Mi Ailis jamás habría hablado como tú a un jefe de clan, Rut. Y tu hijo debería mostrar respeto a sus mayores.

Pero Rut, con su lengua siempre afilada, replicó sin titubear:

—Tu Ailis fue una de las mujeres más dulces que jamás conocí. Y no la merecías. Y jamás habría permitido que hicieras lo que acabas de hacerle a mi hija inocente.

Dermot bajó la cabeza.

—Eso… eso no lo discutiré.

Lennox, desde la entrada del despacho, dijo a Eva:

—Quiero que te sientes al fondo. No te pediré que hables, muchacha.

Eva asintió, conteniendo las lágrimas como podía, y fue a sentarse en una silla tras los demás. Al día siguiente, todo el clan estaría hablando de aquello. Y todo por su culpa. Echó un vistazo a Sloan. Nunca lo había visto como ahora.

Habían crecido juntos, pero al verle allí, en el despacho, con los dos jefes de clan de pie tras el escritorio y los dos ancianos sentados

frente a ellos, Lennox con su tartán verde más elegante y Sloan con uno púrpura que le sentaba de maravilla… se les veía adultos. Se les veía como auténticos jefes.

Y Sloan era mucho más apuesto de lo que recordaba. Su piel tenía ese tono bronceado por el sol, casi del mismo color que su cabello, que le rozaba el cuello justo en el sitio perfecto. Su mandíbula, firme y esculpida, estaba tensa, seguramente por la rabia que sentía hacia su padre. Y cuando pensó en cómo la había salvado en los establos, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Padre, tienes que disculparte con todos los que están aquí. Has insultado a la madre y a la hermana de Lennox, has gritado a lady MacVey y has avergonzado a Eva. ¿Qué tienes que decir?

Dermot se levantó y se volvió hacia Eva.

—Te debo una disculpa, Eva. Mi hijo no me informó de tu ataque. ¿Quién fue?

Lennox intervino:

—Dermot, no sabemos quién fue, o de lo contrario ya no tendría piel en la espalda. Pero tu hijo lo detuvo y le dio una buena paliza antes de que lograra huir.

El viejo se giró hacia el frente:

—¿Por qué le dejaste escapar, Sloan?

Eva se levantó al fin:

—Porque tuvo que sujetarme cuando me desmayé, o me habría golpeado la cabeza y habría acabado mucho peor.

Lennox asintió:

—Vi lo que Sloan le hizo a ese hombre. Y vi cómo mi hermana estuvo a punto de caer al suelo, pero tu hijo la salvó de un destino mucho peor. No llegué a tiempo porque el malnacido la arrastró hasta el fondo de una cuadra. Deberías estar orgulloso de Sloan, por tener el sentido de seguirles y detener el ataque. Hizo todo lo que pudo.

Dermot miró a su hijo y le cogió la mano, observando los nudillos magullados y ensangrentados.

—Así que así te hiciste esas heridas. Me lo preguntaba. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿De verdad necesitas preguntármelo, padre?

El viejo asintió, los hombros hundidos.

—Su reputación… Sabio. Eres más listo de lo que a veces te reconozco, Sloan. Me gustaría ver la cara del bastardo… Oh… perdonadme, damas.

—No tienes por qué —intervino Rut—. Fue un bastardo por atreverse a ponerle un dedo encima a mi hija. Pagará por ello, te lo juro.

—Rut, perdóname. Estoy seguro de que no fue fácil ver cómo atacaban a tu hija. Pero sabes que creo que harían buena pareja.

—Esa es nuestra decisión, padre. Mía y de Eva —intervino Sloan con firmeza.

El anciano suspiró y se dirigió hacia la puerta.

—Perdóname, MacVey. Me retiro por hoy.

Capítulo 21

Sloan

Sloan escoltó a su padre hasta donde esperaba Ingelram.

—Está listo para volver a casa. Yo seguiré hacia tierras del Clan Grantham.

—Quizá debería ir contigo —dijo su padre, mirándole con una chispa de ilusión en los ojos.

—Padre, ya casi anochece. No estarás despierto más de una hora. Ve a cenar algo. Tienes mala cara. El día ha sido largo.

—¿Te quedarás más de una hora?

—Sí, padre. Y está a una hora del Clan MacVey, así que tardaré en volver. Puede que me quede allí si se hace tarde.

—Nos vemos mañana, hijo mío.

Vaya. Su padre casi nunca le llamaba así.

Una vez se marcharon, acompañados por dos guardias más, Sloan regresó al interior para hablar con Lennox. Y para despedirse de Eva y darle el regalo que había traído para ella. Lo había dejado en algún sitio del salón. Tenía que admitir que su corazón se había acelerado cuando ella se le había lanzado a los brazos. Maldita sea, encajaba perfectamente entre ellos. Cómo deseaba que reconsiderase su propuesta. Por ahora, se conformaría con pequeños placeres: tenerla entre sus brazos, con su dulzura, su aroma… Guardaría ese recuerdo con mimo.

Entró decidido y se dirigió directo a Rut.

—Lady MacVey, mis más sinceras disculpas por la grosería de mi padre hacia usted y hacia Eva.

Rut agitó una mano en el aire.

—Tu padre echa mucho de menos a Ailis. Tu madre fue la mujer más dulce que he conocido. Lo entiendo. No pasa nada, Sloan. Pero permíteme darte las gracias por ayudar a mi hija.

—Fue un honor para mí —dijo con una breve reverencia—. Mi padre también echa de menos a su esposo. Eran grandes amigos.

—Lo eran —respondió Rut, con los ojos empañados por un instante—. Yo también le echo de menos.

Lennox y Meg bajaron las escaleras, vestidos para la celebración, o eso parecía.

Lennox preguntó:

—¿Vas camino de tierras Grantham?

—Sí. Espero llegar. He enviado a mi padre con Ingelram, y se ha ido de buena gana. Mis disculpas también para ti, Lennox. Y tú, Meg, estás tan encantadora como siempre.

Meg se sonrojó y susurró:

—Gracias.

Él pudo notar que no estaba acostumbrada a los cumplidos.

Lennox dijo:

—Creo que Eva está considerando venir con nosotros. Se está preparando; bajará en breve.

Sloan se obligó a no ilusionarse demasiado con esa posibilidad. Un instante después, la puerta de su alcoba se abrió, y ella descendió las escaleras vestida con mallas y una túnica, probablemente regalo de Dyna o de Eli. Y le quedaban de maravilla.

—¿No vienes? —preguntó Lennox—. Esperaba que te animaras. Te vendrá bien salir del castillo.

—Sí, iré. Pero sentía la necesidad de ir cubierta del todo. A Dyna no le importará.

Rut asintió:

—No, claro que no. Y a mí tampoco. ¿Estás preparada para montar tú sola, hija?

Eva se sonrojó, algo que Sloan apenas había visto en ella.

—No, esperaba poder ir contigo, Sloan. ¿Irás? ¿Te importaría llevarme? Me temo que...

Lennox le lanzó una mirada a Sloan, y él se esforzó por ocultar su sorpresa. Pero respondió con suavidad:

—No digas más, muchacha. Estaré encantado de escoltarte. Y solo para acompañarte, lo entiendo.

—Gracias, Sloan. Necesito salir del castillo. Mamá y Lennox tienen razón.

Meg comentó:

—Tamsin y Thane también irán. Estoy deseando ver a todo el mundo. He escuchado que habrá juglares.

Lennox añadió:

—Y Connor Grant ya ha dispuesto más de cien guardias en torno al castillo y por los bosques. No estoy preocupado.

Rut abrazó y besó a su hija, diciendo:

—Id y disfrutad. Os aguardaré aquí.

Eva alzó la vista hacia Sloan, y con aquellos ojos azules que siempre hallaban la forma de apretarle el corazón, dijo:

—Estoy lista, Sloan.

—Lennox, ahora salimos. Eva —dijo, cogiendo un paquete envuelto—. Esto es para ti. Si mal no recuerdo, solías disfrutar de la lectura cuando eras niña. Marta y Sheona me ayudaron a escogerlos.

Eva, emocionada por recibir un verdadero obsequio, llevó el paquete hasta la mesa más próxima y lo dejó allí, desatando el cordel.

—Sloan, no tenías por qué traerme un regalo. —Lo abrió, y por poco se le humedecieron los ojos. En el interior había dos libros, ambos encuadernados con primor—. ¡Son exquisitos! —Pasó el dedo por las páginas del primero, hojeando aquí y allá, sorprendida de cuán interesante parecía. Si debía quedarse en casa, al menos tendría con qué entretenerse—. No era necesario —murmuró.

—Pensé que te ayudaría a mantener la mente alejada de otras… cosas.

Su madre les dio la espalda y se acercó al fuego. Eva se puso de puntillas y besó a Sloan en la mejilla.

—Muchas gracias. Es un regalo precioso. Los atesoraré.

Entonces sonrió, y a él le costó todo su autocontrol no inclinarse y besarla como aquellos labios sonrosados merecían ser besados. Pero sabía que aún no estaba lista. Así que apoyó la mano en su espalda y la condujo hacia la puerta. Lennox y Meg los siguieron.

—¡Adiós, madre!

Si Sloan se volvía en aquel momento, estaba seguro de que hallaría lágrimas en los ojos de Rut MacVey. Aquella noche tenía el honor de escoltar a Eva, tratarla con todo cuidado, y, sobre todo,

ayudarla a superar la pesadilla que apenas hacía unos días se había desatado sobre ella.

Los caballos ya estaban ensillados y preparados, así que preguntó:

—¿Deseas que te ayude a subir o prefieres a tu hermano?

Eva señaló su pecho, y por poco le estalló el corazón. Pero hizo lo que se le pedía y la alzó sobre su montura, montando justo detrás de ella. Partieron en dirección al Clan Grantham, Eva acomodada frente a él. Y se sintió complacido al notar que, en verdad, confiaba en él, pues no mantenía la espalda rígida como hacían otras damas, sino que se apoyaba contra su pecho, absorbiendo su calor, o al menos eso imaginaba él.

—No temas, muchacha. Te protegeré con mi vida. Estás a salvo conmigo.

Una punzada de duda le recorrió el pecho. ¿Y si aquella afirmación no era del todo cierta? ¿Qué demonios podría pasar?

***

Nada más avistar el castillo Duart, Eva ladeó la cabeza hacia Sloan y exclamó:

—Dios mío. Hay tantos guardias con tartanes rojos. ¿Son todos del Clan Grant?

—Veo algunos Ramsay, llevan tartanes azules. Y los otros… Creo que pertenecen al Clan Menzie. Escuché que los padres de Maitland han llegado también con varios hombres. Es un verdadero ejército.

—¿Ese es tu hermano? —preguntó ella, señalando a un hombre junto a los establos, ayudando con los caballos que iban llegando.

Sloan no daba crédito a sus ojos, pero sí, allí estaba Rinaldo, jugueteando con los caballos. Maldito necio, no había podido ayudar a su propio hermano, y sin embargo ahora asistía a extraños. Y tan cortés y amable como siempre.

—Saludos, Rinaldo. Me preguntaba dónde estarías.

Le hizo un gesto para que se acercara, aunque Rinaldo cometió el error de extender la mano hacia Eva, quien rechazó su ofrecimiento sin dudar, esperando a que Sloan la ayudara. Él desmontó, entregó las riendas a su hermano y bajó a Eva con sumo cuidado.

—Saludos, milady —le dijo Rinaldo, dedicándole una de sus sonrisas inocentes—. Me alegra que haya venido tras lo ocurrido.

—Basta, Rinaldo.

Sloan detestaba la idea de tener que estamparle un puñetazo en plena cara delante de todos, pero si soltaba una sola impertinencia más hacia Eva, lo haría. Fuera su hermano o no.

Eva asintió con la cabeza y se alejó de él, algo que Sloan también debería hacer con mayor frecuencia. Al mirar a su alrededor, le reconfortó ver más guardias de lo habitual apostados sobre la muralla, y varios revisando a los invitados. Les permitieron el paso, así que condujo a Eva al salón principal tan deprisa como pudo.

—Eva, si necesitas algo de mí esta noche, no dudes en decírmelo.

—Gracias, Sloan. Siempre tan caballeroso. Lo aprecio mucho. Creo que me acercaré a saludar a Maeve y a los niños. Tal vez converse con Dyna, aunque supongo que estará ocupada ahora.

Entraron en el salón, Lennox y Meg tras ellos. Meg suspiró.

—Oh, las decoraciones son una maravilla, ¿verdad, Eva?

Eva observó el verdor colgado sobre las chimeneas, los lazos azules en la escalera, y las flores multicolores dispuestas en las mesas, como los veranos de antaño.

—Es precioso.

Meg vio a su hermana, así que cogió la mano de Eva.

—Ven. Quiero que charles un rato con Tamsin y conmigo.

Eva fue con ella, una sonrisa en el rostro. Lennox se acercó a Sloan y señaló una mesa cercana.

—Mira, veo a una muchacha con mi líquido ámbar favorito. Alycia, dos de esos.

Alycia se les unió, haciendo una reverencia ante Lennox.

—Aquí tiene, milord. Mil gracias por permitirme trabajar aquí esta noche.

—Eso depende de mi madre, muchacha. Pero hay tantos invitados que los Grant agradecerán toda la ayuda. No olvides hablar con Eva. Está junto al fuego con Meg.

Alycia se dirigió hacia allí.

Connor y Maitland se unieron a ellos.

—Buenas noches a ambos, y muchas gracias por venir —dijo Maitland—. Esta noche comeréis como reyes. Dyna y Eli abatieron un ciervo enorme juntos. Alaric y Derric tuvieron dificultades para traerlo de vuelta ellos solos.

—¿Pasteles de carne? —preguntó Sloan.

—De tres tipos. Cordero, venado y algunos de ternera. Y Derric fue a pescar con mi padre, así que tenemos un estofado de pescado delicioso. Es magnífico.

Sloan bajó la voz, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Has visto algo… o a alguien sospechoso?

—No, ¿y tú? —dijo Maitland.

Sloan negó con la cabeza, aunque añadió:

—No, solo una corazonada.

—Tú, mi hija y mi esposa. No me gustan esas corazonadas —dijo Connor.

—Y Maeve —añadió Maitland—. Daría lo que fuera por arrancarle el miedo del pecho.

Como si los escuchara, Maeve se acercó directamente a ellos, el pequeño Grant en brazos, sonriente al contemplar el bullicio del salón. Lia y Magni caminaban a ambos lados, mientras Tora y Sylvi corrían hacia Alana y Tamsin.

—Con una protectora como Lia, deberías preocuparte menos —dijo Sloan.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó Lennox—. Creí que no creías en videntes ni nada de eso, Rankin.

Sloan le dio un trago a su bebida y respondió:

—La única que ha conseguido hacerme dudar es esa niña que viene hacia nosotros. Su devoción por el pequeño, las palabras que salen de su boca… hay algo en ella que no es común.

—Habla más. Me interesa escuchar la opinión de alguien de la isla —dijo Maitland—. ¿Tenéis hadas aquí?

—Tras todo lo que se ha dicho sobre cómo encontró a Magni, y con los padres de Thane y lo de Kilchoan, Lennox, he empezado a cambiar de opinión. No sé bien qué es, pero te diré algo.

—¿Qué? —preguntó Connor.

—Quienquiera que ose ponerle un dedo encima a ese pequeño tuyo, Menzie, más le valdrá correr rápido y lejos. Aun así, ella los alcanzará.

Maitland se secó el sudor de la frente.

—Solo me queda rezar para que tengas razón.

Connor le puso una mano en el hombro.

—Coincido plenamente con Sloan. ¿La has observado bien? Mírala ahora. No es mucho mayor que un infante, y sin embargo está junto a Grant, estudiando a cada persona del salón como si fuese una amenaza inminente. Mi padre diría que es como el guardia mejor entrenado que jamás haya visto.

Sloan dio otro trago y asintió.

—Interesante punto, Connor. Y para que te sientas aún mejor, Maitland, te diré esto: cuando esa niña decida hacer daño, no será con un puño, ni con una flecha, ni con una espada. Será con una fuerza como jamás hayamos visto.

Y si algún día lo hacía, Sloan esperaba poder ser testigo de ese poder.

Capítulo 22

Kelvan

—K, todo está listo —informó su segundo al mando, conocido simplemente como O. Kelvan no permitía que nadie usara su nombre real, así que se convirtió en K.

K estaba sentado en el bote, en el lado opuesto del castillo Duart, un punto bien oculto para cualquiera que estuviera vigilando desde el muro principal, aunque dudaba que los vieran con la oscuridad de la noche. Mejor prevenir.

—¿Los que están dentro ya están repartiendo la bebida envenenada?

—Sí, ya está circulando por el salón.

—¿Cuánto falta para que envíes a los hombres?

—Menos de un cuarto de hora.

—Bien. Esperamos —asintió K, mirando a O, que tenía a los seis hombres enmascarados y listos con sus armas. Decidió enviar a seis para capturar a cuatro niños y a la madre. Uno para la madre y el pequeño, luego las niñas rubias —las tres si era posible—, y al final, el otro niño. Si no lograban llevárselos a todos, ese último se quedaría. El objetivo principal era la madre, el niño pequeño y las niñas doradas.

Echó un vistazo a los otros dos botes preparados: uno iría hacia Ulva y el otro cruzaría el estrecho para despistar a posibles perseguidores. Su bote regresaría a Kilchoan hasta recibir la confirmación del traslado exitoso de los cautivos a Coll, donde volvería a encontrarse con ellos. Primero Ulva, luego Coll.

Y entonces, su deseo se haría realidad. El hada tendría que concederle su petición. Si no lo hacía, amenazaría con matar a la madre del pequeño. Así se haría todo tal y como él lo ordenara.

Primero, encontraría a su hija. Luego, mil monedas de oro. Después, un castillo dorado donde él decidiera construirlo. Y por último, un ataque exitoso para su querida esposa. Quería que el

hada facilitara la conquista de la Isla de Mull. Para eso haría falta que murieran muchos Ramsay y muchos Grant.

Su esposa estaba furiosa con los Ramsay y los Grant por haber matado a su abuelo. Él también tenía cuentas pendientes. Quería vengarse de los Menzies, especialmente de una llamada Avelina, la que robó la espada de zafiro.

—¿Cómo supiste lo del túnel hacia las bodegas? —preguntó O.

—Tengo mis métodos. Pagué a un MacDougall para que me contara todos los secretos del castillo: la entrada al túnel, el sitio exacto en la bodega, los mejores escondites durante un ataque. Mi deseo pronto se cumplirá.

Pensó en capturar a la perra de Avelina, pero tenía demasiados poderes. No sabía dónde estaba la espada de zafiro en ese momento, pero cuando se enteró de que el hada con capacidad para conceder deseos había llegado, descartó la idea de la espada. Si tenía razón, el hada podría entregarle el arma secreta hecha de gemas. Solo tendría que desear que saliera de sus manos.

Quizá más adelante. Dio tres pasos y miró hacia el muro del castillo. Ningún movimiento. Los que bebieron el brebaje ya habrían caído inconscientes. Era hora de actuar.

O lo miró, esperando su aprobación.

—Sí, envíalos —dijo K, frotándose las manos, un escalofrío de emoción recorriéndole el cuerpo.

Los niños pronto serían suyos.

Capítulo 23

Eva

Eva estaba de pie junto al hogar, observando todo lo que ocurría en el salón. Siempre se aseguraba de saber dónde estaban Sloan y su hermano. Ahora sabía, sin la menor duda, que Sloan Rankin siempre la protegería. Y esa certeza le daba una paz que jamás le confesaría a nadie.

El viaje al castillo Duart con él había sido lo mejor que le había pasado desde el ataque. Fuera lo que fuera que ocurriera —lluvia, truenos, otro ataque—, sabía que él no la dejaría sola.

Pero los pensamientos sobre aquel bruto que la atacó nunca se iban del todo. Podía hablar con otros, mantener conversaciones sin miedo, pero en cuanto se quedaba sola, la imagen del hombre volvía a su mente.

Su cabello sucio, el hedor, la crueldad en sus ojos.

Su tacto.

¿Alguna vez lograría librarse de él?

Alycia apareció frente a ella.

—Vino nuevo para todos, y es buenísimo.

—Gracias, Alycia. ¿Cómo estás? ¿Dónde está Elvard?

—Por ahí, primero con Alana, luego con Sylvi y Sandor. De un lado para otro. Tengo que seguir. ¡Diviértete, Eva!

Eva asintió mientras sus ojos escaneaban a cada hombre al otro lado del salón. Olió el vino de su copa y decidió no beberlo. Se la pasó a Tamsin, que ya se había tomado una y encantada aceptó la suya.

Maeve tenía al pequeño en brazos junto a Maitland, Dyna caminaba por el salón asegurándose de que todo estuviera bien, Eli y Alaric no se despegaban, y Connor y Sela estaban junto a los niños. Todos bebían vino o brebaje. Sela no apartaba la vista de sus tres nietos, con Astra a su lado. Eva se sorprendió al ver cómo Sela le entregaba una copa a Astra, y aún más cuando la muchacha se la

bebió de un trago. Había escuchado que el secuestro la había afectado muchísimo.

Y entonces empezó. Apartó la vista de Astra justo a tiempo para ver cómo alguien caía desplomado sobre la mesa. Luego otro. Y otro. Lennox logró sostener a Meg justo antes de que tocara el suelo. Después cayó él. Tamsin se desplomó, y Thane la atrapó justo antes de derrumbarse también.

Sloan gritó:

—¡Eva, no lo bebas!

No lo había hecho, pero él sí, y antes de que pudiera llegar a ella, cayó de rodillas y se desplomó sobre el suelo de piedra.

Eva gritó mientras los demás comenzaban a caer uno tras otro. Era horrible.

Connor, Logan, Dyna, Derric, Gwyneth, Eli, Alaric. Todos al suelo. Maitland intentó coger al bebé de los brazos de Maeve, pero también cayó.

Y entonces, el salón se llenó de hombres enmascarados. ¿Seis? ¿Ocho?

Uno cogió a Maeve y al bebé, otro fue directo a por Lia. Eva reaccionó sin pensar: cogió a Alana, que lloraba, y corrió hacia una hornacina cerca del pasadizo. Pasó junto a uno de los hombres enmascarados, el hedor de su cuerpo casi la hizo detenerse, pero siguió. Iba hacia Sandor. Sylvi pasó corriendo junto a ella, gritando, y Eva la cogió en brazos también y se escondió con las dos en la hornacina.

Una vez tras la cortina, las apretó contra su pecho y susurró:

—Shhh, no podemos dejar que nos encuentren.

—Mamá se ha caído —lloró Alana.

—Vi a papá caer también, luego a mamá y al abuelo. ¿Dónde está Tora? —murmuró Sylvi.

Los hombres gritaban unos a otros que capturaran a este niño y al otro, así que Eva se llevó un dedo a los labios para que guardaran silencio mientras el caos seguía.

Alguien gritó:

—¿Dónde está la otra niña de cabello blanco? Ha dicho que las quiere a las tres.

Sylvi alzó la vista, con lágrimas en los ojos, sujetándose fuerte a Eva como si fuera su única salvación. Eva no sabía qué hacer. No llevaba armas. Pero al menos las tres estaban a salvo.

Cuando todo quedó en silencio, Eva se asomó entre la cortina y miró el salón. Nada se movía. Entonces Magni entró desde la torre, gritando y descontrolado.

—¡Magni, silencio! —le dijo, apartando un poco la cortina.

Él la vio y corrió hacia ella. Eva lo metió dentro del escondite y se hizo hueco para él.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi hermana? ¿Y tu madre, Sylvi? ¿Dónde están Thane y Tamsin? Estoy asustado otra vez.

—Escucha. Tienes que estar callado. Todos comenzaron a desmayarse, y seis hombres enmascarados entraron y se llevaron a Maeve y al bebé. Creo que también a Lia. No sé quién más. Vi a Sylvi y a Alana, y me escondí con ellas. ¿Tú viste a alguien con máscara?

Magni negó con la cabeza. Se mordía los dedos.

—Otra vez no…

Eva cerró los ojos.

—Escuchad. No podemos salir hasta que oigamos una voz conocida.

Pasó lo que pareció una eternidad antes de que alguien despertara. La primera voz fue la de Gwyneth:

—¡Logan, despierta!

Sela llamó a Connor, pero no contestó. Luego Eli y Alaric. Las voces se alzaban, buscando a sus seres queridos.

—¡Alana! —gritó Tamsin.

—¿Puedo ir? —preguntó Alana, pero Eva dudaba.

—En un momento —dijo, mirando hacia fuera, con Alana y Sylvi de la mano, y Magni agarrado a ella. Ya la mitad de las personas estaban de pie, mirando alrededor. Eva salió y le dijo a Alana:

—Ve.

—¡Mamá!

Dyna despertó gritando:

—¡Sandor! ¡Tora! ¡Sylvi! ¿Dónde estáis?

—Estoy aquí, mamá —respondió Sylvi.

Eva la llevó hasta Dyna, que enseguida preguntó:

—¿Dónde están tus hermanos?

Sylvi rompió a llorar, y Dyna miró a Eva, que negó con la cabeza.

—No lo sé. Cogí a estas dos y me escondí.

En medio del salón, un hombre se movía de un lado a otro, buscando entre los cuerpos, hasta que salió corriendo hacia la cocina y luego subió las escaleras gritando:

—¡Maeve! ¿Dónde estás? ¡Maeve!

Finalmente, gritó:

—¿Alguien vio algo? ¿Alguien? ¿Quién se mantuvo despierto? —Desde el balcón, gritó aún más fuerte—. ¡Alguien tuvo que ver algo!

—¡Yo! —dijo Eva. Magni la abrazó. Todo el salón enmudeció y se volvió hacia ella—. Vi entrar a seis hombres enmascarados después de que todos se desmayaran. Fueron directos a por Maeve, el bebé y Lia. Yo cogí a Sylvi y a Alana, y nos escondimos en la hornacina. Magni vino de la torre y lo metí conmigo.

—¿Quiénes eran? —rugió Maitland, con el rostro lleno de una furia que Eva nunca había visto antes.

Eva rompió a llorar, y Sloan apareció a su lado, levantándose del suelo y rodeándola con un brazo.

—Deja de gritarle a Eva —le dijo a Maitland—. Ha salvado a tres niños.

Entonces Dyna dijo:

—¡Deja de gritar, Menzie! Ha salvado a una de mis hijas. No ha hecho nada malo. Y ahora mismo, es la única pista que tenemos de lo que ha sucedido.

Dyna sujetaba con fuerza a Sylvi, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su madre, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Maitland dijo:

—Perdonadme. Lo sé. Lo siento, Eva. Es solo que… no puedo soportar…

Y entonces, su cabeza cayó hacia atrás y dejó escapar un gemido tan hondo y desgarrador que Eva jamás olvidaría su sonido.

Cuatro niños habían desaparecido. Y también su esposa.

Dyna ordenó:

—Padre, ve a las puertas y averigua qué saben. Broc, tú y Logan, registrad las bodegas. Derric, tú y Maitland, buscad en todas las estancias de los pisos superiores. Alasdair y Alaric, hablad con los hombres del muro, descubrid qué vieron. ¿Cómo entraron los atacantes? ¿Por dónde se fueron? Reunámonos aquí después. Los encontraremos. ¡El resto, quedaos aquí!

Magni corrió hacia Thane y lo abrazó. Después, Thane y Tamsin se acercaron a Eva, y Tamsin la envolvió en un abrazo.

—Gracias por salvar a Alana —dijo, con el rostro cubierto de lágrimas—. Por los dioses, pobre Dyna y Maitland…

Thane también le dio las gracias, y añadió:

—¿Te marchas o te quedas, Sloan?

Sloan miró a Eva, quien negó con la cabeza.

—Aún no. Por favor.

Lennox y Meg se unieron al grupo.

—Eva, ¿estás bien?

—Estoy bien. Solo un poco alterada. Pero por favor, no me obligues a irme todavía, Lennox. Creo que uno de ellos era el mismo hombre. El que me atacó.

Sloan tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar el puño.

—¿Por qué dices eso?

—El hedor. Cuando pasé junto a uno de ellos, olía igual. Asqueroso. Es un olor muy particular. No puedo marcharme todavía. Por favor.

Sloan dijo:

—Creo que deberíamos quedarnos y averiguar qué ha pasado exactamente. Ven, siéntate junto al fuego y entra en calor. Esperemos a que los demás regresen. Podría haber hombres aún fuera, Lennox. Yo no me iría por ahora.

Eva le apretó la mano a Sloan, sin intención de soltarla. Él le buscó una silla, la acercó al hogar entre las demás y le colocó una piel sobre el regazo. Luego se arrodilló ante ella y dijo:

—Escucha, Eva. Puede que seas la única que los ha visto. El resto parece haber perdido el conocimiento. Intenta recordar todo lo que puedas sobre esos hombres. Olvida al bastardo, concéntrate en

los otros cinco. Recuerda todo lo que puedas: su altura, el color de su cabello, sus botas. Cualquier detalle puede ayudarnos.

Logan se acercó y se sentó a su lado, todavía tambaleándose.

—Alaric dice que todos los hombres del muro perdieron el conocimiento. Fue algún brebaje, quizá el vino que nos ofrecieron. ¿Lo bebiste, Eva?

—No, se lo di a Tamsin. No me apetecía.

—Bien hecho, muchacha. Eres la única que puede ayudarnos. Piensa en cualquier cosa sobre ellos. ¿Había algo distinto en los enmascarados? Su ropa, sus botas, sus armas. Cualquier cosa fuera de lo normal.

Ella pensó durante unos momentos y luego dijo:

—Sí, algo recuerdo. No sé si tendrá importancia, pero me fijé en algo.

—¿Qué?

—Sus botas. Estaban todas mojadas.

Logan sonrió.

—Bien hecho.

—¿Qué significa?

Sloan le apretó la mano.

—Vinieron por mar. Debieron entrar por las bodegas. Iremos a ver. ¿Hay alguna puerta que comunique las bodegas con el exterior? ¿Algún acceso a través del muro exterior?

Logan respondió:

—No que sepamos, pero necesitamos hacer una búsqueda más exhaustiva. No sería el primer castillo con un túnel oculto hacia fuera.

Mientras los hombres descendían a las bodegas en busca de pistas, Eva no podía apartar un pensamiento de su mente.

Uno de los secuestradores era el mismo bastardo que había intentado violarla.

Capítulo 24

Maeve

Maeve abrazó con tanta fuerza a su adorado hijo que el niño terminó apretándola de vuelta hasta que ella aflojó un poco el agarre. Los hombres la empujaron por una puerta en las bodegas, dentro de un túnel oscuro y húmedo, sin que nadie pronunciara palabra.

—¡Dejadnos! ¡Maitland! ¡Maitland, ayúdanos! ¡Despierta, por favor!

Había visto cómo todos, de ser personas vivaces y charlatanas, caían al suelo con la mirada somnolienta en apenas unos instantes. Todo ocurrió tan deprisa que no supo qué hacer.

Primero Logan, luego Dyna, y cuando los ojos de Maitland comenzaron a cerrarse, él había intentado cogerla y susurrado su nombre justo antes de desplomarse en el suelo. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces los hombres irrumpieron desde las bodegas, todos armados y con el rostro cubierto por máscaras. Uno de ellos señaló, y los demás se llevaron a quien él indicaba. Ella fue la primera, Grant el segundo. Lia la tercera.

Maeve gritó y forcejeó hasta que el cabecilla le dio una bofetada y dijo:

—La próxima vez, le pego al niño.

Después de aquello, calló. La empujaron por las escaleras hacia las bodegas, con Lia sujetada a su vestido. La niña había cogido dos mantas de los cestos cuando las obligaron a bajar. ¿Cómo podía ser tan sabia con tan pocos años?

Las arrastraron a ella y a Lia hasta una galera y las metieron bajo cubierta, junto a los remeros, probablemente para ocultarlas de cualquier mirada curiosa durante el trayecto. Momentos después, Sandor y Tora fueron empujados dentro con ellas. Maeve envolvió a

Lia y a Tora con una de las mantas, y se cubrió a sí misma y a Sandor con la otra, Grant sobre su regazo.

Oh no, pobre Dyna… pensó, aunque no dijo nada, y apretó aún más a los pequeños contra sí.

Ya había seis hombres preparándose para remar, mientras otros cuatro, enmascarados, se ocupaban de distintas tareas. El que parecía liderarlos se acercó y dijo:

—Mantened la boca cerrada y nadie saldrá herido. Os daremos comida y os mantendremos a salvo.

—¿A dónde nos lleváis?

—¿Acaso importa?

Tora miró a Maeve y dijo:

—A Ulva, y después a Coll.

—¿Quién te lo ha dicho? —gruñó el hombre, levantándola en el aire.

Tora, imperturbable, señaló su frente con el dedo.

—Lo he visto aquí. Pero ahora también lo veo aquí. Él es Kelvan. —Apuntó a otro de los enmascarados, lo que causó que el hombre la soltara como si le hubiese quemado.

El hombre señalado dijo:

—Ella es la vidente que queríamos. Dejadla en paz.

Los hombres se alejaron varios pasos. Lia se inclinó para susurrarle a Maeve:

—No te preocupes. Nos rescatarán, tarde o temprano.

—Otra aventura —dijo Tora—. Y esta vez tú vienes con nosotras, Sandor. Nos divertiremos.

Sandor no parecía demasiado alterado, así que Maeve acomodó a Grant mirando hacia los niños para que se entretuvieran entre ellos. Los hombres daban órdenes, y había otras dos embarcaciones cerca. El líder bajó de la galera y dijo:

—Nos veremos en Coll.

Así que Tora tenía razón. Maeve no conocía bien Mull, solo lo que había visto al cruzar la isla, pero Maitland le había hablado de las islas cercanas. Una debía de ser Coll. Ulva era de donde venía Tamsin, muy pequeña, si recordaba bien.

Cuando por fin zarparon, su barco se dirigió en dirección contraria a los otros dos, alejándose de Craignure. La apertura hacia la cubierta superior estaba justo a su lado. No podía desperdiciar la oportunidad.

Esperó a tener una vista clara del castillo Duart, luego entregó a Grant a Lia.

—Sujétalo.

Subió de un salto los escalones y se asomó por la borda, gritando en dirección al muro exterior donde distinguía a varios hombres patrullando.

—¡Ulva y después Coll! ¡Acabaremos en Coll!

Una mano cruel le tiró del cabello y la arrastró de nuevo hacia abajo.

—Abre esa boca otra vez y te la parto, muchacha.

Maeve alzó la vista y vio a una figura salir corriendo de entre los matorrales y dirigirse hacia la costa como si hubiese escuchado su grito. Rogó con todas sus fuerzas que aquella persona hubiese comprendido lo que decía. Por ahora, debía portarse bien. Su hijo no sobreviviría sin ella.

—Calla si quieres seguir viva. No te necesitamos. A K solo le importan el niño y el hada. Tú eres prescindible.

No lo sabían, pero ella jamás abandonaría a su pequeño.

Jamás.

Capítulo 25

Sloan

Sloan se frotó la sien; el dolor de cabeza provocado por el brebaje que les habían dado no remitía. Eva parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano por no derrumbarse. Maitland estaba al borde del pánico, y Dyna sollozaba con Sylvi en brazos, apoyada en Derric.

—Otra vez no, Derric. Y Sandor también… —murmuró Dyna.

—Pero Maeve está con ellos. Y Lia también —dijo Derric—. No sé de lo que son capaces las hadas, pero quiero creer que ella se quedó junto a él precisamente por esto. Sabía que alguien vendría a buscarle, y no pensaba quedarse atrás.

—Y Tora también les da miedo —añadió Magni.

—¿Cómo dices? Explícate, Magni —pidió Dyna.

—Porque ve cosas. Les dice lo que sabe, igual que hace aquí. Entonces se asustan y la dejan en paz. La última vez le dijo a uno de los hombres lo que llevaba en el bolsillo. Nunca volvió a tocarla.

Derric sonrió.

—Esa es nuestra niña, Diamante. Estarán bien. Maeve y Lia los protegerán a todos.

En cuanto Connor regresó, Maitland se acercó a tomar asiento.

—Reúne a todos. Tenemos que planear nuestro ataque.

Los padres de Maitland bajaron la escalera, los ojos abiertos como platos. Él les explicó lo sucedido, y su madre lo abrazó.

—No, Maitland. No Maeve y Grant… —Él le cedió la silla—. Pero recuerda lo que te dijo la joven. Que la luz vencería a la oscuridad. Sabía que esto pasaría.

—Deberíamos haber bajado a la cena —dijo Drew—, pero estábamos agotados.

—Papá, me alegra que tú y mamá estuvierais arriba. Así no tuve que preocuparme por vosotros, y mamá puede ayudar. ¿Has visto algo, mamá?

—No —susurró Avelina—. ¿Y Dyna?

—Aún no. Cuando hayamos hablado, haremos un plan.

Sloan, aunque ella hablaba en voz baja, escuchó claramente a Avelina:

—Recuerda que yo creo que Lia es un ángel. Los protegerá. Y cuando termine la reunión, hablaré con Dyna.

Un agudo silbido de Eli hizo que todos se apresuraran a reunirse en torno a Connor en el centro del salón. Maitland suplicó:

—Por favor. Tenemos que hacer algo, Connor. —Sus padres se situaron detrás de él—. No puedo quedarme de brazos cruzados.

Avelina intervino:

—Cuando todos se calmen y sepamos lo que hemos averiguado, Dyna y yo subiremos a las almenas. Tal vez podamos descubrir algo con nuestras visiones.

Los últimos en llegar fueron Broc y Logan, de vuelta de las bodegas.

—Silencio, todos —ordenó Logan—. Hemos descubierto cómo lograron entrar sin ser vistos por los guardias. Llegaron en tres galeras. Hay una puerta en la despensa que da a un túnel. Lo seguimos hasta el exterior, pero ya era tarde. Aun así, obtuvimos algo de información. Broc, diles lo que escuchaste.

Broc se situó en el centro del salón.

—Escuchamos ruidos de un barco, aunque no podíamos verlo. Al final, vimos cómo dos barcos se alejaban de la costa hacia el estrecho de Mull, rumbo a Craignure y Kilchoan. Logan los siguió para ver qué averiguaba, pero yo escuché otro barco. Corrí en dirección opuesta y me abrí paso entre los arbustos hasta poder verlo. Era una galera de buen tamaño, diría que con ocho remeros. Justo cuando zarpaban, escuché un grito. Una mujer —debía de ser Maeve— corrió hasta la cubierta superior y gritó: "Ulva y Coll. Acabaremos en Coll." Entonces alguien la sujetó y la hizo bajar a la fuerza.

Maitland sonrió con orgullo.

—Esa es mi chica.

—Pero ha dicho "*en* Coll". ¿Qué significa eso? —preguntó Lennox.

—No sabe que Coll es una isla. Probablemente cree que es una aldea.

—Tiene sentido —dijo Connor—. ¿Cuántos grupos necesitaremos? Espera… Maitland, espero que lo apruebes, pero voy a dejar esto en manos de los tres hombres que mejor conocen la zona. Lennox, Sloan, Thane, habladnos de las islas y del mejor modo de llegar.

Maitland asintió, el rostro un poco más esperanzado.

Lennox miró a Sloan, así que fue él quien habló:

—Imaginad que Mull es un gran rectángulo. Ulva y Coll son islas que están en la esquina opuesta de donde nos encontramos ahora, en Duart. Como Loch na Keal se halla en el centro de Mull, lo más eficaz sería dirigirse hacia mis tierras. Hay un par de caminos entre las tierras de MacVey y Rankin que conducen hacia Ulva, que está casi justo al oeste. Ulva está a un breve viaje en barco cruzando Loch Tuath. En cambio, llegar a Coll implica una travesía más larga y por mares más bravos. Es probable que hagan una parada en Ulva durante una o dos noches antes de intentar el cruce hacia Coll. Y desde allí, según lo que he escuchado, podrían dirigirse a Kilchoan o vender a los niños directamente.

—¿Venderlos? —preguntó Maitland.

—Los niños pueden ser vendidos a grupos de Oriente Medio o europeos.

Maitland se pasó la mano por la cara y comenzó a pasear.

—Barcos, Rankin. ¿Quién los tiene? ¿Cuántos grupos hacen falta?

Sloan miró a Thane, quien respondió:

—El primer grupo debería ir directo a Ulva. Tengo tres barcos para ello. Es una isla pequeña, con menos de una veintena de casas habitables. A Coll puede llegarse desde mis tierras o desde las de los Rankin, aunque eso depende del tiempo. Hay que vigilar la bravura del mar. Ulva es más protegida y mucho más próxima a Mull.

—Enviad un grupo a Ulva, otro a las tierras de Thane para preparar los barcos, y otro a las mías, para vigilar —dijo Sloan—. Que dos de los grupos estén listos para partir hacia Coll cuando el tiempo lo permita. El grupo que esté en Ulva puede informar y luego

ayudar desde las tierras de Thane. Con suerte, los hallaremos en Ulva y todo acabará allí.

Lennox dijo:

—He escuchado hablar de tres grupos. ¿Qué opináis, Ramsay? ¿Grant? ¿Alguna sugerencia?

Connor miró a Maitland y dijo:

—¿Qué deseáis añadir, Menzie? ¿Dyna?

Dyna miró a Derric, quien dijo:

—Seguiremos cualquier consejo que nos deis. Uno de nosotros se quedará aquí, el otro irá a Ulva. Nos da igual con quién ir.

Logan intervino:

—Enviad a Dyna. Necesitaremos arqueros. Derric, tú puedes defender esta fortaleza, sobre todo ahora que hemos hallado el túnel. Extraño que nadie lo descubriera antes, pero los MacDougall son astutos.

Connor cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué dices tú, Maitland?

—He pedido a mi madre y a Dyna que intenten averiguar lo que puedan, y después partiré con el primer grupo hacia Ulva. Mi chica me dijo adónde se dirigía, y he de estar allí. No deseo perder tiempo… Estaré listo para partir en media hora. Iré en el primer grupo, porque no puedo quedarme de brazos cruzados. Thane, ¿nos darás una embarcación? Me llevaré a Dyna y a quien más quiera acompañarme.

Thane respondió:

—Yo iré. Conozco la isla mejor que nadie. Solo hacen falta dos más: un arquero y un espadachín.

Logan dijo:

—Eli y Alaric. Preparaos. Los demás planearemos la composición de los otros dos grupos y quién se quedará aquí. Uno irá a tierras MacQuarie, otro a las tierras Rankin. Nos reuniremos aquí para hacer los planes.

Connor dijo a Logan:

—Decídelo tú. Yo iré donde me envíes. Mientras tanto, Sela, Astra y yo iremos a las cocinas para preparar víveres. También deseo hablar con las criadas. Hemos de estar prevenidos.

Sloan se desplazó junto a Lennox, con Eva entre ambos. No pudo estar más sorprendido cuando ella dijo:

—Iré a Ulva.

Sloan no dijo nada, esperando a que Lennox hablara.

—Eva, no posees habilidades que puedan ayudarnos.

—¿Irá Meg?

—Sí. Con la forma en que lanza su hacha, quiero tenerla con nosotros. Nos dirigiremos a tierras Rankin con Sloan. Ha demostrado su valía.

—Pero yo también he aprendido a lanzar un hacha.

Lennox cogió las manos de su hermana y dijo:

—Eva, te quiero con todo mi corazón, pero estás demasiado implicada emocionalmente como para venir con nosotros o con cualquier otro grupo. ¿Sabes llegar a Ulva? ¿Conoces algo de la isla?

—No, pero es pequeña. Thane lo dijo. No estoy pidiendo ir a Coll. Solo deseo ir a Ulva.

Eva no ocultaba su furia en lo más mínimo. Sloan pasó la mano por su espalda sin decir palabra.

—Lennox, ¿podría venir con nosotros? O tal vez en mi grupo, que partirá hacia Coll una vez observemos la actividad allí.

—No. Prohíbo que participes, Eva. Te dejaremos en el camino. Meg y yo iremos a las tierras Rankin, así que te dejaremos en casa.

—Voy a recostarme. De pronto me siento mareada —susurró ella.

Lennox se volvió hacia Gwyneth, que estaba sentada junto al fuego.

—¿Hay algún sitio donde Eva pueda descansar un poco hasta que regresemos a nuestras tierras?

Gwyneth respondió:

—Nuestra alcoba. Es la puerta junto a las cocinas.

—Gracias —dijo Eva.

Sloan la acompañó, y una vez llegaron a la puerta, él le dijo:

—Lamento lo de tu hermano, Eva. Pero tal vez un poco de descanso te venga bien. ¿Puedo traerte algo?

Ella negó con la cabeza.

—Muchas gracias. Estoy cansada.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Sloan se volvió y observó al grupo mientras proseguían con los planes. Sin embargo, tenía la sensación más extraña: Eva no aceptaría sin más la decisión de su hermano.

Apostaría a que pensaba seguir de cerca al grupo de Lennox una vez partieran de las tierras MacVey. Pero de pronto le asaltó otra duda.

¿Dónde demonios estaba Rinaldo?

Capítulo 26

Avelina

Avelina condujo a Dyna hasta las almenas, contemplando el agua en la misma dirección por la que había partido la barca.

—A veces, estar cerca del agua ayuda. Si unimos nuestras mentes, algo descubriremos.

Tenía que lograrlo. No podía soportar ver a su hijo sufrir de nuevo aquel tormento. Tenían que recuperar a Maeve y a Grant.

Maitland, Drew y Derric permanecían tras ellas. Derric sujetaba con firmeza a Sylvi, que no se había separado de su lado desde el ataque.

—Echo de menos a Tora y a Sandor —dijo ella.

Derric respondió:

—Los encontraremos. Mamá y lady Menzie nos ayudarán ahora.

—Papá, si veo algo, ¿debo decírtelo?

Él alzó una ceja y miró a Dyna, que asintió.

—Cualquier cosa, Sylvi. Dínosla.

Avelina y Dyna se volvieron hacia el mar. Avelina cogió la mano de Dyna y dijo:

—Sylvi, ¿quieres coger la mano de mamá?

La niña asintió, y las tres se unieron mientras Maitland se situaba al lado de su madre, Derric al otro extremo, junto a Sylvi, y Drew se colocaba tras Avelina.

Ella miró a su hijo, el corazón desgarrado por su dolor, y juró que aquello debía funcionar. Rezó una plegaria silenciosa y comenzó a entonar su cántico favorito, el cual había aprendido de una amiga hacía ya mucho tiempo.

—Cierra los ojos, Sylvi, y concéntrate mientras lady Lina canta —dijo Dyna.

Avelina vio en su mente la embarcación al terminar el canto: estaba a punto de doblar un recodo, en dirección a Ulva, tal y como habían supuesto.

—Veo a Maeve en la cubierta inferior. Ocho hombres reman. Grant está sobre su regazo, riendo con Sandor, que está acurrucado junto a ella. Lia está al otro lado, abrazada a Tora. Tienen mantas sobre los hombros. Todos están bien, Maitland.

—Gracias al cielo por eso.

Dyna añadió:

—Los hombres le temen a Tora.

—¿Por qué, Diamante?

—Porque dijo a Maeve adónde se dirigían, y ellos la escucharon. Tenía razón, y quieren saber cómo lo sabía. ¡Esa es mi chica!

Sylvi intervino:

—Calla, mamá. Lia intenta hablar conmigo.

Avelina y Dyna abrieron los ojos, cruzando miradas con los demás, la esperanza en el grupo era tan profunda que dolía. Avelina dijo:

—Escucha y cuéntanos todo lo que diga, Sylvi. Buen trabajo.

La niña mantuvo los ojos cerrados, apretando la mano de su madre.

—Lia dice que estarán en Ulva solo una noche. Luego, al anochecer del día siguiente, tomarán dos barcas para encontrarse con una embarcación grande en Loch Tuath, cerca de las tierras Thane. Dice que estemos preparados allí.

—¿Algo más? Sé paciente, pequeña. En tu mente, pregúntale por qué no podemos rescatarlas en Ulva.

Sylvi se concentró y luego respondió:

—Lia dice que no los encontraréis. Que estéis listos para las barcas. —Miró a su madre—. ¿Lo hice bien, como Tora?

—Sí, pequeñina. Lo hiciste muy bien —dijo Dyna, besándole la cabeza.

—Espera, mamá. Lia me llama otra vez.

Sylvi cerró los ojos. Luego dijo:

—Alguien quiere robarle las tierras Rankin a Sloan. Alguien que él conoce. Dentro de tres días. Desde Kilchoan. —La niña sonrió y miró a su madre—. ¿Soy como tú y como Tora?

Dyna, con los ojos llenos de lágrimas, la alzó en brazos y la abrazó con fuerza.

—Sí, lo eres. Y, Derric, ella se quedará aquí contigo para que podamos transmitir cualquier mensaje.

Avelina se volvió hacia Maitland y lo abrazó.

—Lia dijo que estés en Loch Tuath mañana y todo saldrá bien. Puede que tengas que nadar.

Derric dijo:

—Tora sabe nadar bien, pero Sandor no.

Los ojos de Maitland se abrieron de par en par, pues Lina sabía que ese era uno de sus mayores temores. Maeve no sabía nadar, y su hijo seguramente tampoco.

—Hemos de confiar en que Lia los ayudará a todos.

Capítulo 27

Eva

El trayecto desde el castillo Duart hasta el castillo Dounarwyse transcurrió en silencio, todos en guardia, atentos al más mínimo indicio de actividad a su alrededor. Era plena noche, aunque la luna brillaba con intensidad. Eva sospechaba que los Grant y los Ramsay sabían poco del sendero que les conduciría a tierras MacQuarie. Pero Thane sí lo conocía. Sabía cuál era el camino más rápido.

Una vez allí, el grupo hizo una breve parada para ajustar pertrechos y dar de beber a los caballos antes de que cada cual emprendiese su respectiva ruta. Sloan ayudó a Eva a desmontar, y ella le dijo:

—Te agradezco tu ayuda.

Él le lanzó una mirada extraña, aunque respondió:

—Lo atraparemos por ti, Eva.

—Pues si lo hacéis, traédmelo para poder clavarle un hacha en sus partes nobles.

Sloan alzó una ceja, pero asintió.

—Puedo comprometerme a eso, si es que sigue con vida. Maitland podría perfectamente estrangularlo con sus propias manos.

—Lo entiendo, pero son seis. Y yo tengo cuentas que saldar con ese troll.

Sloan se inclinó para besarle la mejilla, y en voz baja murmuró:

—¿Qué tramas, milady?

Maldita sea, que la conociera tan bien era desconcertante.

—Nada —respondió, apartando la mirada para no tener que sostenerle la mirada—. No sé de qué hablas.

—Entonces, como no vas a confesarme tus planes, cambiaré de tema. Quiero que sepas que sé que rechazaste mi oferta de compromiso, pero si alguna vez cambias de opinión… sigue en pie.

Eva recordó enseguida lo que le había dicho Lia: que aquel destinado a ella no estaba lejos. ¿Podría ser Sloan? Era un hombre

apuesto, y sin duda daría la vida por protegerla.

—Te lo agradezco, Sloan, pero aún no estoy preparada.

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza. Lo comprendo. Pero creo que haríamos buena pareja. Te cuidaría, y podríamos viajar adonde quisieras. Me encanta navegar y siempre he querido recorrer más Highlands. Edinburgh es precioso en esta época del año. Podríamos comprar vestidos, o simplemente buscar libros.

Eva estuvo a punto de llorar ante el empeño con el que él trataba de agradarle.

—Ahora debo centrarme en lo más importante: encontrar a esos pequeños. Le cogí mucho cariño al pequeño Grant cuando lo conocí, y pensar que está en manos de algún desalmado me revuelve el estómago. Pero tendré en cuenta tus palabras en algún otro momento.

Sloan suspiró, y la decepción se hizo visible en cada uno de sus movimientos. Asintió y se dio la vuelta.

—Me despido, con la esperanza de verte pronto.

—¡Oh, mira, Sloan! Ingelram desea hablar contigo. Yo entraré, estoy muy cansada.

Él la escoltó hasta la entrada del castillo, sin mirar a Ingelram hasta que Eva abrió la puerta y desapareció en el interior.

Maldito fuera. ¿Por qué tenía que ser tan atento, tan considerado? No importaba. Subiría a dejar su alforja y luego se escabulliría por la puerta lateral.

Iba a acompañar al grupo, dijera lo que dijera Lennox. En un principio había pensado marcharse sola, pero habría sido una locura, pues no tenía sentido alguno de la orientación. Con su suerte, acabaría perdida en mitad del bosque sin saber adónde ir.

Suficientemente sensata para reconocer sus debilidades, pensaba conseguir un caballo mientras los mozos de cuadra se ocupaban de los que acababan de regresar. Luego saldría sin hacer ruido, se ocultaría en alguno de los muchos lugares que conocía, y seguiría al grupo hasta el castillo Thane. Eso sí que podía hacerlo, y mientras no la descubrieran antes de estar cerca del destino, no la obligarían a regresar. Su querido hermano y Sloan estarían con el otro grupo, en tierras Rankin.

De hecho, decidió llevarse a Shadow y un buen surtido de hachas. Meg jamás lo sabría, pues ya marchaba rumbo a tierras Rankin junto a Lennox.

Antes de partir, buscó por todas partes a Alycia, deseando saber si había escuchado algo, pero le dijeron que se había marchado esa misma noche. No le sorprendió. Seguramente estaría preocupada por Elvard y deseosa de llevarlo de vuelta a casa. Solía viajar con un guardia, así que probablemente ya se hubieran ido.

Le contaría todo a su regreso.

Una vez preparada, bajó las escaleras, se detuvo en el cercado de los perros para dar un beso a Goldie —que seguía durmiendo— y cogió a Shadow. El animal era lo bastante grande como para correr solo si era necesario, y podría protegerla en caso de ataque. O eso esperaba ella.

Uno de los mozos notó que ensillaba un caballo después de que el resto se hubiese marchado, pero ella le dijo:

—Solo voy a reunirme con mi hermano y con Meg.

—A la orden, milady —dijo él, sin más preguntas. Los mozos de cuadra nunca estaban al tanto de las instrucciones especiales de Lennox.

Le fue fácil mantenerse a la zaga del grupo, pues era numeroso. Tres grupos que se separarían en el cruce: dos hacia el oeste y una hacia las tierras de Sloan. Debía admitir que se había encariñado un poco con el hombre, lo cual le sorprendía.

¿Cómo explicarle que no estaba preparada para casarse, que tras lo vivido con el conde asqueroso tal vez no lo estuviese nunca? Que aún echaba de menos a su padre, que él había elegido a alguien para ella pero jamás le dijo quién, que había soñado con viajar por el mundo, navegar hasta Europa, cabalgar hasta London, visitar Edinburgh para comprar los vestidos más finos. Había soñado con todas las cosas que la mayoría de las muchachas desean.

Pero Eva MacVey tuvo de pronto una revelación: Ella no era como la mayoría de las muchachas. Y tenía grandes mujeres a quienes agradecerlo. Meg había encontrado su propio camino y vivía su mejor vida, aunque fuese con su hermano.

Eli, junto a Alaric, era una mujer capaz de acertar en el corazón con una sola flecha. Dyna, también una gran arquera, era jefa de su clan, una vidente, y probablemente la mujer que más admiraba. Aunque debía admitir que su madre la había impresionado también, cuando Dermot la había atacado con palabras.

Su madre también llevaba fuego en la sangre.

Pero hubo algo más que la sorprendió en el castillo Duart. Aprendió a amar a los niños, su inocencia, sus sonrisas, incluso su confianza. Proteger a Sylvi y Alana le había otorgado un orgullo inmenso.

Eva MacVey había demostrado ser útil, tanto con su mente como con su corazón, y no pensaba permitir que el bastardo que la había atacado saliera impune.

Iba bucando sangre. La sangre de un hombre que se había atrevido a ponerle la mano encima, que la había golpeado y tratado como si fuera estiércol en su bota o el insecto más insignificante arrastrándose por la tierra.

Tal vez el conde fuese intocable, pero ese miserable no lo era.

Y ese error iba a costarle caro. No descansaría hasta encontrarle.

Capítulo 28

Maeve

Maeve se incorporó, apartándose los mechones rebeldes del rostro mientras buscaba algún indicio de luz que le revelara dónde estaba, pero no había nada salvo la pequeña llama de sebo ardiendo en algún lugar del pasadizo. El suave y rítmico respirar de su hijo la tranquilizó de inmediato, así que se inclinó para besarle la frente, contemplando cómo sonreía en sueños al sentir su ternura.

La memoria volvió. Habían llegado a la isla de Ulva y los habían conducido al interior de una construcción. Luego, en el fondo de la casa señorial, uno de sus captores apartó un arcón y levantó una tabla del suelo, para conducirlos apresuradamente por una escalera que descendía hacia lo que parecía la mazmorra de un pequeño castillo. Un corredor frío con cuatro puertas cerradas —dos a cada lado— que no tenía nada de acogedor. Les empujaron hasta la habitación1 más alejada, una estancia con cuatro jergones, un orinal y varias mantas repugnantes por su suciedad. Les dejaron un solo pan para compartir y una jarra de agua, y luego los hombres desaparecieron, dejando a Maeve y los niños encerrados en el sótano, con una puerta de madera y una ventanilla enrejada, cerrada con llave desde fuera.

Gracias al Señor por los pequeños milagros, porque la pequeña Lia había tenido la sensatez de coger dos mantas de lana gruesa antes de salir del gran salón. Eran lo bastante grandes para cubrir a los cinco. Ella yacía en uno de los jergones con Grant y Sandor acurrucados a su lado, cubiertos por una de las mantas, mientras que Lia y Tora dormían en el jergón contiguo, resguardadas bajo la otra manta limpia.

¿Cuánto tiempo permanecerían allí encerrados?

Maeve tenía que admitir que ver lo bien escondida que estaba la entrada a la mazmorra no le había dado precisamente ánimos. Si Maitland llegaba hasta allí, jamás sabría que existía aquel sótano ni

la escalera secreta, pues con el arcón en su sitio, era imposible percibir el acceso. Aunque Lia insistía en decirle que serían rescatados, y que todo aquello tenía un propósito, no lograba acallar el temor que le anidaba en las entrañas.

Su peor miedo podría cumplirse al día siguiente. Si los llevaban a Coll, volverían a embarcarse en otro bote, y el terror la invadiría por completo.

Sobre todo si su única vía de escape requería nadar. Ella no sabía nadar. Su hijo tampoco. Tal vez Tora y Lia podrían, pero Sandor probablemente no. Si su barca volcase o se vieran obligados a lanzarse al agua, tres de ellos se ahogarían.

Las lágrimas le llenaron los ojos, aunque hizo cuanto pudo por contenerlas. Dormir era la mejor manera de que los pequeños pasaran el tiempo. Estarían menos asustados así, aunque Sandor seguía convencido de que estaban en una «aventuwa», como decía Tora.

Sandor abrió los ojos, apoyado contra Maeve, un poco debajo del pequeño Grant. Sonrió y agitó la manita, aunque ella no tenía ni idea de por qué.

—¿A quién saludas, Sandor? —susurró, sin desear despertar a los demás.

—Abelo. Tá ahí —respondió, señalando un rincón mientras se metía el pulgar en la boca.

Ella tuvo que pensarlo un momento. Los abuelos de Sandor eran Connor y el padre de Derric; ninguno estaba muerto, así que... ¿a quién veía?

—O'a, abela. Tamben veo a abela —añadió, señalando ahora otro rincón—. Su cabello e' como e' tuyo.

¿Qué estaba viendo el niño? Debía de estar soñando aún, sin haberse despertado del todo.

Tora se incorporó y explicó, como si pudiera leerle el pensamiento:

—No, no es abuelo Connor. Es abuelo Alex quien nos cuida. Dice que no te pweocupes. Maitland nos salvará mañana en el bote. Maitland, Sloan y Eva.

Maeve sintió que el pecho le iba a estallar. Deseó poder levantarse de aquel jergón y suplicar a sus padres que los ayudaran a salir en ese instante. Si podía creer que sus fantasmas estaban allí cuidándoles y comunicándose con Tora y Sandor, tenía tantas cosas que preguntarles…

—Abuela dice que tengamos paciencia. Que estaremos bien. Dice que mi mamá vendrá mañana —añadió Tora, incorporándose—. Abuela, tengo frío.

Maeve no creía que la niña pudiera entrar en calor, pero tenía que preguntar:

—¿Qué pasa, Tora?

—Abuela le dijo a abuelo que nos calentara —respondió entre risitas.

—¿Qué?

No quería perderse ni un detalle de lo que fuera aquello.

—Abuelo dice que ella siempre tiene frío. Y dijo «Alex». Y él dijo que lo arreglaba.

Un súbito calor descendió desde el techo, como si hubiera una chimenea justo encima de ellos.

—¡Tora! ¿Lo sientes?

—Gracias, abuelo —dijo la niña, y volvió a meterse bajo su manta.

—¿Papá? ¿Mamá? —Las lágrimas empañaron su mirada mientras Maeve miraba hacia la oscuridad. Alex y Maddie Grant la habían adoptado hacía muchos años y la habían tratado como a una hija propia. Había sido la más pequeña de todos, y desde que llegó a las tierras Grant, no las había abandonado hasta enamorarse de Maitland.

De pronto, el aroma de manzanas la envolvió, el mismo que disfrutaba cada vez que ella y su padre recogían frutos en el huerto que plantaron juntos hacía tanto tiempo. Jadeó y alzó la cabeza, aspirando el aire para atesorar aquel instante, los recuerdos tan vivos que podía revivir la escena: corriendo por los prados, la fragancia de lavanda de su madre flotando a su alrededor…

—Tendré paciencia, mamá. Pero por favor… no te vayas. —Cuando el aroma se desvaneció, susurró—. Sandor, ¿siguen ahí?

El pequeño respondió:

—Chi, abelo y abela se que’an. Tengo sueno. —Y volvió a meterse el pulgar en la boca, cerrando los ojos.

Maeve soltó un suspiro de alivio y recitó una breve oración de agradecimiento.

Justo lo que necesitaba para seguir siendo fuerte por esos niños.

Capítulo 29

Sloan

Sloan no pudo evitar sonreír. La joven tenía más agallas de las que jamás le había concedido. Sabía que tramaba algo, así que se había quedado atrás tras la partida del grupo, enviando a Ingelram por delante con instrucciones para Lennox y Miles, y luego se ocultó fuera del sendero principal, justo en la bifurcación donde el grupo se separaba.

Y tal como suponía, Eva aguardó lo suficiente, salió del bosque con su perro en brazos y siguió a los demás.

Así que Sloan la siguió. Esperó hasta que estuvieron a medio camino del castillo de Thane antes de acercarse por detrás y sobresaltarla un poco, pero ya había viajado sola lo suficiente.

—¿Sloan? —preguntó ella, algo nerviosa.

—No te preocupes, no pienso escoltarte de vuelta. No estoy de acuerdo con tu hermano. Tras entrenar como arquera y después de trabajar con Meg, tienes suficientes habilidades para ayudarnos, Eva. Y tienes buenos motivos para querer que todo esto acabe. No sé de dónde vienen esos hombres, pero todos deseamos poner fin a esta locura.

Ella suspiró aliviada.

—Gracias, Sloan. Mi hermano es muy protector.

—Lo es, pero no se lo reproches demasiado. Esos hombres son despiadados y peligrosos. Pero tú demostraste tener una capacidad increíble para reaccionar con rapidez, muchacha. No creo que tu hermano lo haya tenido del todo en cuenta.

—¿De verdad?

—La mayoría se salva a sí mismo cuando se enfrenta a un ataque directo. Muy pocos tienen la claridad mental en ese momento para salvar a dos niños. Y tú no solo salvaste a dos. También salvaste a Magni cuando apareció. Fue arriesgado. Él ya había sido secuestrado antes por ellos.

Eva asintió.

—No lo pensé, Sloan. Solo fue instinto. Amo a los niños y no quería que se llevaran a ninguno más. Pobres Dyna y Maitland.

—Y Derric. Se hace el fuerte por Dyna, pero por dentro debe estar hecho trizas. No uno, sino dos hijos suyos. Yo estaría fuera de mí.

Cabalgaron en silencio un rato, hasta que ella preguntó:

—¿Crees que me obligarán a volver?

—No. Puedes ser útil de una forma u otra. ¿O pretendías ir antes que el primer grupo? ¿No serías tan imprudente como para intentarlo sola, verdad? ¿Contra ocho remeros y seis hombres enmascarados?

—No. Necesito descansar primero. Incluso una esquina en la alcoba de un sirviente me serviría ahora mismo. Había olvidado lo agotador que es montar a caballo. Pero estaré con los demás al amanecer. Haré todo lo que pueda por ayudar. ¿Lennox lo sabe?

—Probablemente sí. Le pedí a Ingelram que fuera por delante y le dijera a Lennox que llegaría en un par de días. Solo le mencioné que sospechaba que tú intentarías seguirnos. No le dirá nada a Lennox sobre ti a menos que alguien venga de su castillo a buscarte. Ingelram le dirá a tu hermano que decidí acompañar a este grupo, pero que volveré a mis tierras pasado mañana.

—Gracias. Solo quiero ayudar. No soporto quedarme quieta mientras los demás lo dan todo.

—Estás madurando, muchacha.

—Supongo que sí —dijo ella, con un deje melancólico en la voz.

Una vez llegaron, él la encubrió y dijo que ambos habían decidido ayudar a ese grupo por el momento. Nadie les cuestionó, y Eva le preguntó a Tamsin si podía encontrarle un lecho donde descansar un poco. A Sloan le alegró verla marcharse con Tamsin.

Eva era una mujer obstinada, pero ni siquiera eso cambiaba lo que sentía por ella. Si acaso, sus sentimientos se volvían más intensos.

Siguió a Thane y Maitland al exterior, y en el último momento decidió acompañar al grupo. Mientras remaban hacia Ulva en dos

embarcaciones, se detuvo a contemplar el paisaje desde las tierras Thane. Casi tan bello como su propio hogar.

—¿Han cambiado mucho los habitantes desde la muerte de Garvie, Thane?

—No, que yo sepa. Vivía muy poca gente allí porque Garvie los echó a todos. Según tengo entendido, las construcciones estaban en muy mal estado, así que a nadie le interesaba quedarse. No había comerciantes ni mercados en la isla. Muy poca gente para venderles. Un panadero me contó que Garvie le obligaba a venir cada quince días. Que no habría regresado nunca si no hubiese sido por eso. Prefería Mull.

—¿Por qué alguien elegiría vivir aislado si tuviera otra opción? —preguntó Maitland—. Mull tiene más recursos, mejor caza. Es cierto que las vistas pueden ser más hermosas, pero ¿a qué precio? Yo me quedaría en la isla grande.

—Thane, ¿y sus hombres? ¿Algún segundo al mando? ¿Guardias suyos? ¿Podrían estar implicados?

Thane reflexionó un momento antes de responder:

—Desde luego, es posible. No tenían adónde ir, y tampoco tenían monedas, aunque seguro que se llevaron todo lo que pudieron de Garvie. Tamsin no cogió nada. —Levantó la mano al acercarse a la isla—. Ved, esto me parece inquietante.

—¿Por qué? —preguntó Dyna.

—Porque no hay señales de vida. Ni barcos, ni antorchas encendidas. Ni animales. No tardaremos mucho en registrar la isla. Solo hay cuatro o cinco estructuras, todas cercanas a este lado. El otro es todo costa boscosa. Inhabitable. Si no hay nadie aquí, no hay nadie en Ulva.

Maitland formuló la pregunta que todos estaban pensando:

—Entonces, ¿dónde podrían estar?

Thane escrutó el mar circundante, en especial hacia Tiree y Coll.

—No creo que cruzaran hasta Coll por la noche. Habrían tenido que detenerse en algún punto del trayecto, sobre todo llevando niños. Tendrán que alimentarlos de alguna manera, darles líquidos.

—¿Y si están en otro lugar de Mull? MacClane está construyendo en este lado de la isla —dijo Sloan, volviendo la vista hacia Mull, más

allá del lugar donde solían atracar los pescadores.

Thane siguió su mirada, pero tampoco vio nada.

—Cierto, pero no le veo dando cobijo a niños. Contrata a algunos guardias bastante dudosos, y ha despedido a otros por eso, pero no puedes esconder niños. Grant aún mama. No se callará porque un desgraciado le ordene hacerlo. —Thane miró a los demás en busca de confirmación.

—Mi hijo puede ser muy ruidoso cuando tiene hambre. Probablemente por eso los esconden en un sitio tan aislado como este. Maeve dijo Ulva, así que tienen que estar aquí. —Maitland trató de convencerlos a todos—. Estoy pensando en lo que dijo Sylvi. No lo miré con atención, Thane, pero la vista del trayecto a Coll es directamente visible desde tu castillo, ¿cierto?

—Cierto —respondió Thane.

Sloan añadió:

—O desde mis tierras. Si nosotros no los vemos, Lennox lo hará. Me temo que no están aquí. Es solo una extraña corazonada.

—Es posible que no hayan llegado tan lejos. En la costa lejana hay una buena franja de playas, pero que yo sepa, no hay habitantes. Todo es bosque. Si no los encontramos aquí, mañana saldremos en los botes a buscar actividad en Loch Tuath o cerca de Coll. Te lo digo, Maitland, lo que dijo Sylvi fue el mejor consejo. Estarán esperando justo frente a mis tierras para encontrarse con el barco mayor. Si están allí en marea baja, podríamos andar hasta la mitad del camino hacia ellos, y tengo cuatro botes en total, suficientes para todos. Los encontraremos pronto. —Thane hablaba con seguridad, y Sloan tuvo que darle la razón.

—¿Hay más habitantes en Coll? —preguntó Connor.

—Sí, un castillo que yo sepa y varias cabañas en el pueblo junto al puerto, y probablemente más en el otro lado. Es más grande que Ulva.

Se aproximaron a Ulva, así que Sloan y Thane saltaron a tierra para arrastrar las barcas a la orilla. Thane señaló un sendero que subía hacia las construcciones.

***

Dos horas más tarde, el grupo se encontraba de nuevo en la playa, frente al castillo MacQuarie, debatiendo sus alternativas. Alasdair y Broc se unieron a ellos. Thane dijo:

—Casi todos están ya acostados. Solo nos quedan unas horas. ¿Por qué no entramos todos a dormir un poco?

—No podré dormir con mi esposa e hijo desaparecidos —dijo Maitland.

Dyna negó con la cabeza, recostada contra su padre, que la abrazaba por los hombros.

—Yo tampoco. ¿Y ahora qué hacemos?

Habían registrado cada edificio de Ulva, todos vacíos. Algunas estructuras mostraban indicios de actividad reciente —el polvo ausente en una repisa, huellas en la arena—, pero no hallaron rastro de ninguna persona.

Dyna había buscado pañales alrededor de todas las construcciones. Ni un solo niño, ni un solo pañal.

—Eso me lo dijo Gwyneth. Que buscara pañales sucios tirados cerca de la puerta. Así encontraron a Gracie y Ashlyn. Pero aquí no había ninguno —dijo Dyna—. He buscado por todas partes.

—Tenéis que comer algo —dijo Alasdair—, o mañana no serviréis de ayuda cuando las barcas estén en el agua. Algunos podríamos acabar nadando, y eso requiere una fuerza que no tendréis sin alimento ni descanso. No podéis enfrentaros a lo que viene con el estómago vacío. Entrad, tomad un bocado y una jarra de ale. Mora ha dejado pan y empanadas de carne. Todos hemos oído lo que ha dicho Sylvi. Confío en nuestro grupo para recibir las barcas mañana, pero os necesito fuertes.

—Alasdair tiene razón —dijo Connor—. Tengo que comer algo, Dyna. Y necesito dormir al menos un par de horas.

El grupo asintió y Thane los condujo hacia el interior. Sloan estaba al final de la fila, aún con la vista alerta, escudriñando los alrededores. Justo antes de entrar, escuchó el gemido ahogado de un perro. Le dijo a Alasdair:

—Entraré en un momento. Voy a aliviarme.

Siguió el sonido, sorprendido al descubrir que era Shadow, el perro de Eva. Y el animal se comportaba como si tratase de decirle

algo.

—Está bien, te sigo.

Shadow lo condujo de nuevo al punto frente a Ulva, donde reposaban las barcas de pesca. Cuanto más se acercaban, más se quejaba el animal, inquieto.

Sloan soltó un suspiro.

—Se ha ido por su cuenta, ¿verdad? Está bien. Sube a la barca. Voy a coger prestada esta y te llevaré al otro lado. Descubriremos dónde está.

El llanto del perro le golpeó el pecho como un puño cerrado. Eva había entrado con ellos, sí, pero eso no significaba que no se hubiese escabullido más tarde… o que se hubiese despertado una hora después y marchado por su cuenta.

Debía estar desaparecida. Shadow no actuaría así si no fuera importante. ¿Dónde demonios podía estar, si acababan de venir de Ulva y la isla estaba desierta? Y no se habían cruzado con ella por el camino.

La cola del perro se agitó con entusiasmo mientras cruzaban, lo que convenció a Sloan de que iban en la dirección correcta. Al llegar a tierra, el lobo irlandés saltó de la barca y comenzó a olfatear con intensidad, hasta dar con su rastro. Se detuvo en seco y se volvió a mirarlo, como si preguntara qué le estaba llevando tanto tiempo.

El animal echó a correr, siguiendo el rastro hacia el centro de la pequeña isla que ya habían registrado. Pasaron junto a un grupo de árboles. Sloan, concentrado en el perro, cometió un error.

Una roca golpeó su cabeza y el mundo se volvió negro.

Capítulo 30

Eva

La puerta se abrió y dos hombres entraron cargando a otro. La estancia era tan oscura que Eva no pudo distinguir de quién se trataba, pero reconoció a uno de sus captores por el hedor. Por suerte, esta vez la ignoró.

Las manos y los pies del prisionero estaban atados, así que lo dejaron caer al suelo y salieron, cerrando la puerta tras de sí.

¡Sloan!

Eva se arrastró hasta él, agradecida de no estar atada como él.

—¿Sloan? —susurró, deseando que despertara. Si le había ocurrido algo, sería culpa suya. Seguro que había venido a buscarla.

Sloan no se movió, así que ella se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

—Sloan, por favor, despierta. Siento haberte traído hasta aquí.

Le acarició la mandíbula, sorprendida por lo mucho que le había crecido la barba.

Sloan abrió los ojos poco a poco, su mirada recorriendo el lugar hasta posarse en ella. La sonrisa que le dedicó le aceleró el corazón. Él estaría bien.

—Eva… ¿dónde estamos?

—No lo sé. En algún sótano de Ulva.

—¿Estás bien?

—Sí. No me han hecho daño. Estaban ocupados con otras cosas, aunque no tengo claro qué traman exactamente. Vi cómo movían montones de espadas como si se preparasen para una batalla. Eso es todo lo que vi.

—¿Has visto a los niños?

—No.

—Estuvimos en la isla hace un par de horas, registramos todas las construcciones, pero no encontramos nada. ¿Sabes en qué construcción estamos?

—No, pero la entrada al sótano está bien oculta. Es una trampilla bajo un arcón. Probablemente pasaste justo al lado sin verla.

—¿Dónde están los hombres? ¿Dónde desembarcaste? Nosotros no vimos a nadie.

—Llegué por el sur. Pagué a un pescador para que me llevase y me dejó en una cala. Justo cuando se marchó, llegó otra barca con las espadas. Me vieron. Es lo único que recuerdo.

—¿Los reconociste de Duart?

—Sí. Son los mismos. Pude oler a uno. Es el que me atacó. Lo siento, Sloan. Pensé que podría acercarme lo suficiente para esconderme y lanzar mi hacha. ¡Qué tonta fui! Ahora lo veo.

—Una muy valiente… que da unos besos muy dulces.

—¿Estabas consciente?

Él asintió antes de intentar incorporarse.

—¿Puedes ayudarme a apoyarme en la pared? Con las manos atadas, es difícil. ¿Tienes algo que pueda servirme para cortar las cuerdas?

—Sí. Mi pequeña hacha. Seguro que se llevaron tu espada.

—Sí. Si me liberas, te estaré eternamente agradecido.

Ella sacó el hacha de la bolsa oculta en su túnica, pero la dejó caer al suelo al abrirse la puerta.

Entró su agresor.

—Quiero unos momentos contigo, dulzura.

—¡Si le haces daño, te mataré! —dijo Sloan.

El hombre soltó una carcajada.

—No creo que vayas a hacerle daño a nadie, todo atado como estás.

Cogió a Eva del brazo y la obligó a levantarse.

—Vamos. Dejaré que tu noviecito nos escuche.

—Si la tocas, te mataré. Mañana habrá hombres por toda esta isla y nos rescatarán.

El hombre rio mientras se alejaban por el pasillo.

—Ya vinieron y se fueron —respondió por encima del hombro.

Eva se obligó a caminar con paso firme, aunque cada músculo temblaba. Prestó atención a cada detalle mientras atravesaban un

pasadizo, una puerta, una zona al pie de unas escaleras y otra puerta más.

Había dos secciones separadas por la escalera. Quizá los niños estaban en la otra. Su captor la empujó por otro corredor hasta una celda con un jergón en el suelo.

—He venido a terminar lo que empecé —dijo, pellizcándole el brazo. Eva se negó a reaccionar, clavándole la mirada—. Si alguna vez cuentas algo sobre mí, te rebanaré la cara. Sois todas iguales, las nobles. Mostráis lo que tenéis pero no dejáis que nadie lo toque. Pues bien, voy a tomar lo que exhibís antes de que se lo entreguéis a un idiota como el que está en tu celda.

Le sujetó los brazos e intentó rasgarle la túnica, lamiéndole la mejilla.

—Eres dulce. Ya sentí tus pechos una vez. Esta vez los veré.

Ella le escupió en la cara.

Él alzó la mano para golpearla justo cuando la puerta se cerró de golpe.

—¿Qué demonios estás haciendo, D? —preguntó otro hombre.

—Solo quería probar un poco. Te dejo a ti primero, si quieres, O.

Retrocedió, aunque seguía sujetándola con fuerza.

Eva le propinó una patada, y él alzó el puño para golpearla, pero el tal O lo detuvo.

—No toques la mercancía. Nos darán un buen precio por su belleza. Si te vuelvo a ver con ella, te corto las pelotas. ¿Entendido?

El hombre se puso pálido y asintió.

—Me la llevo de vuelta. Ponte a trabajar. No tenemos mucho tiempo. Partimos al mediodía.

El otro se marchó sin decir palabra. O empujó a Eva de vuelta a su celda, la arrojó dentro y cerró con llave de inmediato.

Eva cayó sobre el jergón junto a donde Sloan descansaba apoyado en la pared. El hombre la había tocado, lamido, casi la había… La repulsión era tan profunda que no pudo hablar.

—Eva, ¿estás bien? Ese no era el mismo hombre que te llevó. ¿Qué ha pasado?

Eva temblaba tanto que los dientes le castañeaban. Cerró los ojos, intentando borrar de su mente el rostro del monstruo… sin

éxito.

Sloan frotó sus muñecas.

—He conseguido liberarme gracias a ti. Aquí tienes tu hacha.

La colocó a su lado, pero ella se apartó de inmediato.

—Sloan, no me toques. Nunca más. Estoy… sucia.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas, la vergüenza anegándolo todo. Aunque estaba agradecida de que O hubiese aparecido, no podía librarse de la sensación de haber sido mancillada por el apestoso animal que se la había llevado.

—Eva, ¿qué puedo hacer por ti?

Sloan se sentó a su lado, su voz suave empezando a atravesar las telarañas que la envolvían por dentro, redes del pasado entrelazadas con el presente, cada vez más apretadas.

—Eva, sé que puedes escucharme. No sé de dónde viene ese miedo a *mi* contacto, pero debes intentar librarte de él.

Ella negó con la cabeza. Seguía temblando. Si él supiera lo que había vivido en el establo y en la otra celda quizá lo entendería, pero no podía contárselo. No quería. La vergüenza, la humillación, le resultaban insoportables. Aún podía oler al hombre, y el dolor en su mejilla ardía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Eva… —susurró Sloan acercándose un poco más—. Sea lo que sea lo que ha pasado, te ayudaré a enfrentarlo. Esto no tiene nada que ver con la propuesta de matrimonio. Es la promesa de alguien que te aprecia como amiga, que quiere ayudarte a superar lo que te atormenta. Creo en ti. Eres una mujer fuerte, y puedes con ello.

Eva abrió los ojos. ¿Había dicho que era fuerte? Nadie le había dicho eso nunca. Lennox lo era. Meg. Eli, Tamsin, Dyna y Marta… todas eran fuertes. Pero ella…

Ella no. Era invisible.

Pero Sloan la veía.

—¿Por qué? —susurró, con la voz rota, deseando que alguien, cualquiera, la ayudase a vencer sus miedos. ¿Podría ser él?

Él se acercó un poco más a ella sobre el jergón.

—Porque nuestro captor ya conoce tu debilidad. Y no dejará de provocarte cada vez que tenga ocasión. Mientras no le demuestres que el contacto no te afecta, seguirá intentándolo. Tiene una de

esas mentes enfermas que disfrutan torturando a los demás. Se recrea en ello.

—¿Qué hago, Sloan? Lo odio. Me golpea, me pellizca, y no puedo olvidar lo horrible que me siento cuando lo tengo cerca. —Su voz apenas fue un susurro, mientras el frío comenzaba a recorrerle el cuerpo. El frío de la celda, de su situación, colándosele por dentro como si tuviera dedos, hasta hacerla temblar desde lo más profundo. Una nueva forma de tortura que jamás había conocido—. Ayúdame, Sloan. ¿Qué debo hacer?

—Te lo diré. Y lo haré yo mismo. Pero debes confiar en mí.

—Cualquier cosa menos tocarme.

—Tengo que tocarte.

Ella negó con la cabeza, sin poder evitarlo, atormentada por todos los toques que había aprendido a odiar.

—No, no, no. —Sloan colocó la mano junto a la suya, sin llegar a rozarla, pero cerca—. No me toques. Por favor. Soy repugnante.

—No. No eres repugnante. Él lo es. No le dejes adentrarse en esa mente tan hermosa que tienes. Déjame abrazarte, y saldremos de esto juntos. ¿Puedes prometerme que no gritarás, muchacha?

No sabía si podría contenerse, pero tenía la sensación, por extraña que fuera, de que si no lograba detenerse, acabaría temblando hasta la muerte. Aquel estremecimiento que no cesaba comenzaba a asustarla. Era Sloan Rankin o morir.

—Estás tiritando de frío. Te prometo que no te haré daño, pero voy a levantarte, sentarte sobre mis piernas y rodearte con los brazos. No grites, por favor, o volverán, y eso no será bueno para ninguno de los dos.

El frío la aprisionaba por dentro, algo que jamás había sentido. Sí, había temblado y se había estremecido antes, pero ese temblor… ese podía matarla. En otro tiempo, quizá lo habría permitido, como aquel día en los establos, pero ya no.

Eva hizo un nuevo juramento. Pensó en los niños que habían sido arrebatados, en Magni contándole lo asustado que había estado, y su determinación se transformó en un compromiso consigo misma. Tenía que confiar en Sloan.

Asintió.

—De acuerdo.

Si había algo que sabía de Sloan Rankin, era que desprendía calor como un gran hogar encendido. Tenía que luchar, o su captor ganaría. Y eso… jamás.

Sloan la alzó con delicadeza y la acomodó en su regazo. Ella, sin pensar, comenzó a empujarlo, pero el bendito hombre no la soltó ni la apartó. Las manos de Eva apenas tenían fuerza, así que no le causó daño alguno. Era un acto reflejo, porque en el fondo de su corazón, sabía que no podía hacerle daño a Sloan.

—Bien hecho. No grites, Eva. No te dejaré sola. —Su voz, cálida, la envolvió como una manta—. Tranquila, y entrarás en calor. Voy a rodearte con los brazos, para que tomes mi calor. Me sobra.

Cada punto de contacto entre sus cuerpos era una punzada dolorosa que la hacía desear apartarlo. Pero entre aquellas punzadas comenzaban a colarse ráfagas de calor, oleadas repentinas que la atravesaban, extendiéndose desde sus manos hasta cada rincón de su cuerpo.

Y entonces ocurrió algo asombroso: sus temblores empezaron a disminuir.

Sloan le susurró al oído:

—No me alejaré de ti, Eva. Te juro que jamás te haré daño. Nunca te tocaré sin permiso, siempre te avisaré cuando esté cerca. Lo estás haciendo muy bien, y tus temblores están cediendo. Te sacaré de aquí. Ahora voy a bajar la cabeza junto a la tuya para que mi aliento te caliente también. No haré nada más. —El cálido aliento le rozó el oído, y ella dio un respingo—. No. Confía en mí. Tienes que confiar en mí si queremos escapar. Cuando estemos fuera, podrás abofetearme todo lo que quieras. Pero no ahora. Vuelve, muchacha. Tu mente está demasiado lejos.

Y, por una razón que no entendía, finalmente se rindió a todos los cuidados de Sloan. Se recostó contra él, suspiró y se dejó llevar por su calor. Cedió el control, lo dejó en sus manos, empapándose de su calor, de su ternura, de la calma que emanaba de su alma, hasta que sus temblores disminuyeron.

—¿Por qué me seguiste, Sloan? ¿Cómo lo supiste? —¿Qué habría sido de ella si él no hubiese llegado?

Él soltó una risita, mientras le acariciaba suavemente la espalda.

—¿No recuerdas todas las veces que te seguí cuando eras una niña? Aquella vez que intentaste seguirnos hasta Loch na Keal para nadar y pescar. Yo sabía que vendrías. Les dije a Lennox y Taskill que había olvidado algo y, en efecto, allí estabas tú, con tu poni, intentando escabullirte por la puerta trasera.

Ella rio.

—Sí que lo recuerdo. Mi poni no cabía por la puerta.

Él le acarició el cuello con ternura.

—¿Y cuando nos perseguiste de vuelta a las tierras Rankin, corriendo colina abajo tan deprisa que estabas a punto de caer al agua helada?

—Pero tú me atrapaste. Siempre has estado ahí para mí, Sloan. ¿Por qué?

Ella sintió el leve encogimiento de hombros contra su espalda.

—Supongo que siempre supe lo que pensabas. Tu hermano era demasiado mayor, y Taskill siempre estaba ocupado flirteando con cualquiera que llevase falda.

—Siento haberte insultado.

—No me insultaste.

—No me gusta que mi hermano me diga lo que tengo que hacer.

—Las mujeres fuertes suelen tener esa reacción. Estás perdonada por cualquier daño que creas haberme causado.

—Si conseguimos salir de aquí… ¿podrías cortejarme en secreto? ¿Sin decirle nada a mi hermano entrometido?

Una calidez inesperada se instaló en su interior, solo para Sloan Rankin. Pensar en todo lo que había hecho por ella, lo que eso significaba. Que la hubiese seguido hasta allí, arriesgando su vida por ella.

Y ahora, esa ternura que le mostraba era algo que deseaba conservar para siempre.

Para siempre jamás. Había cometido un error imperdonable al rechazar a este hombre, y rezó para que él pudiera perdonarle su torpeza.

—Me encantaría —respondió él, mientras le acariciaba la mejilla —. Y quiero decirte algo más. Jamás te obligaría a hacer nada. Te

esperaré el tiempo que haga falta. Para siempre, si es necesario.

Se quedaron en silencio unos instantes más, hasta que sus temblores cesaron.

Por completo.

—Bien hecho, muchacha. Ahora tenemos que centrarnos en escapar. Cuéntame lo que has averiguado. ¿Has descubierto dónde están los niños?

—No —respondió ella, esforzándose por recordar el camino que había seguido—. Pero hay otro grupo de habitaciones cerradas en dirección opuesta a la escalera. Apostaría a que están allí.

—Bien. ¿Crees que recuerdas el camino para guiarnos?

—Sí.

—Aún no. Necesitas entrar en calor. Absorbe mi calor, y luego hablaremos.

Se quedó allí sentada, como si estuviera en su propio paraíso, sin que nadie pudiera molestarla. Cerró los ojos y deseó que su cuerpo permaneciera así, dejándose envolver por el tono sereno de Sloan, su abrazo cálido, su voz relajada que la transportaba a otro lugar. Un lugar donde los hombres no la hacían sufrir. Donde tenía amigos en quienes confiar. Donde la amaban por lo que era. Donde nadie la amenazaba ni la odiaba por su sangre noble, ni por ser hermana del laird.

Donde nadie la despreciaba por su nombre, ni por el lugar donde había nacido.

Un lugar lleno de esperanza.

—Eva —susurró él unos minutos después—. Estás mucho mejor, y ahora puedo decirte que lo he visto dos veces. Y jamás lo olvidaré. Te haré una promesa, muchacha.

Ella volvió apenas la cabeza, lo suficiente para mirarle a los ojos, con el labio inferior todavía temblándole.

—Haré que pague. Sea quien sea.

La opresión que sentía en el pecho pareció aliviarse. La coraza fría y dura con la que lo protegía se resquebrajó… aunque fuera un poco.

Sloan Rankin había logrado agrietar el hielo que rodeaba su corazón.

Capítulo 31

Connor

A la mañana siguiente, Connor permanecía en la orilla junto a Dyna, poco antes del mediodía, ambos oteando el mar en busca de alguna señal de embarcaciones.

—¿Cuánto crees que tardarán? —preguntó Dyna.

—La verdad, no tengo ni idea. Pero… ¿sabes qué es extraño?

—¿Más cosas extrañas, papá? ¿De verdad? Como si no hubiésemos tenido suficientes. No se te ocurra decírselo a mamá.

Connor sonrió.

—No, esta vez es algo bueno.

—Entonces, cuéntamelo ya.

—Esta mañana me he despertado con la sensación de haber estado con mamá y papá.

—¡Oh, alabado sea Dios! ¡Yo he sentido lo mismo! ¿Qué hacían? Tú primero.

—Estaban sentados juntos, observando algo. De vez en cuando, papá se levantaba, daba una vuelta en círculo con la mano en la empuñadura de su espada.

—¿Y mamá hablaba, pero él la hacía callar?

—¡Sí! ¿Tú también lo soñaste?

—Lo soñé, papá.

—¿Qué estaban mirando? No lo sé.

Los ojos de Dyna se humedecieron.

—A los niños. Estaban observando a Sandor y a Tora. Les están cuidando, papá. Lo sé con certeza.

Maitland y Alasdair se les unieron, el primero caminando directo hacia la playa.

—¿Pero qué demonios es eso?

—¿El qué?

—En el agua —dijo Maitland, señalando—. ¿Es una persona? Viene directo hacia aquí.

Thane llegó a su lado y se adelantó hasta la orilla.

—No, es un perro. Viene desde Ulva.

—¡Es Shadow! Es el perro de Eva —dijo Dyna—. ¿Alguien ha visto a Eva?

Thane negó con la cabeza.

—Sloan no apareció por el salón anoche. Ha desaparecido.

Alasdair comentó:

—Dijo que iba a salir a hacer sus necesidades después de que todos entramos. No le di importancia, pero ahora que lo dices, no lo vi volver.

Thane añadió:

—Apuesto a que Eva se escapó sola para ir tras los niños.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Maitland.

Thane suspiró.

—Meg le contó a Tamsin que Eva fue atacada en los establos hace unas noches. El hombre que la atacó era uno de los encapuchados. Tamsin temía que Eva hubiese decidido seguirles por eso. Lennox no le permitió unirse a ninguno de los dos grupos. Ella se escapó después de que él y Meg partieran hacia las tierras Rankin. Sloan la siguió.

—¿Qué me estoy perdiendo aquí? —preguntó Connor.

—Sloan pidió la mano de Eva, pero ella le rechazó. Aun así, él jamás permitiría que fuese sola a ningún sitio. Ha estado enamorado de ella durante mucho tiempo —dijo Thane, frotándose las manos—. Así que, si nos guiamos por esto, apuesto a que ambos han encontrado a los niños. Con suerte están todos juntos y vendrán en el mismo bote que Maeve y los pequeños.

—No creo que Eva pueda ayudar mucho —dijo Connor—, pero tener a Sloan a bordo podría marcar la diferencia. Empiezo a sentirme más tranquilo. ¿Estás segura de que es el perro de Eva?

Maitland se acercó justo cuando el cachorro salía del mar, sacudiendo el agua y empapando a él y a Dyna, que también se había aproximado. Dyna chilló al mojarse, se arrodilló y Shadow corrió hacia ella.

—¿Has venido para avisarnos de que Eva necesita ayuda, Shadow? ¿Es eso? —El perro movió la cola y gimió, corrió en círculos

y luego en la dirección por la que había llegado—. Ella está allí, ¿verdad? Has venido a decírnoslo, dulzura.

Maitland soltó un profundo suspiro, y Thane sonrió.

Connor cruzó los brazos.

—No entiendo por qué que Eva esté con ellos te tranquiliza, Menzie. Explícate. ¿Acaso es arquera?

—Ha entrenado un poco conmigo —respondió Dyna—, pero sin éxito. Y estoy segura de que no lleva ni arco ni carcaj.

Thane rio.

—No, ha estado entrenando con Meg para aprender a lanzar hachas. Seguro que lleva un par encima.

—Y tú, Maitland —dijo Dyna—, recuerda lo que te dijo Lia: todo saldrá bien. Yo lo creo de verdad. Tenemos que confiar en que es, en efecto, un hada. Avelina la vio, y eso para mí es prueba suficiente.

—Tienes razón. Y ahora que lo pienso, me siento mejor con respecto a Eva. —Maitland soltó una carcajada, frotándose las manos—. Habiéndose criado en una isla, apuesto a que es una nadadora excepcional. ¿Verdad o no, Thane?

—Oh, Eva es una nadadora excepcional. Sacará a los niños del bote, ya lo veréis —dijo Thane—. La cosa pinta mejor.

—Me sorprende que Sloan viniera sabiendo que sus tierras serán atacadas en unos días. Se lo dijiste, ¿verdad, Dyna?

Dyna miró de Maitland a su padre, con los ojos abiertos de par en par.

—No. Logan me dijo que no lo hiciera, que ya se lo diría cuando llegase el momento.

Maitland soltó un hondo suspiro, las manos en las caderas.

—Lo olvidé por completo. Estaba demasiado preocupado por Maeve y Grant.

—¿No lo sabe? —preguntó Dyna—. ¿Y en las tierras Rankin? ¿Lo sabe alguien?

—Solo Logan —dijo Connor—. Yo se lo conté, y se fue con Lennox.

Capítulo 32

Sloan

Una vez que Sloan logró calentar a Eva y calmarla, dijo:

—Vamos. Tenemos que encontrar a los niños. Debemos ir donde ellos vayan. Maeve no podrá salvarlos sola. Nosotros sí podemos ayudar.

—Sí. Dame mi hacha y la guardaré.

—Solo si me prometes no usarla aquí a menos que sea para salvar una vida. La necesitaremos en el bote. Sabes que podemos nadar hasta la orilla, y el grupo nos estará observando desde la costa. Sylvi se lo dijo, así que todo saldrá bien. Nada de problemas hasta que estemos en el barco. Allí sí que necesitaremos ayuda, cuando las dos embarcaciones se reúnan con la mayor.

—De acuerdo. Pero me sentiría más tranquila si pudiésemos encontrarlos. Intentémoslo. ¿Cómo salimos de aquí?

—La llave está en la pared. Tendremos que encontrar la manera de sacarla del clavo. —Sloan se levantó y tanteó la puerta de madera para comprobar su resistencia—. Es débil. Probablemente podría echarla abajo de una patada en lugar de perder tiempo con la llave.

—¿Pero el ruido no hará que vengan?

—No. Cuando me trajeron, no había nadie arriba ni aquí abajo. Todos estaban cerca de los botes, cargando cajas con armas. Es lo único que vi.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Eva.

Sloan sonrió, la cogió por la cintura y la apartó con cuidado.

—Entonces permíteme, mi querida. —Y de una sola patada, rompió la puerta, lo suficiente como para girar el picaporte y salir. Le tendió la mano y salieron juntos. Luego dijo—: Espera aquí mientras miro por las ventanas de las otras puertas. —Parecía haber cuatro habitaciones o celdas separadas, lo que fueran. Podían ser

dormitorios o celdas para prisioneros—. Todas vacías. Enséñame por dónde fuiste.

Los pasadizos subterráneos eran oscuros y húmedos, y no tenían idea de qué hora sería. Avanzaban tan sigilosos como podían, cerrando dos puertas sin hacer ruido. El pasadizo del otro lado era igual que el anterior.

Sloan señaló a un lado.

—Tú mira por esas ventanas, yo miraré por estas.

Pero al acercarse, ambos escucharon movimiento y susurros en la última celda. Sloan alzó la mano para detener a Eva, se acercó y miró por la ventana.

Sandor le saludó con la mano.

Alcanzó la llave y abrió la puerta. Eva se unió a ellos.

—Oh, gracias al Señor —dijo Maeve—. ¿Estamos libres? ¿Está Maitland con vosotros?

Sloan suspiró.

—No. Ambos fuimos capturados por merodear por ahí, pero juntos seremos una fuerza mayor contra ellos. Déjame contarte lo que sabemos, Maeve. Avelina y Dyna vieron que os tenían en Ulva. Lia le dijo a Sylvi que os moverían en barco, y Sylvi le dijo a Maitland que se apostase frente a las tierras de Thane, para vigilar el mar hacia el mediodía. Allí estarán.

Maeve cerró los ojos y susurró:

—Eso espero, porque no sé nadar y los botes pequeños me aterrorizan. Si volcamos, no podré salvar a Grant, y Sandor tampoco sabe nadar.

Sloan y Eva se sentaron en una estera.

—Entonces pensemos cómo hacerlo. No tengo armas, así que solo puedo luchar con los puños. Eva tiene una sola hacha y la estamos reservando. Así que digamos esto: si el bote va a volcar, ven a mi lado, Maeve, y yo sostendré a ti y a Grant. Eva puede encargarse de Tora y Sandor. Lia, ¿tú sabes nadar?

—Por supuesto.

—Puedo atarme estas mantas de forma que uno de los pequeños pueda ir dentro —dijo Eva—. Sloan también puede llevar una. Los dos somos buenos nadadores, Maeve.

—Yo también sé nadar —dijo Tora—. Maeve, no tengas miedo. Eva y Sloan deben estar juntos, así que nos salvarán.

—¿Qué? —preguntó Maeve.

Tora señaló a Eva y Sloan.

—Son uno. Más fuertes juntos, y trabajan juntos, y todo irá bien.

La pequeña le asestó un puñetazo en el estómago como ningún otro que hubiera recibido antes. Sloan miró a Eva para evaluar su reacción, pero fue Maeve quien habló primero.

—Creo que sí están hechos el uno para el otro.

Eva le lanzó una mirada que casi acabó con él. Sabía que sentía algo muy fuerte por ella, pero sus siguientes palabras sellaron su destino.

—Sloan está hecho para mí, Tora. Tienes razón.

Sloan se enamoró de Eva de nuevo, solo por la sonrisa que le dedicó. Era una sonrisa de esperanza, de promesas, de certeza. Había plantado cara a un conde odioso y a un atacante cruel, y aun así podía sonreír en medio de la adversidad. La amaba con todo su corazón, tan orgulloso de ella que casi reventaba. Pero se obligó a centrarse en lo que era importante en ese momento.

Maeve asintió y dijo:

—Creo que deberías atarme también, por si acabo en el bote con Grant. No tendré que preocuparme por él si está atado a mí.

Maeve empezó a llorar, pero las lágrimas cesaron al instante cuando la puerta se abrió y tres hombres entraron.

El que se hacía llamar O dijo:

—Habéis encontrado el camino hasta aquí. Eso nos lo pone más fácil. Os voy a mover, os separaré en dos botes. Luego os trasladaremos a un barco mayor en mitad del mar. Después, pondremos rumbo a una isla más grande. Si alguien se resiste, tiraré al crío por la borda.

Maeve ahogó un grito y estrechó a Grant contra su pecho. Sandor trepó al regazo de Sloan y Tora se acomodó en el de Eva, sin que ninguno dijese palabra.

O se volvió hacia Sloan.

—De hecho, pensé en matarte, pero podría servirme un hombre fuerte. A la muchacha puedo venderla junto a los críos, pero tú… tú

me servirás por tu fuerza bruta.

Sloan estuvo a punto de responder algo sobre la venta de personas, pero se contuvo. Temía que le dejasen atrás o le clavasen una espada en el vientre, y no deseaba ni lo uno ni lo otro.

O cruzó los brazos y miró al grupo con la cabeza ladeada.

—¿Cuál de vosotras es el hada?

Lia sonrió con dulzura.

—Yo lo soy. Iré contigo de buena gana si liberas a los demás.

—Me concederás mi deseo cuando yo lo diga. Y no, no dejaré marchar a los demás. ¿Qué poder tiene el niño? ¿Y cuál de ellos es? ¿El pequeño o el otro?

Miró de Maeve a Sloan y luego a Eva. Los otros dos hombres se echaron a reír. Sloan se alegró de que el agresor de Eva no fuera uno de esos tres; de haberlo sido, habría tenido que usar los puños.

Nadie respondió.

—Bien. Si no queréis contestar, lo averiguaré por mí mismo. —Alargó la mano hacia Grant, pero un fogonazo cegó a todos y el hombre retiró su mano su mano bruscamente—. ¡¿Qué demonios?! Algo me ha quemado. Fue como un rayo atravesándome.

Nadie dijo nada, salvo Grant, que se echó a reír a carcajadas.

—¡Pequeño cabronazo! Dámelo.

—No —dijo Maeve—. ¡Déjanos en paz!

O se acercó a Maeve.

—Muy bien. Entonces te llevaré a ti, zorra. Vosotros dos venís conmigo. Luego averiguaré lo demás.

La cogió el brazo, pero Grant soltó un chillido urgente.

O dio un salto hacia atrás, con la piel de la mano humeando por la quemadura.

—¡Bruja! ¡Me has quemado!

Alzó la mano para golpear a Maeve, pero Sloan le atrapó la muñeca. Lia habló entonces:

—Yo no haría eso si fuera tú. El niño ya te ha quemado dos veces. Si vuelves a tocarnos, será peor. ¿No lo ves en su mirada?

Grant fruncía el ceño, los ojos clavados en la mano del hombre, que había quedado suspendida en el aire. La piel se tornó de un rojo

intenso. O empujó a Sloan, luego a los otros dos, y los tres salieron corriendo, cerrando con llave tras ellos.

—No pienso volver a tocar a ninguno de esos críos. Sacadme de aquí. —la voz de O se escuchó desde el pasillo—. Dejadlos ahí hasta que los botes estén listos. Luego volveremos a por ellos.

Capítulo 33

Logan

Al poco del amanecer, el día después de haberse dividido en grupos, Logan se hallaba en la punta que sobresalía junto al castillo Dun Ara, contemplando el mar, la mirada oscilando una y otra vez entre la isla de Coll y Kilchoan.

Lennox se acercó por detrás.

—No entiendo por qué Sloan no está aquí. Se suponía que formaría parte del grupo que protege su propio castillo. ¿Acaso no querría estar en las tierras Rankin?

—Sí, si le hubiéramos contado lo que Sylvi nos reveló. Pero pedí a los demás que lo mantuvieran en secreto hasta recuperar a los críos.

—¿No le contaste que su castillo estaba bajo ataque? ¿Pero por qué demonios?

—Porque tenía algo más importante que hacer.

—¿Más importante que proteger su propio castillo?

Logan suspiró y negó con la cabeza.

—A veces eres más torpe que una piedra, MacVey. ¿Por qué te lanzaste a MacKinnis no hace mucho?

—¿Cuando fui tras Meg? ¿Y qué tiene eso que ver con Sloan?

—Sloan está protegiendo a tu hermana.

—¿Eva? ¿Por qué iba a necesitar protección si está en casa?

Logan arqueó una ceja.

—¿Estás tan seguro?

—¡Maldición! ¿Se ha ido? ¿Dónde está? Voy tras ella. Al diablo con esta guardia. ¡La mato cuando la encuentre!

—Tranquílizate, hombre. ¿No crees que ya va siendo hora de reconocer que tu hermana es una mujer adulta?

—No lo es. No piensa como una. Nuestro padre la mimó y…

—Uno de los hombres que raptaron a los niños fue su agresor. Escuchó todas las historias, no dijo nada y se marchó tras de ti. Se

escondió y siguió a los otros grupos hasta las tierras MacQuarie, y Sloan la conoce tan bien que esperó a que saliera para seguirla. Te llevan mucha ventaja, así que no tiene sentido que vayas tras Eva. Como sabes, hay cuarenta guardias Grant en el castillo MacQuarie. Thane y Sloan velarán por ella.

—¿Y tú cómo sabes todo eso, Ramsay? Si llevas aquí desde el principio.

Logan esbozó una sonrisa.

Meg se acercó, y Lennox se volvió, con expresión perpleja.

—¿Sabías que Eva fue tras su agresor en Ulva?

—¿Lo hizo? ¡Bravo por Eva!

—¿¡Qué demonios significa eso!? ¡La atacarán otra vez, Meg!

—No lo harán —dijo Logan—. Esta vez tiene fuego en los ojos, MacVey. No la detendrás hasta que consiga lo que merece. Y se merece que le llegue lento. —Sonrió—. Conozco a otros que lo recibieron justo cuando lo necesitaban. Déjala ir. Sloan la acompaña.

—¡Pero no sabe defenderse! ¿Y cómo sabes que Sloan fue tras ella?

—Estás ciego, MacVey.

Meg rio y besó la mejilla de su esposo.

—¿Recuerdas que hace unos días te pedí un nuevo blanco para mi hacha? Fue porque tu hermana destrozó el anterior. Le enseñé a lanzarlas, y resultó bastante buena.

—Pero no lleva hachas con ella.

—Faltaban unas cuantas cuando partimos hacia Duart.

Lennox se quedó mirando el agua.

—¿Eva? ¿Lanzadora de hachas? ¡Qué demonios!

Logan rio.

—No te sientas mal, MacVey. Gwynie me hizo lo mismo cuando nos casamos. Disfrútalo y deja que Sloan cuide de tu hermana. Te prometo que lo hará. Luego volverá volando cuando Dyna le diga que su castillo está siendo atacado.

Lennox se puso las manos en las caderas.

—Eso explica dónde está Sloan. Pero ¿dónde demonios está Rinaldo?

—Esa es mi pregunta —respondió Logan, volviendo a escudriñar el mar—. No me fío de ese hombre. No trae más que problemas.

Capítulo 34

Maitland

—¡Barcas! Veo dos viniendo desde Ulva. Tienen que estar en ellas.

Maitland caminaba de un lado a otro por la playa frente al castillo MacQuarie. Habían visto algunos botes pesqueros, pero en cada uno apenas viajaban uno o dos hombres.

Thane se acercó a la orilla y entrecerró los ojos.

—Creo que son ellos. Diría que nos apartemos para que no nos vean observando. No quiero que den la vuelta y esperen a que anochezca.

Alasdair retrocedió y preguntó:

—¿No vamos a subir a los botes? Yo digo que salgamos a su encuentro en mitad del Loch Tuath. No me da miedo luchar en una barca.

—¡Nooooo! —rugió Maitland—. Pones un pie en esa embarcación, Grant, y te saco de una patada. —todas las miradas se posaron en él, y sintió cómo se le subían los colores—. Maeve no sabe nadar. Y si se asusta por un movimiento brusco del bote, nuestro hijo podría caer al agua. Se hundiría como una piedra.

Alasdair palideció, rascándose la barba.

—Lo siento, Menzie. Tienes razón. ¿Y Sandor y Tora? ¿Saben nadar, Dyna? Es algo en lo que no había pensado.

—Sandor puede mantenerse a flote durante unos instantes. Tora puede nadar hasta aquella roca de allí, pero ninguno de los dos lograría llegar a la orilla. Maitland tiene razón: no pueden volcar los botes. Eva y Sloan no podrían hacerse cargo de cuatro niños y un adulto. Y cualquier enfrentamiento entre hombres en embarcaciones tan pequeñas acabaría por hacerlas volcar.

Connor dijo:

—Thane, conoces estas aguas mejor que cualquiera de nosotros. ¿Qué sugieres?

—Que traigan a Eli. Necesitamos arqueros. Yo dejaría que Dyna y Eli entraran al agua: dos muchachas no levantarán sospechas ni parecerán una amenaza. Si llevan los carcajes en la espalda, nadie verá los arcos hasta que ya sea demasiado tarde.

—Es una gran distancia para acertar desde ahí, Thane. Y hay seis personas a las que no queremos dar ni rozar.

—Escuchadme. Conozco bien a Sloan, lo bastante para saber que es uno de los hombres más astutos que existen. Si él y Eva están ahí, y estoy convencido de que sí, dejad que sean ellos quienes hagan el primer movimiento. Ambos saben nadar y ayudarán a los demás. Apostaría a que no volvieron anoche porque estaban dentro y encontraron a los niños. Incluso si lograron alejarlos de sus captores, no tenían botes para remar de regreso con todos ellos. Su única esperanza es que nosotros les veamos desde aquí y ataquemos. Ambos pueden nadar esa distancia con facilidad, y estoy seguro de que lo tienen en mente. Saben que contamos con arqueros y hombres de sobra. Solo necesitamos planear bien nuestro movimiento y estar listos para ayudar.

—Están bastante lejos… y la galera se acerca —dijo Connor, señalando a lo lejos—. Aún queda un buen trecho, pero ya la distingo.

—Mierda —murmuró Maitland, pasándose la mano por el cabello —. Dyna, ¿ves algo en tus visiones? ¿Cualquier cosa?

Connor retrocedió hacia el muro exterior con varios de los suyos.

—Vamos a dejarte en paz un momento, Dyna, a ver si puedes ver algo. Necesitamos saber cuántos hay en el barco… y me encantaría saber con certeza si Eva y Sloan están allí.

Maitland se alejó también, subiendo hasta un árbol a la sombra, en terreno más alto, desde donde pudiera observar el agua y rezar por la seguridad de su esposa y su pequeño. Tenía que confiar en lo que los demás le decían, en vez de seguir sus impulsos.

Estaba dispuesto a lanzarse al agua por su cuenta para alcanzar el bote y sacar a Maeve y Grant antes de que lo vieran, pero era demasiado arriesgado.

Dyna se sentó en la playa, cerró los ojos e intentó conectar con Tora. Unos momentos después, habló:

—Eva está con Tora y Sandor en un bote, y Sloan está con Maeve, Grant y Lia en el otro. Y Tora ha dicho que no nos preocupemos, que Eva y Sloan lo arreglarán todo.

—¿Eva? —repitió Maitland, atónito—. ¿Cómo va Eva a arreglarlo todo?

Thane sonrió mientras observaba a través de una extraña pieza de cristal.

—Apuesto a que tiene un buen plan.

—Eva fue quien arregló el invento de Gwyneth —añadió Connor —. Démosles una oportunidad.

Thane sostenía un objeto entre las manos y lo dirigía hacia el grupo lejano.

—De hecho, creo que acaba de tirarse al agua con Tora y Sandor. Están nadando hacia nosotros. La marea está baja, así que tal vez solo tengan que nadar la mitad del trayecto… incluso puede que ella llegue a tocar fondo.

—¿Cómo puedes saber eso desde aquí, Thane? ¿Y qué es eso que tienes en la mano?

Thane se lo tendió a Alasdair.

—Lo encontramos en un barco vikingo abandonado. Hace que todo lo lejano parezca mucho más grande.

Alasdair se lo llevó al ojo y silbó.

—Estoy de acuerdo. Es Eva, y lleva a los dos de Dyna. Prepárate, jefe —le dijo a su tío.

Connor sujetó a Dyna y no la dejó avanzar.

—Todavía no. Deja que se acerquen un poco más, muchacha. Eva los tiene. Y en el barco aún no se ha armado revuelo… puede que no hayan notado que han saltado. No los delates.

Entonces miró a Alasdair y asintió hacia Maitland.

Maitland no pudo contener las lágrimas mientras corría hacia la orilla, pero Alasdair lo sujetó, y necesitó también de Thane para retenerlo.

—Ella los tiene. Y Sloan se encargará de Maeve. Ambos nadan de maravilla.

Maitland murmuró:

—No sabéis lo duro que es quedarse aquí parado.

—Alaric, Thane y yo tomaremos los botes —dijo Alasdair—. Estad listos para partir. Arqueros, mantened la posición. Connor, tú también puedes nadar. Ayuda a Dyna si lo necesita.

Maitland rezó de nuevo, limpiándose las lágrimas.

Capítulo 35

Eva

Hasta el momento, todo había salido tal como esperaban. Eva iba con Sandor y Tora en un bote, junto a dos de sus captores. Sloan estaba en el otro con Maeve, Grant y Lia, y tres hombres más. Eva y Sloan estaban en los extremos de los botes, con facilidad para deslizarse al agua.

Sus captores tenían los ojos puestos en la galera que se acercaba a lo lejos, lo que les ayudaba, ya que no les prestaban atención.

Sloan había hecho dos arneses con trapos sucios, para sujetar a Sandor y Tora junto al cuerpo de Eva en cuanto se tirase al agua con ellos.

—Yo sé nadar —dijo Tora—. Y Sandor nada contigo, Evie.

Eva rezaba para que Tora pudiera mantenerse a flote hasta que ella se metiera al agua con Sandor. Distinguía figuras en la playa, y rogaba que fueran hombres del castillo de Thane. Sloan, Maeve y los niños le bloqueaban la vista a los hombres del bote, justo lo que necesitaba. Si adivinaba bien, Dyna observaba desde la otra orilla.

El plan era que Sloan armase un alboroto para distraer a los hombres, dándole a Eva la oportunidad de lanzarse al agua. Maeve temía el vaivén del bote, pero había atado a Grant a su pecho del mismo modo en que Eva haría con Sandor.

En cuanto el bote se detuvo para esperar a la galera, Sloan señaló el bote más lejano y gritó que se estaba hundiendo. Esa era la distracción. Luego miró a Eva y asintió.

Ella colocó a Tora en el agua, cogió a Sandor, lo sujetó en el lazo y se deslizó por la borda, jadeando por el cambio de temperatura. Cogió la mano de Tora y la acercó, pasó el lazo sobre su cabeza y pecho, y se echó de espaldas para nadar con todas sus fuerzas, brazo tras brazo, con patadas rápidas y silenciosas, esperando que no la descubrieran antes de ganar suficiente distancia.

Estalló el caos. Los hombres gritaban y discutían, a punto de lanzarse al agua tras ella, pero entonces Lia gritó:

—¡No os atreváis a seguirla!

Se puso en pie y alzó los brazos. Una enorme nube negra apareció de la nada. Rayos surcaron el cielo, y uno cayó sobre un árbol cercano.

O bramó:

—¡Dejadla ir! Tenemos al hada y al crío. ¡No los necesitamos!

Y los hombres volvieron a sentarse. Pero el bote se balanceó y Maeve chilló.

Eva siguió nadando, hablándole a los niños:

—Todo irá bien. Apostaría a que alguien nada en nuestra dirección.

—Agwa funtsiona… —dijo Sandor, encantado—. Calente. Abelo viene.

—No abras la boca, Sandor. No sé quién viene, pero seguro que lo conoces. Puede que sí, que sea abuelo.

Sandor saludó a alguien a lo lejos, pero Eva no se volvió. Preguntó:

—¿Ves algo, Tora? Escucho a alguien nadando detrás.

—Sí. Es mamá. Viene.

Eva siguió braceando con fuerza. Un bote se acercaba y supuso que era el de Thane. Mantuvo el ritmo. Al escuchar la voz de Dyna, estuvo a punto de echarse a llorar.

—Eva, Maitland y yo estamos justo detrás de ti. Sigue nadando hasta que estemos a tu lado.

Esperó a escucharlos más cerca. Luego se detuvo y empezó a flotar, agotada, pero resistiendo. Sacó a Sandor del lazo justo cuando Maitland llegó y lo cogió en brazos.

—Ya lo tengo —dijo él, y el niño no parecía estar pasándolo mal.

Pero los hombres del bote los vieron y llovieron flechas, aunque todas erraron. Eva sonrió al ver a Eli responder con su arco. Una flecha alcanzó a uno de los hombres, que cayó al agua con gran estruendo.

Consiguió sacar a Tora del lazo y se la pasó a Dyna.

—Dyna, coge a Tora. Yo vuelvo por Grant.

—No. Tú lleva a Sandor. Yo iré —dijo Maitland.

Dyna lo detuvo con la mano en el hombro.

—No, Maitland. Una mujer está más segura. Te están vigilando. Si te acercas, te matarán. A Eva no la miran.

Connor se acercó y gritó:

—Tiene razón. A Eva no la están observando. Nada mejor que yo, y ya casi ha llegado. ¡Saca al niño del agua antes de que le den! ¡Es mi nieto!

Maitland obedeció, y Eva se desvió, rodeando el bote hacia el otro lado. Aún llevaba los lazos. No podría con Maeve y Grant a la vez, pero sí con el niño, y Sloan se ocuparía de Maeve.

El bote de Thane estaba a punto de llegar cuando estalló el combate. Uno de los botes se inclinó peligrosamente. Maeve gritó de nuevo, lo que ayudó a Eva a ubicarla.

Al llegar, tiró del vestido de Maeve y susurró:

—Entrégamelo. Maitland viene. Quédate cerca de Sloan. Él te salvará.

Nadie les prestó atención. El bote de Thane había llegado y el estruendo del choque de espadas y gritos de dolor resonaba en el agua como una guerra desatada.

Maeve, entre sollozos, le entregó al niño. Le ayudó a asegurar el lazo en su pecho, le dio un beso en la cabeza a su hijo y le dijo a Eva:

—Ve. Antes de que se me resbale. Hay agua en el bote… vamos a volcar.

Eva se alejó nadando, calmando a Grant hasta que dejó de retorcerse. Lia le dio algo a Maeve:

—Lo encontré. Los noruegos lo usan para mantenerse a flote. Sujétalo fuerte y salta. Yo me encargo de los demás.

Maeve miró al agua y se paralizó.

—No puedo.

Eva flotaba, sosteniendo a Grant sin dificultad.

—Tienes que hacerlo. Si volcamos, podrías golpearte la cabeza. Yo te mantendré a flote. Maitland llegará pronto. Te lo prometo. Él y Connor ya están cerca.

Maeve negó con la cabeza.

—No puedo. Ve con Grant. Dile que le amo.

Eva iba a insistir, pero vio a Lia lanzarse sobre Maeve con fuerza. La madre de Grant voló por la borda con un grito, pero sujetaba el artefacto con fuerza y volvió a la superficie de inmediato.

—¡Cogedla! —gritó O, de pie en el bote, ordenando a los hombres que saltaran.

Pero Lia alzó los brazos y del fondo emergió una criatura. Eva sintió que se le helaba la sangre. Su cuerpo se deslizaba por el agua más rápido que cualquier nave. Eva se acercó a Maeve para evitar que entrara en pánico, la cogió del vestido y tiró de ella, pataleando juntas hacia la orilla con todas sus fuerzas.

La criatura tenía cabeza de serpiente y la cola cortó el agua en un gran arco hasta impactar contra el bote, volcándolo por completo y lanzando a todos sus ocupantes al agua.

Eva nadaba y nadaba mientras los hombres gritaban, las espadas chocaban, los puños crujían y la sangre teñía las aguas del canal. ¿Qué demonios estaba viendo? Maeve sollozaba, pero mantenía la cabeza por encima de la superficie.

Y, para acabar de asustarla, la cara de Sloan emergió del agua, pero jamás se alegró tanto de ver a alguien.

—¿Eva, lo llevas bien sujeto?

—Sí, pero coge a Maeve, está entrando en pánico.

Con un par de brazadas, él estaba a su lado.

—Maeve, ya estoy aquí. Te sostengo.

Sloan le pasó un brazo por encima del pecho y deslizó el cuerpo bajo el de ella para mantenerle la cabeza fuera del agua.

—Te tengo. Pero no luches contra mí o nos hundiremos los dos. Relájate, Maeve.

La voz de Connor resonó:

—¡Vamos hacia vosotros! Dyna y Maitland están a punto de llegar. ¡Aguantad!

La criatura volvió a salir del agua, y Grant soltó una carcajada, saludando al monstruo reptiliano.

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Maitland apareció entre Sloan y Eva.

—Estoy aquí, Maeve. ¿A quién debo llevarme?

Sloan respondió:

—A ninguno, Maitland. Grant está atado a Eva con seguridad, así que nada junto a ella hasta que toque fondo. Maeve está tranquila conmigo, y no me arriesgaré a moverla. Hay demasiado fuego y caos como para detenerse.

—Maitland, estoy bien. Sloan y Eva nos han salvado a los dos —dijo Maeve.

Connor y Dyna nadaban a ambos lados del grupo, y Dyna preguntó:

—Papá, ¿estás viendo a tu sobrino con la criatura?

—Ya me he fijado —contestó Connor—. Se lo está pasando bien, ¿no?

—Un poco *demasiado* bien, diría yo —replicó Dyna.

Maitland miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Lia?

—Estaba todavía en el barco cuando saltamos —respondió Eva.

Dyna giró sobre sí misma, escudriñando en todas direcciones antes de continuar:

—No la veo en el agua, pero no me preocuparía por ella. Creo que está controlándolo todo.

—Me empujó al agua justo antes de que apareciera la criatura —dijo Maeve—. No la he vuelto a ver desde entonces.

Grant señaló a la criatura y pronunció la primera palabra que le habían escuchado jamás:

—Wia. —Y luego soltó otra risita—. Wia.

Capítulo 36

Sloan

Un rato después, Sloan estaba sentado en una pequeña colina frente a la muralla del castillo, con Eva acomodada entre sus piernas, apoyada contra su pecho.

—Eres una gran nadadora, muchacha. Lo hiciste bien, sobre todo con los dos críos al mismo tiempo.

—No fue difícil, pero me cansé pronto. He estado dándole vueltas a todo, y he llegado a una conclusión segura: no creo que *nada* vaya a hacerle daño jamás a Alexander Drew Menzie Grantham.

Shadow giró sobre sí mismo y ladró a Sloan, como si estuviera de acuerdo con ella, y acto seguido se lanzó sobre Eva, directamente a su regazo. Ella rio y le hizo cosquillas.

—Ya lo sé, ya lo sé. Eres un buen chico. Les dijiste a todos dónde estaba. Y también le contaste a Sloan lo de mi viaje. ¡Te mereces un premio!

El cachorro ladró, así que Eva sacó un trozo de carne seca de un saco cercano y se lo ofreció.

—Toma. Sabía que te lo habías ganado, Shadow, así que te guardé un poco del último venado que preparó Thane.

El perro devoró el premio y luego salió corriendo hacia la playa, trotando entre la hierba.

Thane y Tamsin estaban sentados junto a ellos, y Maitland, al otro lado, apoyado sobre los codos, masticaba una brizna de hierba. Maeve y Dyna se habían llevado a los niños dentro para lavarlos y darles algo de comer. Todos habían pasado por un infierno.

Maitland echó un vistazo a Sloan y Eva.

—No sé cómo agradeceros que salvarais a mi esposa y a mi hijo. A los dos. Fue increíble lo bien que lo preparaste, Sloan, sacando a Eva del barco sin que nadie lo notara hasta que ya era tarde.

—Sé que todos creemos que Lia es la protectora de Grant —dijo Eva—, pero me gustaría que volviera.

Como si los hubiera escuchado, Lia salió de detrás de un árbol, tan fresca como siempre.

Mora acababa de unirse al grupo y corrió hacia Lia para abrazarla con fuerza.

—¡Ahí estás! Te he echado tanto de menos… Estaba muy preocupada por ti. ¿Te quedarás con nosotros unos días, Lia? ¿Sí, por favor? Y tenemos que recuperar a Magni para que todo vuelva a ser como antes. ¿Prometes que te quedarás?

Sloan lanzó una mirada a Thane; ambos sonrieron ante el entusiasmo de Mora y su inagotable curiosidad. ¡Cómo adoraba a Lia y a Magni!

Mora se separó y dijo:

—Lia, no estás ni un poco mojada. ¿No caíste al agua con los demás? ¿Cómo has vuelto si los botes siguen allá fuera? Bueno, dos se han ido, pero uno fue destruido por la cola del monstruo… ¿Y qué era eso, por cierto? ¿Una serpiente? ¿Un pez gigante? ¿Tal vez una anguila?

Lia se les unió y dijo:

—La verdad es que estoy algo cansada, así que creo que me echaré una siesta. Bien hecho, todos.

Se sacudió algo del brazo, que cayó al suelo.

—Maeve está dentro, dándole de comer a Grant —comentó Maitland.

—Sí, necesito descansar antes que nada —sonrió Lia, alzando la vista hacia las nubes. Hizo una pausa y se detuvo junto a Maitland —. Ya avisé a Sylvi y a tu madre de que todos estáis a salvo, para que ni tu padre ni Derric se preocupen. Volveré en unas horas.

Maitland se incorporó, frunciendo el ceño.

—¿No quieres ir tras Grant? No te has separado de él ni un momento desde que llegó a la isla de Mull.

Lia siguió mirando las nubes un instante más, pero finalmente respondió:

—No, ya no me necesita. Le prometí a Magni que regresaría un tiempo. Y a Mora también. Con vuestro permiso.

Mora salió corriendo tras ella.

—¿Lia, no quieres preguntar si los niños están bien? ¡Podrían haber resultado heridos con la criatura, o el fuego, o cuando volcó el barco! ¡O con todos esos hombres peleando y las espadas por todas partes! Nunca he visto nada igual. ¿No quieres saber cómo están todos?

—No, Mora. Sé que me lo habrías dicho si hubiera habido algún problema.

Luego bostezó, se despidió y entró en el castillo.

Mora susurró:

—¿Soy la única que piensa que Lia es un poco rara?

Thane soltó una risita.

—Ya hablaremos luego, Mora. Te has perdido unas cuantas cosas.

Mora se agachó y recogió lo que Lia había dejado caer.

—¿Qué es esto, Thane? —Se lo tendió—. Es de un verde distinto, o tal vez gris… No he visto nada parecido. ¿De dónde crees que ha salido?

Él lo observó durante unos segundos.

—Parece una escama.

—No pienso hacer más preguntas sobre ella —dijo Maitland—, porque no estoy seguro de querer saber las respuestas. Solo estoy agradecido, con ella incluida.

Tamsin se levantó y caminó hasta quedar más cerca de la playa.

—Thane, ¿reconociste a alguno de los hombres? Te juro que, cuando salí fuera, reconocí al que daba las órdenes a gritos. La voz se lleva mucho sobre el agua, y me pareció que me resultaba familiar. ¿Conocías a alguno de ellos?

—No… pero uno me sonaba…

—¿Cuál? —preguntó Connor.

—Tenía nombre. Escuché cómo lo llamaban.

Eva intervino:

—O. Uno es K, otro es D, y el tercero era O.

—Madre mía, Thane. ¡Odart! Es el segundo de Raghnall. Ese es.

Sloan preguntó:

—¿De Ulva? ¿Odart, el idiota que ayudó a Garvie?

—Sí —explicó Tamsin—. Él se encargaba de todo cuando Raghnall estaba de viaje. Fue quien conducía la barca cuando Raghnall intentó ahogarme. Conoce bien las islas.

Sloan dijo:

—O sea, que ahora Odart ha tomado el relevo del negocio de Garvie, vendiendo críos como Mora, Brian y Thane.

—Y Magni.

Sloan se quedó un momento en silencio, recordando todo el mal que aquel bastardo había causado en la isla.

—Eva y yo partiremos dentro de una hora.

—¿Volvéis a las tierras Rankin? —preguntó Connor—. Porque olvidamos decirte que Sylvi mencionó que alguien atacará tu castillo mañana o pasado. Lo sentimos, pero tuvimos que centrarnos primero en esto.

—¿Dun Ara? ¿Mañana? —Eva se giró para mirarle, pero Sloan ya sabía lo que debía hacer. Ella no encontraría la paz hasta que resolvieran lo del bastardo que la había atacado.

—No, aún no regresamos. Esas fueron palabras de una dulce niña. Si resulta ser cierto, estaré allí para mañana. Lennox, Miles e Ingelram protegerán Dun Ara en mi ausencia, pero ahora tengo algo más importante que hacer… y se encuentra en la isla de Coll. —Le apretó la mano a Eva—. Acompañaré a ella hasta allí. ¿Alguien quiere venir con nosotros?

—Lo siento —dijo Maitland—, pero no puedo ayudaros. No puedo separarme de mi esposa y de mi hijo. Me quedo aquí.

Connor miró a Alasdair e inclinó ligeramente la cabeza. Alasdair le respondió con un asentimiento discreto.

—Alaric y Eli irán con vosotros. Han entrado a comer. ¿Alguien más quiere ir? —preguntó.

—Dyna se quedará. Los niños la necesitan.

—Yo iré —dijo Thane—. Tú tienes cuentas pendientes con un hombre, Rankin, pero Odart es cosa mía. Tenemos algo que saldar.

—El que llamaban K… ¿es de Kilchoan? —preguntó Connor.

—Sí, eso dijeron —respondió Sloan—. ¿Por qué?

—Ramsay y yo buscamos al hombre que mató a los padres de Magni.

—*Si* es que los mató. ¿Habéis escuchado lo de los míos? Dijeron que los habían matado, pero en realidad se los llevaron para cuidar de los críos. Cada vez que mi padre intentaba escapar, le hacían ver cómo golpeaban a mi madre.

—Parece el hombre que estamos buscando. Si lo encontramos, es mío. Y lo quiero vivo. Ya ha torturado esta isla durante demasiado tiempo.

—Será tuyo.

—¿Y esos tres escaparon? ¿Alguien los vio lanzarse al agua?

Eva susurró:

—O sobrevivió. Y sé que D sigue con vida. Le escuché cuando subía al barco grande.

—No por mucho tiempo —dijo Sloan. Le besó el cuello y la ayudó a levantarse—. Vamos, necesitamos comer algo antes de partir.

—Y yo necesito encontrar un par de hachas más para llevar conmigo —dijo Eva.

Connor sonrió.

—Así que O es de Odart. K es el que manda. D es el hombre al que buscáis. ¿Qué significa, Rankin?

Sloan respondió con tono lento:

—D de *Difunto*.

Capítulo 37

Eva

Eva ya estaba lista, esperando que pronto pudieran dejar todo aquello atrás. Los niños lo habían sobrellevado como si nada hubiera pasado, aunque Connor había ido directamente hacia Tora y le había preguntado:

—¿Te vas a ir pronto a algún sitio, pequeña?

Tora le había dado un abrazo a su abuelo y respondió:

—No. Me quedo a jugar. Volvemos a casa mañana.

Connor miró a su hija y puso los ojos en blanco.

—Se lo preguntaré a ella a partir de ahora. Lo cuenta todo.

Dyna sonrió y le besó en la mejilla.

—Nos quedamos un día más, papá.

En el último momento, justo antes de que fueran a salir, Tora corrió hacia Sloan, levantó los brazos para que la cogiera y luego le susurró algo al oído.

Eva le preguntó qué le había dicho, pero él respondió:

—Nada que entendiera. Algo sobre un huerto de manzanos.

La niña se separó enseguida de su pecho para que la dejara en el suelo y echó a correr a jugar con los demás.

Así pues, el grupo lo formaban Sloan y Eva, Thane, Connor, Alasdair, Alaric y Eli.

Mientras se acercaban a la isla, Alasdair preguntó:

—¿Cuántas construcciones deberíamos registrar? ¿O hay alguna donde sea más probable que se escondan esos carroñeros?

—Vamos hacia el pueblo de Arinagour —explicó Thane—. Allí desembarcaremos. Tiene varias construcciones de comercio porque las barcazas de pasajeros atracan allí. Hay un castillo al sur, junto a un lago, pero no llegaremos tan lejos. Es tierra de los MacClane, y no nos sirve de nada. Iremos al mercado, y seré directo: preguntaré por Odart. A estas alturas, el bastardo debería ser conocido por todos.

Eva se arrimó a Sloan, el aire fresco le erizaba la piel.

—¿Crees que los encontraremos? —susurró.

—Sí. ¿Dónde más podrían estar? Apuesto a que ahora mismo están discutiendo sobre la criatura marina. Yo no entiendo nada, así que no pienso mencionarlo.

—¿Y mi hermano? ¿Crees que Lennox nos creería? —preguntó Eva.

—No. —Sloan negó con la cabeza—. Yo tampoco lo creería si me lo contaran.

—No crees en videntes, así que no me sorprende —dijo ella con sorna—. ¿Has cambiado de opinión sobre Dyna y Tora?

—Casi lo hice cuando nos dijeron que Dyna podía vernos en las barcas separadas, pero cualquiera con buena vista podría haberlo adivinado. Aún no me convence, pero…

—Pero tienes dudas, ¿a que sí? —Eva le apretó el brazo con una sonrisa.

Él la miró de reojo.

—Sí. Lo admito. Lo creería más de Dyna que de una niña.

—¿Y de Lia?

—No hablaré de Lia. No. No pienso hablar de eso. Y lo que le dio a Maeve… ¿Qué demonios era eso? Nunca he visto nada igual.

—Dijo que era de origen nórdico, pero funcionó. Maeve se aferró a él, su cabeza salió del agua al instante y llevaba un vestido largo. No sé cómo no se hundió, pero la ayudó, porque pude arrastrarla con facilidad.

—¿Y lo más extraño? Que cuando llegamos a la orilla, nadie pudo encontrarlo.

—Lo sé. Yo lo busqué. Si lo hubiera soltado en el agua, debería haber flotado.

—Pero no apareció por ninguna parte.

Llegaron hasta un embarcadero largo, eran el único bote atracado. Un par de pescadores cercanos les gritaron:

—Bienvenidos a la Isla de Coll. ¿A quién buscáis?

—A un hombre llamado Odart. ¿Lo conocéis?

—Claro que sí. El bastardo feo acaba de subir la colina, hacia sus tierras. ¿Qué asuntos tenéis con él?

Sloan miró a Thane, quien dijo:

—Del tipo que pondrá fin a sus negocios. ¿Cómo podemos dar con él?

—Me alegra escuchar eso. Todo recto, tomad el sendero a la derecha y seguidlo hasta el final. Veréis dos edificios: una casa y un establo. No están cuidados. Los ocuparon como si fueran suyos.

—¿Y para qué los usan? —preguntó Connor.

—Cualquier cosa turbia, Odart la hace. Yo prefiero conservar la cabeza unida al cuello, así que no pregunto. Espero que algún día se cruce con la persona equivocada. ¿Quiénes sois?

Sloan respondió con su tono arrastrado:

—Las personas equivocadas.

El hombre sonrió, mostrando un hueco donde faltaba un diente.

—Pues entonces os tendremos una jarra de ale lista a vuestra vuelta.

Una vez bajaron del bote, Connor se acercó a los hombres y dijo:

—Connor Grant, del Clan Grant. ¿Cuántos idiotas hay?

El hombre examinó a Connor antes de responder:

—Solo cinco desembarcaron. Echaron a dos por la borda y otros dos siguieron hacia Kilchoan. Dicen que hubo una buena batalla en Loch Tuath. Hablaban como locos, de rayos, hadas y serpientes en el agua. ¿Sabéis algo de eso?

Connor sonrió, alzó las cejas y desenvainó su espada de un solo movimiento fluido.

—Puede que sí. Volveremos en breve por esas jarras. Y si os interesa una casa o un establo, pronto habrá dos disponibles.

Los hombres rieron largo rato después de que el grupo se marchase.

Connor, Sloan y los demás siguieron las indicaciones del pescador, y encontraron la casa señorial no muy lejos del sendero derecho. Se reunieron para planear el ataque y Connor dijo:

—Yo me quedo aquí. Thane y Alasdair, entrad por el frente; Alaric y Eli, id al establo; Sloan y Eva, rodead por atrás. Quien los encuentre, que avise, y nos reunimos si hace falta.

Sloan cogió la mano de Eva y ambos rodearon por detrás, dónde hallaron un sendero estrecho en la espesura del bosque, al lado izquierdo de la casa. Pronto caería la noche, pero aún había luz suficiente para ver sin dificultad. Justo antes de doblar la esquina, Sloan dijo:

—Quédate aquí un momento. Voy a ver cuántos hay.

Eva asintió, siguiéndole en puntillas y deteniéndose cuando él se adelantó unos pasos. Justo cuando por fin estaba dispuesta a admitir cuánto amaba a Sloan, este desapareció de su vista. Juró que se lo diría en el camino de regreso, o quizá más tarde esa noche, una vez muerto el maldito bastardo al que llamaban D. Rezó con todas sus fuerzas para que lograran encontrarlo.

Estaba a punto de preocuparse cuando un sonido en los arbustos captó su atención. Una fracción de segundo antes de ser capturada, el hedor la alcanzó. Conocía ese olor. El hombre cruel que la había atacado antes estaba allí.

Un instante después, D la sujetó por detrás y le cubrió la boca con una mano, ahogando su grito.

Capítulo 38

Sloan

—No hay nadie aquí, Eva —dijo Sloan al regresar… pero ella no estaba—. ¿Eva?

Retrocedió por el sendero y se topó con Connor.

—¿Habéis visto a Eva?

Connor negó con la cabeza.

—Los otros cuatro están lidiando con Odart. Thane está encantado de haberlo encontrado, y pronto estará muerto, si no lo está ya. He venido a ayudarte a buscar a los demás. Odart tenía tres con él, así que aún falta uno. ¿Dónde podría estar Eva?

—No lo sé, pero ha desaparecido. Solo fui hasta el final del sendero para ver a cuántos nos enfrentábamos y, al volver, ya no estaba —dijo Sloan, sintiendo cómo un hueco se asentaba en su estómago. Giró sobre sí mismo, buscando por toda la zona.

—No puede haber ido muy lejos, Sloan. Pero nos moveremos juntos. Sigamos este camino; yo vengo del otro lado.

Dentro de él, algo se retorcía con distintos temores, pero solo uno se alzaba por encima de los demás. Por fin tenía esperanza. Esperanza de que algo pudiera nacer entre Eva y él. Esperanza de que ella estuviera empezando a sentir algo por él. No deseaba nada más que eso: una oportunidad para conocerla más, para descubrir todos los pequeños detalles que amaría de ella. La forma en que fruncía los ojos cuando se concentraba en un villano para reunir fuerzas, cómo sus ojos brillaban justo antes de reír… Incluso la forma en que lo miraba le había dado esperanza.

Antes, ella siempre lo había mirado con desprecio, disgusto o alguna otra cosa que él prefería no nombrar. Pero eso había cambiado. Hacía tiempo que no lo miraba así. Y le encantaba la manera en que su pequeña mano buscaba la suya, cómo sus dedos se enroscaban en los suyos cuando necesitaba apoyo.

Eva MacVey le estaba enseñando a amar, y no quería que dejara de hacerlo. Jamás.

Después de todo lo que habían vivido, su amor no había hecho más que crecer, y sabía sin lugar a dudas que haría cualquier cosa por ella.

Moriría por Eva MacVey, y mataría a cualquiera que osara tocarla.

No habían avanzado mucho cuando algo llamó la atención de Sloan. Se agachó y recogió una de las hachas de Eva.

—Mierda. La tiene, y no ha podido usar esto. No hay sangre. —Guardó el arma en el cinturón y desenvainó su espada con un movimiento firme. Connor hizo lo mismo.

Registraron toda la zona, sin encontrar nada. Sloan se frotó la frente, forzando su mente en busca de alguna pista sobre dónde podría haberla llevado.

Connor dijo:

—Ojalá Dyna o Tora estuvieran aquí. Necesitamos ayuda.

Sloan lo miró con cierta incredulidad.

—Creo que Dyna podría ser de ayuda, pero ¿de verdad crees que Tora es una vidente?

—Tora me ha advertido de cada desgracia desde que llegamos a la isla de Mull. Si te habla, más te vale escuchar. Por su edad, no explica las cosas con claridad, pero la pista siempre está.

Sloan pensó un momento, frotándose la barbilla.

—Se me acercó justo antes de salir. Lo tomé por desvaríos de niña.

—¿Qué te dijo exactamente? Maldición. Piensa, Sloan. Te estaba advirtiendo. Y salió corriendo en cuanto lo dijo, ¿a que sí?

—Sí —murmuró, obligándose a recordar las palabras de Tora—. Algo sobre… manzanas. ¡Eso es! —Miró a su alrededor con nueva esperanza—. Dijo que buscara el huerto de manzanos.

—Entonces ahí está Eva. —Connor señaló un grupo de árboles a lo lejos—. Justo allí.

—¿En serio crees en ella?

—¿Tienes otra idea?

—No. —Ambos se dirigieron al huerto, sin aflojar el paso hasta llegar cerca. Sloan, al frente, alzó una mano para que Connor se detuviera. Había escuchado algo.

Una voz masculina se colaba entre los árboles:

—Veo cómo me miras, perra. Me aseguraré de que nunca me olvides.

Eva gritó. Luego se escuchó una bofetada, seguida por un rugido:

—¡Me has mordido, perra! Como digas o hagas una cosa más, te corto la lengua, y luego te rajo un ojo. Se abren como huevos, ¿lo sabías?

—Está luchando, eso es bueno —dijo Connor.

Avanzaron entre los árboles con sigilo, evitando el sendero principal del huerto, hasta que alcanzaron un gran claro. Al fondo, D estaba atando a Eva a un árbol. Ya le había atado el pecho, y trabajaba en sus piernas mientras seguía escupiéndole insultos, sin parar de hablar.

Alaric y Eli se acercaron por detrás en silencio. Connor señaló dos puntos distintos y los tres se dispersaron, manteniéndose bien ocultos entre los árboles.

Sloan dio un paso al frente y se colocó justo enfrente de Eva, hasta que sus ojos se encontraron. Con una sola mirada, intentó decirle que la salvaría. Que jamás se rendiría.

Que la amaba.

Su mirada no se apartó de la suya, y luego los labios de Eva se movieron.

Te amo, Sloan.

¿Lo había visto bien? ¿Acababa de decir que lo amaba?

El corazón le dio un vuelco, tan concentrado estaba en la pequeña muchacha frente a él, que ni notó cuando Thane le tocó el hombro y murmuró:

—Danos un momento para colocarnos.

Sloan lo ignoró.

D la golpeó otra vez, y eso fue todo lo que necesitó. Soltó la espada, porque aquella pelea debía ser física, personal, no librada desde el filo de un arma. Sloan se lanzó directo hacia él, lo cogió por

el cuello y le propinó un puñetazo en la cara antes de que el bruto pudiera alzar su espada. Lo tiró al suelo, se le subió encima y comenzó a golpearle la cara, gritando con tanta fuerza que lo habría oído toda la isla.

—No la toques. ¡Jamás, jamás la toques!

Fueron Thane y Alaric quienes lo sujetaron de los hombros y lo separaron mientras Connor apoyaba su espada contra la garganta del hombre para mantenerlo quieto, ahora cubierto de sangre.

Sloan respiraba con dificultad.

—Dejadme. ¡Lo mato! —Pero entonces miró a Eva, que acababa de ser liberada por Eli. Cuando estuvo libre, Sloan abrió los brazos, y ella se lanzó a ellos. La estrechó con fuerza, inhalando su dulzura, jurando que jamás querría soltarla.

Connor dijo:

—Tienes el derecho, Rankin. Yo solo quería verla libre antes de que acabaras con él.

Sloan besó la frente de Eva y respondió:

—No, no tengo ese derecho. Lo tiene ella. —Con los ojos empañados, dio un paso atrás, se limpió las manos en los pantalones y le alzó la barbilla. Sus ojos estaban igual de anegados que los suyos—. Tú decides, amor. —Sacó el hacha de su cinturón y se la ofreció.

Eva lo miró unos segundos y luego asintió.

Eli intervino:

—¿Podemos hablar un momento, Sloan? Sé lo que necesita. Eva, ¿puedes venir?

—Sí —respondió ella.

Eli la llevó aparte y las dos conversaron en voz baja, a cierta distancia.

Sloan tuvo que apartar la mirada del hombre en el suelo, cuyos sollozos pronto dieron paso a sus habituales amenazas:

—Tengo más hombres aquí. Os buscarán. Y entonces te enseñaré, a ti y a esa perra, quién es el más fuerte.

Eva llamó a Sloan desde donde estaba, y él se acercó mientras Eli hacía un gesto a su esposo.

—Ven, Alaric, ayúdame a atar a este asqueroso pedazo de mierda a ese poste, para que reciba lo que se merece.

D murmuró:

—Otra perra. También me encargaré de ti en cuanto mis amigos me salven.

Eli dijo:

—¿Dónde demonios están ahora, imbécil? —Y acto seguido echó el puño hacia atrás y le golpeó la nariz con tal fuerza que sonó un crujido seco.

Sloan volvió la vista hacia Eva, que seguía al fondo del claro, y dijo:

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Eva.

—Sloan, ¿leíste mis labios?

Él la miró y se acercó a donde ella estaba, queriendo mantener aquella conversación lo más privada posible, dadas las circunstancias. Sus ojos recorrieron cada rincón de su rostro, embriagándose con su presencia, aún asombrado de que, tras todo lo sufrido, aún fuera capaz de mantenerse en pie con la cabeza bien alta. Se tomó un instante para colocarle detrás de la oreja un mechón suelto.

—Lo hice, pero he de preguntártelo… ¿Lo sientes de verdad, aquí dentro, o crees que se debe a todo lo que hemos vivido?

—No, es por ti, Sloan. Por tu corazón, por tu mente rápida, por tu ternura, por tu entrega. Todo en ti es especial, y me siento muy afortunada de que me ames. Yo también te amo con todo mi corazón, Sloan Rankin, y estoy agradecida por todo lo que eres… y porque me hayas elegido para amar.

No intentó ocultar las lágrimas que le brotaron de los ojos, aunque se las limpió con el dorso de la mano cuando Eli gritó:

—Está listo cuando tú quieras, Eva.

Eva cogió la mano de Sloan y lo colocó a su lado, luego alzó el hacha por encima de su cabeza… pero después la bajó.

—Eli, límpiale la sangre de los ojos. Quiero que me vea.

Volvió a alzar el hacha y la lanzó. Impactó justo donde ella había planeado.

—La abuela estaría orgullosa —dijo Eli con una sonrisa.

Eva avanzó con paso firme, entrelazando los dedos con los de Sloan. El miserable aún vivía, pero se retorcía de dolor, vomitando. Eva se inclinó un poco y dijo:

—Necesitaba asegurarme de que no volverás a hacer daño a ninguna otra mujer.

Se dio la vuelta, aunque se detuvo antes de irse del todo para besar a Sloan. Y él nunca había sido más feliz.

La vida era maravillosa.

Capítulo 39

Eva

Al día siguiente, el grupo emprendió el regreso hacia el otro extremo de la isla. Unos se dirigieron al castillo Duart, y otros a Dun Ara. Connor, Alasdair y Thane los acompañaban por si la predicción de Sylvi se cumplía.

—¿Quieres detenerte a ver a tu madre, muchacha?

—No, Tamsin me ha dado ropa suficiente, y estoy segura de que Lennox se encuentra en tus tierras. Quiero estar contigo si llega a haber un ataque. —Dio una palmada sobre la bolsa atada a su silla de montar—. Tengo mis hachas.

—¡Pues vámonos! —dijo Sloan.

Connor se colocó a la par de ellos.

—He de reunirme con Logan en tus tierras. Viene acompañado de Magni.

—Me encanta ver a Magni con su nuevo abuelo adoptivo —dijo Sloan con una sonrisa.

—Logan quiere averiguar la verdad sobre el padre de Magni. ¿Qué opináis del tal K que escapó?

—K escapó, sin duda —dijo Eva—. Creo que es el que opera desde Kilchoan.

Sloan asintió.

—Dicen que es el que manda. Todos le temen. Todo encaja con lo que Lia averiguó en Drimnin con Lennox.

Connor casi bufó.

—Ni Logan ni yo le tememos a un hombre cruel en Kilchoan.

Avanzaron, y Connor trajo consigo una veintena de guardias del clan Grant. Sloan, en cambio, no llevaba ninguno; se había marchado precipitadamente siguiendo a Eva.

—Sloan, si ves algo extraño, ¿me lo dirás?

Sloan la miró y respondió:

—No te preocupes. Te protegeré siempre, Eva. Nadie te hará daño.

Pero ella no temía por sí misma.

—Tampoco quiero que a ti te hagan daño.

Connor soltó una carcajada y Thane dijo:

—No me preocuparía por Sloan, Eva. Después de verle cruzar ese claro como una tormenta, levantar a D como si fuera del tamaño de una ardilla y darle la paliza de su vida… nadie va a atreverse a tocaros.

—¿Y la predicción? ¿De verdad la creéis? —preguntó Eva—. Fue por lo que dijo Sylvi, ¿no? Lo del supuesto ataque?

—Sí, pero sigo dudando —respondió Sloan.

—¿Y no crees a Tora después de lo del huerto? La chiquilla acertó, Rankin —intervino Connor.

—Así es. ¿Quién queda para atacar mi castillo? Acabamos de deshacernos de cinco de los hombres más viles que pisan estas tierras. ¿Quién queda aparte de K? Tendrá que replantearse sus planes y reunir más hombres. Si hay algo de verdad en ello, le llevará tiempo.

—Ojalá tengas razón. Ya han sido suficientes batallas por una temporada —dijo Eva.

Sloan acercó su montura a la de ella justo cuando se les aproximaban otros jinetes. Eva reconoció a Logan con Magni montado delante de él. Tras ellos venían Lennox y Miles.

Logan detuvo su caballo, y Sloan se adelantó con el suyo, pero Eva aún podía escucharlo todo.

—¿Va todo bien?

—Más que bien —contestó Sloan.

—¿Cuántos eliminasteis?

Thane respondió:

—Odart, junto con sus dos amigos, y el hombre que atacó a Eva no volverá a hacer daño a nadie, gracias a Sloan y a Eva.

—Quiero conocer todos los detalles —dijo Lennox.

—Os los contaremos con una buena jarra de ale —respondió Sloan—. Pero antes, decidme: ¿ha pasado algo en mi ausencia? ¿Hay algún indicio de ese supuesto ataque?

Logan respondió:

—Tengo una veintena de hombres desplegados en diversos puntos, todos atentos a cualquier novedad. Aún no se ha visto nada fuera de lo común, salvo un gran barco que parece estar preparándose para zarpar desde Kilchoan. Creo que va cargado de hombres.

—Hemos visto por ahí a unos cuantos que no conocemos —añadió Lennox—. Los he echado, pero tu hermano está fuera de sí en el patio. Tu padre está allí con tus hermanas, intentando calmarle. Tiene miedo de que te haya pasado algo. Pero…

—¿Pero qué?

—Sloan, intenta comportarse como el Rinaldo de siempre… pero hay algo distinto en él. Lo noto, aunque no sé explicarlo. Ve tú mismo a verlo.

—No te fíes de él, Rankin —advirtió Logan—. Es un mentiroso.

—¿Rinaldo? Lo dudo, pero iré a ver qué está tramando. —Extendió la mano hacia Eva, pero luego se detuvo—. Eva, no quiero que estés a mi lado. Yo también empiezo a tener un mal presentimiento.

—¿Eva, qué es esto? ¿Has cambiado de parecer? —preguntó Lennox, con los ojos muy abiertos.

—Sí, te lo explicaré después, hermanito querido. Deja que Sloan se ocupe de Rinaldo.

—Meg está dentro, en los escalones del castillo. Puedes sentarte con ella, pero si la cosa se pone fea por cualquier motivo, lo mejor es que subáis ambas a las almenas.

—Me parece sensato —dijo Sloan.

Al acercarse a las puertas, Eva se sorprendió al ver que estaban cerradas.

La voz de Rinaldo les llegó desde dentro.

—¿Dónde está mi querido hermano? Estoy tan preocupado, padre… Espero que no haya sufrido daño. No podría soportar perderlo. ¿Qué haré si le pasa algo?

—Por favor, deja de gimotear, Rinaldo —respondió Dermot Rankin—. Ya te hemos escuchado bastante. Pronto llegará. Sloan es

un jefe fiero y con muchas responsabilidades. Vendrá tan pronto como pueda.

El grupo cruzó las puertas y se dirigió a los establos, donde desmontaron todos salvo Logan y Magni.

Sloan acompañó a Eva hasta los escalones, donde ella tomó asiento junto a Meg. Apenas lo hizo, Alycia apareció por un lateral del lugar y se sentó también a su lado, mientras Sloan avanzaba hacia su hermano.

—¿Qué haces tú aquí, Alycia?

—He venido a ver el espectáculo —respondió ella con una sonrisa.

Eva frunció el ceño, preguntándose qué significaba aquel comentario. Abrió la boca para indagar más, pero en ese instante Dermot llamó a gritos a Sloan, así que volvió la vista hacia él para observar la escena entre el pobre de Sloan y su hermano.

—He escuchado que tenías asuntos urgentes, pero también los hay aquí en casa. Me preocupa esa embarcación. No me gusta nada. ¿No te das cuenta de que tu sitio está aquí? Hemos tenido que aguantar los lamentos de Rinaldo todo el día —dijo Dermot, visiblemente agotado y confuso. Eva sintió ternura por el hombre al que amaba.

Pero Sloan no perdió los estribos; se mantuvo sereno.

—Papá, tenía asuntos que atender. Rinaldo, ya estoy aquí. Cálmate. Ve a por una jarra para padre.

Un suspiro colectivo recorrió al grupo de testigos cuando Rinaldo desenvainó su espada.

—Cierra la boca, Sloan. No volverás a decirme lo que debo hacer.

Eva jamás le había escuchado hablar con ese tono.

Rinaldo prosiguió:

—He llevado una vida miserable por haber nacido después que tú. Yo soy el más inteligente, el más sabio. Nadie te respeta. Todos tus hombres preferirían que yo fuera el jefe. Saca tu espada para que acabemos con esto. Podría encerrarte en una celda, pero prefiero verte muerto.

Rinaldo alzó la espada frente a él, preparado para atacar a Sloan, y un pequeño grupo de hombres entró por las puertas, ahora abiertas, colocándose tras Rinaldo. A Eva no le gustó en absoluto aquel giro de los acontecimientos. Se levantó y cogió a Meg de la mano, ambas encaminándose a las escaleras que llevaban a las almenas… pero Eva nunca llegó.

Alguien la sujetó por el cabello y la tiró hacia atrás.

—No te vas. Te quedarás a recibir lo que te mereces.

Alycia le colocó una daga en el cuello.

—¿Alycia? ¿Qué demonios está pasando?

Rinaldo intervino:

—Te lo diré yo. Amo a Alycia y ella me ama a mí. Merecemos estar al mando, y nuestro hijo debería heredar el castillo. Pero Sloan no desaparece. Intentamos impedir su boda arrojando a Gormal por el acantilado, pero no. Luego va y se enamora de ti, Eva. Intentamos mancillar tu reputación, pero Sloan no renunció a ti, así que no nos quedó más remedio que tomar medidas. No habrá ningún hijo que provenga de las entrañas de Sloan. Ya estoy harto de tus juegos, Sloan. Llevo tiempo planeando esto, y no vas a detenerme.

Sloan retrocedió, casi chocando con su padre.

—¿Tú? ¿Tú fuiste el responsable del ataque a Eva? ¿Y mataste a Gormal? Rinaldo, has perdido la razón.

—Yo no maté a Gormal, lo hizo Alycia. Soy inocente, y merezco ser el jefe. ¡Desenvaina tu arma!

Logan avanzó con su caballo, intercambió una señal con Connor, que atravesó las puertas a toda prisa, y luego intervino:

—¿Inocente, Rinaldo? Ni de lejos. Eres un bastardo mentiroso. Te vi en el castillo Duart aquella noche. Fuiste tú quien nos envenenó a todos. Tú y tu dulce amiguita servisteis las jarras de vino y cerveza, ¿no es así?

Rinaldo lo desafió con la mirada, los ojos negros de furia.

—Así es, lo hicimos. Dejé pasar a los hombres por el túnel y ayudé con los botes. Quería que todos en Duart murieran, pero está claro que no os dimos veneno suficiente. ¿Por qué? Porque necesitaba dinero. Mi hermano nunca me dio el suficiente para vivir como yo quería, así que vendí al hada y al chiquillo a cambio de

refuerzos. Acaba de llegar un barco de Kilchoan lleno de hombres dispuestos a luchar por mí. Ya están todos aquí, preparados para ayudarme. Cualquier guardia que esté contigo, querido hermano, morirá. Y quien elija estar conmigo será bien recompensado.

Logan soltó una carcajada, lo que enfureció aún más, si cabe, a Rinaldo.

—No te temo, Ramsay.

—Deberías, muchacho —replicó Logan con tono burlón—. Cada vez que me veas acercarme, más te valdrá salir corriendo en dirección contraria.

Alycia habló entonces:

—Rinaldo hace lo que es mejor para el clan, y ha sido un honor ayudarle. Es más listo que todos vosotros. Va a ser jefe, y yo seré su esposa. Nuestro hijo será heredero de Dun Ara.

Le dio un tirón más a Eva del cabello y luego le susurró al oído:

—Incluso envié a Dante solo para hacerte daño. Eres una necia, Eva.

—¿Por qué, Alycia? ¿Qué te he hecho?

—Porque eres una consentida. Lo tienes todo, igual que Sloan. Todos los sirvientes están a tu servicio. Pero pronto me estarás suplicando por tu vida. Mátalo, Rinaldo. Hazlo ahora. Hay que acabar con esto.

Rinaldo gruñó:

—¡Saca tu espada, Sloan!

Sloan negó con la cabeza.

—Rinaldo, eres mi hermano. No voy a matarte.

Sus hermanas, apartadas, se abrazaban temblando.

—Rinaldo, por favor, detén esta locura —suplicó Marta—. Sloan no puede matarte.

—Yo sí —dijo Eva.

Pisó el pie de Alycia, que chilló de dolor, y luego le estampó el puño en la cara, derribándola. Sacó su hacha y corrió hacia Rinaldo.

Pero Sloan la sujetó por la cintura, frenándola.

—No. No vamos a matar a mi hermano. Hay una forma mejor.

Para sorpresa de todos, Dermot desenvainó la espada de Sloan y dijo:

—No tienes por qué hacerlo tú, hijo. Debería hacerlo yo. Yo fui quien plantó esta semilla de maldad.

Capítulo 40

Sloan

Atónito, Sloan no podía moverse, paralizado mientras veía a su padre hundir la espada en el vientre de Rinaldo. Apartó a Eva tras de sí, pero Logan se acercó con su caballo tras llevar a Magni hacia el muro, y Lennox alzó a su hermana y la colocó tras Logan en el imponente corcel.

Las armas se alzaron por todo el patio. Un silbido de Connor atrajo a una veintena de guardias que irrumpieron por las puertas, junto con los hombres de Sloan, que se lanzaron contra el exiguo grupo reunido por Rinaldo. La batalla había comenzado.

Pero Sloan no podía permitir que todo terminase tan fácilmente. Su hermano cayó de rodillas, las manos aferradas al acero. El moribundo alzó la mirada hacia su padre.

—¿Papá? ¿Por qué? Siempre me preferiste a mí…

Su voz había regresado a ese tono infantil que tanto había usado con ellos durante años. Pero algo se quebró dentro de Sloan. Los secretos que acababan de salir a la luz nublaban su pensamiento. Cogió la túnica de su hermano y lo alzó, con la espada aún clavada en su cuerpo. Tenía que saberlo antes de que exhalara su último aliento.

—¿Tú eras quien planeaba atacar Dun Ara? ¿Llevas lunas urdiendo esto? ¿Mi propia sangre? ¿Y envenenaste a todos en Duart para que pudieran llevarse a los niños? ¿Todo por apoderarte del castillo? ¿*Y* tú y Alycia matasteis a Gormal? ¿Por qué me odias tanto?

—Lo hice todo… y lo volvería a hacer.

Rinaldo intentó escupirle, pero le faltaba el aliento.

—Te odio…

El padre de ambos apartó a Rinaldo de Sloan, lo sostuvo el tiempo justo para escupirle en el rostro y dijo:

—¡Así se trata a los traidores! Mi propio hijo… un traidor. ¡Te reniego, Rinaldo!

Y lo dejó caer al suelo antes de arrancar la espada de su vientre y hundirla de nuevo, esta vez en su pecho. Rinaldo hizo un ruido ahogado antes de cerrar los ojos.

—Reniego de ti, de tu esposa y de tu hijo.

La lucha concluyó poco después, y Eva descendió del caballo de Logan y corrió hacia Sloan, envolviéndolo en un abrazo.

—Lo siento tanto, Sloan…

Sloan no pudo pronunciar palabra. La abrazó con tal fuerza que temió hacerle daño. Lennox y Miles se acercaron y lo condujeron al interior, Eva siempre a su lado, mientras Magni se ocupaba del caballo. Lo instalaron en su escritorio, en su despacho, y le sirvieron un cuerno del licor ámbar. Miles salió en cuanto Dermot entró.

—Miles, lanza el cuerpo de mi hijo al mar. O encuentra un lugar lejano donde los animales puedan alimentarse de él. No merece un entierro digno.

—Sí, jefe.

—No. Ya no soy vuestro jefe. Sloan es el único jefe aquí, y es un maldito buen líder.

Miles se marchó y Dermot permaneció. Sloan, aún aturdido por todo lo ocurrido, no sabía qué decirle a su padre. Podía escuchar los sollozos de sus hermanas en el pasillo, pero era incapaz de moverse.

Su hermano estaba muerto. Y, de algún modo, él se sentía responsable. Aunque sabía, en el fondo, que era culpa de Rinaldo.

Su padre tomó asiento frente a él. Lennox le ofreció un cuerno lleno del mismo licor, que el anciano vació de un trago. Pasó un largo rato antes de que alguien hablara, y finalmente Sloan alzó la mirada hacia su padre.

—¿Lo sabías, papá?

—No. Me engañó.

Se sirvió otro trago y añadió:

—Solo quiero decirte que nunca he estado más orgulloso de ti, Sloan.

—¿Por qué? Mi propio hermano me odiaba.

—Oh, Ailis siempre decía que ese muchacho nunca estuvo bien de la cabeza. Siempre fue… diferente. Mataba animales con una sonrisa, hacía bromas crueles a sus hermanas… cosas que tú jamás harías. Intenté corregir los errores que pudiera haber cometido, pero cuando lo vi ahí fuera, supe que el mal estaba arraigado en él. Y después de causar toda esa tragedia, solo quedaba una solución. Era justo que fuese por mi mano. Yo lo engendré.

Bajó la cabeza, pero luego añadió:

—Pero nunca he estado tan orgulloso. Hiciste bien en no desenvainar tu espada. Y acertaste al seguir a Eva hasta las tierras MacQuarie y forjar tantas alianzas. Había más guardias Grant, Ramsay y MacVey que de los nuestros. Y trajiste a los MacQuarie contigo. Y cuando el renombrado Logan Ramsay llegó a tu lado montado en su corcel… jamás me sentí tan orgulloso. Bien hecho, Sloan. —Se cubrió el rostro con las manos—. No sé cómo he podido estar tan ciego.

Eva estaba justo al otro lado de la puerta, sin atreverse a interrumpir, pero tampoco deseaba alejarse. Sloan nunca la había dejado sola en sus peores momentos, y ella no pensaba hacerlo ahora.

—Gracias, papá.

Sloan se alzó y extendió el brazo. Eva acudió a su lado y él la rodeó con fuerza.

Dermot sonrió.

—Y has elegido bien. Esa mujer tumbó a esa perra más rápido de lo que he visto a nadie caer. Voy a desterrar a esa mujer de toda la isla de Mull, a ella y a su hijo. No tendrás que hacerlo tú, Sloan. Lo haré yo. Mañana mismo los subiré a un bote. Mis disculpas, Eva, por cualquier dolor que Rinaldo te haya causado.

Eva besó la mejilla de Sloan.

—Amo a tu hijo, Dermot. Me costó darme cuenta, pero no iba a permitir que nadie nos arrebatara esto.

—Veros juntos me da esperanza. ¿Os casáis mañana?

—No. Creo que primero debo hablar con mi madre.

Dermot alzó las cejas y dijo:

—¡Oh, la dulce Rut!

Y se marchó.
Sloan y Eva se miraron, boquiabiertos.

Capítulo 41

Eva

Más tarde esa noche, Eva entró corriendo en el castillo, se lanzó hacia su madre y le dio un abrazo enorme entre risas, con Sloan justo detrás de ella. Luego se agachó para coger a Goldie, que ladraba a sus pies.

—¡Oh, a ti también te voy a abrazar, cosita linda!

Su madre la miró de arriba abajo con ojo crítico.

—Muchacha, ¿eso es sangre en tu túnica? ¿Dónde demonios has estado?

Lennox y Taskill llegaron justo después.

—Entreteniéndome a mí y a todos los demás —dijo Lennox—. ¿Se lo cuento yo o tú, Sloan?

—Adelante. Estoy agotado, pero antes de que nadie diga una sola palabra, quiero pedirle formalmente la mano de su hija, lady MacVey. La amo con todo mi corazón, y juro protegerla con mi vida.

Eva soltó una carcajada y miró a su madre.

—¡Estoy enamorada, mamá! —Y volvió a abrazarla, haciéndola girar entre sus brazos—. ¡Di que sí! ¡Me voy a casar con él!

—¡Sí! —respondió al fin su madre entre risas, pero luego la apartó—. ¿Qué narices llevas encima? Me estás estropeando el vestido.

—¡Pues cómprate otro!

—Lennox, ¿podrías explicarme aunque sea un poco? ¿Después del envenenamiento?

—¡No! ¡Yo! —Eva se detuvo un segundo para tomar aire y empezó—. Me escapé a escondidas y Sloan me siguió. Nos secuestraron cerca de Ulva y nos encerraron en una mazmorra, donde estaban los niños. Nos llevaron en dos barcos rumbo a Coll, pero yo salté al agua con Tora y Sandor y los llevé hasta la orilla, mientras Sloan ponía a salvo a Maeve y Grant. Uno de los hombres de Garvie, Odart, estaba implicado, y ha muerto, igual que su

compañero. El bastardo que se atrevió a ponerme una mano encima no volverá a tocar a ninguna mujer, y… —Volvió a tomar aire—. Volvimos, y Rinaldo intentó matar a Sloan porque quería ser el nuevo jefe y casarse con Alycia para que su hijo heredase Dun Ara. ¡Y envenenaron a todos en Duart para que los hombres pudieran llevarse a los niños! Dermot mató a Rinaldo, Alycia ha sido desterrada de Mull y… —Giró sobre sí misma—. ¿Me he dejado algo?

Meg entró entonces y se unió a Lennox, que tenía la sonrisa más grande que Eva le había visto jamás.

Sloan la atrajo hacia sí y dijo:

—Lo has contado muy bien.

Su madre preguntó, atónita:

—¿Alycia? ¿Quería casarse con Rinaldo? ¿Nuestra Alycia? ¿Ella ayudó a envenenar a todos?

—Sí, mamá. Yo pensaba que era una amiga de verdad, pero me dijo que me odiaba. Era tan malvada como Rinaldo. Pero ahora sé dónde debo estar. Amo a Sloan y estamos hechos el uno para el otro.

Su madre empezó a llorar y dijo a Lennox y los demás:

—¿Puedo hablar a solas con Sloan y Eva?

Eva miró a su madre, confundida. No entendía por qué tenía que echar a los demás.

Lennox se acercó, le dio un beso en la mejilla a su hermana y otro a su madre, y salió acompañado de los otros.

—¿Debería marcharme? —preguntó Sloan.

—Eso depende enteramente de tu prometida —respondió su madre. Luego se dirigió a un arcón, lo abrió, sacó una cajita, la abrió con una llave y extrajo un pergamino doblado que le tendió a Eva.

—Mamá, ¿qué es esto?

—Por favor, siéntate y léelo. Ya ha llegado el momento.

Su madre se alisó la falda y se sentó junto al hogar, señalando una silla para que Eva hiciera lo mismo.

—Quizá debería dejarlas solas —dijo Sloan.

—No, quédate, Sloan. No tengo secretos contigo. Lo leeré.

Rut explicó:

—Es de tu padre. Me pidió que le ayudara a escribirlo para ti el día antes de morir.

Las manos de Eva temblaban al desplegar el pergamino, observando con emoción los trazos cuidadosos en la hoja.

Comenzó a leer en voz alta:

Querida hija:

Siento no poder estar contigo cuando llegue el momento de casarte. Si pudiera, elegiría a un hombre muy concreto para ti. Eres mi única hija, mi muchacha más dulce, con una rareza que adoro. Hará falta un hombre especial para cuidarte, alguien que te permita ser tú misma: una mujer hermosa con una fuerza interior que aún no has descubierto.

Pero ese día llegará.

He observado al hombre que he elegido desde la distancia. Tiene un carácter intachable. Es un hombre de honor, el único al que he visto digno de ti, alguien que sabrá amarte y proteger tu corazón tan tierno.

Sloan Rankin…

Eva se detuvo porque las lágrimas, reprimidas durante tanto tiempo, brotaron con fuerza. Buscó la mano de Sloan y siguió leyendo:

Sloan Rankin es un jefe honesto, trabajador, que se toma muy en serio sus responsabilidades y dirige a su clan como si cada miembro fuera parte de su propia familia. Es un guerrero fiero, pero también es capaz de alzar con delicadeza el pájaro más pequeño y devolverlo a su nido, y por eso sé que siempre te tratará con ternura.

No puedo pedirle más a ningún hombre, pero estoy convencido de que tú y Sloan Rankin estáis destinados a ser una pareja feliz y a tener varios hijos maravillosos.

¿Cómo lo sé? Lo sé desde lo más profundo de mi corazón. Él es para ti.

Y también lo dice ese pequeño pájaro dorado que se posa en mi ventana y canta.

Os deseo toda la felicidad del mundo.

Te amo, mi dulce princesa Eva.

Ama a ese hombre con todo lo que tienes.

Papa

Sollozando tanto que su madre tuvo que alcanzarle un paño de lino, Eva abrazó primero a Sloan, y luego a su madre.

—¿Cómo podía saber que Sloan era el adecuado para mí? Tuvo que ser algo más que un pájaro.

Su madre sonrió, recostándose en la silla.

—Hace muchas lunas, te escapaste por la puerta trasera cuando tus hermanos y los demás muchachos fueron a pescar al estrecho una tarde de verano. Tu padre y yo discutíamos por algo, así que no nos dimos cuenta de que habías desaparecido. Jamás se me habría ocurrido que harías tal cosa, pero media hora después, Sloan apareció cargándote en brazos. Estabas empapada; habías saltado al agua después de que los demás se subieran a un bote y remaran hacia el centro. Sloan le contó a tu padre que te había visto venir, así que se quedó atrás, pero saltaste antes de que pudiera detenerte. El pobre muchacho pensó que íbamos a regañarlo por dejarte mojar. Pero tu padre casi se desmayó del susto, dándole las gracias a Sloan por haber salvado a su pequeña. Y cuando Sloan se marchó, tu padre me dijo que él era el hombre ideal para ti. Siempre lo creyó.

—¿Y por qué nunca me lo contaste, mamá? Yo sabía que había elegido a alguien.

Rut besó la frente de su hija, apartando los mechones alborotados de sus ondas.

—Porque *tú*, no tu padre, eras quien debía elegir a tu esposo. Pero también voy a contarte algo más… algo que me ha rondado desde que le ayudé a escribir aquella carta. —Le secó las lágrimas con ternura—. Ese pájaro dorado no se fue hasta que terminé la última palabra.

Eva miró por la ventana.

—¿Cómo era?

Su madre sonrió, con los ojos ya empañados.
—Curiosamente… me recordaba un poquito a esa tal Lia.

Capítulo 42

Y los demás

Thane observaba a su esposa mientras intentaba ajustar el vestido nuevo a Alana, que hacía todo lo posible por escabullirse, tan distraída por Lia y Magni que no lograba quedarse quieta.

Su madre, a cierta distancia, se acercó a él y le susurró:

—¿Aún no se ha dado cuenta?

Él sospechaba que Tamsin llevaba en el vientre a su primer retoño, aunque no estaba del todo seguro.

—Mamá, creo que sí… pero le aterra la idea de que Raghnall le haya hecho daño permanente por dentro. Teme no poder volver a llevar un hijo.

—Pero ha tenido sus lunas desde que os casasteis, ¿verdad? Lo sé porque me hizo algunas preguntas.

Thane rodeó los hombros de su madre con un brazo y le besó la frente.

—Ya lo descubrirá por sí sola. Su vientre está creciendo, pero yo hago como que no lo noto.

—Tu padre y yo estamos tan orgullosos de ti, Thane. No sé cómo lograste mantener con vida a tu hermano y a tu hermana en los bosques.

—Tuvimos ayuda. Artan confesó que solía dejarnos comida cada semana. Era el pescador que vino remando con esa bruja despreciable. Dijo que volvía de vez en cuando a ver si seguíamos con vida, y que al descubrir la cueva donde dormíamos, empezó a dejarnos lo que podía para que no muriéramos de hambre. Una vez incluso nos dejó mantas y una túnica de más para cada uno.

—¿Y cómo encontrasteis a Artan?

—No lo hicimos. Fue él quien nos encontró. Con el tiempo nos convenció para venir aquí y ayudar a levantar el castillo. Nos unimos con gusto a él y a los demás.

—Menos mal que no lo supe. Habría pasado cada noche preocupada.

Mora se acercó y dijo:

—Mamá, mira estas tartas que he hecho. ¿Te parecen bien? ¿Quieres probar una? Creo que he quemado unas cuantas, pero… ¿siguen siendo comestibles? ¿Y las bayas? ¿Están lo bastante dulces? Usé miel, pero tal vez deba añadir más.

Thane observó cómo ambas se perdían de nuevo en las cocinas, satisfecho al ver lo mucho que había cambiado Mora desde que sus padres regresaron. Buena parte del mérito también era de Tamsin, Alana, Lia y Magni. Mora había pasado de ser una muchachita triste a florecer en una joven encantadora.

Ya había contemplado a su hermosa esposa durante suficiente tiempo y sabía que tenía tareas pendientes fuera, así que fue hacia el hogar y se inclinó para besar la mejilla de Tamsin.

—Creo que iré a las lizas un rato. Luego tengo que hacer algunas reparaciones en el establo. ¿Magni, vienes conmigo?

—¡Claro, jefe! Te ayudaré.

—Lia, ¿cuánto tiempo más planeas quedarte con nosotros? —preguntó, aunque ya compartía la opinión de los demás sobre ella. Nadie sabía con certeza de dónde venía, y eso de «debajo de una hoja» no bastaba para Thane, aunque Magni lo creyese con todo su corazón.

—Me quedaré una luna más, señor. Puede que tenga otro lugar que visitar en la isla. ¿Eso os parece bien?

Tamsin alzó la cabeza de golpe.

—¿Grant no te necesita durante una luna? ¿Y después?

Lia soltó una carcajada y agitó la mano con desdén.

—Grant no me necesitará hasta que esté casi crecido.

—¿Y quién es el siguiente? —preguntó Tamsin, quedándose inmóvil. Thane sabía que temía que fuera Alana, pero por alguna razón, él estaba convencido de que a ella no volverían a molestarla.

—Creo que me adentraré un rato en el bosque. Te veré en el establo más tarde, hermano Magni.

Lia desapareció sin responder a ninguna de sus preguntas, algo en lo que era experta. Pero Magni sonrió, orgulloso.

—Es mi hermana. Se lo digo a todo el mundo, pero nadie me cree. Solo tenía que encontrarme de una forma peculiar.

Thane le revolvió el cabello y dijo:

—Salgo ya, Tamsin.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Alana.

—Hoy no. La abuela y Mora han hecho tartas de fruta para ti.

—¡Yupi!

Thane llegó a la puerta, con Magni trotando a su lado. Sabía que el chico volvería a hacerle la misma pregunta de siempre.

Magni corrió delante de él y se giró en seco.

—Cuéntame otra vez lo de Odart. Ese sí que era un bastardo.

Thane alzó una ceja al oírle.

—Perdón, jefe. Quise decir que era un hombre muy malo. El abuelo Logan me deja decir palabrotas. Lo siento, se me olvida.

Thane sonrió. Logan había adoptado a Magni como nieto, y para Thane era uno de esos gestos entrañables que pocos podían comprender. Pero Logan era justo lo que Magni necesitaba. Le ofrecía un amor incondicional que el muchacho a menudo creía no merecer.

Y Logan era el único capaz de convencerle de lo contrario.

Pero Magni no se había desviado de su propósito y continuó:

—Odart era malvado de verdad. Intentó matar a Tamsin una vez. ¿Qué habría hecho Alana sin su madre? ¿Qué dijo Odart sobre todo eso? ¿Estaba él al mando?

Thane volvió a responderle. Estaba seguro de que era la quinta vez que le contaba la historia de cómo encontraron a Odart en Coll.

—Odart dijo que él solo conducía la barca para Raghnall, con Tamsin dentro. Que no tenía idea de lo que su jefe planeaba hacer. Afirmó que le caía bien Tamsin, pero odiaba a Garvie. Tras la muerte de Garvie, el hombre de Kilchoan les informó a los que quedaban en Ulva que uno de ellos debía encargarse del negocio. Si no lo hacían, morirían. Así que Odart mató al otro que intentó disputarle el puesto.

Magni soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano.

—Y dime otra vez lo que dijo sobre que odiaba a los niños y lo que hiciste tú…

—Pero si ya te lo conté, Magni.

Thane jamás habría imaginado que un muchacho pudiera resultarle tan divertido, y aquellas pequeñas conversaciones le arrancaban una sonrisa cada día.

—Pero una vez más. ¿Sí?

—Le pregunté cuántos niños había vendido…

—¡Y él dijo quince! ¡Y entonces tú dijiste…! —Magni lo miraba, expectante.

—Que le rompería un diente por cada uno que hubiese vendido. Y entonces empecé…

—¡Y gritaste para que todos escucharan que esos eran por Magni y por Lia! ¡Y le tumbaste cinco dientes por nosotros!

—No, solo tres —lo corrigió Thane mientras se dirigían al establo.

—Pero creo que una vez dijiste cinco…

—No, tres.

Y Magni se dio una palmada en las piernas y rompió a reír a carcajadas.

—¡Tres dientes! Le sacaste tres dientes porque nos trató muy mal.

El padre de Thane se encontraba junto al nuevo semental —un obsequio de los Grant—, cepillando al animal.

—¿Otra vez con la historia de la O, hijo?

—Sí. Es su favorita. ¿A que sí, Magni?

—Ojalá lo hubiera visto —dijo el niño, y luego se apartó para poder girar el puño en un amplio arco—. Creo que te moviste así, Thane. Y este fue por mi hermana Lia, y este otro por Tora y Sandor… —Siguió lanzando golpes al aire, dando saltos por el establo—. ¡Y este por Magni! ¿Así fue como lo hiciste?

Su padre intervino:

—Ya arreglé el agujero en la pared.

—Gracias. Por eso venía.

—No hacía falta. Pensé que podía cepillar un poco a Midnight Specter por ti. No creo haber visto jamás un caballo tan magnífico. Será un gran semental.

Thane cogió una manzana, se acercó a su nuevo compañero y le ofreció el bocado. Luego le pasó la mano por el lomo hasta el hocico. El animal se comió la fruta y relinchó suavemente.

—Tranquilo, Midnight. Ya casi tengo una dama lista para ti. Ten paciencia.

Y soltó una carcajada cuando la bestia sacudió la crin con altivez.

—Es un ejemplar espléndido. Papá, no sé cómo he tenido tanta suerte. Tamsin, Alana, haberos encontrado a ti y a mamá, los Grant, los MacVey y los Rankin…

Su padre dejó de cepillar y lo miró fijamente.

—Porque ahora te mereces una buena vida. Después de todo lo que has hecho y logrado, mereces cada bendición que has recibido.

Thane le puso una mano en el hombro y dijo:

—Vosotros también, tú y mamá.

***

Maitland atrajo a Maeve hacia sí, su cosa favorita tras haber hecho el amor dulcemente.

—Es agradable estar solos, ¿no te parece, amor?

Ella tenía la cabeza apoyada en su hombro, y su brazo la envolvía.

Maeve rio.

—Ya sé que no nos prestaba atención, pero muchas veces compartía estancia con nosotros. Hasta que no logramos que Grant durmiese en otra habitación, no pude convencerla de que nos dejara a solas.

Él dibujaba círculos sobre su brazo.

—Maitland, ¿puedo confesarte algo extraño?

—Por supuesto.

—No sé si me alegra que no esté aquí para cuidar de él… o si me asusta más que no esté. De verdad fue su protectora.

—Y tanto que lo fue. Estoy convencido de que, si alguna vez Grant corre peligro de nuevo, Lia volverá por él. Y creo que eso es bueno. Significa que ya no está en peligro. Trato de convencerme de ello… y creo que al fin lo he logrado.

—Tengo que reconocer que, después de que nos capturaran, su presencia me daba consuelo. Creía que lo protegería.

—Diría que sí. Thane confirmó que una de las palmas de Odart estaba quemada, la piel en carne viva. No sé cómo hizo lo que hizo, pero le estoy agradecido.

—Y yo agradezco aún más que a Grant no pareció afectarle en absoluto.

—Maeve, tengo una última pregunta. Sloan se preguntaba si fue Grant quien quemó la mano de Odart. Que ocurrió cuando intentó tocarte. Que Grant le lanzó una mirada… y su mano ardió en el instante, solo por haber tocado a su madre. Sloan no cree que esa parte fuese obra de Lia. ¿Crees que es posible?

—Podría ser. No lo sé, Maitland. Y no lo sabremos hasta que crezca.

—¿Crees que nuestro hijo tiene un destino especial? No puedo quitarme esa idea de la cabeza. Creo que fue Connor quien lo dijo… que Lia solo protege a quienes tienen algo que cumplir en su futuro.

—No, esposo. Solo pienso amar a nuestro único hijo con todo mi corazón. El resto no me inquieta. Estamos todos aquí, sanos, y tenemos mucha gente a nuestro lado para cuando llegue el próximo infortunio. Según Lia, no la necesitará durante muchos años.

—Me gustaría preguntarle cuántos.

—No, no lo harás. No deseo saberlo. Ah, y acabo de recordar algo más que olvidé contarte. Algo que debería reconfortarte, porque a mí, desde luego, me reconfortó.

—¿El qué?

—Sandor y Tora dijeron que el abuelo Alex y la abuela Maddie estaban sentados en el sótano, velando por todos ellos.

—¿Y tú les creíste con todo tu corazón?

—Al principio no… pero cuando el olor de nuestro huerto de manzanos me envolvió, no volví a dudarlo jamás.

—Alex y Maddie estaban protegiendo a los pequeños… *y* a ti, esposa.

Maeve soltó un leve jadeo.

—¡Es verdad! Ahora lo recuerdo. Tora dijo que la abuela Maddie le dijo a Alex que teníamos frío. Y entonces entró una ráfaga de

calor, como si alguien hubiese encendido un hogar justo detrás de nosotras.

Maitland besó la mano de su esposa.

—Necesitabais ayuda… y la tuvisteis.

—Ay, Maitland… estaban tan cerca.

***

—Diamante, si vuelve a pasar, nos iremos de Mull.

Alasdair soltó una risita desde la escalera, y Dyna negó con la cabeza.

—Soy la señora de estas tierras, Derric. Nos quedamos.

Entonces echó un vistazo hacia sus padres, que acababan de entrar en el salón.

Alasdair dijo:

—Yo me voy a casa, a ver si Emmalin quiere regresar con nuestros pequeños.

Sela preguntó:

—¿Y crees que todos estos secuestros le impedirán venir?

Alasdair bufó.

—Emmalin cree que yo los salvaré de todo. No se preocupará, pero ya veremos. ¿Y tú, jefe? ¿Vas a volver?

Antes de que Derric respondiese, Alaric bajó volando las escaleras, corriendo hacia la cocina para volver con algo de beber y un cuenco vacío.

—¿Está bien Eli?

Alaric se encogió de hombros.

—Otra vez devolviendo el alma por la boca esta mañana. Le prometí algo de beber, así que me marcho.

—¡Yo apuesto por un varón! —gritó Alasdair.

Dyna dio un pequeño chillido.

—¡No, será una niña!

Alaric subió los peldaños de dos en dos, riéndose.

Tora, Sandor y Sylvi estaban ocupados haciendo juguetes para sus nuevos amigos, preparándose para la fiesta que se avecinaba. Les llevaría un buen rato fabricar los animalillos de trapo y una espada para Magni.

—¿Dónde está Logan? —preguntó Connor.

—Tenía una reunión. Gwynie fue con él. Se llevó su arco también.

—¡Faisán! Estoy deseando que traigan uno bien gordito —gritó Dyna.

Justo en ese instante, Sandor se levantó del suelo y empezó a correr en círculos. Tora hizo lo mismo, pero en dirección contraria.

—¿Qué haces, Sandor? —preguntó Connor.

—¡Abelo me pesigue! —dijo entre risitas.

—No, no te persigo. Necesito descansar al menos un día de tanta emoción. Ya soy un hombre mayor.

Tora dijo:

—No tú, abuelo. Abuelo Alex persigue a Sandor.

Connor alzó la vista hacia Dyna, quien le susurró:

—Él también los vio en Ulva. Dijo que cuidaban de ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Alasdair.

Tora respondió:

—Abuelo Alex y abuela Maddie. Abuelo nadó con Eva y Sandor. Abuela nadó con Eva y conmigo.

—¿Eva tuvo ayuda nadando? —Alasdair miró de uno a otro, pero ninguno de los adultos dijo nada. Los dos pequeños corrían y reían.

Connor dijo:

—Yo no vi a nadie más. Solo a Eva nadando con todas sus fuerzas, con los dos pequeños atados al torso. Le costaba, pero sus brazadas eran potentes. No había nadie visible con ellos en el agua. Pero pregunta a Maeve. Ella cree que mamá y papá estaban con ellos en el calabozo. Dijo que olía a manzanas… y a lavanda. Le resultaba reconfortante.

—¡No, Shakie, no!

Con los ojos como platos, Alasdair preguntó:

—¿Quién te persigue ahora, Sandor?

—¡E' tío Shakie me pesigue!

Alasdair se quedó de pie, inmóvil, observando al pequeño correr en círculos por el salón mientras gritaba el nombre de su padre, Jake. John Alexander Grant, apodado Jake por su hermano gemelo Jamie. Muerto hacía ya tiempo.

—¿Papá? —susurró Alasdair, y entonces Sandor se detuvo y lo miró.

Señaló en su dirección y dijo:

—Tío Shakie e'tá ahí.

El aire alrededor de Alasdair se impregnó con el potente aroma a hojas de menta, el mismo que su padre masticaba cada mañana. Y ese olor le llenó el pecho de todo lo que Jake Alexander Grant había sido… en cuestión de segundos.

—Papá…

Connor se colocó a su lado y le susurró:

—Sí… está aquí. Jake, te echamos de menos.

Sela tenía lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Connor, nos quedamos. Alasdair, cuando vuelvas a buscar a Emmalin, tráete también a Hagen y Morgan. Astra les echa de menos. Nos quedamos donde estén tus padres. Emmalin y tus pequeños deben estar donde está Jake.

Alasdair asintió.

—Volveremos, tía Sela. No puedo llevarte la contraria.

Y entonces alzó la vista hacia los ojos de su tío.

—¿Tú lo crees?

Connor asintió, lento.

—También lo sentí, Alasdair. Era mi hermano.

Tan rápido como se habían levantado, los dos pequeños regresaron a sus juguetes en mitad del salón. Sandor agitó la mano al aire.

—Ados, tío Shakie.

Pero entonces se detuvo, volvió corriendo y dijo:

—¿Qué, tío Shakie?

Alasdair se quedó congelado, como si viese a su querido padre frente a él. Sandor volvió a correr, se paró y dijo:

—Tío Shakie dice que vo'veá.

Y salió disparado otra vez hacia sus juguetes, saludando con la mano a algo.

O a alguien. A Shakie. A Jake. A su padre.

El salón quedó en silencio, todos digiriendo lo que acababan de presenciar. Hasta que Dyna preguntó:

—Sandor, si el abuelo Alex te ayudó a ti, y la abuela Maddie ayudó a Tora… ¿quién ayudó a Grant?

Sandor respondió:

—Eva y tío Shakie aiudaon a Gwant.

Tora asintió, pero añadió:

—Y Lia.

Connor murmuró:

—Nos quedamos. Le prometí a Logan que le ayudaría con una última tarea. Le dimos nuestra palabra a un muchacho, y tenemos que hacer lo que esté en nuestras manos.

—¿A Magni? —preguntó Dyna.

—Sí —respondió Connor, levantándose y acercándose al aparador para servirse un trago rápido del licor ámbar que Sloan les había dado.

—¿Para qué exactamente, papá? —preguntó Dyna.

—Para ayudarle a descubrir qué ocurrió con sus padres.

Capítulo 43

Eva

Eva entró desde el exterior con Meg, riendo. Entraron juntas, y su madre las llamó desde el salón:

—Sentaos conmigo junto al fuego, vosotras dos.

Eva y Meg se unieron a su madre como les había pedido.

—¿Y qué estabais haciendo?

—Lanzando hachas. Es muy divertido —respondió Meg—. Y Eva es increíblemente buena.

—Os estáis haciendo amigas rápidamente, y eso me alegra. Siempre deseé tener otra hija, Meg. Tú has llenado ese hueco… y además has hecho feliz a mi hijo.

—Amo a Lennox.

—Tendré que buscar esposa para Taskill pronto. Pero no sé si algún día se asentará.

—Todos adoran a Taskill, madre.

Entonces Eva se quedó pensativa un momento.

—Excepto Alycia. A ella nunca le cayó bien.

—A ti sí te apreciaba lo suficiente —dijo su madre—. Qué pena que se volviera codiciosa.

—En realidad, me dijo que me odiaba. Que estaba demasiado mimada. Durante mucho tiempo sentí que era mi única amiga y resultó ser una farsante.

—Te traicionó, Eva. Esa es la palabra.

Eva pensó en lo mucho que le dolió lo de Alycia, pero su madre tenía razón. Y ahora tenía otras amigas: Meg, Dyna, Eli y Tamsin.

La puerta se abrió y Sloan entró. Eva se levantó de un salto y corrió hacia él, besándolo brevemente.

—Perdón, madre.

—El amor joven siempre es un placer de contemplar, Eva.

—Perdonadme —dijo Meg—, creo que iré a buscar a Lennox. Creo que está en las lizas.

Y desapareció.

Sloan se acercó a la chimenea.

—Mis saludos, milady. Luce usted radiante.

—Gracias, Sloan. Haces sonreír a mi hija como nunca antes la había visto.

—Madre, ¿podemos subir a las almenas? ¿Te importa? Sabes que me encanta mirar el estrecho desde allí.

—Id, divertíos. También es mi lugar favorito.

Eva cogió la mano de Sloan y tiró de él escaleras arriba.

—¿Qué haces aquí? No ha pasado tanto desde que nos vimos —le susurró.

Sloan le acarició el cuello con los labios por detrás.

—Te echaba de menos. Y quería saber cómo estabas.

Abrió la pesada puerta y se sentó en uno de los taburetes que ya había allí, atrayéndola a su regazo. Tras besarla suavemente, le susurró:

—¿Te duele?

—No, en absoluto. Solo estoy feliz de que hayamos hecho la ceremonia de unión de manos.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No, pero se lo diré. ¿Tú se lo dijiste a Lennox?

—Tampoco, aunque quizá lo haga al marcharme. Le dije que seguramente haríamos la ceremonia de unión de manos pronto. Que no estabas lista para una gran boda, pero que queríamos vivir como marido y mujer. Me dio su bendición.

—¿De veras? ¿Ya hablaste con él?

—Muchacha, eres mi prometida, y quiero hacer las cosas bien. Ya estamos unidos, así que somos marido y mujer. Ahora dime, ¿cuándo podré convencerte de que te mudes a mi castillo?

—¿Qué tal mañana?

—¿De verdad? ¿Tan pronto? Eso me haría muy feliz.

—Sí. Ven mañana y hablaremos con mi madre. Yo hablaré con ella primero. Pero dime, ¿tu alcoba está lista para mí? Creo que necesitarás otro arcón… y una silla. Tu cama es suficientemente grande, pero tengo unos cuantos vestidos.

—¡Oh, no! Tengo que irme. —Se levantó y la besó—. Perdón, olvidé quitar la sábana manchada. No quiero que las criadas la vean. Debo darme prisa.

Abrió la puerta, pero se detuvo para inclinarse y darle un beso largo.

—Te amo, Eva.

—Y yo a ti. ¿Te complací, Sloan?

—Más de lo que podrías imaginar. ¿Y yo a ti, lady Rankin?

Ella rio.

—Más de lo que habría imaginado.

—Voy a casa a preparar nuestra alcoba, amor. Nos veremos mañana.

Abrió la puerta para bajar por las escaleras y habló con alguien. Eva preguntó:

—¿Quién es, Sloan?

Él se giró, respondiendo a quien subía.

—Me marcho. Tienes visita.

—¿Quién?

—Lia desea hablar contigo.

—Por supuesto. Que suba.

A Eva le sorprendió que la pequeña hubiera venido a verla. Había tenido un gran efecto en muchos, pero no directamente en ella.

—Saludos, Lia.

—Es un placer verte feliz, Eva. Lo estás, ¿verdad? —preguntó la niña, sentándose en uno de los taburetes—. Este lugar es perfecto para centrarse.

—Lo estoy, Lia. Y este sitio es hermoso.

—Y es parte de tu hogar. Qué afortunada eres de poder contemplar tanta belleza desde tus propias almenas.

—Sí…

Eva contempló el paisaje, dándole vueltas a las palabras de Lia… y a lo ciertas que eran.

—Estás enamorada. ¿Por fin aceptas que mereces a Sloan y su amor, lady Eva?

—¿Qué? No sé a qué te refieres…

Pero en su interior sí lo sabía. Una comprensión repentina floreció como los pétalos de la flor más hermosa de su jardín.

Lia dijo:

—A veces las personas son crueles de muchas formas, y una acaba creyéndose esa crueldad. Pensando que la ha provocado o que la merece. Pero tú nunca lo mereciste, Eva. Ni lo de Alycia, ni lo de D, ni nada. Quiero que lo sepas.

Las lágrimas nublaron los ojos de Eva, aunque no logró decir palabra. Los recuerdos la abrumaban.

—Dante creyó que podía apagar tu fortaleza, pero escúchame bien: nunca permitas que un extraño destruya tu valía. Le diste poder durante un breve tiempo, y no tenía derecho a ello. Me alegra que empezaras a creer en ti misma. Que comprendieras que mereces lo bueno.

—Lia, ¿quién eres?

Esta vez Eva no contuvo las lágrimas. Resbalaron por sus mejillas mientras hablaba con aquella niña que parecía más bien una anciana sanadora… o un sacerdote.

—¿Eres algún tipo de ángel?

—En cierto modo, sí. Vengo a ayudar a las personas por dos razones. Una, para intentar corregir el mal cuando se desboca. Ayudo a que algunos recuerden que tienen fuerza para enfrentarse a él. Y tú lo hiciste muy bien, con ayuda de Sloan.

—¿Y la otra razón?

—Ayudar a las personas a encontrar su propósito. Hay cosas que deben suceder. Y si no suceden, venimos a guiaros por el buen camino. Os enviamos intuiciones, sensaciones… Pero para algunas personas es difícil interpretar esas señales a través del dolor.

—¿Pero por qué?

—En realidad, es algo muy sencillo. Una vez que encuentras tu propósito y sigues el camino que te ha sido destinado, todo estará bien en tu mundo.

—¿Y cuál es mi propósito?

Lia soltó una risita suave.

—Creo que ya lo sabes. Es amar a Sloan y ser amada, porque entre los dos traeréis muchas vidas al mundo, y todas ellas

necesitarán vuestro amor y guía. Muchas.

—Te doy las gracias, Lia. ¿Te quedarás?

La niña era tan reconfortante que Eva deseó que no se marchara jamás.

—No. Pero tienes otra visita.

—¿Quién?

Lia se puso en pie sobre el taburete y alzó una mano, hasta que un ave de alas doradas descendió del cielo y se posó delicadamente sobre sus dedos.

—Ha venido por ti, Eva.

Lia acercó su mano, y el ave saltó sobre los dedos de Eva, trinando suavemente.

—¿Padre?

Epílogo

Logan

Logan permanecía en mitad del claro, con su informante a corta distancia.

—Es la última vez que vengo, viejo. Necesito saber cuántos soldados tiene Grant. Rankin cuenta con dos decenas, MacVey con cuatro, MacQuarie con otras dos. ¿Cuántos tienen los Grantham en Duart?

—¿Y por qué? ¿Quién pregunta? Porque bien sé que no eres tú.

Logan no apartaba la mirada de Gwynie, apostada en un árbol cercano con el arco en la mano.

—No necesitas saberlo.

—Pues yo creo que sí. Sé que no es Odart. Está muerto. Y ese bastardo de Dante jamás volverá a caminar. Los dos hombres de Odart recibieron una espada en el vientre cuando intentaron tocar a la esposa de Alaric Grant.

—Crees saber mucho, pero no sabes nada. Todo son rumores.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque no lo cuentas como ocurrió. Lo relatas mal.

—A ver qué te parece esta, sabiondo: a Odart le rebanaron el cuello después de que le arrancaran doce dientes, uno por uno. Si hubiera tenido más, habrían sido quince, pero eran todos los que le quedaban. Uno de sus compinches cayó con una espada en el vientre, el otro con una flecha directa al corazón.

El rostro del hombre se desencajó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fue mi nieta quien le clavó la flecha. Ah, y ese necio de Dante sobrevivió, pero con el hacha partiéndole el miembro en dos pedazos, dudo mucho que vuelva a sembrar su maldita semilla en ninguna parte. Piensa en eso la próxima vez que tú o alguno de tus amigotes intente forzar a una mujer. Mis parientas se encargarán de devolveros la jugada.

El hombre palideció y se cubrió brevemente la entrepierna.

—Dante murió al día siguiente. ¿Cómo lo supiste?

—Porque lo sé. Ahora, también sé que K, o Kelvan, o como demonios quieras llamarlo, sigue en Kilchoan, pero no está solo. Y ambos están tramando algo. Pero también te digo esto: si no quieres terminar con un hacha en los cojones, será mejor que te mantengas alejado de los críos. Ya te dije lo que pienso de eso.

—No más críos. Solo el hada. Y esa mujer que está con K dice que tiene una deuda con alguien.

—¿Quién es?

—Eso es todo lo que diré, a menos que me digas cuántos guardias hay en Duart. Trato justo, viejo, o me marcho. Y no volveré jamás.

—Está bien. En Duart hay seis decenas de hombres. Y otras diez listas para acudir si se les llama. Ahora dime el nombre de esa mujer, o mandaré a mi nieta a apuntar a tus pelotas. ¿Cómo se llama?

—La esposa de K. se llama Glenna.

El ceño de Logan se frunció al instante. Aquello no le gustaba nada.

—¿Glenna?

Y ni siquiera él estaba preparado para la respuesta del hombre.

—Glenna de Buchan.

Fin.

Querido lector:

Gracias por leer el tercer libro de Los clanes de Mull. Estoy disfrutando tanto con este nuevo elenco de personajes que tengo intención de continuar con dos o tres historias más.

Aún no he decidido con certeza cuál será la siguiente historia que escribiré. Estas son las opciones que tengo:

1. Taskill MacVey y Sheona Rankin
2. Broc MacNicol y una doncella desconocida
3. Dermot y Rut — probablemente en forma de novela corta
4. Brian MacQuarie y Theebet MacKinnis
5. Me encantaría escribir la historia de Mora, aunque aún es algo joven para ello

No lo tengo del todo claro, pero me inclino hacia la opción número 2. ¡Déjame saber tu opinión!

Y para quienes estéis deseando volver a leer sobre Glenn de Buchan, su última aparición fue en el libro de Kyla, aunque su reinado de terror comenzó en la historia de Torrian, el segundo libro de El clan de los Highlands. ¡Disfrutad la lectura!

Con cariño,
Keira Montclair

Novelas de Keira Montclair

CLANES DE MULL

El sufrimiento de una Escocesa

El deber de un Lider Escocés

El tormento de los Lairds Escoceces

CLAN GRANT

#1- RESCATADA POR UN HIGHLANDER - Alex y Maddie

#2 - CURANDO EL CORAZÓN DE UN HIGHLANDER - Brenna y Quade

#3 - CARTAS DE AMOR DESDE LARGS - Brodie y Celestina

#4 - VIAJE A LAS HIGHLANDS - Robbie y Caralyn

#5 - CHISPAS EN LAS HIGHLANDS - Logan y Gwyneth

#6 - MI HIGHLANDER DESESPERADO- Micheil y Diana

#7 - LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE DE LAS HIGHLANDS -Jennie y Aedan

#8 – ARMONÍA EN LAS HIGHLANDS - Avelina y Drew

EL CLAN DE LAS HIGHLANDS

Loki

Torrian

Lily

Jake

Ashlyn

Molly

Jamie & Gracie

Sorcha

Kyla

Bethia

Historia de Navidad de Loki

LA BANDA DE PRIMOS

Venganza en las Highlands

Secuestro en las Highlands

Castigo en las Highlands

Mentiras en las Highlands

Fortaleza en las Highlands
Resiliencia en las Highlands
Devoción en las Highlands
Fuerza en las Highlands
Magia Navideña en las Highlands

ESPADAS DE LAS HIGHLANDS

La Traición del Escocés
La Espía del Escocés
La Persecución del Escocés
La Búsqueda del Escocés
La Decepción del Escocés
El ángel del Escocés
Huida de las Highlands

SANADORAS DE LAS HIGHLANDS

La Maldición de Black Isle
La Bruja de Black Isle
El Azote de Black Isle
El Fantasma de Black Isle
El Regalo de Black Isle

CASADORES DE LAS HIGHLANDS

El Conflicto del Escocés
El Traidor del Escocés
El Protector del Escocés
La Promesa del Escocés
El Destino del Escocés
La Advertencia del Escocés
El Vengador del Escocés

Sobre la autora

Keira Montclair es el seudónimo de una autora que reside en Carolina del Sur con su marido. Escribe vertiginosos romances históricos, a menudo con niños como personajes secundarios.

Cuando no está escribiendo, prefiere pasar tiempo con sus nietos. Ha trabajado como profesora de matemáticas en un instituto, como enfermera titulada y como gerente de oficina. Le encanta el ballet, las matemáticas, los rompecabezas, aprender cualquier cosa nueva y crear nuevos personajes para que sus lectores se enamoren de ellos.

Considera que su trabajo está bien hecho desde el momento en que sus lectores derraman lágrimas con sus historias, ¡pero siempre hay un final feliz!

Su serie más vendida es una saga familiar que narra la historia de dos clanes de la Escocia medieval a lo largo de tres generaciones y que ya cuenta con más de treinta libros.

Ponte en contacto con ella a través de su sitio web, http://www.keiramontclair.com

Créditos
Copyright © 2025 por Keira Montclair
Traductora: L. M. Gutez
Correctora: Cinta PLUMA

Todos los derechos reservados según las Convenciones Internacionales y
Panamericanas de Derechos de Autor
Mediante el pago de los honorarios requeridos, se le ha concedido el derecho no
exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro. Ninguna parte de este
texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, procesada, sometida a ingeniería
inversa, o almacenada o introducida en cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico
o mecánico, conocido o posteriormente inventado, sin el permiso expreso por escrito del
propietario del derecho de autor.

Nota
La ingeniería inversa, la carga y/o la distribución de este libro a través de Internet o
de cualquier otro medio sin el permiso del propietario de los derechos de autor es ilegal y
está penada por la ley. Por favor, compre sólo ediciones electrónicas autorizadas y no
participe ni fomente la piratería electrónica de materiales con derechos de autor.
Agradecemos el apoyo a los derechos del autor

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o

por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo la fotocopia, la grabación o por
cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito
del editor, excepto cuando lo permita la ley.

Gracias.

Diseño de portada por The Killion Group
http://thekilliongroupinc.com